MUJERES EN EL PAPEL: REPRESENTACIONES DE LA MUJER EN LA PRENSA, 1960-1970

MARÍA CAROLINA CUBILLOS VERGARA
(Artemisa)

Obra Ganadora
del
‘‘Premio IDEA a la Investigación Histórica de Antioquia
2014 - XIV Versión’’

volumen 10

Colección
Instituto para el Desarrollo de Antioquia - IDEA

Medellín, 2015

©Instituto para el Desarrollo de Antioquia -IDEA-

ISBN: 978-958-58786-4-8
Primera edición: diciembre de 2015
Tiraje: 700 ejemplares

Gobernador de Antioquia
Sergio Fajardo Valderrama

Gerente General IDEA
Alejandro Granda Zapata

Instituto para el Desarrollo de Antioquia -IDEA-
Oficina Asesora de Comunicaciones
Juan Guillermo Bedoya Jiménez

Coordinador Premio IDEA a la Investigación Histórica de Antioquia:
Ramón Emilio Brand Rivera
Dirección: Calle 42°. 52 259, Medellín, Antioquia, Colombia
Telefonos: (574) 354 77 00 / 381 91 03/ 381 9260

Investigación
María Carolina Cubillos Vergara

Diseño e impresión
GRUEMPRONEG S.A.S
Grupo Empresarial Oportunidades de Negocios S.A.S
Tel:444 40 59
www.gruemproneg.com
Medellín, Antioquia, Colombia

Los derechos de la fotografías son propiedad del autor, de los archivos fotográficos o de los respectivos medios y a ellos debe remitirse para solicitar cualquier autorización de reproducción.

Prohibida la reproducción total o parcial de los textos de este libro, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización del Instituto para el Desarrollo de Antioquia -IDEA-

MUJERES EN EL PAPEL: REPRESENTACIONES DE LA MUJER EN LA PRENSA, 1960-1970

Artemisa

Publicaciones

IDEA

Medellín, Diciembre 2015

CONTENIDO

pag

INTRODUCCIÓN 8

1. Los años maravillosos: los vertiginosos cambios de una década 18
   1.1 De tiranos y de modas 31
   1.2 Y el espectáculo continuó en las calles 37
   1.3 Las mujeres en el contexto nacional 49

2. El estatus de la mujer en la prensa: la articulación entre representaciones y contexto social 72
   2.1 El despertar femenino: la mujer moderna 78
   2.2 La mujer trabajadora: el precio de su conquista 111
   2.3 El trinomio mujer-esposa, mujer ama de casa, mujer- madre: la continuación de una tradición 133
   2.4 El nuevo estatus de la mujer soltera y divorciada 161
   2.5 Acerca de las maniquíes y las reinas 171
   2.6 La mujer y su incursión en la política 184

3. La conjunción perfecta: la moda y la belleza 194
   3.1 Juventud: ¡divino tesoro! 210
   3.2 La belleza y la mujer "rompecabezas" 223
   3.3 El cuerpo físico y la belleza 235
   3.4 El universo femenino y los dictados de la moda 263

CONCLUSIONES 288

BIBLIOGRAFÍA 296

LISTADO DE CUADROS 306

LISTADO DE GRÁFICOS 306

LISTADO DE ILUSTRACIONES 307

RESUMEN

Esta investigación analizó las representaciones sociales relacionadas con la mujer, promocionadas en Medellín en el discurso periodístico de la moda durante la década del sesenta, un periodo caracterizado por la aparición de una "ola de consumo" mediático y vestimentario, y la propagación de los nuevos ideales destinados a la realización personal, que generaron una transformación paulatina en las representaciones sociales vigentes en la ciudad. Con el fin de comprender los procesos de transmisión de las representaciones que definieron los roles tradicionales femeninos y los roles que fueron signos de los cambios sociales y culturales, esta investigación utilizó el método del Análisis del Discurso, una herramienta útil para estudiar el contexto social, político y económico en que surgieron y se desarrollaron como creaciones simbólicas de apropiación de la realidad configuradas por los grupos sociales.

Palabras claves: Moda, Discurso, Mujer, Representaciones sociales, Medellín, Roles, Belleza

ABSTRACT

This research analyzed the social representations regarding women promoted in the fashion journalistic discourse during the sixties decade in Medellín city. It was a period of time characterized by the emergence of media and clothing "consumer wave". It went together with the spread of new ideals of personal fulfillment. These aspects produced a gradual transformation on the existing social representations in the city. This research used the discourse analysis method with the purpose of understanding the transmission processes of representations which defined traditional female roles and those roles symbol of social and cultural changes. This method is a helpful tool that allowed studying the social, political and economic context in which they emerged and developed as symbolic creations of appropriation of reality constructed by social groups.

Key words: Fashion, Discourse, Woman, Social representations, Medellín, roles, Beauty

INTRODUCCIÓN

En el libro Sociología de la moda, René König señaló que la moda no es ajena a los cambios producidos en una época, convirtiéndose en un signo externo y visible de las profundas alteraciones económicas, de los cambios en los roles sociales, de las formas de pensamiento y del mismo concepto que tienen los miembros de una sociedad.[1] No obstante, dentro de la historia tradicional este elemento representativo de los valores y significados de la cultura moderna, ha sido catalogado como un fenómeno de corta duración, frívolo y de poca relevancia para la investigación, dejando de lado la posibilidad de convertirlo en un objeto de análisis útil para mostrar los indicios claves necesarios en la interpretación de las vicisitudes ocurridas en el seno de la sociedad.[2]

Esta consideración preliminar dejó al descubierto una realidad inquietante dentro del campo de la historiografía colombiana: la existencia de un pequeño universo de expresiones humanas y discursos relacionados con el fenómeno de la moda, que indagara por sus representaciones y conexiones con el contexto socioeconómico y político, y que permitiera mostrar el tránsito de una sociedad tradicional hacia una sociedad influenciada por las tendencias modernas.

Si bien existen estudios antropológicos, históricos y sociológicos relacionados con el estudio de las tendencias y variaciones materiales en el vestuario en diferentes épocas,[3] la justificación

1 LURIE, Alison. El lenguaje de la moda. Madrid: Paidós, 1994, p. 79

2 SQUICCIARINO, Nicola. El vestido habla. Consideraciones psico-sociológicas sobre la indumentaria, 2ª ed. Cátedra: Madrid, 1986, p. 171

3 En el ámbito nacional, las obras relacionadas con el estudio de la moda son pocas y en su mayoría, son enfoques someros que describen las formas de vestir en un determinado período. De esta manera, se incluyen los textos La prisión del vestido y Un siglo de moda en Colombia, 1830-1930 de Aída Martínez Carreño; Cultura del vestuario en Colombia de Antonio Montaña y la Historia del traje en Colombia de Celanese Colombiana. Otros artículos como “Trajes regionales de Colombia” de Pompilio Betancur y “Notas sobre la evolución del vestido campesino en Colombia Central” de Orlando Fals Borda, son estudios antropológicos e históricos que dan cuenta de la evolución del traje en diferentes regiones del país.

más importante para realizar esta investigación se centró en la necesidad de ampliar los conocimientos relacionados con las representaciones sobre la mujer en el discurso de la moda, materializadas en algunas de sus esferas más significativas como la cosmética, la estética y la vestimenta, que mostraron indicios claves en las transformaciones mentales ocurridas en la sociedad tradicional de Medellín en la década del sesenta.[4]

Como la investigación estuvo centrada en el ámbito histórico, es importante hacer algunas aclaraciones sobre la temporalidad escogida: la década del sesenta. Conocida también como la "Edad de Oro", este periodo histórico fue significativo en cuanto se generó la reestructuración del capitalismo y el avance en el proceso de internacionalización de la economía, lo cual se tradujo en el creciente fenómeno de urbanización de las ciudades generado por la migración campesina y en el desarrollo de tecnologías y artefactos de fácil acceso por su bajo costo.[5] Consecuentemente, se generalizó una "ola de consumo" mediático y vestimentario que estuvo acompañada de cambios trascendentales y significativos en la reasignación de roles sociales y en la transformación paulatina de las representaciones socioculturales relacionadas con la mujer, al permitir la difusión de una forma de conciencia que reivindicó su posición social y sus derechos sexuales. Esta situación se vio favorecida por el ingreso de un número bastante significativo a la vida laboral; el acceso a la educación superior; la participación política, en un principio visible a través del sufragio, y el desarrollo de mecanismos de planificación como la píldora femenina (1961), que permitió la exploración de su cuerpo y el disfrute de una sexualidad sin fines reproductivos.

En el caso específico de Medellín, una ciudad reconocida por la existencia de una sociedad tradicional influenciada por los valores

4 LIPOVETSKY, Gilles. El Imperio de lo efímero. Anagrama: Barcelona, 1990; LIPOVETSKY, Gilles. La tercera mujer. Permanencia y revolución de lo femenino, 3ª ed. Anagrama: Barcelona, 1999 y CUBILLOS VERGARA, Ma. Carolina El artilugio de la moda: Ideologías y mentalidades en el discurso de la moda. Medellín, 1930-1960. Trabajo de grado Historia. Medellín: Universidad de Antioquia, 2006

5 HOBSBAWM, Eric. Historia del siglo XX: 1914-1991. Barcelona: Editorial Crítica, 1995, p. 272

cristianos promocionados por la Iglesia Católica, estos cambios encontraron el campo propicio para su difusión y asimilación en el proceso de modernización urbana, iniciado con mayor trascendencia después de la década del treinta y que continuó con un rumbo acelerado durante la década de 1960. En medio de este proceso de modernización industrial y urbanístico, las mujeres comenzaron a salir de la "tutela familiar" y se incorporaron en un número creciente como fuerza de trabajo asalariada en las fábricas y en los sectores de servicios públicos, financiero y comercial. Como producto de la dinámica económica y social que pretendió integrar con mayor facilidad este tipo de mano de obra barata, se impulsaron varios proyectos de ley que significaron logros importantes en relación con su condición civil y política, al integrarla como sujeto de derecho en los asuntos económicos (Ley 83 de 1931 y Ley 28 de 1932), educativos (Decreto 1972 de 1933), laborales (Reforma Constitucional de 1936) y políticos (derecho al voto).

No obstante, por encima de estos acontecimientos que mostraron los logros alcanzados en estos aspectos, el proceso de integración femenina fue indicio de transformaciones más profundas en las representaciones sociales, que significaron un cambio paulatino del orden tradicional fundamentado en la moral cristiana, hacia la construcción de nuevos códigos que comenzaron a definir su manejo del cuerpo, su identidad y sus roles en función de las tendencias modernas. Lo anterior cobró mayor fuerza cuando los medios de comunicación y de entretenimiento como el cine (estrellas del cine y películas), la radio, la prensa y, en menor medida la televisión, difundieron entre un público cada vez más amplio imágenes que evocaron los modelos extranjeros y "bombardearon" a las personas con productos, bienes y servicios, que intensificaron la necesidad de consumo dentro una sociedad capitalista.

En este panorama, la moda vestimentaria y de accesorios apareció como "estrategia de poder" utilizada dentro de la dinámica capitalista, para construir ideales que promovieron el deseo o consumo de objetos novedosos y, por consiguiente, la

renovación constante de estos bienes, una situación necesaria para dinamizar la producción industrial local. Aun así, no se puede desconocer que en su esencia estuvo el propósito subyacente de servir como medio de expresión de la individualidad, específicamente, de su principal usuario y sujeto de su discurso, la mujer, quien posiblemente recurrió a este "artificio" para iniciar su labor de "autoapropiación" y "autocreación" de su individualidad, mediante su incursión en otros ámbitos propios del mundo exterior (laboral, político, universitario), superando lentamente las representaciones tradicionales acerca de su ser y sus funciones ligadas estrictamente a la subordinación masculina y el cumplimiento de su rol doméstico.[6]

Más allá de la descripción de las tendencias y estilos de la moda en Medellín, el centro de interés de esta investigación se concentró en el análisis del discurso de la moda publicado en la prensa, a partir de los siguientes interrogantes: ¿cuáles fueron las estrategias discursivas utilizadas para promocionar las tendencias modernas o, por el contrario, para criticar su incorporación en la sociedad?; ¿cuáles variantes y nuevas configuraciones del rol femenino se desarrollaron a raíz de los cambios socioeconómicos ocurridos en Medellín durante la década del sesenta?; ¿cuáles tendencias sociales e ideológicas se convirtieron en referentes para la construcción de las diferentes representaciones de la mujer?; ¿cuáles claves o pautas relacionadas con el desempeño de los nuevos roles en la mujer suministró el discurso de la moda?.

Con el fin de responder a estos interrogantes, sin dejar de lado su relación con el contexto socioeconómico y cultural en donde evolucionaron estas representaciones en la sociedad, se consideró importante definir para el desarrollo de la investigación un enfoque analítico relacionado con la historia cultural y la semiótica, lo cual implicó el estudio del discurso expuesto en la publicidad y en los diferentes artículos relacionados con la moda (páginas sociales, publicidad, páginas femeninas y de moda) a partir de los planteamientos teóricos expuestos por Gilles Livovetsky y Roland Barthes.

6 ESPINAL PÉREZ, Cruz Elena y RAMÍREZ BROUCHOUD, María Fernanda. Cuerpo civil, controles y regulaciones: Medellín, 1950. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2006, p. 118

Desde el punto de vista teórico, la investigación estuvo enmarcada en varios conceptos: la noción "moda" definida a partir de la propuesta de Lipovetsky, quien la concibió como un signo distintivo de la era moderna en Occidente, centrado en la negación de un pasado basado en la inmutabilidad de los valores colectivos y en la renovación permanente a través de una serie de reglas propias de una sociedad inmersa en el sistema capitalista, que promocionaron el bienestar individual, la emulación de los placeres mundanos y la preocupación por la apariencia.[7]

La visión histórica y filosófica propuesta por Lipovetsky tuvo como punto de conexión con el análisis del discurso, la propuesta estructuralista del semiólogo Ronald Barthes, quien en su libro *El sistema de la moda* sentó las bases para el estudio del fenómeno de la Moda como un sistema de signos lingüísticos que dotan al vestuario común de un arsenal de sentidos con una finalidad comunicativa.[8] Si el sistema barthesiano hizo referencia a la sincronía que determinó una estructura atemporal de signos presentes en la moda, la teoría de Lipovetsky se centró en una percepción diacrónica derivada de la Historia, con el fin de estudiar las variantes del sistema y sus adaptaciones en relación con el contexto de cada época.

Para comprender la transcendencia de este discurso en el contexto sociocultural y las formas materiales que cobraron vigencia con respecto a su función comunicativa, igualmente, fue necesario recurrir al concepto de representaciones sociales planteado en el campo de la sociología, en el cual se señala que el conocimiento de la sociedad se deriva de las representaciones de la realidad producidas a partir de las interrelaciones entre los individuos con los objetos. Superando las visiones que compararon estas representaciones con imágenes estáticas y universales que imitan una parte de la realidad o, también, con producciones mentales sociales que actúan como modelos objetivos

7 IBID, p. 97
8 BARREIRO, Ana Martínez. Mirar y hacerse mirar: La moda en las sociedades modernas. Madrid: Tecnos, 1998, p. 113

independientes a las personas,[9] apareció el planteamiento teórico de Serge Moscovici que trascendió el esquema diádico tradicional donde interactúa un sujeto con el objeto de conocimiento, para incorporar una nueva arista, el Alter (los otros), una noción que destaca la importancia de la interacción cotidiana entre los sujetos activos y el objeto social en el proceso de construcción del conocimiento.[10]

Siguiendo la línea explicativa propuesta por Moscovici, Denise Jodelet y Robert Farr definieron las representaciones sociales como un conocimiento específico no limitado a las percepciones y elaboraciones individuales, en cuanto incorporaron en su esencia todo el tejido relacional derivado de la experiencia, el contexto, las informaciones, los conocimientos, los sistemas de creencias abstractos (ideologías), las imágenes mentales, la educación y la comunicación social. También definido por Jodelet como el saber del sentido común, las representaciones corresponden al conocimiento elaborado socialmente que intenta comprender y explicar las situaciones e ideas abstractas, para situar al individuo y permitirle actuar mediante una red de significaciones más comprensibles y aceptadas por el grupo.[11]

---

9 Planteamientos expuestos por teóricos como Cornelius Castoriadis, Émile Durkheim, Claude Lefort, Dominique Lecourt, Bronislaw Baczko

10 Esta posición que presentó a los individuos desarrollando un papel activo en el proceso de generación de conocimiento, también fue defendida por el teórico francés Michel de Certeau, quien criticó la postura defesora de la efectividad de los sistemas dominantes impuestos en la sociedad. Su propuesta central explícita en *La invención de lo cotidiano*, consistió en esbozar una teoría acerca de las prácticas cotidianas aparentemente dominantes en una sociedad y cómo eran asimiladas por los grupos e individuos. Certeau argumentó que el estudio de esas operaciones culturales, ayudaba a percibir cómo la multitud anónima creaba microresistencias o formas de apropiación o "maneras de hacer" como la lectura, el lenguaje y las prácticas de apropiación del espacio interior (la vida privada y la cocina) y del espacio exterior (el trabajo, el vecindario, los trayectos, los centros comerciales), mediante las cuales el ciudadano común expresaba silenciosamente su inconformidad con el orden impuesto actualmente por los modelos de consumo. En consecuencia, a partir de lo anterior es posible plantear que las representaciones sociales corresponden a una forma de conocimiento adoptada por los sujetos para comprender y transformar las ideas más abstractas, en significados más comprensibles y adaptables para su realidad cotidiana. CERTEAU, Michel. La invención de lo cotidiano, tomos I (El Arte de Hacer) y II (Habitar, cocinar). México: Universidad Iberoamericana, 1999

11 ARAYA UMAÑA, Sandra. Las representaciones sociales: ejes teóricos para su discusión. San José de Costa Rica: FLACSO, 2000, pp. 27-28

Desde una posición centrada en la Historia, Roger Chartier definió las representaciones como matrices de prácticas constructivas del mundo social, que permiten comprender los imaginarios y símbolos constitutivos de la identidad de una sociedad.[12] A partir de esta concepción, el texto es concebido como un producto histórico que interrelaciona la lógica de la producción de los discursos, con el contexto social y las disposiciones técnicas y materiales para su elaboración y difusión.

Este último concepto fue bastante significativo para la investigación, en la medida que permitió catalogar el texto periodístico como un "agente de conocimiento" dentro un espacio y tiempo definido, y no un "medio pasivo de información" o "realidades materiales de segundo orden". El anterior planteamiento se corrobora con las percepciones de Ruth Wodak, Michael Meyer y Teun van Dijk, teóricos que definieron el discurso como una estructura abstracta compuesta por jerarquías complejas de interacción y prácticas sociales encargadas de establecer el vínculo entre el plano enunciativo y el sistema de valores y signos de una época determinada.[13] Desde esta percepción, el discurso tiene un papel fundamental en los estudios sociales al ser concebido como un fenómeno práctico, social y cultural, que posee una dinámica propia frente a la realidad material, hasta el punto de configurarla y llenarla de sentido a través de sus significados y pensamientos complejos construidos en el tiempo.

A partir de estos planteamientos teóricos, el estudio de las representaciones de la mujer en el discurso de la moda implicó usar una metodología enfocada en el aspecto cualitativo, centrada en la interpretación y análisis de los textos periodísticos y publicitarios, con el fin de comprender los procesos de significación en la transmisión de las representaciones vigentes en la época estudiada y su relación con el contexto social donde se originaron

12 CHARTIER, Roger. El mundo como representación: Estudios sobre historia cultural, 5ª ed. Barcelona: Gedisa, 2002, p.

13 WODAK, Ruth y MEYER, Michael. Métodos de análisis crítico del discurso. Barcelona: Gedisa, 2003, p. 21 y VAN DIJK, Teun. La noticia como discurso: Comprensión, estructura y producción de la información. Barcelona: Paidós, 1990, p. 26

y, específicamente, con los roles tradicionales femeninos y los roles catalogados como síntomas de las transformaciones sociales y culturales. De esta forma, el Análisis del Discurso se convirtió en una herramienta útil en la investigación, en la medida que permitió identificar en el discurso publicado en las secciones femeninas de la prensa el contexto social, político y económico en que surgieron y se desarrollaron las representaciones sociales de la mujer, como creaciones simbólicas de apropiación de la realidad configuradas por un grupo social legitimador de un orden establecido.[14]

En este sentido, partiendo de la propuesta de Teun van Dijk, se procuró establecer los vínculos teóricos y prácticos entre el discurso y la sociedad, más allá de la propuesta estructuralista enfocada en el plano semántico y sintáctico. Por esta razón, en los discursos promocionados en la prensa se identificaron las estrategias discursivas en donde se vislumbraron las representaciones relacionadas con la mujer, pero sin dejar de lado su conexión con el contexto, con el fin de develar el sentido y significado de los acontecimientos y los sistemas de valores vigentes en la sociedad de la década del sesenta.[15] Es así como el concepto moda, en consonancia con la noción de belleza física, se constituyeron en los puntos de referencia que se conectaron con las unidades de análisis planteadas previamente (representaciones, roles sociales, mujer, relaciones con la sociedad y las personas), al permitir revalidar el peso de las representaciones estéticas tradicionales, así como los valores democráticos en boga en Estados Unidos y en algunos países de Europa cimentados dentro de una "lógica de producción-consumo-comunicación de masas".[16]

---

14 VAN DIJK, Teun (comp.). El discurso como interacción social: Estudios sobre el discurso. Una introducción multidisciplinaria, 2 ed. Barcelona: Gedisa, 2001, p. 62

15 Existen tres categorías esenciales para van Dijk: la acción, variable desde la cual el discurso es concebido como una forma de acción social consciente e intencional que produce consecuencias en la realidad; el contexto, que permite mostrar la relación e influencia continúa ejercida entre el discurso y la parte estructural del ambiente histórico originario; el poder, que hace referencia a las estrategias de persuasión usadas por los grupos sociales para generar una intención de actuar entre los actores y, la ideología, visualizada como un conjunto de representaciones mentales básicas y abstractas de la cognición social de los grupos (conocimiento, identidad, normas, valores), encargada de coordinar los actos y las prácticas de los miembros sociales individuales de un grupo, junto con las prácticas derivadas de la interrelación entre diferentes colectividades.

No obstante, la pretensión de reconstruir una historia centrada en las representaciones que llenaron de sentido y significado la configuración del sujeto "mujer", debió limitarse a una fuente primaria específica entre el abanico de posibilidades existentes para su estudio desde una dimensión histórica y semiológica. Bajo estas circunstancias, los mensajes informativos consignados en los artículos y anuncios publicitarios difundidos en la prensa como *Cromos, Nosotras, Fabricato al día, El Obrero Católico y El Colombiano,* fueron importantes porque destacaron explícita o implícitamente las transformaciones en el papel desarrollado por el sexo femenino en la sociedad de Medellín, como producto de su creciente incorporación a la vida pública.

La finalidad del estudio de este corpus de información consistió en identificar las estrategias discursivas en donde se vislumbraron las representaciones relacionadas con la mujer, pero sin dejar de lado su conexión con el contexto, para develar el sentido y significado de los acontecimientos y los sistemas de valores vigentes en la sociedad de la década del sesenta. Por este motivo, el concepto moda en consonancia con la noción de belleza física, se constituyeron en los puntos de referencia que se conectaron con las unidades de análisis planteadas previamente (representaciones, roles sociales, mujer, relaciones con la sociedad y las personas), en la medida en que ambas expresiones contribuyeron a revalidar el peso de las representaciones estéticas tradicionales, así como los valores democráticos en boga en Estados Unidos y en algunos países de Europa cimentados dentro de una "lógica de producción-consumo-comunicación de masas".[17]

Aunque los resultados de esta investigación se pueden catalogar como una radiografía parcial del origen y desarrollo de unos nuevos roles femeninos propios de una dinámica capitalista y quizás moderna, es necesario tener presente que este fenómeno fue producto de un proceso paulatino de larga duración, no

16 LIPOVETSKY, Gilles. La tercera mujer. Permanencia y revolución de lo femenino, 3ª ed. Anagrama: Barcelona, 1999, p. 143
17 LIPOVETSKY, Op. Cit., p. 143

radical, pero tampoco espontáneo, el cual coexistió con los roles tradicionales convalidados durante siglos por el predominio de un sector conservador en la ciudad.

Asimismo, no se puede olvidar que el análisis de la prensa como fuente primaria se limitó al reconocimiento de algunas representaciones características de ciertos sectores de la sociedad, especialmente de la clase alta y media, que tuvieron mayores posibilidades económicas y educativas para emprender y dirigir una empresa de carácter periodístico relacionado con la moda y la belleza. En este sentido, es pertinente aclarar que este tipo de estudio no permite conocer su efecto directo en las mujeres pertenecientes a los diferentes estratos socioeconómicos. Aunque lo anterior constituya un punto álgido por resolver en esta investigación, es pertinente tener presente que estas tendencias de pensamientos se configuraron dentro de un contexto, hasta convertirse en un signo que puede dar cuenta de ciertos rasgos propios de una sociedad en una época determinada.

1. LOS AÑOS MARAVILLOSOS: LOS VERTIGINOSOS CAMBIOS DE UNA DÉCADA

Colombia inició la década del sesenta siendo todavía un país rural, a pesar del auge industrializador emergido con mayor fuerza y dinamismo después de la década del treinta y del crecimiento en extensión y número de habitantes en las grandes urbes. Para este momento, según el censo de 1964, el país contaba con 17,484.508 millones de habitantes, de los cuales cerca de un 48% habitaban las zonas rurales del país (8,391.414 millones). El porcentaje restante, un 52% (9,093.094 millones), se concentró en los centros urbanos como Bogotá, Medellín, Cali, Barranquilla, Bucaramanga y, Manizales, donde la actividad industrial y comercial atrajo grandes contingentes de campesinos que intentaron huir de la violencia o mejorar sus condiciones laborales y de vida. Diez años después, el censo de 1973 reveló la continuidad en la tendencia urbanizadora de las grandes ciudades (61%) y el creciente abandono de los campos (39%), debido a factores como las múltiples trabas para hacer realidad una reforma agraria, la inseguridad en los campos producto del surgimiento de bandas criminales y grupos guerrilleros, y la agudización de la presión demográfica, especialmente en las zonas de minifundio ubicadas en la cordillera de los Andes.[18]

En el caso específico de Medellín, la antigua villa de calles angostas y casas de tapia comenzó a convertirse en una ciudad populosa, en gran medida, producto del auge industrial y de su importante oferta laboral, que sirvieron de imán para atraer grandes oleadas de campesinos quienes buscaban nuevas opciones de vida, ante la violencia generalizada y las pocas posibilidades de empleo y de educación existentes en sus poblaciones de origen. De esta forma, si para el censo de 1951 la ciudad contó con 358.189 habitantes, en un lapso de trece años el número de personas se duplicó en 772.887; para 1973 la ciudad

18 José Olinto Rueda señaló que entre el periodo comprendido entre 1951 y 1964, la mayoría de ciudades duplicaron su población. En el caso específico de los principales conglomerados urbanos como Bogotá, Cali, Medellín, Bucaramanga y Manizales, ocurrió

contabilizó 1.093.191 habitantes. De este total de población registrado entre 1951 y 1973, la mayor cantidad se agrupó en la zona urbana hasta superar el 90%, un dato que evidenció su creciente auge como centro industrial y comercial.

Cuadro 1 Medellín. Crecimiento demográfico, 1905-1973.[19]

Censo	Población total	Población urbana	%Población urbana	%Incremento 1905: año base
1905	54.946	31.055	56,5	año base
1912	71.004	sd	sd	29,22
1918	79.146	51.951	65,6	44,04
1928	120.044	83.955	69,9	118,50
1938	168.266	143.952	85,6	206,23
1951	358.189	328.294	91,7	551,90
1964	772.887	717.865	92,9	1306,63
1973	1.093.191	1.053.964	96,4	1889,60

Nuevos espacios situados en la periferia o que estaban inhabitados comenzaron a ser urbanizados. Entre 1940 y 1950, el sector occidental de la ciudad llamado Otrabanda fue habilitado gracias a la canalización del río Medellín, para evitar las continuas inundaciones y aprovechar los territorios adyacentes a sus orillas. Así, los barrios de La América, Robledo y Belén, dejaron su aparente aislamiento para integrarse al desarrollo urbano surgido alrededor del colegio San Ignacio, Laureles y el Estadio. Igualmente, nuevos terrenos fueron habilitados con aportes del Instituto de Crédito

en tan solo diez años gracias al aporte migratorio. RUEDA PLATA, José Olinto. "Historia de la población de Colombia: 1880-2000". En: TIRADO, Álvaro (Dir). Nueva Historia de Colombia. Vol V. Bogotá: Editorial Planeta, 1986, p. 379

19 Estas cifras correspondieron al texto *Medellín en cifras*, Medellín publicado por Departamento Administrativo de Planeación y Servicios Técnicos en 1975. RAMÍREZ, Sandra y LEÓN, Karim. Migración y cambio social en Medellín y el valle de Aburrá: 1920-1970. En: GRUPO DE INVESTIGACIÓN EN HISTORIA SOCIAL. Proyecto migración social en Medellín y el Valle de Aburrá, 1920-1970: Informe de actividades. Medellín: Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad de Antioquia, 2011, p. 16

Territorial para la vivienda destinada a trabajadores y operarios de las industrias, como los barrios Alfonso López, Florencia, Girardot, Boyacá, Toscana y Boyacá Las Brisas. El modelo de crecimiento y desarrollo impulsado por la industrialización, también sirvió de telón de fondo para la aparición en la periferia de nuevos conglomerados de personas que habitaron los llamados "barrios piratas". Pronto estas zonas "marginales" ubicadas en el centroccidente (Lima, La Pradera y los Alcanzares) y entre la banda nororiental y centroriental (Popular, Santo Domingo Savio, Granizal, la Isla, Moscú, el Raizal, la Frontera), fueron integradas a la ciudad mediante el acceso a los servicios públicos y las vías de transporte.[20] En el informe presentado por el Banco de la República para 1968, Medellín fue la ciudad con el mayor incremento en la construcción representado en 62.6% (3.552.715 metros cuadrados), seguido por Bogotá con 32.8% y Barranquilla con 12%.[21] De este total urbanizado, el sector central mostró su vocación comercial al registrar 33.58%, seguido por la vivienda 34.75%, el institucional 11.46%; el comercio industrial 8.01%; la industria 1.34%, y usos varios 10.86 %.[22]

Dentro de este proceso de urbanización acelerada, el centro de la ciudad presentó una completa remodelación como una forma de valorizarlo y hacerlo más atractivo para los comerciantes. De esta forma, se adelantaron ensanchamientos en la manzana sur del parque de Berrío y se estimaron como planes futuros la prolongación del pasaje La Bastilla entre Colombia y Pichincha para convertirlo en una vía netamente peatonal, y el ensanche de la carrera Palacé entre Pichincha y Colombia y la calle Ayacucho, entre Carabobo y Palacé.[23]

20 NARANJO GIRALDO, Gloria, Medellín en zonas: monografías [en línea]. Medellín: Corporación Región, 1992. [Consultado 22 de Enero. 2012]. Disponible en Internet: http://www.region.org.co/index.php/publicaciones/cat_view/44-libros/64-1992

21 "Medellín, ciudad colombiana donde más se construye". En: El Colombiano. Medellín. 4, febrero, 1969, p.6.

22 Según los datos suministrados por el periódico *El Colombiano*, la zona del centro para 1969 contó con 1.446 almacenes; 6 establecimientos para mercado incluyendo la plaza de Cisneros; 100 hoteles y hospedajes; 639 cafés; 92 restaurantes; 17 salas de cine para 13.317 espectadores; 4.284 oficinas; 14 terminales de transporte interdepartamentales, 6 del Valle de Aburrá, 9 de ganado y 33 nacionales; 42 establecimientos de enseñanza para 14.100 alumnos. Medellín en cifras. En: El Colombiano. Medellín. 7, mayo, 1969, p. 23.

23 Se completa remodelación en el centro de la ciudad. En: El Colombiano, Medellín (5, Feb. 1969), p.5.

Calles y avenidas aparecieron para dar paso al servicio de buses municipales, posibilitando el acceso a una mayor cantidad de personas que habitaban los barrios recién fundados en las laderas. A pesar de los intentos encabezados por el Concejo Municipal para desarrollar un modelo de crecimiento más organizado basado en el Plan Piloto elaborado en los años cincuenta por Paul Wiener y José Luis Sert, el proceso de transformación desordenado continuó avanzando impulsado por las construcciones de edificios cercanos al Parque de Berrío como el Edificio Coltejer (1967), los cuales difícilmente cumplieron con las especificaciones técnicas relacionadas con la protección del patrimonio histórico. A todo lo anterior, se sumaron los problemas subsecuentes al crecimiento urbano no planificado, situación evidenciada en el deterioro de área del centro por el incremento de los espacios destinados al comercio, el caos vehicular generado por la presencia de aproximadamente 20.000 automotores (buses, taxis, carro particular y camiones de carga) y el éxodo de instituciones y entidades hacia la zona de El Poblado.[24]

Grandes establecimientos comerciales y supermercados ya habían aparecido en la ciudad como Sears (cerca al Estadio), almacenes Ley, Caravana y Tía, para hacerle competencia a los almacenes "muy elegantes" ubicados en el recientemente inaugurado Pasaje Junín y otros más tradicionales cercanos al centro de la ciudad, localizados entre la carrera Carabobo y Sucre. Complementaron el conglomerado urbano, el número creciente de industrias[25], los bancos nacionales y extranjeros

24 Según Jorge Orlando Melo, esta situación se agravó aún más con la construcción de la Avenida Oriental, que aumentó el número de vehículos hacia el ya congestionado centro de la ciudad y con la apertura de las dos vías paralelas al río, que disminuyó el área verde destinada para esta zona. MELO, Jorge Orlando. Colombia es un tema: Espacio e historia de Medellín [en línea] [Consultado 13 de Enero. 2012). Disponible en Internet: http://www.jorgeorlandomelo.com/espaciomedellin.htm

25 La diversidad de industrias existentes en Medellín dan cuenta de un proceso de industrialización solo comparable con Bogotá. Para 1975 se encontraban una buena diversidad de establecimientos industriales en la ciudad: 98 dedicados a la producción de alimentos (panaderías, trilladoras, reposterías, procesadoras de alimentos, restaurantes); 7 industrias de bebidas; 1 fábrica tabacalera; 99 plantas para la producción de telas, insumos y calceterías; 165 establecimientos para la fabricación de prendas de vestir y accesorios; 53 dedicadas a la producción de artículos de cuero, incluyendo calzado;73 madereras e industrias para la fabricación de muebles y accesorios; 11 fábricas para la producción

que sumaban 17 (para 1970 se contabilizaron 20), la Bolsa de Valores creada en 1961 y los centros educativos de enseñanza superior como la Universidad Pontificia Bolivariana, la Universidad de Medellín, la Escuela de Administración y Finanzas (EAF, luego EAFIT), la Universidad Autónoma Latinoamericana, el Instituto Tecnológico Pascual Bravo, el Colegio Mayor de Antioquia, el Instituto Politécnico Colombiano, la Academia Superior de Artes, entre otros.

La vida política "democrática" volvió a resurgir con la caída del dictador Rojas Pinilla y el Plebiscito de 1957, donde las mujeres tuvieron la oportunidad de definir junto con los hombres, el rumbo de las nuevas instituciones democráticas que rigieron el destino del país durante las décadas siguientes. En medio de un panorama caracterizado por el creciente sectarismo entre los seguidores de los partidos tradicionales, los dirigentes del partido conservador y liberal firmaron un acuerdo para aliviar la tensión generada por las luchas en el campo, mediante el cual cobró vida el Frente Nacional.

Durante los primeros años de vigencia de esta alianza política, la vida nacional se vio frecuentemente agitada por la movilización de grupos sindicalistas y de estudiantes, quienes en un pacto "firmado" sin palabras y papeles, se unieron para reclamar los derechos de una ingente masa de trabajadores, que buscaba alcanzar mejores condiciones salariales y también el reconocimiento de una seguridad social. El inconformismo reinante en varios sectores de la sociedad, también hizo eco en el seno del ejercicio político,

---

de papel; 49 imprentas y editoriales; 53 establecimientos para producción de sustancias químicas industriales y otros productos químicos; 2 refinerías de petróleo y fabricación de productos derivados; 10 fábricas de productos de caucho; 27 industrias de productos plásticos; 4 fábricas de vidrio; 58 establecimientos para el procesamiento de productos minerales no metálicos (ladrilleras, tejares, baldosas, cemento); 8 industrias básicas de hierro y acero; 4 factorías básicas de metales no ferrosos; 113 manufacturas para la fabricación de productos metálicos, incluyendo maquinaria no eléctrica; 65 establecimientos para construcción de maquinaria y accesorios eléctricos; 29 industrias de construcción de material de transporte (carrocerías y accesorios);10 establecimientos para la fabricación de equipo profesional y científico (instrumentos de medida y óptica); 32 establecimientos entre los cuales estaban joyerías, instrumentos de música, artículos de deporte, entre otros. DANE. Anuario Estadístico de Medellín (diferentes años: 1960-1970) y DANE. Medellín en cifras: Ciudad tricentenaria. Bogotá: DANE, 1976, pp. 174-182

generándose voces de oposición contra el Frente Nacional por considerarlo un mecanismo excluyente que favorecía el monopolio del poder concentrado alternadamente entre el partido liberal y el partido conservador. Así, dos movimientos alternativos hicieron su aparición en el escenario político para combatir el pacto bipartidista y rechazar abiertamente las candidaturas oficialistas: entre 1957 y 1963 apareció el Movimiento Revolucionario Liberal (MRL) bajo la dirección de Alfonso López Michelsen, y en 1961 se conformó oficialmente la Alianza Nacional Popular (ANAPO), como una forma de reivindicar el accionar político del general Rojas Pinilla.[26]

El panorama político contrastó con el ambiente de optimismo económico generado por el desarrollo industrial sucedido entre 1958 y 1967, momento en que se configuró con mayor fuerza un "modelo de desarrollo hacia adentro" y un proceso de diversificación sin igual, que modificó tanto la producción en los sectores tradicionales (alimentos, textiles, editoriales, confecciones), como las industrias recientemente conformadas (papel, maquinaria, equipos de transporte, química y productos metálicos).

Pero este proceso de dinamización y crecimiento industrial no hubiera sido posible sin la concurrencia de algunos factores de índole económico y político, como la transformación de las políticas gubernamentales que crearon las corporaciones financieras crediticias y los fondos de fomento (Fondo de Inversión en 1961 y Fondo de Inversiones Privadas en 1963), para transferir capital de riesgo hacia la industria; la sustitución de las importaciones, especialmente de insumos industriales, hecho provocado por

26 Los campesinos igualmente participaron de este ambiente de tensión cuando se organizaron para reclamar una verdadera reforma agraria donde se reconociera no solamente la posesión legal de sus tierras, sino también el acceso a créditos y a la construcción de vías de transporte para la eficiente comercialización de sus productos. Este panorama social y político se recrudeció aún más con el inicio de los bombardeos contra las llamadas "repúblicas independientes" en el gobierno de Guillermo León Valencia (1962-1966), hecho que se convirtió en el pretexto ideal para la organización de las autodefensas campesinas que dieron origen histórico a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Ejército Nacional de Liberación (ELN). CAMACHO, Álvaro. Los años sesenta: una memoria personal. En: Revista de Estudios Sociales. Agosto, 2009, no.33, p. 72

el desabastecimiento de productos europeos y americanos después de la Segunda Guerra; el crecimiento de la demanda interna de bienes manufacturados, debido al aumento de un proletariado convertido en un sector demandante; la creación de nuevas industrias y la modernización de las ya existentes, gracias a la inversión en maquinaria y la implementación de técnicas extranjeras, que aminoraron los costos de producción y permitieron obtener mejores niveles de productividad.[27] A todo lo anterior se sumaron las medidas proteccionistas del gobierno central que prohibieron desde 1952 la importación de textiles producidos en Colombia.[28]

Este elevado índice de crecimiento industrial se debió, en gran parte, al aumento en la producción textil especialmente entre 1958 y 1963, cuando pasó de 751.629.400 millones a 861.366.400 millones de pesos. Aunque este crecimiento no fue sostenido entre el período de 1963 y 1967, la industria antioqueña continuó su ritmo de expansión gracias a la mayor demanda de sus productos, incrementada por la capacidad de consumo generalizada con la consolidación del sector industrial y el terciario, la ampliación del mercado interno, la intensa publicidad de las telas y el mejoramiento en la calidad de sus productos.[29]

Los logros tecnológicos y productivos alcanzados en este campo permitieron obtener notables resultados. Entre 1959 y 1960 la industria textil consiguió autoabastecerse de algodón debido, en gran medida, al fomento agrícola y la investigación agronómica realizada por el Instituto de Fomento Algodonero (IFA); la consolidación de los grandes conglomerados de industrias[30] y los

27 MAYOR MORA, Alberto. Historia de la industria colombiana, 1930-1968. En: Tirado, Álvaro (dir.). Nueva Historia de Colombia. Vol. V. Bogotá: Editorial Planeta, 1986, p.352 y OCAMPO, José Antonio. Colombia en la era clásica del "desarrollo hacia adentro: 1930-1974. OCAMPO, José Antonio y CÁRDENAS, Enrique (comp.) Industrialización y Estado en la América Latina: La leyenda negra de la posguerra. México: Fondo de la Cultura Económica, 2003, pp. 39-41

28 Prohibida la importación de textiles. En: El Colombiano. Medellín. 11, noviembre, 1952, p. 9.

29 LONDOÑO YEPES, Carlos. Origen y desarrollo de la industria textil en Colombia y Antioquia. Medellín: Centro de Investigaciones Económica Universidad de Antioquia, 1983, p. 47

30 Dos ejemplos de industrias textiles permiten observar este proceso: entre finales de la década del treinta y principios del cuarenta, Fabricato adquirió la antigua Fábrica de Bello (1939) y Paños Santafé (1942). En el caso de Coltejer, se abrieron tres nuevas plantas en

notables avances tecnológicos alcanzados con la incorporación del telar sin lanzadera, que aumentó extraordinariamente el nivel de productividad de tejidos planos. También, como parte del proceso de diversificación y expansión de la capacidad productiva, Colnylon, Enka de Colombia y Polímeros Colombianos, lograron la producción de fibras de poliéster y nylon-6 entre 1959 y 1966.

El sector lanero, por su parte, incorporó las plantas de lavado y de fabricación de lana peinada (tops), un subproducto necesario para la fabricación de tejidos de lana o tejidos elaborados con sintéticos en Vicuña, Indulana, Hilanderías Medellín, Omnes y Lanera del Pacífico.[31]

La diversificación en el consumo de telas y la tecnificación alcanzada por las industrias textileras más importantes del país, permitió la producción de nuevas fibras sintéticas como el poliéster y los vinilos, y la generalización del procedimiento industrial llamado sanforizado, que evitaba el encogimiento de las telas de algodón desde la primera lavada. Estos logros se sumaron a los alcanzados a finales de la década del cuarenta, cuando la crisis de importación de ropas generada por la Segunda Guerra Mundial, sirvió de aliciente para que la industria textilera iniciara un proceso de ascenso hacia la consolidación de un mercado interno. Es así como Sedalana se convirtió en la industria líder en la transformación de textiles de rayón, Celanese Colombiana empezó a comercializar el acetato para evitar las arrugas en las telas, Dupont creó la fibra

1957 (Doña María, Coltehilos y Planta de Acabados). Por otra parte, tempranamente en la década del cuarenta se inició la construcción de un gran conglomerado mediante la absorción de Rosellón (1942) y Sedeco (1944). Coltehilos fue el resultado de la absorción de FATESA en 1959 y la fabricación de telares fue posible con la fundación en 1961 de la empresa metalmetálica FURESA. Para ese mismo año, la fábrica Textiles de Rionegro inició labores. Finalmente, este proceso de ampliación se consolidó con la compra de Polímeros Colombianos (1964) en sociedad con la United Merchants, y la adquisición del 50% de Fundiciones Técnicas, FUTEC (1966). Véase: MAYOR MORA, Op. Cit., Alberto, p. 354) y Coltejer: el primer nombre en textiles [en línea]. Bogotá: Revista Dinero, 2004 [Consultado 14 de Enero. 2012). Disponible en Internet: http://www.dinero.com/edicion-impresa/especial-comercial/articulo/coltejer-primer-nombre-textiles/24808

31 PÓVEDA, Gabriel. Historia económica de Colombia en el siglo XX. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana, 2005, pp. 490-493

sintética "orlón" para producir la "lana sintética".[32] A su vez, las dos empresas más emblemáticas de Antioquia en este ramo, Coltejer y Fabricato, comenzaron la fabricación de telas como la popelina excelsa, libertad tebilizado, sinfonía, tela escocesa, tela ensueño, fantasía suiza, embrujo, dril, gloria (Fabricato), canciller popelinas, tecrón y galicia (Coltejer), elaboradas con base en el rayón y el acetato fabricados por Celanese de Colombia y el orlón de Dupont, fibras que garantizaban en los tejidos una textura caracterizada por su resistencia a los productos químicos, su adaptación a los diferentes climas, la suavidad, la comodidad, el fácil lavado y, sobre todo, estaban al alcance de las mujeres de estratos medios y bajos, quienes procuraron imitar a un bajo costo las tendencias de la moda exhibidas en figurines y secciones de modas publicadas en la prensa.

El perfeccionamiento de las técnicas para el tratamiento de nuevas fibras textiles como el nylon y su producción dentro de la industria nacional, fueron un aliciente para el desarrollo de una industria nacional enfocada en la producción de vestidos de baño y ropa interior, una situación que contrastó con la tendencia vigente en años anteriores de importar o contrabandear estas prendas.[33]

Dentro de este panorama tuvo lugar la fundación formal de la Sociedad Jiménez Aristizabal & Cia. Confecciones Leonisa de Medellín, mediante escritura pública del 20 de noviembre de 1956. Esta empresa constituida por los hermanos Urrea Urrea, logró consolidarse en el mercado local y posteriormente en Centroamérica y el Caribe, gracias a su ingenio en la elaboración de ropa interior femenina como el brasier 1000 "punta de diamante"

32 ProyectoD.com. Historia del diseño de VESTUARIO en Colombia en el siglo XX [en línea] [Consultado 24 de Enero. 2012] http://www.proyectod.com/finalizacion/historia/3hismod50s.html

33 Era común que los almacenes se convirtieran en los distribuidores de las marcas estadounidense como Warner's y Exquisite Form. En el caso de los almacenes Tania, La Feria de Londres y el Almacén Juvenil, la estrategia para mercadear los sostenes y fajas consistió en ofrecer precios más económicos o vender dos por el precio de uno. En el caso del producto Exquisite Form, se presentaron demostraciones prácticas realizadas por consejeras contratadas por la firma comercializadora de esta prenda íntima.

(1962) y el brasier 1001 tipo corsé.[34] Completaron esta lista de industrias de ropa interior Pepalfa y Confecciones Ligia, esta última encargada de producir alrededor de 24 estilos de sostenes.

Desde la figura del concesionario, el principal referente fue Manufacturas Vanidad S.A. fundada en 1943 por Óscar Solórzano Duque y Jesús Restrepo L. que desde 1951 adquirió la licencia de la firma americana The Warner Brothers Company, para la fabricación de la ropa interior femenina que abasteció a una gran parte del mercado nacional e internacional en el ramo de la corsetería y la ropa íntima.[35] Bajo este sistema de contrato, igualmente, se destacó la fábrica de Tejidos de Punto Sport fundada en Cali en 1933 por Juan Pablo Lozano, que logró acceder a la producción de marcas famosas como las medias "Kayser" y los vestidos de baño y ropa sport "Catalina", promocionados mediante una serie de desfiles de modas programados en 1963 como el "Florida Fashion Fiesta"; los desfile presentados en el salón dorado del Club Unión y el Club El Rodeo; el té-canasta realizado en el Club Medellín; el desfile por las principales calles de la ciudad y la presentación en el Teatro Junín.[36]

Las nuevas fibras sintéticas producidas y ofrecidas en el mercado por las grandes industrias nacionales, estuvieron acompañadas por una intensa campaña publicitaria realizada a través de la radio, la prensa y los desfiles de modas, para presentar al público las bondades y cualidades de las telas nacionales frente a las extranjeras, fomentando así el creciente consumo interno de estos productos, especialmente entre las mujeres y, en menor medida en los hombres, quienes tímidamente comenzaron a ser objeto de interés para la industria textilera y de confección de trajes.

---

34 La fecha de fundación de Leonisa fue el resultado de un experimento desarrollado dentro del Almacén Volga ubicado en Armenia (Quindío) para producir ropa interior femenina por imitación. Hacia 1955, los hermanos Joaquín y Julio Ernesto Urrea, decidieron trasladar el taller al barrio Prado de Medellín debido a las dificultades en el suministro de energía. Véase: MOLINA, Luis Fernando. Un empresario sin fronteras. Joaquín Urrea Urrea: vida y obra de un gran empresario con compromiso social. Medellín: Corporación Urrea Arbeláez, 2011, pp. 33-34

35 Manufacturas Vanidad' progreso y perfección. En: El Colombiano. Medellín. 25, abril, 1962, p. 11.

36 Una industria para embellecer a las mujeres de Colombia. En: Cromos, Bogotá, Enero 15, 1966. no. 2520, p. 28; Fábrica de Tejidos Sport, presenta a las seis modelos del Florida Fashion Fiesta (anuncio). En: El Colombiano. Medellín. 12, noviembre, 1963, p.16 y Fábrica de Tejidos de Punto Sport Ltda. Catalina. En: El Colombiano. Medellín. 13, diciembre, 1963, p. 21

Bogotá, Medellín y Cali se incluyeron entre los epicentros urbanos para el desarrollo de una fuerte dinámica relacionada con el mundo de la moda. Periódicos y revistas de variedades hicieron eco de las últimas novedades en el vestuario y accesorios, al exhibir en sus páginas de las secciones sociales, los desfiles de modas organizados por las mujeres de la alta sociedad para financiar obras de beneficencia.[37] En torno a éstos se congregaron periodistas, diseñadores, estilistas, políticos e importantes personajes de la industria textil, para deleitarse al son de los ritmos musicales interpretados por las orquestas, con los diseños exhibidos en los cuerpos deslumbrantes de las reinas de belleza, las modelos profesionales procedentes en gran parte del extranjero, y las mujeres jóvenes de la alta sociedad, quienes se atrevieron a vencer los tabúes tradicionales vigentes en la sociedad para debutar al mejor estilo de las "maniquíes".

El interés demostrado día a día con la realización de este tipo de eventos, fue un importante aliciente para la promoción de nuevas creaciones por parte de las fábricas textiles y de la creciente industria de confecciones, que desde años atrás vinieron realizando una importante campaña para promocionar la calidad de sus productos en el mercado local y en el mercado internacional. Dentro de esta onda mercantil, Sedalana desarrolló en 1963 una gira promocional de la nueva línea "Telinda" en Bogotá, Cali, Medellín, Bucaramanga y Barranquilla, donde la modelo María Cristina Álvarez exhibió trajes diseñados con sedas, estampados, linos, yakares, dacrón algodón y dracón lana. Asimismo, como una forma de consolidarse dentro del mercado de telas, Sedalana adoptó la política comercial de exhibir tres diseños exclusivos de sus mejores telas, en asocio con el servicio de asesoría brindado a sus clientes en los principales almacenes y distribuidores del país.[38]

37 Estos eventos fueron realizados en los almacenes y clubes más importantes de las ciudades (el Club Medellín, el Club El Rodeo, el Club Unión, el Hotel Nutibara en Medellín; el Salón Rojo del Hotel Tequendama, el Club Los Lagartos en Bogotá; los salones del Hotel Intercontinental y el Hotel Aristi en Cali), y contaron con el patrocinio de las industrias textiles nacionales y las grandes marcas internacionales de maquillaje y de coloración del cabello como Max Factor, Helena Rubinstein y L'Oreal.

38 Presentación de "Telinda" de Sedalana. En: El Colombiano, Medellín. 15, octubre, 1963, p. 16

Medellín no fue ajena a los desfiles organizados por las grandes casas de modas y fábricas, como "La Fiesta de la Seductora Elegancia" organizada por la firma nacional Celanese Colombiana S.A., un espectáculo de gran aceptación a nivel nacional entre las damas de las altas esferas sociales y representantes del mundo profesional y artístico. En este evento participaron modelos profesionales, quienes exhibieron trajes diseñados con telas a base de rayón y acetato, para promocionar las ventajas de estas fibras sintéticas en el mundo de la moda, especialmente, en la elaboración de diseños originales de alta costura internacional y nacional, realizados por Michel Ferón, Carven, Modas Bussac y "Miño" de Santiago.[39]

Para la realización de estos desfiles no sólo se contó con el patrocinio de las principales industrias textileras y los sectores más cercanos al mundo de la moda, sino con otras empresas e instituciones que vieron la oportunidad de promocionar sus compañías a través del apoyo económico de estos espectáculos. La Asociación de Dirigentes de Mercadeo y Ventas Diriventas, en la fiesta de navidad celebrada en el Club El Rodeo en 1963, compaginó un desfile de trajes sport y de fiesta de las marcas Catalina y Mc Gregor (elaborados con telas producidas por Sedalana, Coltejer, Fabricato, Tejicóndor y Pantex), con la presentación de las últimas tendencias en peinados de la estilista Martha Márquez, miembro de la junta directiva del Club Artístico de Peinados de Colombia y patrocinada por la Casa L'Oreal de París y Helena Rubinstein.[40] Asimismo, a finales de la década del sesenta las compañías Avianca, Sam, Aerocóndor y el Hotel Bolívar, aportaron recursos para la el desfile en los salones del Club Medellín organizado por el Comité Femenino de la Cámara Junior de Medellín, con el fin de recaudar fondos para los aguinaldos de los hijos de los reclusos de La Ladera y El Buen Pastor.

---

39 En Medellín será presentada la "Fiesta de la Seductora Elegancia. En: El Colombiano, Medellín. 1, noviembre, 1960, p. 13, y Seis modelos presentando hermoso desfile de Celanese. En: El Colombiano, Medellín. 16, noviembre, 1960, p.12

40 Esta noche tendrá Diriventas su elegante desfile de peinados. En: El Colombiano, Medellín. 13, diciembre, 1963, p. 21

Este importante dinamismo de la industria textil evidenciado en los primeros años de la década del sesenta, contrastó con los pocos logros alcanzados finalizando el periodo. La situación se hizo palpable cuando el presidente de Coltejer, Rodrigo Uribe, declaró que los costos de producción habían aumentado considerablemente, en gran medida, debido al incremento en los precios del algodón. Aunque las fábricas asimilaron estos costos gracias al aumento en la productividad, la imposibilidad de absorber este reajuste representado en 30 millones de pesos para las primeras empresas de esta índole que funcionaban en el país, generó pérdidas en este sector. Por tal razón, Uribe señaló que la única solución visible era el reajuste ejecutado por el gobierno de un 12% en los precios de las telas.[41]

El dilema originado en torno a la sostenibilidad de la venta de telas baratas o el aumento en los costos finales de este producto para el consumidor, no fue un obstáculo para continuar con la promoción de las telas en los diferentes espectáculos de modas organizados por la alta sociedad y en los almacenes más reconocidos del país. Coltejer, por ejemplo, hizo presencia en los salones del Club El Rodeo con la presentación de las nuevas telas que marcaron la pauta de la moda en Colombia para 1969.[42] Un espectáculo de mayores dimensiones también fue posible con el patrocinio de Enka de Colombia, el cual fue realizado en el salón de Espejos del Hotel Nutibara de Medellín, el salón Rojo del Hotel Tequendama de Bogotá y el Hotel Intercontinental de Cali, para presentar oficialmente la colección de treinta modelos confeccionados a base de Diolen Loft, una nueva línea europea de fibra que estaba generando furor en Francia, Italia y Londres, por su elegancia, textura fina, adaptabilidad al clima y fácil planchado.[43]

41 Telas baratas". En: El Colombiano, Medellín. 16, diciembre, 1967, p. 6
42 Desfile de modas de Coltejer". En: El Colombiano, Medellín. 23, diciembre, 1968, p. 20
43Diolen Loft sello de elegancia europea lanzado por Enka en Colombia. En: Nosotras, Medellín. Octubre, 1971. no. 117, pp. 6 y 10

1.1 De tiranos y de modas

Decenas de nuevas fibras producidas por la industria textilera inundaron el mercado colombiano y permitieron la consolidación de un sector comercial especializado en la venta de los nuevos diseños de moda masculina y femenina, generándose consecuentemente un cambio de importantes dimensiones en la promoción de las nuevas tendencias de vestuario y de accesorios en el país.

En la década del sesenta, el espectáculo de la moda fue en gran medida el resultado del aporte extranjero, promocionado por la prensa colombiana en sus secciones dedicadas a la moda y a la mujer. Así, no era extraño encontrar en las páginas de los principales periódicos y revistas especializadas en temas femeninos, numerosos artículos escritos en palabras y expresiones ajenas al contexto nacional, que mostraban las últimas tendencias promovidas en los centros de alta costura como Londres, Paris, Italia y Nueva York. En el caso de *Cromos*, por ejemplo, el conocimiento de las novedades más importantes del mundo de la moda, fue posible mediante el servicio especial de corresponsales, quienes estuvieron encargados de dar a conocer las últimas tendencias estacionales definidas por renombradas casas y diseñadores como Christian Dior, Pierre Balmain, Pierre Cardin, Balenciaga, Ives Saint Laurent, entre otros. Siguiendo esta orientación, periódicos locales como *El Colombiano* y *El Obrero Católico*, tuvieron acceso a la información relacionada con la alta costura mediante su subscripción con agencias internacionales de noticias, que suministraban información sobre las tendencias internacionales en el vestuario y accesorios.

Era claro que aún para la década del sesenta, las leyes y edictos fijados por los grandes centros de la alta costura mundial como París, tuvieron un amplio reconocimiento por parte de los modistos y diseñadores nacionales que intentaban conservar su "soberanía" nacional por medio de la adaptación de los dictados de la moda, teniendo siempre presente factores como la disponibilidad de

las telas, la silueta femenina, los colores y el clima en el cual se desenvolvieron sus clientas, las "elegantes tropicales". Con este objetivo, diseñadores de origen extranjero como Beatriz Jencso, Michel Ferón, David E. Lohman, migraron hacia Colombia después de la Segunda Guerra Mundial, para inaugurar sus casas de modas y boutiques exclusivas para las mujeres de los estratos sociales más altos de la sociedad capitalina, epicentro principal y referente de la moda en el país.

Beatriz Jencso[44] reconocida en el mundo de la moda como la "precursora" de la costura colombiana al comenzar a exhibir sus diseños en los desfiles de 1948, fue también considerada una "verdadera traductora" de las creaciones parisienses, al hallar una fórmula adecuada para adaptar las modas de alta costura foránea a las necesidades de las colombianas. Inspirada en los estilos lanzados por Marc Bohan de la Casa Dior o Balmain, para 1961 ya había inaugurado una serie de cuatro desfiles anuales regidos bajo la norma de la practicidad, siempre teniendo presente las temporadas vigentes en Europa y Estados Unidos.[45]

Por el lado del diseñador Michel Ferón, se incluyeron las tendencias inspiradas en las ciudades cosmopolitas de Japón, India, París, Roma, Valparaiso y Nueva York, caracterizadas por el gran colorido y por el uso de una línea sencilla y estilizada que procuraba moldear "suavemente" el cuerpo femenino. Bautizadas con nombres de películas y de personajes famosos de pintores, las creaciones de Ferón se clasificaron entre los extremos de lo clásico

44 La diseñadora Beatriz Jencso llegó a Bogotá con su esposo alemán a medidos de la década del cuarenta procedente de Praga (Checoslovaquia), donde era la dueña del salón de modas Vionet. Una vez establecida en Colombia, trabajó en la lujosa casa de pieles Alexander hasta que organizó su propio taller. La amplia aceptación de sus diseños, permitió el crecimiento de su pequeño taller en una fábrica de confecciones en 1959. No obstante, su interés estuvo más centrado en la elaboración de diseños sobre medidas, razón por la cual dejó el ramo de la confección para abrir una casa de modas, en donde comenzó a exhibir los modelos propios o elegidos por su clientela. Inspirada en las últimas novedades del mundo de la moda en París, constantemente procuró renovar sus colecciones cuando las temporadas terminaban -tal como sucedía en Europa y Estados Unidos-, a través de la venta de sus diseños a precios más económicos. Modas. En: Cromos, Bogotá. Octubre 29, 1962, pp. 44-45

45 Cromos para ellas. La nueva colección de Beatriz. En: Cromos, Bogotá. Marzo 13, 1961.

y lo audaz: en el caso de los sastres sus componentes formaban una unidad dentro del corte a través del uso de faldas más bien estrechas y chaquetas cortas y rectas; los abrigos y vestidos marcaban la forma del cuerpo sin ceñirlo; los trajes de cóctel diseñados con telas francesas e italianas eran semianchos, gracias al uso de pliegues que disimulaban la amplitud de la falda.[46]

Otro diseñador foráneo perteneciente a la nueva camada de creadores fue el estadounidense David E. Lohman, quien después de especializarse en París en Alta Costura, decidió migrar hacia Colombia para trabajar junto con Helena Frinzi (antes diseñadora perteneciente a la casa de Michel Ferón), en la elaboración de abrigos, trajes de cóctel, sastres, batas, calzado y sombreros. La característica primordial de sus colecciones radicó en la promoción de un tipo de vestimenta en la cual se conjugaron los dictados de la moda con el toque personal, particularmente en la utilización de accesorios para resaltar la elegancia. Así, sus diseños adoptaron las formas del vestuario usadas en muchos países por las dueñas de casa en visitas especiales: para las comidas de confianza los slacks "vestidores" y las faldas largas de paño, pana, o cualquier otro material mate, combinadas con delicadas blusas de organdí, muselina, shantung. Para los matrimonios, el complemento ideal de las pieles o abrigos de raso fueron los vestidos de encaje, raso, organdí, terciopelo y paño, diseñados algunos de manga larga y otros sin mangas y con escote. Para los vestidos de cóctel eligió las telas ricas en bordados en piedra, sin drapeados ni arandelas, y un poco ablusados tanto en el frente como en la espalda. Para la calle prefirió los abrigos de corte clásico que llevaban una línea

---

no. 2279, pp. 31-32 y Cromos para ellas. Beatriz Jencso: moda nacional. En: Cromos, Bogotá. Abril 25, 1960. no. 2235, pp. 46-47

46 Desde 1955, el modisto francés Michel Ferón llegó a Colombia para trabajar en una fábrica de confecciones. Sin embargo, pronto comprendió que su destino se encontraba en el diseño de trajes femeninos y canceló su contrato con esta firma de vestuario. Desde el primer momento que abrió su taller, puso sus conocimientos adquiridos en la Escuela de Bellas Artes de París, en Ginebra y en la casa de Nina Ricci, para la creación de diseños que tuvieron amplia aceptación entre las mujeres pertenecientes a la alta sociedad. Líneas francesas para las colombianas. En: Cromos, Bogotá. Noviembre 5, 1962. no. 2362, pp. 38-39; Cromos para ellas. Michel Ferón. Influencia cosmopolita. En: Cromos, Bogotá. Abril 25, 1960. no. 2235, pp. 48-49; Cromos para ellas. Características de la nueva moda: Audacia y colorido. En: Cromos, Bogotá. Octubre 17, 1960. no. 2260, pp. 47-49

recta y sobria con doble abotonadura, mangas ¾ y cuellos breves, mientras que los vestidos sastres se caracterizaron por sus variados diseños, en los cuales tuvo cierta preferencia por las chaquetas cortas más o menos cuadradas, faldas lisas sin pliegues con pespuntes a lo largo de la tela.[47]

Dejando de lado las tendencias europeas promovidas por la alta costura, en el contexto nacional igualmente fueron promocionadas las tendencias norteamericanas a través de los desfiles de modas, eventos de gran envergadura donde participaban importantes figuras femeninas representantes de la belleza del país del norte. En noviembre de 1963 llegó al país el espectáculo conocido con el nombre de "Florida Fashion Fiesta", patrocinado por industrias e instituciones estadounidenses que operaban en la Florida, como Sodney Plaza, Schirie Hotels, Adrian Tal, Burdine's Catalina, General Development Corporation, Revlon, el Estado de la Florida y las Cámaras de Comercio de las ciudades representadas. Seis reinas de belleza procedentes de varias ciudades del estado de la Florida, modelaron desde trajes de baño hasta elegantes vestidos de soirée (trajes de noche). Estos últimos fueron creados por Burdine's Department Store de Miami y estuvieron acompañados con novedosas pieles diseñadas por Adrian Thal de Miami Beach.[48]

En medio de este desfile de creadores extranjeros, el mundo de la moda en Colombia dejó de rotularse con los adjetivos negativos de "tirana", "superficial", "dictadora" y "corruptora" del género femenino, para comenzar a perfilarse como una actividad económica y artística tendiente a profesionalizarse, tal y como sucedió en Estados Unidos, Italia, Francia o Inglaterra, donde gozaba de un gran prestigio y reconocimiento entre los diferentes estratos sociales. De esta forma, Colombia dio sus primeros pasos

47 La alta costura en manos de un joven. En: Cromos, Bogotá. Agosto 10, 1964. no. 2450, p. 44
48 El "Florida Fashion Fiesta" fue producido por John B. Cooke, la codirectora del Miami Spring Vi Walker y la coordinadora de modas de Miami Shoes, Carolyn Felmster. Este evento tuvo amplia trascendencia a nivel internacional y nacional, al recorrer República Dominicana, Panamá, Colombia (Bogotá, Medellín, Cali, Barranquilla) y Venezuela (Caracas y Maracaibo) Seis reinas de belleza de Florida harán desfile de modas en Medellín. En: El Colombiano, Medellín. 17, octubre, 1963, p. 16 y Promoción mundial de las telas del país podrían patrocinar las industrias. En: El Colombiano, Medellín. 13, noviembre, 1963, p.17

hacia el inicio de una fase denominada por Gilles Lipovetsky "moderna artística", donde el modisto o el diseñador después de siglos de limitar su profesión al diseño y copia de ciertos patrones básicos en los vestidos, adquirió el nuevo estatus de "artista moderno" que jugaba con las texturas, las líneas y las formas, con el fin de crear trajes como expresión máxima de su creatividad y también exclusividad.[49]

Producto de esta dinámica generada dentro del universo de la moda fue la creación de la Asociación de la Alta Costura Colombiana en 1960, un esfuerzo realizado por iniciativa del industrial Efraín Giraldo, con el objeto de agrupar a los más renombrados modistos y modistas del país para fomentar de una forma más organizada la alta costura nacional, buscando el reconocimiento del diseñador como una figura social y servirle de apoyo en la defensa de sus intereses económicos. Por esta razón, entre sus proyectos se incluyeron la fundación de una academia de alta costura para la capacitación de las futuras generaciones de diseñadores, la creación de un moderno taller de corte y confección, y la promoción de concursos, revistas y exposiciones destinados a fomentar la moda nacional. Pero más allá de estos propósitos, la Asociación de la Alta Costura Colombiana fue el resultado de los intereses de una industria textil en crecimiento que procuró, mediante su apoyo directo o indirecto hacia este tipo de iniciativas, crear conciencia del valor de los productos nacionales (insumos) en la confección de vestuario.

El ánimo infundido para fomentar la alta costura en Colombia por medio de esta asociación, rindió sus primeros frutos con la presentación de la primera colección de vestidos y accesorios realizada en el salón Rojo del Hotel Tequendama el 7 de noviembre de 1960. Elegantes abrigos elaborados en paño, trajes de coctel en encaje francés o drapeados con faldas abombadas, trajes de calle estilo sastre con una amplia chaqueta y falda recta, fueron

49 No obstante, para Lipovetsky este hecho no significó una total independencia del modisto o diseñador, pues en el momento de desarrollar sus creaciones, su capacidad creativa se vio limitada por las costumbres de la época y la satisfacción de los gustos estéticos y personales de su clientela. LIPOVETSKY, Op. Cit., pp. 88-89

algunos de los diseños creados por Armando Barragán, Bárbara de Serrano, Casa Flaminio, Creaciones Cyr, Elisa de Sanclemente, Julia de Arana, Leonor Troya de Sánchez, Margarita de Bigot, Octavio y Carmenza Valderrama, Víctor y Gregorio Paredes y Julia Montgomery, quienes pretendieron realizar un recordatorio de la elegancia promocionada en las décadas anteriores por las casas de alta costura europeas.[50]

Los nuevos aires que se respiraron después de la fundación de la primera asociación de modistos en Colombia, igualmente fueron un gran aliciente para continuar desarrollando actividades relacionadas con el fomento de una alta costura nacional que estuviera a la vanguardia de las casas internacionales de la moda. Dentro de esta dinámica de difusión se incluyó la primera promoción de moda colombiana con miras a los mercados exteriores, realizada durante la Feria Internacional celebrada en Bogotá en mayo, donde se presentó la Casa de la Elegancia Colombiana y las primeras colecciones internacionales basadas en motivos colombianos (Museo del Oro, las orquídeas, la leyenda del Dorado, entre otros).[51] Desde el campo de la formación en el diseño y la elaboración de patrones para las confecciones, el diseñador Arturo Tejada Cano fundó en Bogotá una escuela bautizada con su mismo nombre, que sentó un precedente muy importante en la transición de la confección artesanal hacia la producción industrial.[52]

50 Cromos para ellas. La alta costura: Una nueva industria nacional. En: Cromos, Bogotá. Agosto 15, 1960. no. 2251, p. 53 y Cromos para ellas. Hacia una costura nacional. En: Cromos, Bogotá. Diciembre 12, 1960. no. 2268, pp. 40-43

51 Como antecedente importante de estos proyectos, se citó la exposición en España realizada hace algunos años y las presentaciones del comité francés de la elegancia en Suramérica iniciadas con Luz Marina Zuluaga en 1957. Estas colecciones posteriormente fueron exhibidas en desfiles organizados en algunos países suramericanos y en París. Los modistos crean para 1961. En: El Colombiano, Medellín. 30, enero, 1961, p. 12

52 Arturo Tejada Cano realizó estudios en el "Chic School of Fashion Desing" en Nueva York. Los conocimientos adquiridos sumados a su experiencia, le permitieron introducir en Colombia hacia 1948 los principios de fabricación en serie, especialmente en la tecnología del patronaje. Esto permitió su reconocimiento no sólo en el campo de la industria de confecciones como asesor y consultor, sino también en la enseñanza de la técnica de diseño y patronaje para las futuras generaciones. Su hijo, Arturo Tejada Tejada siguió los pasos de su padre y se convirtió en el depositario de su legado como director de la Escuela de Diseño & Mercadeo Arturo Tejada Cano en Bogotá y Medellín. Página oficial Escuela de Diseño Arturo Tejada [en línea] [Consultado 23 de enero, 2012]. Disponible en Internet: http://www.arturotejada.com.co/index.php/sobre-nosotros/

1.2 Y el espectáculo continuó en las calles

La moda promocionada por la "alta costura" nacional como una adaptación a las tendencias exhibidas en los grandes centros de la moda mundial, paulatinamente llegó desde Bogotá a las calles de Medellín, para convertirse en las prendas usadas por las citadinas en la cotidianidad, quienes deseaban conocer las últimas tendencias en el vestuario lucidas por las modelos, cantantes y grandes actrices del mundo del espectáculo hollywoodense y europeo.

Para la década del sesenta, las ciudades más importantes del país gozaron de un amplio repertorio de almacenes definidos con el adjetivo "elegante", que destacaban sobre otro tipo de almacenes encargados de vender a precios más económicos las prendas de vestir confeccionadas por las industrias nacionales. En el caso de Medellín, aunque los niveles de crecimiento urbano alcanzados hicieron del centro de la ciudad un lugar caracterizado por el caos vehicular y la construcción acelerada de edificios, esto no fue un obstáculo para que conservara su liderazgo como zona comercial ideal para establecer un almacén de prestigio.

En el panorama citadino, estos establecimientos se ubicaron estratégicamente entre las carreras 54 y 47 y entre las calles 49 y 53, específicamente en las calles y carreras de nombres reconocidos por los citadinos, como Junín (carrera 49), Ayacucho (calle 49), Bolívar (carrera 51), Sucre (carrera 47), Colombia (calle 50), Cundinamarca, Cúcuta (carrera 54), Maracaibo (calle 53), Palacé (carrera 50), Boyacá (calle 51).[53]

Las estrategias utilizadas por los almacenes para atraer nueva clientela y promocionar sus productos fueron variadas,

53 Cada uno de estos almacenes se enfocaron en un sector del mercado de modas: las modas femeninas se pudieron encontrar en el Almacén Norka, Almacén Sandra, Almacén Lalinde, Almacén Moyra, Bel-Fashions, La Feria de Londres, Casa de Modas Bouquet, Almacén Jaime Gómez B., Boutique Feminella, Almacén Rafael Arango R., Almacén Modelos, Almacén Ana María, Almacén Valher, Almacén Lesur, Modas Orquídea, Modas Libia. El calzado femenino tuvo como puntos de venta el tradicional almacén Saraflor, Calzado Perfecto, Calzado Tonsy, Calzado Miami, Calzado Emir, Calzado Pacífico, Calzado Rubhy, Calzado Van-Lu, Calzado Schaparelli, Calzado Moda Itálica.

destacándose la financiación con el sistema de club y el crédito por cooperativas, las realizaciones y las liquidaciones de mercancía. Como una forma de presentar las últimas tendencias de la moda, algunos de estos almacenes recurrieron a la estrategia de organizar eventos o desfiles dentro de sus establecimientos, en los cuales se reunieron los miembros más prestantes de la sociedad en el rol de protagonista o espectador. El almacén Xócimos con motivo de la apertura del cuarto piso destinado a la exhibición de artículos para la mujer, presentó un desfile de modas con "elegantes damitas" de la sociedad en 1966. Casa Christian, uno de los almacenes más reconocidos en la ciudad por la calidad de sus trajes, ofreció otro desfile con "gran derroche de lujo y refinamiento", en donde las modelos lucieron gran variedad de vestidos según la ocasión (gala, coctel, calle, sport). El almacén Ana María de propiedad de la argentina doña Blanca Martínez de Zuluaga, reconocida por su figuración en varios eventos como modelo profesional y diseñadora, presentó su última colección de modelos de dos piezas (blusa y slacks anchos o falda con blusa), trajes deportivos, vestidos con estampados hasta más arriba de las rodillas.[54]

Los almacenes por departamento -modelo adoptado desde Estados Unidos-, tampoco se quedaron atrás en la promoción de sus prendas de vestir destinadas para un público más amplio y sin distinción de género o edad (caballeros, damas, jóvenes y niños). Dentro de esta gama de establecimientos se destacó el almacén de origen norteamericano Sears, que desde su fundación en 1956, comenzó a ser reconocido por la presentación de sus colecciones exclusivas de prê-à-porter en desfiles organizados dentro de su local ubicado en la calle Colombia con la 66. Cada final de año, el almacén Sears organizaba la presentación de las últimas tendencias de temporada para navidad y vacaciones con modelos reconocidas dentro de la sociedad, como las señoritas Vilma Kolhgruber, Olga Pumarejo, Mercedes Baquero, Vicky, Gloria, Zoé o las niñas Julia, Cremencia y Clara Victoria.[55]

54 Bellas damitas de la ciudad colaboran hoy en Xócimos". En: Nosotras, Medellín. Julio, 1966. no. 60, p. 66; Casa Christian inauguró los elegantes salones de Alta Costura. En: El Colombiano, Medellín.15, diciembre, 1967, p. 17; Fotografías de desfile de modas en Almacén. En: El Colombiano, Medellín.15, febrero, 1969, p. 17

Con un panorama comercial apropiado para la promoción de las últimas tendencias de la moda, no era extraño encontrar en las calles de Medellín mujeres exhibiendo los modelos de temporada, como si estuvieran deambulando por las avenidas de los centros de alta costura mundial. A principios de la década, la elegancia no residió en los cortes rebuscados o complicados, sino en la "construcción del traje", en los pliegues o panales, en las filas de pespuntes, hábilmente dispuestos para realizar los materiales; en la originalidad de los botones; en los colores, desde el negro y el blanco o castaño, que siempre fueron los preferidos por las mujeres elegantes, hasta los marrones de la temporada o los más ardientes, como el azul chino o toda la gama de rojos. Corpiños de extrema sencillez, faldas ampliadas abajo por medio de pliegues profundos, blusas-túnicas o el sastre suéter, tuvieron bastante acogida entre ellas.

La versión moderna de las "mujeres" de 1920 se impuso con las faldas acampadas y plisadas tapando un poco la rodilla, talles bajos y vestidos sin mangas, que pretendieron resaltar una silueta más juvenil y ligera para las múltiples ocupaciones de las "mujeres modernas", pero sin dejar de lado la elegancia. Respecto a la cintura, algunos de los grandes diseñadores la hicieron desaparecer, pero la mayoría favoreció la línea un poco debajo de la cintura natural. En cuanto al estilo de peinado, se impuso la tendencia vigente en París de lucir el cabello corto con una línea curva para enmarcar el rostro.

Aún entre las citadinas, especialmente de estratos altos y medios, subsistió la idea de vestirse según el momento y el lugar del día: mañana, tarde y noche, se convirtieron en los adjetivos calificativos de los vestidos, así como las palabras sport, vacacional, coctel, playa. Se promocionaron trajes para todas las ocasiones, particularmente los apropiados para fiestas y eventos como

55 Desfile de modas navideñas hoy jueves a las 7:00 p.m. En: El Colombiano, Medellín. 21, noviembre, 1960, p.13; Muy elegante estuvo el desfile de modas de SEARS. En: El Colombiano, Medellín.1, diciembre, 1968, p. 17; Hoy 5:30 en Sears Sensacional desfile de modas colección prê-à-porter. En: El Colombiano, Medellín. 3, diciembre, 1970, p. 7

matrimonios, cocteles y reuniones sociales, que fueron elaborados con finas sedas, chiffon, raso o terciopelo y adornados con encajes, crespones y drapeados. Las faldas eran semientalladas y variaron en su altura, sin sobrepasar más allá de las rodillas. El estilo imperio continuó vigente, con modelos en túnicas que iban hasta la altura del pecho, otorgándole mayor preeminencia a la exhibición de los hombros y el escote. Otras, en cambio, lucieron cuellos altos en la parte de adelante, mientras la línea de la espalda quedaba descubierta. Irónicamente, en una ciudad sin estaciones, los abrigos todavía fueron catalogados como prendas indispensables dentro del ropero femenino, símbolo de elegancia y distinción de la mujer. Sin embargo, la imagen representativa de los abrigos amplios y largos quedó atrás, para imponerse un estilo diseñado con pana o terciopelo, cuya línea se caracterizaba por ser semientallado, sin cuello y con mangas estrechas. También sobresalieron los chaquetones cortos que llegaban más abajo de la cadera.

Algunos modelos fueron inspirados en el ícono representativo de la moda y elegancia femenina del momento, Jacqueline Kennedy, quien se destacó por la sobriedad y sencillez de las formas de su vestuario diseñado principalmente por el parisino Oleg Cassini. Los trajes se caracterizaron por una cintura ajustada y faldas hasta la rodilla, con escotes poco profundos y redondos. Algunos de los modelos informales consistieron en talegos sin mangas o faldas acompañadas con un jersey. Para eventos más formales se destacaron trajes de tres piezas confeccionados en la misma tela, con chaquetas a la altura del talle, grandes botones en hileras, mangas tres cuartos semianchas y cuello redondo estilo chino.

Con bastante resonancia entre las mujeres jóvenes llegó la moda colegiala, para imponer un estilo caracterizado por la sencillez de las formas y la libertad de movimiento. Dentro de esta tendencia, las faldas plisadas hasta la rodilla se destacaron porque tuvieron la ventaja de encubrir las caderas en quienes sobresalían excesivamente. Una camisa de colores sólidos o suéter que debía hacer juego con la chaqueta a la altura de talle confeccionada en tweed o franela, completaba el conjunto. Entre las mujeres

trabajadoras, especialmente en el sector de servicios y comercio, el eterno traje sastre era la prenda predilecta al simbolizar la elegancia y la buena presentación. Las diferentes variedades de diseños sobresalieron por el uso de faldas rectas ajustadas o en línea A, acompañadas de blusas y chaquetas ceñidas al cuerpo hasta la altura de la cadera, adornadas con botones grandes y pespuntes. Asimismo se destacó el uso de conjuntos compuestos por una falda recta y camisa estilo saco, sin cuello, con mangas ¾, abotonado a un costado o en la parte trasera.

Para las vacaciones y el hogar, los diseños se caracterizaron por el uso de telas lavables, la comodidad de sus formas, los colores alegres y los estampados florales. Los modelos náuticos elaborados en algodón estuvieron compuestos por un blusón, una falda y una chaqueta roja o azul. Las faldas pantalón y los pantalones entubados a rayas o de un solo color, fueron usados con jerseys ajustados al cuerpo o camisas con mangas ranglan (empiezan en el cuello y cubren los hombros) o manga sisa. Entre las mujeres más atrevidas en desafiar los cánones morales y religiosos, se hizo común los pantaloncitos muy arriba de la rodilla, con blusas semiajustadas y un cinturón para destacar aún más los atributos femeninos. Complementaron el ajuar, el tenis elaborado con tela y suela de goma, junto con los zapaticos estilo bailarina con puntas redondeadas.

El estilo casual procedente de Estados Unidos también sobresalió, imponiéndose las siluetas delgadas estilo chanel. De esta tendencia hicieron parte los vestidos ajustados con cinturones, sin mangas y con cuellos que terminaban en puntas muy largas y los trajes sin corte en la cintura y con un borde alrededor del cuello. Prendas separadas ampliaron el guardarropa, jumper en tweed acompañado de blusa de cuello subido en nylon elástico, faldas en tweed o franela acompañadas de suéter para salir de la ciudad y el campo.

No siempre estas tendencias de la moda estuvieron al alcance de muchas mujeres, quienes tenían pocos recursos económicos para vestirse según sus reglas. Pero tampoco en este caso tuvo

aplicación el dilema de comer o estar a la moda, porque este problema fue resuelto mediante la labor realizada por un grupo de costureras o modistas habilidosas para copiar y adaptar los estilos de vestuario promocionados en los figurines o en los patrones difundidos en los periódicos y revistas, como "Cosiendo en el hogar" de *El Colombiano*, y "Patrones de París" de Ediciones Montsouri publicado en *El Obrero Católico y Cromos.*

Si el interés radicó en aprender a diseñar sus propios trajes, las mujeres medellinenses tuvieron varias opciones: las becas, las academias de aprendizaje o los cursos por correspondencia. En el primer medio disponible se incluyó la campaña publicitaria "La yarda mágica" de Fabricato, que pretendió promocionar la compra de sus telas a través de la rifa de becas para realizar cursos de modistería o la dotación de equipos completos para la costura en el hogar. El aprendizaje de las técnicas como segunda opción fue posible en la "Academia de Corte Americano" ubicada sobre la calle Ayacucho por San Félix, en la cual se ofrecieron cursos sobre el sistema de corte y costura americano impartidos por una profesora graduada en el exterior, garantizando a sus estudiantes el aprendizaje de la confección de trajes de alta costura en tan solo cuatro meses. Igualmente, la diseñadora de Pepalfa Alicia Ángel Restrepo, dictó clases de alta costura en forma ocasional en la Casa Ufemi y en el Centro Colombo Americano con la profesora Marichita Gallejones de R. En cuanto a la tercera posibilidad, la Universidad Popular Sudamericana de Buenos Aires promocionó la adecuada utilización del tiempo libre en el hogar, mediante la compra de un curso de corte y confección por correspondencia, que incluyó gratuitamente un equipo de costura, un corte para vestido y un corte para blusa.

A mediados de la década, como expresión de los renovados pensamientos e ideas que inspiraron en los jóvenes un espíritu de rebeldía y de crítica a la sociedad tradicional, apareció un nuevo concepto de ropa juvenil producto de la fuerte influencia

56 Blog Historia de la moda [en línea]. [Consultado 10 de enero, 2012]. Disponible en Internet: http://historiadelamodacolombia.blogspot.com/

norteamericana, que fue catalogada con el adjetivo de "experimental" al dejar atrás la elegancia y distinción de años anteriores, signos aparentes del poder y ostentación ambicionado dentro de la sociedad tradicional capitalista. Las telas sintéticas y los accesorios elaborados en materiales plásticos como vinilos (gafas, botas de caña alta y cinturones anchos), fueron creados con estampados y colores fuertes. Poco a poco, el alto de las faldas fue subiendo por encima de las rodillas, hasta convertirse en las llamativas minifaldas que estuvieron en boga en Europa y Estados Unidos.[56] Los vestidos en forma de talego por encima de la rodilla, con una cintura y busto poco acentuado, también fueron apetecidos por las mujeres que desearon expresar su espíritu juvenil y descomplicado. Asimismo, la línea Op Art impuso en las telas diseños geométricos en blanco y negro que generaban ilusiones ópticas.

Ilustración 1
Anuncio de la Academia de Corte Americana en *El Colombiano*. Medellín, 28, enero, 1962, p.

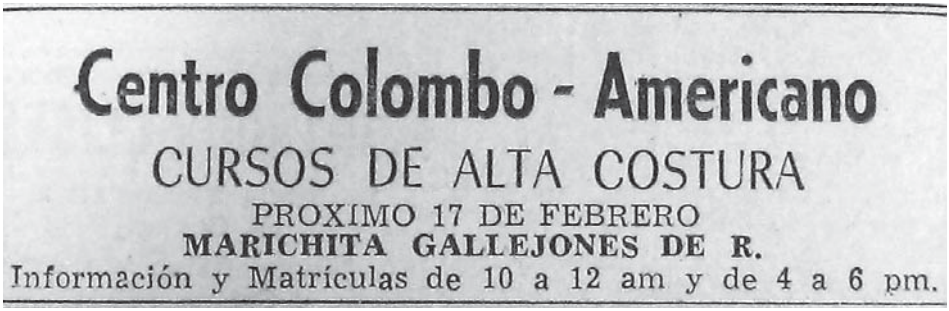


Ilustración 2
Anuncio de cursos de Alta Costura en el Centro Colombo-Americano en El Colombiano. Medellín, 16, febrero, 1966, p. 16

Dentro de esta tendencia, se promocionó con mayor fuerza el vestuario de tipo sport indicado más para realizar actividades alejadas del trabajo y de las fiestas (salidas de campo y las vacaciones), que para desarrollar ejercicios físicos. La marca Mc Gregor lanzó al mercado una línea femenina diseñada con telas y materiales nacionales, caracterizada por su comodidad para usarla en diferentes espacios y actividades como la calle, los deportes, la casa o el tiempo de descanso vacacional. Los adelantos en el segmento de la ropa femenina tipo sport, fueron un aliciente para la realización de diferentes desfiles en clubes y almacenes, como el desfile hecho en el Club Unión de Medellín patrocinado por Dupont, confecciones Colibrí, Ralko, Perugia, London, Rombay, Zephyr, Pat Primo, Wrangler, Lady Mc Gregor, en el cual se presentaron las últimas tendencias en telas y confecciones colombianas, especialmente, en el diseño de slacks y faldas, vestidos sport y suéteres cerrados.[57]

Con respecto al tema de la comodidad, la publicidad y los almacenes de vestuario promovieron con mayor fuerza los jeans, sin importar la procedencia social y el género sexual de los consumidores. Rápidamente, este segmento del mercado fue abastecido por las industrias de confecciones existentes en el país.

57 Desfile de modas en el Club Unión. En: El Colombiano, Medellín. 24, noviembre, 1964, p. 18

La importante demanda de este tipo de prendas, permitió que los jeans marca "Lee" y "Wranglers" dejaran de ser un artículo de lujo entre quienes pudieron solventar el alto precio de su importación, para inundar el mercado con precios económicos en los más de cien almacenes diseminados en el país (Bogotá, Cartagena, Barranquilla, Cúcuta, Santa Marta, Ipiales, Manizales, Pereira, Armenia, Medellín, entre otros) y en los doscientos municipios donde se distribuyeron estas prendas.[58] En el campo de las confecciones, la ciudad de Cali se destacó por la existencia de industrias textileras dedicadas a la confección de ropa informal. En 1961 Luis Funes fundó Oxfocron, una industria fabricante de prendas "ready to wear" como faldas plisadas, ropa de verano, vestidos de viaje, slacks y blusas confeccionadas con fibras poliestéricas. Bajo el lema de la "exclusividad", pretendió confeccionar sobre pedido y en series reducidas, para reservar la singularidad de sus diseños a los clientes de los principales almacenes de "artículos de lujo" del país. Adicionalmente, su estrategia de mercadeo incluyó la consulta de las mejores revistas de moda internacionales para el diseño de los trajes y el cambio de los modelos cada cuatro meses, según indicaba la costumbre norteamericana y europea.[59]

Esta creciente tendencia unisex en la moda permitió la paulatina eliminación de los conceptos negativos relacionados con el uso de los pantalones femeninos, tal como se hizo evidente en el pasado en las declaraciones de monseñor Miguel Ángel Builes, quien los catalogó de "dulce tiranía" que pervertía y paganizaba a las mujeres al ponerlas en contra de las costumbres humanas y de las santas escrituras.[60] A pesar de esta posición, pronto comenzaron a aparecer las mujeres poco temerosas a ser juzgadas por vestir los pantalones, los leotardos elásticos y los jeans en su cotidianidad. La variedad era tal que aparecieron modelos destinados para

58 Este es el caso de Confecciones El Roble de Bucaramanga, industria que producía anualmente 10.000 prendas diarias con telas exclusivamente nacionales, entre la camisería y pantalones para hombres, y los shorts y jeans para las mujeres. Confecciones El Roble. En: El Colombiano, Medellín. 3, noviembre, 1961, p. 11

59 "Las reinas de Belleza les han dado a estos trajes su fama y esplendor OXFOCRON". En: Cromos, Bogotá. Diciembre 20, 1965. no.2519, pp. 46-47

60 BUILES, Miguel Ángel. Cartas pastorales: 1924-1939. Medellín: Bedout, 1958, pp. 89-90

diferentes actividades y espacios. Este fue el caso de los jeans y slacks Wrangler confeccionados con telas Coltejer, que fueron diseñados en diferentes estilos y colores llamativos (amarillos, azules, verdes, rosados): el "mini jean" que dejó al descubierto gran parte de las piernas; el "playa jean", una prenda de largo hasta la rodilla; el jean "kini" que iba hasta el tobillo y, la "bermuda jean", un poco más arriba de la rodilla.

Para finales de la década del sesenta, en el escenario musical hicieron su aparición los intérpretes de la llamada "Nueva Ola" en Colombia, quienes encontraron en las letras de los poetas nadaístas como Jota Mario, Pablus Gallinazo, Gonzalo Arango y Elmo, las mejores canciones que inmortalizaron una tendencia ligada a la pasión y mística de la juventud del momento, ansiosa por romper con el orden moral preestablecido y los antiguos esquemas sociales de la tradición, el conformismo y el apego a la familia. Ritmos que conjugaron el twist, el rock and roll, el estilo musical de los Beatles o Elvis Presley y la ferviente crítica al orden establecido, junto con el deseo de paz y amor, fueron el punto de inicio de una generación de cantantes y conjuntos musicales de la tendencia go-gó y ye-yé.[61]

Bajo este panorama, la moda y la música ya se habían conjugado para reinventar las tendencias en el vestuario, fundamentalmente en los trajes juveniles. Aunque las minifaldas eran una prenda común en las calles colombianas desde principios de la década, la moda go-gó y ye-yé trajo consigo diseños más amplios que permitieron los movimientos frenéticos surgidos al son de "Los Zapatos de Pom Pom". Los "minivestidos" igualmente hicieron parte de los mejores ajuares lucidos en las discotecas por mujeres jóvenes, destacándose por su altura mínima, las mangas largas y holgadas, los cuellos angulosos, y los estampados de flores y cuadros en colores llamativos. Todo lo anterior se complementó

61 Algunos de los representantes de esta tendencia musical fueron Lyda Zamora, Maryluz, Harold, Billy Pontony, Oscar Golden, "Los Yetis" de Medellín, Los Speakers, Los Flippers, los Young Beats, Los Demonios de Cali, Los Beatniks, Los Caminantes y otras agrupaciones que imitaron esta tendencia musical.

con un estilo de cabello corto con apariencia despeinada, y con las botas plásticas hasta las rodillas o los zapatos de “abuelita”, acompañados de leotardos ajustados. En el caso de los hombres, aunque su indumentaria no fue tan llamativa en el uso de colores y

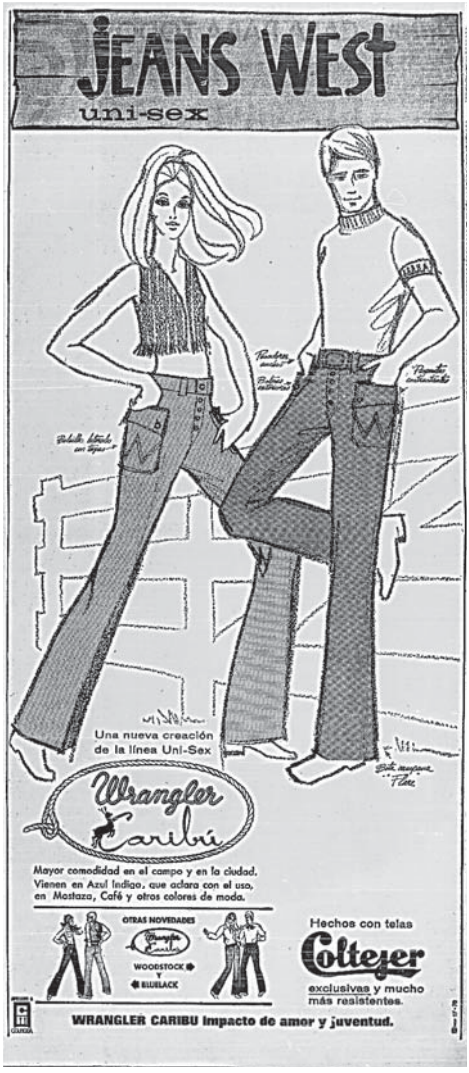


Ilustración 3
Anuncio pantalones unisexo Wrangler en *El Colombiano*. Medellín, 6, diciembre, 1970, p. 27

formas, sus ídolos del momento como The Beatles, inspiraron entre sus seguidores al mejor estilo de la tendencia mod o teddy boy, el uso de cabelleras abundantes y pantalones, chaquetas estilo americanas con tres botones entalladas, botas de cuero, jersey cuello de cisne.

Vientos de cambio en el mundo de la moda también aparecieron como producto del movimiento hippie procedente de Estados Unidos, que fue emulado en gran parte de Europa y el sur del continente americano. La música rock comenzó a ser parte del panorama juvenil y con esto llegaron las influencias de este movimiento con una notable cantidad de proyectos musicales, conciertos al aire libre, happenings y recitales de poesía organizados en las diferentes ciudades del país. Dentro de esta gama de expresiones artísticas cercanas a la búsqueda de la paz mundial, el amor libre y el cuidado de la naturaleza, se organizaron el Festival de la Vida en el Parque Nacional de Bogotá en 1970 y el Festival de Ancón (Caldas-Antioquia) en 1971.[62]

La moda no fue ajena a estas expresiones en boga entre los jóvenes de la época, quienes encontraron en el vestuario la mejor forma de sentar la diferencia con respecto a los adultos y ejercer una especie de "culto" hacia la juventud. Con o sin interés por demostrar su posición frente al mundo y la sociedad, a finales de la década del sesenta las calles de Medellín se vieron inundadas de trajes influenciados por la tendencia hippie, diseñados preferentemente con materiales naturales como la seda, la lana y el algodón. Los pantalones bota campana y las blusas anchas

62 Ante la mirada atónita de las autoridades religiosas católicas y su cuerpo secular, que lo señalaron como un espectáculo contra la moral y las buenas costumbres, el Festival de Ancón fue resultado de la labor desarrollada por Gonzalo Caro "Carolo" y sus compañeros, en el cual se congregó entre el 18 y 20 de julio en el sector de La Tablaza (Caldas) a una gran cantidad de jóvenes, quienes estaban deseosos de escuchar los nuevos ritmos extranjeros interpretados por agrupaciones locales como Riders, Los Mosters, Conspiración del Zodiaco, La Banda Universal del Amor, Terrón de Sueños, Los Flippers, Galaxia y Gran Sociedad del Estado, Los Laser, Free Stone, Columnas de Fuego. GARCÍA, Juan José.Ancón 71, el festival hippie del amor y la paz [en línea] [Consultado 24 de Enero, 2012] . Disponible en Internet: http://www.elcolombiano.com/proyectos/Ancon2005/notas/ancon71_historia.htm; GARCÍA, Juan José. La prensa, testigo de Ancón [en línea] [Consultado 24 de Enero, 2012]. Disponible en Internet: http://www.elcolombiano.com/proyectos/Ancon2005/notas/prensa.htm

hasta las caderas, comenzaron a ser utilizados sin distinción de géneros. Las cabelleras largas sin grandes artificios fueron una constante principalmente entre las mujeres. Paulatinamente, los diseños sicodélicos influenciados por los efectos de los alucinógenos que generaron una explosión de colores y formas, dieron paso a las tendencias étnicas y naturales con la profusión de los colores neutros, caqui, arena, azul grisáceo, oliva. Aunque existió una aparente tendencia hacia la uniformidad, el espíritu individualista impulsado por la generación de hippies sobrevivió en los guardarropas de las personas que escogieron sus piezas de vestir de acuerdo a su personalidad. De esta forma, la uniformidad y el espíritu individual comenzaron a convivir en un pacto sellado en la moda, sin enfrentamientos y en libertad.

1.3 Las mujeres en el contexto nacional

A partir de la década del cincuenta, en Colombia comenzaron a generarse importantes cambios en las relaciones entre hombres y mujeres, fundamentalmente en el campo económico, al incorporarse un buen número de mujeres casadas en las diferentes industrias, oficinas y almacenes, quienes sujetas a la necesidad de asegurar los recursos económicos para sus familias, asumieron con mayor responsabilidad, madurez y disciplina su labor como empleadas asalariadas. Así, la figura de la mujer trabajadora sufrió una transformación al pasar de ser una joven soltera dedicada al trabajo productivo para sostener a su familia, a una mujer casada enfrentada al cumplimiento de una doble jornada en el trabajo y en el hogar como madre de familia y esposa.[63]

Estas circunstancias que florecieron desde varios años atrás como muestra del creciente cambio en las formas de pensamiento con respecto a las relaciones entre los dos sexos, empezaron a tener eco dentro de un sector representativo de la sociedad,

63 REYES, Catalina y SAAVEDRA, María Claudia. Mujeres y trabajo en Antioquia durante el siglo XX: Formas de asociación y participación sindical. Medellín: Escuela Nacional Sindical, 2005, p. 95

generando importantes debates relacionados con el estatus político de la mujer y su capacidad de decisión en diferentes ámbitos, su profesionalización, y los nuevos roles que asumió como mujer trabajadora y profesional. No obstante, aún faltaba un amplio camino por recorrer en la defensa de sus derechos, en la medida que debieron enfrentar una cultura general anclada en los antiguos preceptos morales y religiosos cimentados en un orden patriarcal y, paradójicamente, en un tipo de mujer caracterizado por la defensa acérrima del orden tradicional.

Ya en las décadas anteriores, estas transformaciones se revelaron en el mundo laboral, gracias a la creciente demanda de nuevos empleos generada por el proceso de industrialización. En el caso de las mujeres, fueron reconocidas por su habilidad manual para desarrollar tareas importantes en las industrias de textiles, alimentos y de cigarrillos. Luz Gabriela Arango señaló que en 1966 la región bogotana ostentó el 30% del empleo femenino en el sector industrial, frente a un 25% que se localizó en la región antioqueña, un 15% en el Valle del Cauca y un 9% en el Atlántico.

Las expectativas de una industria boyante como fuente generadora de empleo femenino, no obstante, comenzaron a ser eliminadas ante el proceso de masculinización generado por la exigencia de personal calificado para trabajar en las industrias más tecnificadas.[64] La razón principal de esta caída obedeció, en gran parte, a la incorporación de los métodos de ingeniería estándar conocidos como taylorismo, que propiciaron la creciente masculinización de muchos procesos industriales y, paradójicamente, a las políticas de bienestar social fomentadas por las grandes empresas y el Estado entre 1950 y finales de 1960,

64 A pesar del amplio camino allanado en la industria por parte de las mujeres, en la década del sesenta se presentó una notable reducción en su participación en los sectores de textiles, alimentos, bebidas y tabaco: la industria de alimentos registró un descenso de un 40% en 1945 a un 29% en 1966; la industria de bebidas pasó de 30% al 11%; tabaco, del 83% al 49%, y textiles, del 51% al 36%. Hacia 1970 el censo industrial realizado por el DANE mostró un total de 347.159 personas económicamente activas, entre las cuales se contabilizaron 95.351 mujeres (28%) laborando en el sector secundario, principalmente en la industria de alimentos y bebidas (13.788), textiles (21.037) y confecciones (20.830).
DANE. III Censo Industrial 1970. Bogotá: DANE, 1976, pp. 72-85

que pretendieron fortalecer el modelo de familia obrera centrado en el trabajo desarrollado por las mujeres en el hogar.[65]

A raíz de esta situación, las mujeres se fueron incorporando al sector terciario, debido a la creciente incorporación del país en la dinámica mundial comercial y a la implementación de nuevos adelantos tecnológicos en diferentes áreas de servicios (servicios públicos, financieros, comerciales, comunicaciones, medios de transporte, servicios educativos y de salud). En este contexto, en las cifras de distribución de la población empleada para 1964 se constató el creciente repunte de las mujeres en las actividades administrativas relacionadas con el comercio y los servicios -representado en un 18.3% frente a un 7.2% de los hombres- y las actividades de oficina con un 36%, mientras que las actividades fabriles fueron desarrolladas en su gran mayoría por el sexo masculino, hasta alcanzar un 42% con respecto al 10.2% de las mujeres. En cuanto a las actividades propiamente profesionales y técnicas, nuevamente ellas presentaron un repunte del 10.6% con respecto al 3.7% de los hombres.

Estas cifras tan halagadoras no pudieron ocultar una cruda realidad para el sexo femenino, especialmente para aquellas mujeres pertenecientes a los estratos más bajos de la población, quienes tuvieron pocas opciones en el mercado laboral, hasta el punto que un 32,1% debieron emplearse como trabajadoras domésticas y un 18.3% desarrollaron por cuenta propia actividades empresariales de pequeño y mediano alcance como las artesanías.[66] Asimismo, se pudo comprobar que los cargos administrativos, directivos y de supervisión, fueron controlados por los hombres y que la mayoría de las actividades económicas desarrolladas por ellas actividades comerciales y de oficina no requirieron niveles altos de estudio más allá de la secundaria. En el caso de los sectores donde participaron en mayor número (artesanías y servicio doméstico), solo se exigía el nivel de

65 ARANGO, Luz Gabriela. El proletariado femenino entre los años 50 y 70. En:VELÁSQUEZ, Magdala (ed.). Las mujeres en la historia de Colombia. Bogotá: Norma, 1995, pp. 508-509
66 CASTRO, Beatriz (comp.), La sociedad colombiana: Cifras y tendencias. Cali: Universidad del Valle, 2009, p. 254)

enseñanza primaria. Únicamente la categoría correspondiente a los profesionales técnicos se caracterizó por alcanzar el nivel universitario, aunque en un porcentaje mínimo. En este último ramo, Virginia Gutiérrez de Pineda señaló que su participación se explicó porque incluyó a los maestros, una ocupación que no constituyó un avance significativo en la medida que desde siglos anteriores este oficio, caracterizado por los bajos salarios y horarios exhaustivos de trabajo, fue considerado como una prolongación de la "tarea de socialización asignada a la madre.[67]

Estas nuevas circunstancias reflejadas en el ámbito nacional también florecieron en Medellín, una ciudad que presentó un notable crecimiento económico en la década del sesenta, propiciado por el desarrollo de la industria y del sector terciario. Como consecuencia de esta situación, en el periodo de 1938 a 1964 se evidenció en los censos de 1938, 1951 y 1964, una buena cantidad de población económicamente activa. En el caso específico de las mujeres, las cifras estadísticas mostraron su progresivo aumento como sujetos activos dentro de la economía, especialmente en el periodo comprendido entre 1951 y 1964, cuando alcanzó casi a duplicarse al pasar de 36.921 a 66.780 de empleadas. Sin embargo, porcentualmente este crecimiento no fue tan significativo al compararse con el registrado por los hombres, presentando incluso un retroceso significativo en el peso de la población económicamente activa, hecho que pudo ser debido al progresivo dominio masculino en los sectores de textiles y bebidas, los cuales fueron ocupados anteriormente por una buena cantidad de mujeres.

Desde décadas anteriores, la ciudad ya había experimentado la creciente movilización de mujeres, la gran mayoría procedentes del campo, para trabajar como obreras en las industrias que comenzaban a florecer como consecuencia de la dinamización de la economía de mercado en el mundo y debido al crecimiento en los niveles de consumo en el país.[68]

67 GUTIÉRREZ DE PINEDA, Virginia. Dinámica del status-rol femenino. En: LEÓN DE LEAL, Magdalena. La mujer y el desarrollo en Colombia. Bogotá: Asociación Colombiana para el Estudio de la Población, 1977, p.347

Según el DANE, la participación de la mujer en la industria reportó entre 1965 y 1974 una cifra cercana al 25.37%, distribuida en gran medida en los siguientes sectores industriales: los sectores que tradicionalmente habían empleado mujeres como la industria textil y la industria de alimentos reportaron un 31,8% y un 32,9%, respectivamente. Dentro de este panorama, el porcentaje de mujeres empleadas se concentró principalmente en el ramo del vestido y la confección, un sector que paulatinamente absorbió un alto porcentaje de ellas: de un total de 7901 personas empleadas, 6393 mujeres ocuparon las vacantes en esta industria (80,91%).[69] Un repunte importante también se destacó en otros sectores industriales, que empezaron a crecer como consecuencia de la demanda externa e interna generada por los hábitos de consumo y los cambios en los niveles del mercado de bienes. Los porcentajes más altos se concentraron en la industria del cuero, en la cual se reportó un 43% de mujeres obreras, seguido por la industria de productos químicos 40,8% y la industria de fabricación de vidrio 40,2%. En menor proporción apareció la industria del calzado (exceptuado el de caucho) 29,4%; plásticos 27%, caucho 24,3% y las imprentas y editoriales 24,1%. (Véase gráfico de barras)

Con el tiempo las mujeres fueron cediendo espacios en la industria, principalmente de textiles y alimentos. Entre 1945 y 1966 a pesar del notable crecimiento del empleo fabril anual cercano a un 44%, sólo un 2% correspondió a la participación femenina. En el caso específico de los grandes sectores tradicionalmente ligados al empleo de mujeres (textiles y alimentos), las cifras revelaron con

68 Magdala Velásquez señaló que, si bien ya se habían logrado notables avances en materia constitucional al afirmarse la libertad del individuo para realizar cualquier oficio o trabajo, la realidad para las mujeres fue bastante diferente durante gran parte del siglo XX. Entre las mujeres de estratos altos, el trabajo era "prohibido" porque ella actuaba como un objeto importante para lucir el estatus económico del marido (el estatus connubi como señala T. Veblen), el cual se reflejaba en el vestuario, las joyas, la buena alimentación y los momentos de ocio que les permitieron realizar actividades recreativas o de caridad social. Aunque las mujeres de clase media también buscaron imitar el estilo de vida de las clases altas, la crisis de 1930 fue el aliciente principal para vincularse en el mundo laboral como secretarias, ayudantes de contabilidad, vendedoras, entre otros. VELÁSQUEZ, Magdala. La lucha por los derechos de la mujer en Colombia. Trabajo de grado Historia. Medellín: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Económicas y Humanas, 1985, p. 95

69 DANE, Op. Cit., p. 194

mayor fuerza este notable descenso al pasar de un 89% de obreras en 1945 a un 70% en 1966.[70]

Pese a los cambios presentados en su participación en el sector industrial, las mujeres comenzaron a ingresar con mayor fuerza en el sector de servicios, que brindaba múltiples posibilidades de crecer profesionalmente y de ganar un salario mejor. A todo lo anterior, se sumó la oportunidad de desarrollar y explotar las cualidades comunes al sexo femenino como la dedicación, la gentileza, la sonrisa y las relaciones sociales, valoradas altamente por las actividades enfocadas en la prestación de cualquier tipo de servicio o en el comercio. No obstante, en el trasfondo del asunto se halló la idea latente de la incorporación en ocupaciones que no representaban necesariamente el abandono de sus hogares, y la asignación de espacios laborales aptos para su "naturaleza", que no competían directamente con los puestos de trabajo asignados a los hombres.[71]

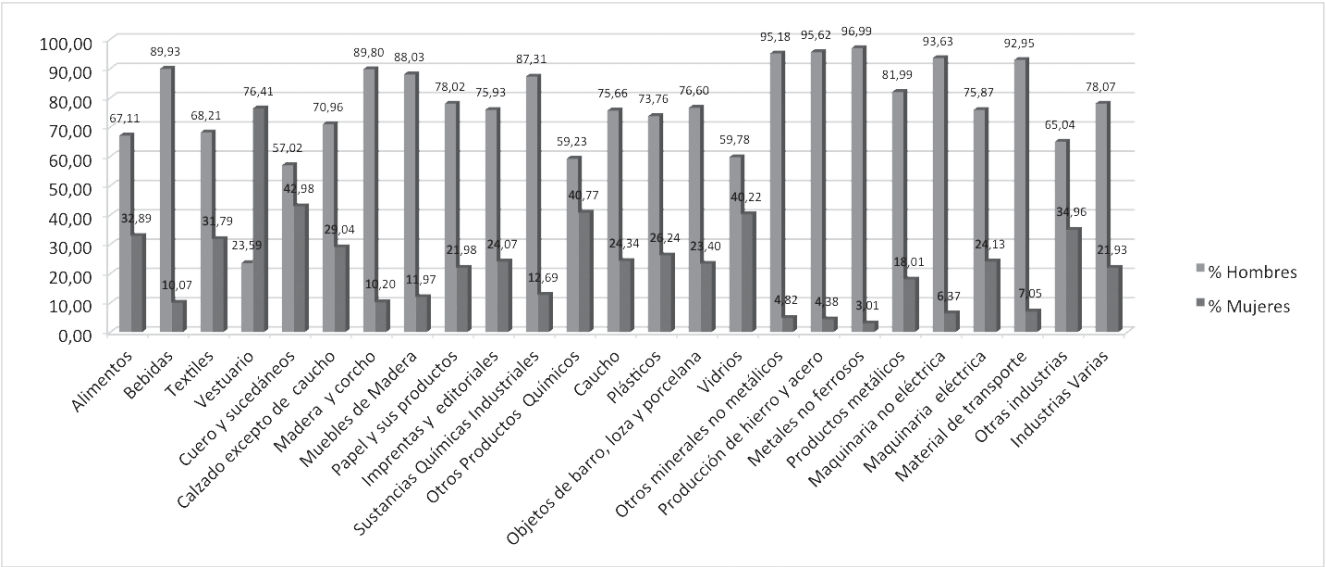
Cuadro 2. Población económicamente activa en Medellín según censos, 1951 Y 1964.[72]

CENSOS	POBLACIÓN ECONÓMICAMENTE ACTIVA				
	TOTAL	HOMBRES	HOMBRES %	MUJERES	MUJERES %
1938	64550	38394	59	26156	41
1951	126786	89865	71	36921	29
1964	218033	151253	69	66780	31

Hacia 1970 este proceso de transformación en la capacidad productiva femenina se hizo evidente en el comercio, al alcanzar

70 ARANGO, Op. Cit., pp. 506-507
71 RESTREPO SANÍN, Juliana. Mujeres, prensa escrita y representaciones sociales de género en Medellín entre 1926 y 1962. Tesis de Magíster en Historia. Medellín: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas y Económicas, 2011, p. 68
72 DANE. Medellín en cifras. Ciudad tricentenaria: 1675-1975.Bogotá: DANE, 1976, p. 56

Gráfico 1. Actividades económicas por sexos en Medellín[73]



73 DANE. Medellín en cifras: Ciudad Tricentenaria, 1675-1975. Bogotá: DANE, 1976, p. 194

el porcentaje representativo de 31,4% correspondiente a 5.571 empleadas. La diversidad de actividades existentes en este subsector permitió su desempeño en diferentes áreas, registrando la mayor cantidad de personal en la venta de prendas de vestir y calzado, seguido del sector de la distribución de automóviles, motos, bicicletas, accesorios y repuestos, representado en un 42,6%. Al analizarse específicamente las agrupaciones independientes, fue posible detectar que el subsector dedicado a la venta de mercancías como productos alimenticios, bebidas y tabaco; textiles, (exceptuando confecciones); prendas de vestir y accesorios; drogas y preparados de tocador y otros (joyería, relojerías, artículos ópticos), incorporó un 73% del personal femenino.[74]

Aunque el panorama económico se vislumbró bastante halagador para las mujeres, en comparación con épocas anteriores cuando sus responsabilidades estuvieron relegadas al ambiente doméstico y a la educación de los hijos, la década del sesenta no se distinguió como un periodo de cambios radicales en materia de las representaciones relacionadas con el papel que debieron cumplir en la sociedad.

Si bien en el ámbito jurídico ya se habían realizado reformas sustanciales para el reconocimiento de algunos derechos,[75] entre los sectores tradicionales aún persistió el pensamiento que relacionaba la actividad laboral con el olvido de su papel más importante asignado "naturalmente" como ama y señora del hogar.

---

74 DANE, Op. Cit., p. 167

75 La ley 28 de 1932 ya había sentado un buen precedente en este sentido, al consagrar la libre administración y disposición de los bienes pertenecientes a cada uno de los cónyuges, eliminando consecuentemente la autorización marital para que la mujer administrara los recursos económicos y contratara libremente sin la autorización legal de su esposo. En 1950, el Código Sustantivo de Trabajo mediante los artículos 236 a 246, estipuló la licencia de maternidad remunerada por ocho semanas. Más adelante, se aprobó dentro de la normatividad laboral el principio que consagró igual remuneración sin distinciones de sexo (1962) y la aprobación del derecho de lactancia durante los 6 primeros meses de vida (1967). No obstante, en cuanto al reconocimiento del principio de igualdad en la remuneración tanto para hombres como mujeres, Catalina Reyes y María Claudia Saavedra señalaron que solo fue objeto de reglamentación en 1981, cuando se determinaron medidas para eliminar la discriminación laboral, se proporcionó igualdad de oportunidades para la capacitación, se permitió la libre elección de la profesión y el empleo, y se promovió la seguridad social y la protección a la maternidad". VELÁSQUEZ, Op. Cit., p. 96 y REYES Y SAAVEDRA, Op. Cit., pp. 77-78

Esta representación fue una constante en la década –aun cuando se hicieron debates con respecto a su vigencia- y llegó a constituirse en una limitación para poner en la práctica las leyes destinadas a la protección de sus derechos. Incluso, frente a esta discordante situación vivida entre las leyes y la realidad, la mayoría de las mujeres trabajadoras no intentaron hacer valer sus derechos laborales a través de los sindicatos. Las razones de su ausencia radicaron en dos aspectos. Por una parte, las representaciones vigentes en la sociedad pasaron su cuenta de cobro por su incorporación al mundo laboral desde décadas anteriores y, a su rol de mujer trabajadora, también se agregó el de ama de casa y esposa, motivo por el cual no disponía de tiempo suficiente para realizar activamente un papel dentro de los sindicatos. Por otro lado, en el caso de Antioquia, fue una constante la existencia de una cultura política que desconocía su liderazgo sindical y sus derechos políticos, económicos y laborales. En cuanto a sus aspiraciones ideológicas relacionadas con su propio género, las pocas mujeres que participaron de estas organizaciones no se hicieron sentir, porque no entendieron sus objetivos como propios y separados de los intereses de los hombres. Por esta razón, no fue extraño que las pocas sindicalistas se limitaran a realizar tareas mecánicas, organizativas y logísticas de poca valoración entre los hombres.[76]

Aunque el mutismo de la sociedad con respecto a los derechos de la mujer fue una constante en la década, no se puede dejar de lado la aparición de pequeños grupos de individuos que involucraron tanto hombres como mujeres, quienes desde años anteriores comenzaron a reivindicar el cumplimiento de una serie de prerrogativas negadas bajo el influjo de las representaciones tradicionales. Para Virginia Gutiérrez de Pineda, este proceso lento y conflictivo requirió de dos circunstancias interrelacionadas: la primera hizo referencia a un tipo de mujer y hombre "especial" que empezaba a crear conciencia del "estatus-rol" adscrito al sexo femenino y de los condicionantes culturales que lo respaldaban. El segundo, producto de las presiones externas constituidas por los

76 REYES Y SAAVEDRA, Op. Cit., pp. 112-113

avances tecnológicos y los cambios de una economía ruralizada de subsistencia hacia una economía capitalista desarrollada en los centros urbanos, incidió en el paulatino ingreso de ellas en la educación profesional para poder competir en el campo laboral y asegurar mejores ingresos.[77]

Si bien las concepciones y representaciones estuvieron arraigadas dentro de un sector muy ligado a los pensamientos expuestos por la Iglesia, las estadísticas sobre su nivel educativo comenzaron a revelar algunos cambios mínimos: en los censos de 1938 y 1951 se registraron 49% mujeres alfabetas, mientras que en 1964 se presentó un leve aumento del 51%.[78] Cabe resaltar que las cifras correspondientes a la variable de alfabetización se relacionaron con el grado de urbanización presente en las cuatro ciudades de mayor crecimiento económico como Bogotá, Medellín, Cali y Barranquilla, donde la oferta educativa privada y pública de primaria y secundaria era mayor, además de las notables ventajas en la disponibilidad de planteles y personal calificado como docente. Asimismo, esta situación fue una respuesta a la mayor exigencia por parte de la población urbana, que en aras de una mejor calidad de vida y de un mercado laboral cada vez más exigente, comenzó a ejercer una mayor presión por el mejoramiento en el nivel educativo.

En el estudio sobre la mujer realizado por Hernando Ochoa y Magdalena León de Leal, se afirmó que a finales de la década del sesenta se lograron en los niveles de primaria y secundaria cifras cercanas a las registradas por los hombres, principalmente en las zonas urbanas de los departamentos de Antioquia, Valle, Atlántico, Caldas, Cundinamarca y el Distrito Especial de Bogotá.[79] Sin embargo, señalaron que fue característico el poco número que culminaban el proceso y la enseñanza de asignaturas

77 GUTIÉRREZ DE PINEDA, Op. Cit., pp. 333-363

78 OCHOA NÚÑEZ, Hernando y LEÓN DE LEAL, Magdalena. La mujer en el sistema educativo. En: LEÓN DE LEAL, Magdalena (dir.). La mujer y el desarrollo en Colombia. Bogotá: Asociación Colombiana para el Estudio de la Población, 1977, pp. 71-122

79 Como antecedentes importantes en la historia de la educación femenina se destacaron el decreto 1874 de 1932 que permitió su ingreso al bachillerato y el 227 de 1933, que otorgó el

tradicionales como costura, bordado, culinaria y puericultura. Esto último comenzó a superarse gracias a la entrada en vigencia del decreto 3157 de 1968, el cual suprimió la Sección Educativa Femenina en donde se impartieron modalidades de enseñanza de carácter femenino (Educación Secundaria Femenina, Educación Doméstica, Escuela de Orientación Rural y Escuela Hogar, Escuelas de Bacteriología, Delineantes de Arquitectura, Traductoras, Cerámica, Jardines Infantiles, Comercio, Enfermería Rural) y el decreto 080 de 1974, que diversificó el bachillerato a través de los Institutos de Enseñanza Media, donde se tuvieron en cuenta las habilidades individuales. La mayor concentración se registró en la modalidad de educación media normalista, que presentó un alto rendimiento interno debido a las pocas opciones laborales existentes en los otros sectores de la economía. Asimismo, la enseñanza comercial presentó una notable preferencia por parte de ellas: para 1967 habían 527 establecimientos educativos en esta modalidad, entre los cuales se contabilizaron 329 exclusivamente femeninos y 169 mixtos.[80]

En el caso de Medellín, la década del sesenta fue significativa para las mujeres, al presentarse una leve aproximación en la distribución porcentual relacionada con el acceso a la educación básica primaria y la educación básica secundaria. Al revisarse las

derecho de obtener el título de bachilleres para poder acceder a la enseñanza universitaria. No obstante, la realidad distaba mucho de la normatividad, en cuanto que la enseñanza no cumplió con los estándares de calidad en comparación con la educación impartida a los hombres. Además, no existió un plan de acción para resolver el acceso a los centros educativos de la mayoría de la población perteneciente a los estratos más pobres. Por otra parte, la enseñanza normalista se fortaleció aún más con el fin de preparar a las nuevas generaciones de docentes destinados para las escuelas primarias. Un hecho significativo fue la reforma a la Constitución en 1936, mediante la cual se reconocieron algunos derechos como el acceso a la educación profesional, el establecimiento del patrimonio de familia inembargable y la conservación de su nacionalidad en caso de contraer matrimonio con un extranjero. HERRERA C., Martha Cecilia. Historia de la educación en Colombia la República Liberal y la modernización de la educación: 1930-1946 [en línea]. [Consultado 05 de mayo, 2012]. Disponible en Internet: http://www.pedagogica.edu.co/storage/rce/articulos/rce26_06ensa.pdf y MONTOYA RUIZ, Ana Milena. Mujeres y ciudadanía plena, miradas a la historia jurídica colombiana. En: Opinión Jurídica, Medellín. Julio-Diciembre, 2009. vol. 8, no. 16, pp. 137-148

80 DE VIZCAYA Delina G. La legislación referente a la educación. En: LEÓN DE LEAL, Magdalena. La mujer y el desarrollo en Colombia. Bogotá: Asociación Colombiana para el Estudio de la Población, 1977, pp. 256-271

cifras relacionadas con el número de estudiantes que ingresaron a la enseñanza primaria en la zona urbana y rural de la ciudad, se constató que entre 1965 y 1971 la distancia entre ambos sexos presentó una ligera tendencia hacia la disminución, hasta el punto de mantenerse en promedio entre el 48% y 51% en las zonas urbanas. En las zonas rurales de la ciudad, las faenas diarias exigidas al sexo masculino y su temprano ingreso a la vida laboral en el campo, pudieron incidir en las cifras que evidenciaron una notable superioridad de ellas, especialmente entre 1967 y 1971, cuando el número de estudiantes matriculadas en los centros escolares pasó de un 56% a un 66.44%.

Un proceso similar se percibió en la enseñanza secundaria para las mujeres. La tendencia creciente se reflejó especialmente después de 1964, cuando el porcentaje logró superar el 40%, manteniéndose en alza hasta principios de la década del setenta cuando registró un 45%. Ni los pensamientos catastróficos del discurso conservador, fundamentados en las doctrinas naturalistas que señalaron la inconveniencia y peligrosidad de la educación femenina al promover la promiscuidad entre los sexos (Pío XI y Monseñor Miguel Ángel Builes); ni el temor latente que declaró la ruina moral y la destrucción del hogar; ni la pérdida de su esencia femenina por "imitar" el papel desempeñado por los hombres; ni los pensamientos expuestos por una parte de la élite intelectual que desestimó sus capacidades intelectuales frente a las actividades realizadas por los hombres,[81] fueron obstáculos para que un número creciente de ellas, principalmente perteneciente a los estratos medios, iniciaran el camino hacia la profesionalización y la construcción de un proyecto de vida más allá del hogar y la familia.

El creciente interés en cualificar sus conocimientos y aptitudes laborales por parte del sexo femenino en el nivel técnico, se reflejó en el censo de 1964: de un total de 285.526 personas con enseñanza técnica, 216.559 correspondió a mujeres que se especializaron en Enfermería, Enseñanza Normalista y Comercio. Este último se constituyó en un campo de gran proyección en el sector educativo,

81 VELÁSQUEZ, Op. Cit., p. 81

para hacer frente a la creciente demanda del mercado laboral que necesitaba personas con conocimientos en mecanografía, taquigrafía, tabulación, mecanografía, contabilidad e inglés. Para cubrir las expectativas de un buen número de estudiantes, la Escuela Remington desde 1915 dictaba cursos para preparar a las futuras trabajadoras en el sector de servicios. De esta forma, entre 1952 y 1970, un buen número de inmigrantes procedentes de las diferentes subregiones de Antioquia escogieron esta institución como una opción de capacitación asequible económicamente. De ellos, cerca de la mitad de los estudiantes matriculados eran mujeres, la mayoría procedentes de Rionegro, Fredonia, Santa Fe de Antioquia, Frontino, Santa Rosa de Osos, Yolombó y Santo Domingo. No obstante, desvirtuando la idea tradicional que concibió este campo dominado exclusivamente por el sexo femenino, las cifras revelaron otra realidad: en el total de estudiantes matriculados, los hombres alcanzaron cifras superiores o muy cercanas a la cantidad de estudiantes mujeres, hecho que posiblemente reveló una tendencia notable hacia la diversificación de carreras técnicas en materia de sexos y el cambio aparente en las representaciones en este sentido.[82]

Gráfico 2. Porcentaje de estudiantes matriculados en primaria en Medellín: zona urbana (1965-1971)[83]

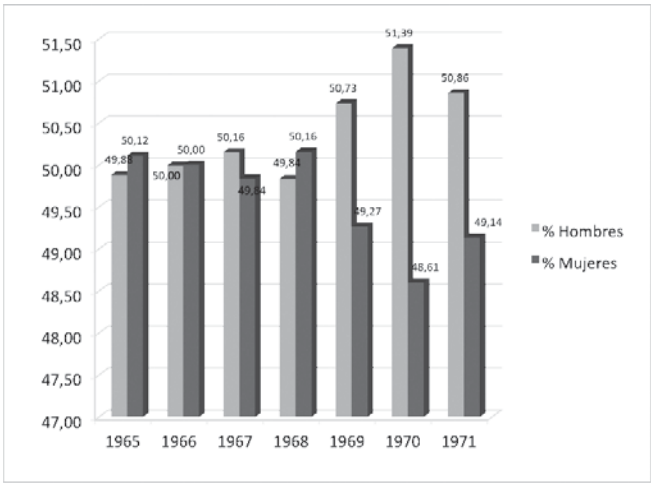


Gráfico 3. Porcentaje de estudiantes matriculados en primaria en Medellín: zona rural (1965-1971)[84]

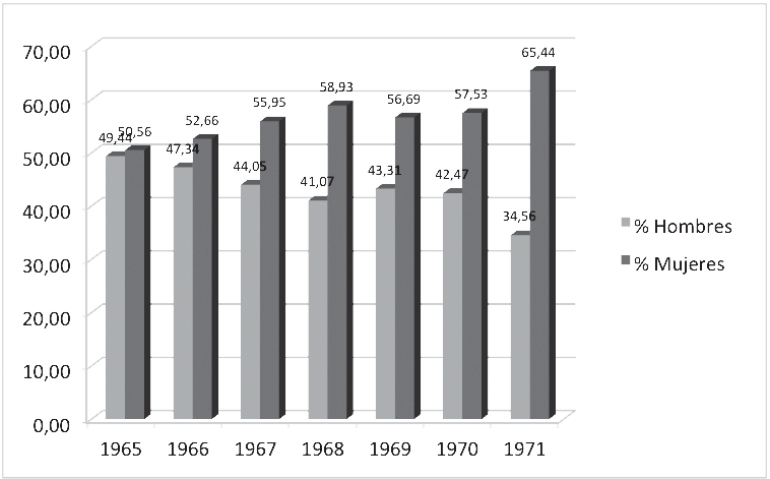
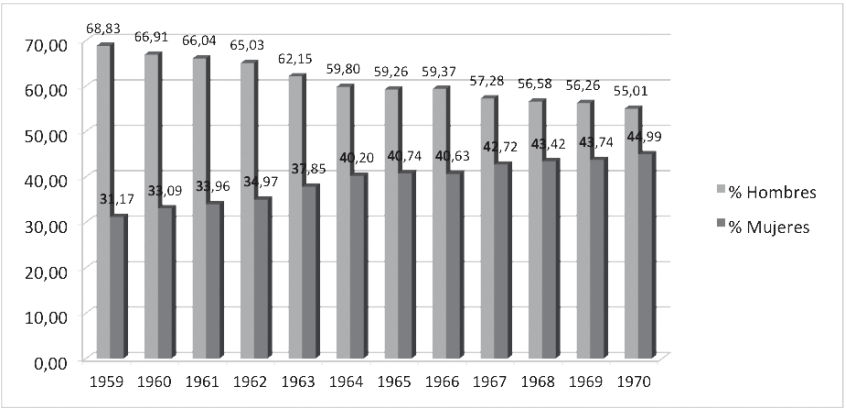


Gráfico 4. La enseñanza secundaria en Medellín entre 1959-1970[85]



82 RAMÍREZ, Sandra y LEÓN, Karim. Crónicas de la Expedición. Migración y cambio social en Medellín y el Valle de Aburrá, 1920-1970. Medellín: Universidad de Antioquia, Universidad EAFIT, Alcaldía de Medellín, 2013, p. 27

83 DANE. Medellín en cifras. Ciudad Tricentenaria: 1675-1975. Bogotá: DANE, 1976, p. 83

84 IBID. p. 83

85 DANE. Medellín en cifras: Ciudad Tricentenaria, 1675-1975. Bogotá: DANE, 1976, p. 90

Cuadro 3. Rango de edad y sexo de los estudiantes. Subregiones Antioquia en la Escuela Remington (1952-1970) [86]

Subregión	Municipio	Número de estudiantes		
		Hombres	Mujeres	Total
Nordeste	Santo Domingo	26	39	65
	Yolombó	47	44	91
Norte	San Pedro de los Milagros	31	25	56
	Santa Rosa de Osos	93	71	164
Occidente	Frontino	52	61	113
	Santa Fe de Antioquia	40	51	91
Oriente	Marinilla	33	17	50
	Rionegro	87	88	175
Suroeste	Fredonia	85	80	165
	Támesis	68	55	123
Total		562	531	1093

Más allá del notable progreso en esta materia, la tendencia mostró una realidad bastante compleja para las mujeres: si bien desde hacía tres décadas ya habían logrado un avance en el ingreso a la educación superior,[87] la gran mayoría no tuvieron los

86 RAMÍREZ, Sandra y LEÓN, Karim, Op. Cit., p. 27

87 Desde años anteriores, algunas mujeres procedentes de los estratos medios y altos, habían tenido la posibilidad de culminar sus estudios secundarios y continuar sus estudios universitarios, como fue el caso del ingreso de la primera mujer a la Facultad de Odontología de la Universidad de Antioquia en 1932, la apertura del ingreso oficial a la Universidad Nacional en 1936, y la fundación de la sección femenina en la Universidad Javeriana donde se impartieron licenciaturas en derecho, filosofía y letras, enfermería, bacteriología, comercio y artes decorativas. Desde 1928 se fundó el Instituto Nacional Pedagógico en Bogotá y desde 1945 se crearon los Colegios Mayores de Cultura Femenina en cinco ciudades, que buscaron enriquecer las alternativas educativas al ofrecer carreras universitarias de ciencias, artes y estudios sociales sin exigir la terminación de los estudios secundarios. En el caso de Medellín, pese a la oposición conservadora y clerical, en 1936 se inauguró el Instituto Central Femenino, el cual a nivel de la enseñanza secundaria tuvo su contraparte en la Escuela Nacional de Señoritas. VELÁSQUEZ, 1986, TIRADO, Álvaro (Dir). Nueva Historia de Colombia. Bogotá: Editorial Planeta, 1986 p.28, NHC, Jaime Jaramillo Uribe, 1986, p. 104, NHC Vol IV, Ochoa y León, 1977, p. 81

medios económicos o el apoyo familiar para continuarlos, viéndose obligadas a sustituir sus aspiraciones profesionales con este tipo de enseñanza, un poco más enfocada a las demandas del momento en el área comercial y en el campo de las relaciones humanas.[88]

Quizás un buen número de la población femenina se preparó para continuar con su tarea de esposas dentro de un aparente clima de modernización, a partir de los conocimientos impartidos en los colegios -en su mayoría religiosos- y en algunas academias de glamour, que trasmitieron las nuevas teorías de la ciencia del hogar enfocadas en la definición de una mujer "preparada" no solo para las labores del hogar y la familia, sino también para ser una consejera del esposo y una buena administradora de los recursos económicos.

Quienes sí pudieron incorporarse a la enseñanza profesional impartida en las universidades, comenzaron a representar una minoría en creciente alza durante el curso de la década. Para 1960 se matricularon 3.623 mujeres que representaron un 16% de la matrícula total, mientras que en 1970 el número de estudiantes llegó a alcanzar 26.419 (26%), concentrándose en las áreas de la educación, ciencias exactas y naturales, humanidades y bellas artes. En cuanto al número de graduadas, entre 1938 y 1965 se presentó un crecimiento exponencial pasando de 6 graduadas en 1938 a 515 en 1960 y 915 en 1965, un fenómeno generado en gran parte por el grado de urbanización y modernización en las ciudades.[89]

Medellín como un centro urbano producto del fenómeno de la industrialización, no fue ajena a este proceso de incorporación de las mujeres en la educación superior, pese a ser una ciudad en donde existía un importante arraigo de las creencias cimentadas en la religión católica. No obstante, aun cuando desde años anteriores las universidades de reconocida trayectoria abrieron sus puertas a este grupo poblacional (Universidad de Antioquia,

88 OCHOA NÚÑEZ y LEÓN DE LEAL, Op. Cit., p. 93
89 IBID, p. 97

Universidad Nacional, Universidad de Medellín y Universidad Pontificia Bolivariana), todavía continuaba representando un porcentaje mínimo en la mayoría de las facultades. En las carreras tradicionalmente desarrolladas por los hombres y que tuvieron una mayor proyección dentro del mercado laboral o que otorgaban reconocimiento o estatus social (derecho, medicina, ingenierías, economía, veterinaria, administración, arquitectura, zootecnia, contaduría), ellas continuaron siendo minoría y sólo alcanzaron un tímido repunte en las carreras como odontología y química farmacéutica, al presentar un promedio de 35% de alumnas matriculadas. En el caso del derecho, el promedio osciló entre un 23% y un 35% de estudiantes, correspondiendo en gran parte a mujeres matriculadas en las universidades recientemente fundadas como la Universidad de Medellín (1950) y la Universidad Autónoma Latinoamericana (1966).

Aún existía en las diferentes universidades cierto recelo y rechazo con respecto a la incorporación del sexo femenino en las carreras tradicionalmente asumidas por los hombres debido, en parte, porque comenzaron a constituirse en una fuerza de trabajo que podía competir en habilidades, conocimientos y técnicas. A todo lo anterior, se sumó la escasez de cupos en las universidades estatales, la vigencia del matrimonio precoz, su temprano compromiso como madre y la existencia de valoraciones culturales que vieron con cierto negativismo su ingreso en la educación superior. Por estas razones, no fue extraño encontrar en las estadísticas poblacionales un buen número de mujeres matriculadas en profesiones de poca proyección económica y centradas en la prolongación de los valores enfocados en su feminidad y destreza manual, como las actividades de servicio (enfermería, educación, bibliotecología, orientación familiar, sociología); el aprendizaje de técnicas especializadas al servicio de otras áreas del saber importantes (bacteriología, delineante de arquitectura, nutrición y dietética, radiología, fisioterapia, instrumentación) o en carreras que requirieron ciertos dotes estéticos o narrativos (arte y decorado, humanidades, periodismo, publicidad).

Esta situación también se reflejó en el número de estudiantes

matriculadas en los centros educativos como la Universidad Femenina - posteriormente transformada en el Colegio Mayor de Antioquia-, la Universidad Pontificia Bolivariana, la Academia Superior de Artes y el Instituto Cultural de Arte y Decoración, lugares donde se ofrecieron carreras "diseñadas" especialmente para el sexo femenino (humanidades, arte y decoración, delineante de arquitectura, servicio social, bacteriología, publicidad, orientación familiar).[90]

Para Gutiérrez de Pineda, la conquista de un nuevo "estatus-rol" definido a partir del ingreso de la mujer a un nivel educativo más alto en comparación con épocas anteriores, estuvo marcada por dos tendencias en este periodo. Signada bajo una tendencia liberalizadora y moderna, apareció un prototipo situado en un "estatus-rol" más activo y apropiado para la vida pública, en el cual se reconoció su labor como individuo y se dejó atrás su valoración a partir de las diferencias de género. De aparición reciente y reducida entre la elite incorporada en la actividad productiva, este grupo se caracterizó por alcanzar niveles superiores de escolaridad y lograr una ubicación más alta dentro de la jerarquía familiar. No obstante, la conquista de una nueva posición en el nivel de escolaridad no siempre estuvo marcada por una mujer activa en el desempeño de su rol. La sujeción a los condicionamientos del pasado, solo significó para muchas la continuación de un "bajo estatus" asociado a niveles mínimos de escolaridad, trabajos exhaustivos, largos horarios y limitadas prestaciones sociales. Dentro de esta categoría, la figura más importante fue la maestra, quien a pesar de hallarse en la "cúspide intelectual" de este grupo, representaba la "versión maternal diferida" entregada al oficio sagrado de la enseñanza.[91]

Pero no sólo en el campo de la educación subsistieron los vestigios de aquellas representaciones que, por muchos siglos, limitaron el papel de la mujer al ámbito doméstico. El reconocimiento de sus derechos políticos por parte del Estado igualmente fue un proceso

90 Véase cuadros estadísticos con datos obtenidos de los Anuarios Estadísticos de Medellín correspondientes a los años de 1960, 1965 y 1967
91 GUTIÉRREZ DE PINEDA, Op. Cit., pp. 334-335

lento, caracterizado por las grandes contradicciones generadas a partir de las discusiones relacionadas con su capacidad intelectual y el nivel de racionalidad para tomar decisiones de gran trascendencia en el ámbito público. En el caso del orden jurídico-político, todavía se mantuvo una contradicción al permitir la vinculación de ellas en ciertas tareas del Estado como funcionarias públicas (acto legislativo 1 de 1936), pero negando su participación como ciudadana en el ejercicio de elegir y ser elegida. Una razón para justificar esta discrepancia radicó en el papel del Estado dentro de la democracia liberal, que limitó sus funciones en el ámbito privado al ejercicio de la protección de la familia como núcleo esencial de la sociedad, dejando al libre albedrío el reconocimiento de los derechos de cada uno de sus miembros. Otra posible explicación para la restricción de los derechos políticos estuvo relacionada con el concepto liberal de la ciudadanía, que defendió una igualdad homogénea formal independiente de la condición social y política, pero con substanciales diferencias en la práctica.[92]

En conformidad con este principio, las leyes estatales aceptaron una realidad imbuida por una concepción patriarcal de ciudadanía, donde las mujeres debieron identificarse con los ideales promovidos por los hombres. Una buena parte de la clase política influenciada por una visión androcéntrica, señaló que la cosa política era un asunto de hombres y consideró que la obra de la mujer en la sociedad solo se debía limitar al ejercicio del "gobierno" en el hogar, el centro o la célula de la sociedad donde se construirían los cimientos para la formación de las generaciones futuras de ciudadanos. Por este motivo, los cambios generados en gran parte de Europa y en Estados Unidos con respecto a la concesión de la ciudadanía femenina, no tuvieron un rápido efecto en Colombia. Sólo la presión ejercida por el movimiento social llamado Unión de Ciudadanas de Colombia, en conjunto con los "debates" realizados por importantes figuras de la política y del mundo intelectual en la prensa, las plazas públicas y hasta el Congreso, hicieron posible la consecución de este derecho

92 MONTOYA RUIZ, Op. Cit., 140

político, específicamente durante el gobierno de Gustavo Rojas Pinilla en 1954. Sin embargo, debido a la restricción generada por su dictadura en las acciones democráticas de esta índole, el ejercicio pleno del sufragio femenino solo fue posible hasta el plebiscito de 1957, que legitimó el pacto bipartidista del Frente Nacional.[93]

Dentro de este contexto, la licencia constitucional para el ejercicio de los derechos políticos de la mujer, en la práctica reveló una realidad bastante diferente y llena de contradicciones, que puso en tela de juicio su efectividad como ley basada en los principios de igualdad y libertad democrática. En este sentido, el mismo acto de otorgar la ciudadanía femenina fue una simple acción formal que consistió en el reconocimiento de los derechos y deberes políticos exigidos a los Estados inscritos bajo la dinámica democrática, un ejercicio reduccionista que limitó su papel al acto de sufragar durante las contiendas electorales, como una masa informe pero útil para aumentar el caudal electoral de los partidos políticos.[94]

Recién estrenado el derecho político de elegir y ser elegida, era claro que la participación de la mujer en los asuntos políticos estuvo reducida a ciertos momentos en los cuales su papel se restringió al sufragio o el apoyo absoluto a los familiares que desarrollaron alguna actividad política. Tres situaciones claves evidenciaron esta situación: el proceso de cedulación, las elecciones y la participación en las corporaciones públicas. En el primer caso, aunque el Estado colombiano había reconocido formalmente la ciudadanía a través de la Ley 39 de 1961, que obligaba a los ciudadanos colombianos a expedir la cédula de ciudadanía para participar en los actos políticos, civiles, administrativos y judiciales,

93 En Latinoamérica, el primer país en otorgar el derecho a sufragar fue Uruguay en 1927, seguido por Ecuador en 1929, Brasil en 1932, Cuba en 1934 y El Salvador en 1939. Las dos décadas siguientes fueron significativas por el aumento considerable de países que concedieron este derecho político, como República Dominicana en 1942; Guatemala y Panamá en 1945; Argentina, Venezuela y México en 1947; Chile y Costa Rica en 1949; Haití en 1950; Bolivia en 1952; Honduras, Nicaragua y Perú en 1955. Los países más atrasados en esta materia fueron Colombia en 1957 y Paraguay en 1961.

94 IBID. p. 142

en la práctica este proceso tuvo poca importancia para el sexo femenino, paradójicamente entre las mujeres de los estratos más altos y las jóvenes, quienes miraron con cierta apatía y renuencia la expedición de su cédula.[95] Con respecto al segundo aspecto, la participación electoral de ellas en las contiendas realizadas en la década del sesenta fue escasa, en comparación con el estimado oficial que señalaba una cantidad cercana a la mitad del censo electoral. En este sentido, *Cromos* denunció que desde principios de la década existía aproximadamente un déficit de 887.000 cédulas debido, en gran parte, a la falta de conocimiento y la reticencia por parte de ellas para formalizar su condición de ciudadanas. En el momento de las elecciones, esta apatía se reflejó en el creciente abstencionismo femenino, el cual marcó para 1965 alrededor de un millón de mujeres que no pudieron votar por falta de cédula.[96] Finalmente, la participación femenina en las corporaciones públicas también fue otro problema por resolver. Aún cuando el Estado ya había dado luz verde en los años anteriores, el índice de participación en los departamentos solo osciló entre el 8% y 10%, registrándose el índice más alto en el Chocó con un 9%.[97]

Quizás el factor más importante para justificar su apatía se halló en las representaciones e ideales tradicionales que relegaron su papel al ambiente doméstico, al prevalecer la idea androcéntrica que las consideraba como "seres fáciles de dominar", debido a la "debilidad natural en su carácter" y a su facilidad para mostrar ternura y feminidad. Gracias a sus "cualidades naturales", la labor más importante de la mujer estuvo centrada en el cuidado y educación de los hijos en los valores e ideales necesarios para la construcción de una nación. Por lo tanto, el ejercicio de la política no era aceptable, entre otras razones, porque era incompatible con la maternidad y las tareas domésticas. Además, existía la creencia de generar un efecto endurecedor en su "carácter afable" al realizar actividades que no fueron "diseñadas" para su naturaleza.

95 Las ciudadanas. La mujer se prepara a influir en los destinos de la patria. En: Cromos, Bogotá. Diciembre 11, 1961. no. 2318, pp.38-40
96 La mujer y los destinos nacionales. En: El Colombiano, Medellín. 16, diciembre, 1965, p. 3
97 En el país hay más mujeres para que conste que tienen que cedularse 887.000 que faltan. En: Cromos, Bogotá. Diciembre 17, 1962. no. 2368, pp. 26-27

Pese al papel pasivo ejercido por la mayoría de las ciudadanas colombianas en el mundo de la política, no se puede desconocer el activismo ejercido por algunas en dos ámbitos relacionados directamente con este campo. Por una parte, paulatinamente se fue convirtiendo dentro del proceso electoral en "objeto de elección", aun enfrentando las críticas de algunos líderes políticos e incluso intelectuales, quienes no vieron con buenos ojos esta nueva faceta femenina. De esta manera, empezaron a formar parte de las corporaciones legislativas en todos los niveles, principalmente en el ámbito nacional, cuando ambos partidos contribuyeron significativamente con una cuota política femenina que actuaba como vocero de diversos grupos sociales, sin limitar su función a la defensa de sus derechos.[98]

Por fuera de las corporaciones públicas, las mujeres ingresaron minoritariamente en las filas de los partidos políticos al conformar las organizaciones como la Unión de Ciudadanas de Colombia y la asociación feminista Unión de Mujeres Liberales Independientes, que apoyaban los programas políticos impulsados en cada movimiento y canalizaban los intereses de cada dirigente en el ascenso dentro de su carrera política. No obstante, su papel dentro de las campañas estuvo restringido, en la mayoría de las ocasiones, a realizar trabajos mecánicos de menor importancia, siendo pocas quienes se destacaron por tomar la vocería como Bertha Hernández de Ospina, vicepresidenta del Directorio Nacional Conservador.

El creciente dinamismo en la política fomentado por las mujeres pertenecientes a las clases altas y medias de las diferentes regiones del país, en gran medida, estuvo confinado a los designios y acciones realizadas por los hombres, quienes manejaron al dedillo el "mundillo" de la política. Por esta razón, no era extraño que las más destacadas en su liderazgo político, tuvieran en común los nexos de clase y de familia con la clase dirigente de cada partido, un elemento necesario para obtener el reconocimiento y el

98 DE LEWIN, Patricia P. y ROTHLISBERGER, Dora. Participación política de las mujeres. En: LEÓN DE LEAL, Magdalena. La mujer y el desarrollo en Colombia. Bogotá: Asociación Colombiana para el Estudio de la Población, 1977, pp. 58-59

respaldo suficiente dentro de las poblaciones donde desarrollaba su accionar político. Más allá de esta situación, muchas ingresaron a las lides políticas solo por un sentimiento de solidaridad derivado de su cercanía con un miembro de la familia, quien activamente participaba de las campañas y reuniones propias del directorio político.[99]

El panorama político, un tanto difuso para la mujer, solo fue el reflejo de una década caracterizada por la coexistencia de unas representaciones tradicionales y otras más acordes con las nuevas demandas del mundo moderno que, en algunas ocasiones, pretendieron conciliar y negociar las condiciones para el desarrollo de los intereses personales de ellas y la responsabilidad delegada como figura clave dentro de la familia. La realidad reveló, entonces, una situación donde los ideales sobre la liberación femenina modelados a partir de los pensamientos traídos del exterior, entraron en una confrontación simbólica con las representaciones tradicionales relacionadas con la figura femenina. Del anterior contexto se desprendió un panorama poco halagador para las "mujeres del común" (trabajadoras, amas de casa, empleadas), caracterizado por las desventajas que tuvieron que enfrentar en el campo laboral, profesional y personal.

99 IBID. pp. 44 y 50

2. EL ESTATUS DE LA MUJER EN LA PRENSA: LA ARTICULACIÓN ENTRE REPRESENTACIONES Y CONTEXTO SOCIAL

Cuando la década del sesenta apenas comenzaba, ya la prensa había recorrido un largo camino que reveló el tránsito de una concepción anclada en los ideales que defendían su uso como un medio para construir nación y educar las masas, hacia una mentalidad rentística basada en una racionalidad consumista y hedonista.[100] No en vano, se integraron nuevos recursos tecnológicos que disminuyeron los costos de impresión, permitieron ampliar el número de tiradas y proporcionaron un nuevo aspecto a la diagramación para reforzar el mensaje mediático. En esto último se incluyeron diferentes tonalidades y tipos de letra, elementos icónicos (grabados, ilustraciones, fotografías, caricaturas o figuras con letras); elementos ornamentales (letras capitales, plecas, filetes, corondeles y recuadros) y espacios en blanco (interlineado, zonas de separación entre piezas informativas, sangrías, etc.), para hacer más amena y atractiva su compra entre un público cada vez más alfabetizado y numeroso.

Bajo esta mirada imbuida por el espíritu de consumo, los grandes diarios intentaron atraer el creciente público femenino, aparentemente alejado de los apasionamientos políticos y del mundo de los negocios, mediante el recurso mediático de las Women's pages o secciones femeninas ubicadas, casi siempre, en las últimas páginas del periódico. Esto significó la separación dentro de su diagramación entre el mundo privado, propio de las mujeres, y el mundo público consagrado a los hombres. De esta forma, los directores de los diarios de la ciudad como *El Colombiano* y *El Obrero Católico*, buscaron explorar en estas páginas un universo construido tradicionalmente dentro de unas representaciones que consagraron el papel de la mujer al ámbito doméstico y familiar, a través de la publicación de temas relacionados con la belleza,

100 URIBE DE H., María Teresa y ÁLVAREZ, Jesús María. Cien años de prensa en Colombia: 1840-1940, 2ª ed. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2002, pp. X-XI

la moda, las relaciones interpersonales, el cuidado del hogar, las recetas, las dietas, los remedios para curar enfermedades, los patrones para confeccionar vestidos, entre otros.

En el caso de la prensa enfocada hacia el mundo femenino, específicamente en la revista *Cromos*, la clave de su estrategia mediática también se halló en su diagramación. En este sentido se destacaron ciertos rasgos característicos como la destinación de grandes espacios para la publicidad de productos de belleza y de moda, y la publicación de artículos con titulares sugestivos y en diferentes tonalidades, acompañados de un gran número de imágenes coloridas de diversos lugares convertidos en los escenarios ideales, donde las mujeres desarrollaban un sinnúmero de actividades (fiestas, lugares de recreación y entretenimiento, casas, restaurantes, calle, zonas vacacionales). Ecos de una realidad que hicieron evidente el cruce del límite entre el mundo privado y el mundo público, fueron sinónimos de un proceso de compaginación entre la tradición y la modernidad, en la cual se evidenció la negociación entre las diferentes representaciones tradicionales de las mujeres, y las imágenes de más reciente propagación que mostraron la transformación de su papel en la sociedad a partir del ejercicio de nuevos roles.

Más allá de los recursos tecnológicos utilizados en la diagramación, la diferencia sustancial entre la prensa consagrada a las mujeres y las secciones femeninas de los periódicos de corte tradicional, se encontraba en la publicación de artículos sobre el alcance de la liberación femenina en los aspectos profesional, laboral y la vida hogareña, y las opiniones acerca de las actividades profesionales desarrolladas por ellas y sus campos de acción. Todo lo anterior se combinaba con los elementos propios de la visión tradicional que promocionaba temas más "banales" como las tendencias de la moda, los grandes íconos femeninos, las novelas, las secciones de belleza y las recomendaciones de expertos sobre las relaciones interpersonales. Asimismo, con el fin de elevar su estatus dentro del mundo periodístico y, quizás, consciente de la necesidad de "educar" o informar a sus lectoras cada vez más alfabetizadas en los asuntos de mayor "trascendencia", este tipo de prensa comenzó a

incorporar un sinnúmero de artículos periodísticos relacionados con temas políticos, económicos y sociales relacionados generalmente con el mundo femenino. De esta forma, se reprodujo un discurso diferente para cada uno de los espacios imaginarios destinados tradicionalmente para hombres y mujeres: lo público y lo privado.

Dentro de los elementos comunes en las secciones femeninas y las revistas destinadas específicamente para la mujer, se destacaron la influencia de los modelos extranjeros procedentes de Estados Unidos y Europa, gracias al recurso de los corresponsales de las agencias internacionales de noticias, quienes se encargaron de promocionar los diferentes roles tradicionales asignados a las mujeres pero, en esta ocasión, influenciados por el creciente interés de las industrias de la belleza y la moda para aumentar sus ganancias a través de la labor desarrollada por ellas como consumidoras. En menor medida, algunas mujeres pertenecientes a los estratos altos o medios de la sociedad, tuvieron la posibilidad de dirigir las secciones femeninas pero supeditadas a la escritura de temas "apropiados" para este público como la belleza, la moda, el hogar y el cuidado de la familia. En el caso de las columnas de opinión, solo unas cuantas como Beatriz de Vieco, Vilma Caballero o Fanny Buitrago, sentaron su posición con artículos caracterizados generalmente por una visión centrada en la defensa de una mujer moderna configurada a partir de los valores tradicionales, o en críticas un tanto controversiales que defendieron radicalmente su liberación en todos los aspectos.

Adicionalmente, las revistas y las secciones femeninas se caracterizaron por utilizar un lenguaje directo, a menudo dirigiéndose a sus lectoras en forma cercana a través del uso de la primera persona del singular, tal como si estuvieran estableciendo un diálogo "real" entre el columnista y la lectora, con el fin de sembrar la suficiente seguridad y confianza entre aquellas mujeres que se hallaban en un mar de dudas y conflictos personales derivados de su misma condición de "débiles emocionales". Por esta razón, no era raro encontrar secciones destinadas a la solución de inquietudes y problemas, en las cuales se empleaba el recurso de las cartas como una manera de canalizar sentimientos e

incertidumbres de diversa índole. La cuestión radicaba en que el anonimato garantizaba el ocultamiento de los secretos más íntimos de su personalidad, evitando el señalamiento de una sociedad que aún no estaba preparada para explorar nuevos mundos, un tanto diferentes a los tradicionalmente establecidos dentro del universo femenino.

La mirada a una de las revistas femeninas más importantes en la historia de la prensa en Colombia como *Cromos*, permite comprender las imágenes divergentes entre la imagen tradicional de la mujer y las nuevas perspectivas sobre su rol, así como la forma en que se intentó conciliar ambas posiciones. Como un reflejo de la redefinición feminista de su identidad y de su papel en la década del sesenta, los espacios destinados a la publicidad que estaban dominados, en gran parte, por los productos de belleza femeninos y de vestuario, promocionaron su propia versión comercial de la mujer liberal, mediante una imagen sesgada de una mujer narcisista, sensual y consciente de su belleza física, quien alcanzaba su seguridad, posición social y el amor de un hombre, con el realce de su belleza física a través de medios artificiales (el maquillaje, las cremas, los productos de higiene personal, entre otros).[101]

En contraposición de la imagen de "mujer narcisista" como prolongación de los ideales masculinos en la figura femenina, apareció tímidamente una versión opuesta encarnada en las mujeres profesionales y trabajadoras, quienes lideraron un movimiento casi siempre silencioso en cuanto a su condición de sujetos activos de la sociedad. Igualmente, en esta modalidad se incluyeron los testimonios y columnas centrados en la promoción de los temas feministas relacionados con la liberación de la mujer que estaban en boga en los países más desarrollados de Europa y en Estados Unidos, además de otros temas ligados al movimiento feminista como la educación femenina y las implicaciones de la transformación de su condición civil y política. No obstante, nuevamente esta figura relacionada con la "liberación femenina" se difuminó en una

101 CEULEMANS, Mieke y otros. Imagen, papel y condición de la mujer en los medios de comunicación [en línea]. París: Organización de las Naciones de las Unidas, 1980. [Consultado 5 de Mayo, 2012]. Disponible en: http://unesdoc.unesco.org/images/0013/001343/134358so.pdf

nebulosa de funciones asignadas a sus roles que conciliaron las dos versiones femeninas, al destacarse simultáneamente los ideales de mujeres profesionales con los prototipos tradicionales de mujer madre y de esposa dulce, afectuosa y femenina. No en vano se publicaron junto con los artículos críticos sobre la situación de la mujer, secciones dedicadas al cuidado del hogar y la familia, en donde se exploraron temas como la nutrición; la salud; la limpieza personal y general; tips y recetas de cocina; los patrones de costura; los consejos matrimoniales, entre otros.

Esta tendencia general notable en la prensa mostró la pretensión de conservar el status quo en los roles tradicionales asignados a la mujer, una situación considerada dentro del estudio de Mieke Ceulemans como una forma de control social que mantuvo ocultas las nuevas realidades sociales. Así, no era raro encontrar un buen número de imágenes y textos relacionados con mujeres profesionales y empleadas realizando a la par labores en el hogar y en la familia, como parte de una estrategia que pretendió hacer más aceptable su incursión en las esferas masculinas a través del realce de una feminidad definida a partir de su rol de mujer-madre y mujer-esposa.[102] En el caso concreto del discurso de la moda, las imágenes predominantes exhibieron mujeres que debieron preocuparse por el realce de cualidades como la feminidad, la elegancia y la belleza física, en pos de un objetivo centrado en la conquista de un hombre o en el dominio de estas cualidades para alcanzar sus metas principales en el campo profesional o laboral.

Retomando la crítica de Luisa Pasellini, quien dirigió su posición al carácter mixtificador de la prensa femenina, es posible señalar que estas publicaciones periódicas se encargaron de mostrar dos caras de la moneda, o más bien, dos formas de actuar con respecto a la mujer. Por una parte, mediante la presentación de mecanismos de evasión como las novelas y algunos artículos relacionados con la moda y la belleza femenina, se prolongó la representación de la mujer “ideal” en acciones tradicionales como esposa y madre pasiva, disponible, bella, que estaba en función de conservar el

102 IBID. pp. 41-42

interés de su esposo.Desde una mirada más positiva, la otra cara de la moneda se encontró en la continua "interacción con las rebeliones reales de las mujeres", una opción que hizo parte del programa de liberalización en marcha propuesto en los países más desarrollados como Estados Unidos y Europa. Es en este punto cuando la prensa comenzó a ficcionalizar la realidad de muchas "mujeres del común", para mostrar y legitimar las nuevas formas del ser femenino alejadas de los viejos estereotipos y roles asignados tradicionalmente.[103] De esta forma, se construyeron mujeres de carne y hueso, quienes superaron diferentes obstáculos con éxito, y demostraron ser competentes más allá de los límites y tareas impuestas por la sociedad.

Adoptando una posición más radical, Benoit consideró que la combinación de la nueva conciencia femenina con la imagen de la mujer tradicional, fue solo un reflejo de la ambivalencia de sus lectoras con respecto a las representaciones relacionadas con ellas, debido a que la aparente liberación se situó dentro de la relación marido-mujer, aun cuando se presentaran simultáneamente otras opciones con respecto a su papel en los ámbitos privado y público de la sociedad: "La verdadera naturaleza de la mujer sigue siendo la sumisión al hombre, su objetivo real el matrimonio y la realización femenina de la maternidad".[104] A pesar de los intentos de modernizar la imagen femenina, principalmente apropiándose de los objetivos de corte feminista relativos a la sexualidad, la perspectiva fundamental no cambió dentro de este medio de comunicación, ratificándose los papeles tradicionales de esposa y madre aún en plena década del sesenta.

Una posición similar fue expuesta por Juana Gallego en su libro *Mujeres de papel*, un estudio en el cual se analizaron los intereses subyacentes que aparecieron en la prensa moderna en España. Como argumento central de la obra, señaló que la prensa femenina hizo eco de las cuestiones de proyección privada, reforzando en su discurso el sistema que determinó los

103 PASSERINI, Luisa. "Sociedad de consumo y cultura de masas". En: DUBY, George y PERROT, Michelle (comp.), Historia de las mujeres. 4ª ed. Madrid: Taurus, 2003, p. 409
104 CEULEMANS, Op. Cit., pp. 53-54

espacios, actitudes y comportamientos fijados por la sociedad para cada miembro según el sexo. Aunque simultáneamente se introdujeron transformaciones relacionadas con la definición de nuevos roles sociales, en realidad, estos cambios estuvieron integrados perfectamente al sistema de representaciones tradicional, favoreciendo su reproducción y perpetuidad bajo unas circunstancias sociales y políticas diferentes a las que favorecieron su nacimiento. Aún cuando el discurso propuesto en la prensa femenina estuvo influenciado por esquemas e imaginarios de corte más "moderno", en el fondo reafirmó los papeles tradicionales asignados a cada sujeto, afianzando los valores y la transmisión de pautas de comportamiento en donde lo femenino estaba en oposición a lo masculino, y lo masculino existió sin ser opuesto a nada y bajo un estatus de "género universal".[105]

2.1 El despertar femenino: la mujer moderna

La progresiva consolidación de la industria en Medellín y el consecuente afianzamiento de la ciudad como principal centro urbano y comercial de Antioquia, tuvo repercusiones importantes en el cambio de las rutinas cotidianas, en la utilización del tiempo y en la irrupción de costumbres que comenzaron a circular en la cotidianidad de sus pobladores. La tradición, entonces, comenzó a desfigurarse ante la aparición de una percepción de vida más acorde con los tiempos modernos, donde pulularon las fábricas y una masa creciente de obreros; los medios de transporte mecánico como el bus y el avión; las personas que deambulaban por las calles; las zonas comerciales y los espacios destinados para la diversión, la recreación y el deporte.

Las mujeres no fueron ajenas a este proceso al asumir nuevos roles que difirieron sustancialmente del oficio tradicional desarrollado en el hogar como madres y esposas. El mejoramiento en el nivel educativo evidenciado en su creciente incorporación a la enseñanza técnica o universitaria; el desarrollo de actividades

105 GALLEGO, Juana. Mujeres de papel. De ¡Hola! a Vogue: la prensa femenina en la actualidad. Barcelona: Icaria Editorial, 1990, pp. 35 y 49

literarias y periodísticas; su participación en obras de caridad y beneficencia; la práctica de actividades deportivas; el empleo en oficinas, almacenes y fábricas; su ocupación en cargos de importancia en el sector privado y comercial, fueron factores y situaciones que les permitieron desplegar sus capacidades intelectuales y asumir comportamientos y actitudes que riñeron con el ideal cristiano femenino predominante en la sociedad local.

Como reflejo de este incipiente cambio, la mujer moderna se consolidó como una figura contrapuesta a la mujer virginal, protectora del hogar, en cuanto era poseedora de una fuerte identidad, a veces contradictoria, y de un espíritu activo para hacerle frente a un mundo dominado todavía por el sexo masculino. Para el sacerdote español José Miguel Miranda Arraiza, responsable de la sesión "Consúlteme su caso" publicada en *Cromos*, este prototipo fue producto de la expansión femenina en contraste con su encerramiento y "esclavitud" fomentado por el hombre durante tantos siglos.[106]

La mujer moderna estaba encargada de una posición de gran responsabilidad y ante la mirada inaudita de algunas personas, se preparó para ocupar cargos públicos y privados que exigieron un gran nivel de responsabilidad. Y aunque las comparaciones son odiosas, fue común en la prensa establecer un paralelo entre la vida de la mujer del pasado con la mujer del presente, desde una óptica crítica que resaltó la construcción de sus vidas en pos de los ideales del Otro, su máxima competencia: el hombre. Si en el pasado las mujeres solo pensaban a través de los hombres porque se creía que carecían de cierta dosis de racionalidad, en la década del sesenta la mujer moderna se configuró como un ser poseedor de una voluntad suficiente para intentar romper con una tradición basada en los principios patriarcales, independiente, trabajadora, segura de sí misma y deseosa de llevar una existencia paralela al hombre.

Con un tono triunfalista, Sonia Osorio en un artículo relacionado

106 MIRANDA ARRAIZA, José Miguel. Consúlteme su caso. En: Cromos, Bogotá. Junio 16, 1969. no. 2689, p. 64

con el nuevo papel de la mujer, destacó que este prototipo estaba reaccionando con fuerza y valentía frente al ideal de "mujercita romántica e inútil", al despertar de su ancestral letargo que la tenía subordinada a los hombres, para romper los eslabones e invertir los papeles entre los géneros. La mujer moderna encarnada en las figuras femeninas como Esmeralda Arboleda de Uribe, Gloria Valencia de Castaño, Haydee Anzola Linares, Cecilia Cardinal de Martín, Elvira Prieto de Saint-Malo, Elvira Mendoza, Consuelo de Montejo,[107] constituyeron una elite dotada por la naturaleza de cualidades excepcionales (un fenómeno muy similar al sucedido con ciertas castas de toros y vacas), que fue capaz de incursionar en el mundo exterior con una actitud arrolladora ante la vida, comparable con la capacidad invasiva de una "plaga de langosta". Sin caer en feminismos recalcitrantes, Osorio recalcó que este prototipo de mujer hacía referencia a un ser individual que había logrado superar su estado tradicional, para afrontar con una actitud de igualdad frente al hombre, claro está, sin olvidar su papel de esposa y madre.[108]

Dejando de lado los temores ocultos acerca de la nueva condición de la mujer como una imitación del estilo de vida de los hombres, Danielle Hunebelle desde una posición más abierta y controvertida consideró la libertad de la mujer moderna como algo positivo, al reconocer que esta "heroína" había incursionado con inteligencia en el mundo exterior dejando de lado su papel de esposa y madre, para organizar su existencia a su gusto y alcanzar grandes éxitos en su carrera. Su autonomía e independencia le permitió ser la dueña de sí misma y elegir según sus intereses, afrontando con responsabilidad las consecuencias de sus actos. A partir de esta percepción se desprendió una imagen de mujer,

107 Esmeralda Arboleda de Uribe, reconocida como la primera senadora en el país y líder del proyecto sobre la capacidad civil de las mujeres, también ocupó cargos de alto nivel en el Ministerio de Comunicaciones y la coordinación de organización femenina del partido Liberal. Igualmente, se desempeñó como directora del programa "Controversia" y colaboró en la creación de los "Clubes de Transformación" para apoyar el movimiento que estudiaría las soluciones jurídicas y administrativas para restablecer a la mujer su pleno derecho de ciudadanía. Haydee Anzola Linares fue magistrada del Tribunal Superior de Bogotá e inspectora nacional del trabajo. El Departamento de Estado norteamericano la nombró delegada en un seminario en Hawaii sobre organización política y comunal. Después fue

a la mejor imitación del estilo norteamericano y europeo, apta para desempeñar diferentes posiciones sin depender económica y anímicamente del hombre. Una mujer interesada en la literatura, la política, el deporte, los viajes, la organización de negocios, quien tenía las puertas abiertas del éxito al igual que los hombres, en campos antes vedados como la jurisprudencia, la diplomacia, la ingeniería, la medicina, el periodismo, entre otras profesiones. Una vez abiertas las posibilidades para crecer intelectualmente, consecuentemente, podía disponer de muchos más elementos para juzgar las acciones del sexo masculino con respecto a las actividades desarrolladas tradicionalmente.

Pero ¿en cuáles factores radicó esta transformación de una mujer antes sumisa frente a la presencia de un hombre, hacia una mujer segura de sí misma y comprometida con sus proyectos e ideales, aparentemente trasgresora de un orden defendido abiertamente por los sectores tradicionales encabezados por la máxima institución, la Iglesia?

Para la columnista de *Cromos* Vilma Caballero, era evidente que la transformación de las actividades típicamente femeninas propias del ámbito doméstico, fue debido al desarrollo de una

invitada por el gobierno de EEUU para participar en las convenciones sobre sindicalismo, organizaciones femeninas y funcionamiento de la ONU. Cecilia Cardinal de Martín, una de las primeras mujeres que estudió medicina, se convirtió en especialista en ginecología y obstetricia en EEUU. Ella fue considerada la mayor autoridad femenina en control de la natalidad, hasta el punto de dirigir una clínica de planeación familiar en el Barrio Quiroga, donde dictó cursos sobre educación sexual y métodos anticonceptivos a mujeres de bajos recursos. Asimismo fue profesora asistente en el Departamento de Medicina Preventiva de la Universidad Nacional. Gloria Valencia de Castaño fue una famosa figura del mundo de la radio y la televisión (Radio Televisora Nacional y las emisoras H.J.C.K. y Unión Radio). Elvira Prieto de Saint-Malo se destacó por ser pionera en el campo industrial de Colombia, al fundar en Barranquilla la industria "Polvos Flores de Niza". Elvira Mendoza se desempeñó junto con Inés de Montaña, Gloria Pachón, Lucy Nieto de Samper y Flor Romero de Nohra, en el periodismo como reportera y directora de redacción en Venezuela del diario "Últimas Noticias". También asumió la dirección de la revista Diners y Páginas, esta última dedicada a la mujer donde se exploraron temas científicos, artísticos y políticos, dejando de lado los temas convencionales femeninos. Consuelo de Montejo, catalogada como una mujer habilidosa para los negocios, dirigió la gerencia de la compañía fundada por ella llamada Publicidad Técnica. Cuando entró la licitación de la televisión en Colombia, su compañía obtuvo la concesión del Canal 9 "Tele-Tigre".

108 OSORIO, Sonia. Mujeres, mujeres, mujeres. En: Cromos, Bogotá. Julio 11, 1966. no. 2545, pp. 57-59 y 61

tecnología que derivó en la creación de aparatos domésticos que alivianaron su "carga pesada en el hogar" y, consecuentemente, les permitió disponer de un tiempo mayor para desarrollar otras actividades diferentes a la educación y a su desempeño en posiciones tradicionalmente dominadas por el hombre. La mujer al convertirse en "material productivo y de riquezas" en fábricas, laboratorios, talleres y oficinas, demostró que era errónea la percepción tradicional de la "Dulcinea de Cervantes" como fuente de inspiración del hombre, con una debilidad natural y sin ningún valor como sujeto independiente.[109]

Los medios de comunicación y el cine también contribuyeron a la creación y generalización de este nuevo prototipo femenino. Dentro de la gama de posibilidades para su reproducción se encontraron las revistas, en las cuales se publicaron las novelas literarias que cumplieron con su cometido de explorar una mujer en diferentes situaciones de la vida, algo impensable en el pasado por las limitaciones impuestas en el mundo social. La escritora argentina Amanda Román así lo hizo en la revista *Cromos*, desplegando en el personaje de la publicista Clara Olmedo, las cualidades y personalidad de un prototipo de mujer atractiva y segura de sí misma, consciente de sus atributos físicos como medio para conseguir algo, profesional, racional y calculadora para enfrentar a sus opositores e imponerse en los cargos importantes dentro de una empresa. Su dilema ante la vida se encontraba entre sus sueños y proyectos como profesional, específicamente en el cargo de directora de una agencia de publicidad, y la posibilidad de amar sin caer en romanticismos que significarían la pérdida de su independencia. Olmedo, dispuesta a conseguir su ascenso profesional, hizo uso de sus encantos y artimañas para convertirse en la propietaria de su negocio.[110]

Como parte de un fenómeno posterior al cambio efectuado dentro de la literatura, aparecieron películas como "Gatita con zarpas"

109 Temas en relieve. La mujer en el siglo veinte. En: Cromos, Bogotá. Marzo 4, 1968. no. 2625, p. 7

110 ROMÁN, Amanda. Una mujer independiente. En: Cromos, Bogotá. Agosto 3, 1964. no. 2449, p. 48-63

protagonizada por Ann-Margret, donde se dejó de lado la aureola de mujer educada según los ideales tradicionales, para retratarse una especie de chica vampiresa, voluptuosa y con la sangre fría necesaria para alcanzar sus objetivos. Desde un plano centrado en las cualidades y debilidades de las mujeres, la película "La aventura" de Michelangelo Antonioni intentó retratar los caracteres femeninos propios del mundo moderno, opuestos al ideal del "eterno femenino" explorado en las novelas y en los folletines difundidos desde mediados del siglo XIX. Así, frente a una mujer con una concepción de la vida y del amor simple y plana, se contrapusieron las figuras femeninas que encarnaron la angustia, el tedio, la indiferencia, la superficialidad y la honestidad. Todo para mostrar la evolución de una "mujer-adorno" o de "mujer-destinada-al-amor" siempre en función del hombre, hacia una mujer autónoma y capaz de decidir libremente sobre sus propias acciones, aún frente al amor.[111]

La mujer moderna representó, en gran medida, la superación de los tabúes que durante tantos siglos definieron su ser y una esencia sujeta a los designios del sexo masculino. En esta medida, se puede afirmar que el comienzo de su realización como ser individual estuvo sujeto a su ingreso paulatino al mundo exterior, mediante la negativa parcial de los principios de la sociedad tradicionalista y patriarcal. Para ella, la calle no representó un espacio vedado; llena de un espíritu audaz y templado para infringir las normas morales, acudió a lugares donde podía divertirse, trabajar o interactuar con amigos de ambos sexos. Por esta razón, este prototipo de mujer se caracterizó por alternar un ritmo de vida agitado y dinámico, con breves espacios de vida apacible y dedicada a acciones antes impensables dentro de los roles tradicionales impuestos en la sociedad, entre los cuales estaban disfrutar de actividades al aire libre, ver las carreras de autos, leer o simplemente descansar en un lugar destinado para la recreación.

Y si la vida moderna exigió para este nuevo modelo de mujer una actitud dinámica y vigorosa para realizar las múltiples actividades desarrolladas en su cotidianidad, esto desembocó en la necesidad

111 Pregunte a Soledad. En: Cromos, Bogotá. Octubre 2, 1961. no. 2308, p. 57)

de mantenerse activa y saludable el mayor tiempo posible sin mostrar aparentes signos de debilidad y cansancio. Ante la posibilidad de desarrollar enfermedades frecuentemente asociadas con el nivel de vida propio del mundo moderno como las afecciones de origen nervioso (ansiedad, estrés, depresión) y las derivadas de las acciones realizadas en su cotidianidad que generaban molestias en sus ojos y afectaban su belleza (leer, ver televisión y las actividades al aire libre), la mujer moderna se benefició de los adelantos en la medicina y en la dietética moderna e integró dentro de su dieta diaria el consumo de vitaminas y suplementos alimenticios para resistir las condiciones del mundo exterior y evitar mostrarse débiles frente a su principal competidor e inquisidor, el hombre.

En todos los campos de su vida, sin importar si pertenecía al ámbito doméstico o laboral, debía mostrarse segura de sí misma. Y para descubrir hasta qué punto cumplía con esos parámetros, la prensa femenina ideó una serie de test que pretendieron cuestionar a las mujeres sobre asuntos de su vida cotidiana y la forma cómo asumían las dificultades, particularmente en los momentos donde debía relacionarse con otras personas: cómo se comportaba ante una situación "ridícula", la elección de un vestido, las ofensas, las discusiones en grupo, las relaciones interpersonales.[112]

La visión de la mujer moderna propagada en la prensa, cuestionó implícitamente los tabúes corporales y las funciones biológicas propias de su naturaleza (el embarazo y la menstruación), considerados causas principales de aislamiento social. En cuanto la mujer comenzó a asumir su cuerpo como su propia responsabilidad y la encarnación de su propio ser interior, la posibilidad de ser madre estuvo supeditada a su aplazamiento mediante el uso de anticonceptivos (el DIU y las pastillas). La justificación de esta posición se halló en cuatro factores relacionados con el aspecto individual y la trascendencia de su decisión en el desarrollo económico y social: garantizar el bienestar económico de sus hijos; la protección de su salud, su dignidad y su vida; conservar cierto equilibrio social y acrecentar el bienestar del individuo y de la sociedad, al afianzar los lazos conyugales socavados por los continuos embarazos.

112 Es usted una mujer segura?: Un test psicológico de Teresa Dorn. En: Cromos, Bogotá. Abril 13, 1964. no. 2433, p. 18)

Dentro de una sociedad marcada por los tabúes tradicionales que relacionaban la menstruación como fuente de impureza y temor, una especie de "enfermedad" que obligaba a las mujeres a limitar sus acciones dentro del ambiente doméstico ("incapacidad biológica"), evitando ejercicios y marginándose del mundo exterior por sus posibles efectos,[113] la mujer moderna tuvo que confrontar esta aparente "fragilidad natural" de una forma segura y radical. Dentro de esta dinámica, ella comenzó paulatinamente a abandonar este tipo de concepciones que limitaban su accionar, para adentrarse confiadamente en los espacios antes reservados para los hombres con el uso generalizado de las toallas higiénicas que le permitieron conservar su comodidad y evitar una aparente incapacidad y debilidad para realizar ciertas actividades propias del mundo exterior. Así, la mujer moderna podía vivir y disfrutar de la vida en su totalidad, sin reparos de ninguna clase, porque ya no se encontraba atada a los designios de la naturaleza, controlándolos de forma segura a través de un artificio de la vida moderna: las toallas higiénicas.

Pero no solo la comodidad y seguridad debió garantizarse para lograr la inserción completa de la mujer moderna en el ámbito público. También era necesario que este prototipo femenino conservara las características inherentes a su ser dinámico como la manifestación de su alegría ante el mundo, una actitud posible mediante el uso de tónicos medicinales que buscaron controlar los cambios de humor generados por los dolores inherentes al calendario menstrual, signos evidentes de su supuesta fragilidad frente a los hombres:

> No pierda su alegría cuando llegue 'ESE' día. Ud. no tiene por qué resignarse a sufrir todas las molestias o dolores de "ciertos" días, cuando hay un producto como CARDUI -sedativo vegetal- que está proporcionando alivio a muchas mujeres. **Si se siente nerviosa o abatida, o con**

113 Prejuicios del sexo débil. En: Cromos, Bogotá. Noviembre 9, 1970, no. 2759, pp. 68-69

ciertos dolores inherentes del calendario de la mujer.... tome CARDUI. CARDUI es el sedativo vegetal, que ha ayudado a dos generaciones. CARDUI es realmente un alivio a los dolores funcionales periódicos.[114]

Ilustración 4
Anuncio Toallas Kotex en *Cromos*, Bogotá. Junio 12, 1961. no. 2292, p. 19

Más allá de la preservación de la salud y la vigorosidad en el cuerpo de la mujer moderna, la incorporación de este tipo de prácticas significó la solución de una de sus preocupaciones mayores dentro del ser femenino: la belleza y la conservación de su atractivo físico. Una mujer llena de vida era sinónimo de una mujer hermosa; por lo tanto, debía mantenerse atractiva y joven para garantizar su éxito no solo en la vida profesional y laboral, sino en el plano de las relaciones sentimentales o, simplemente, para conservar su poder de seducción frente a los hombres, una cuestión propia de su ego crucial para "superar a su adversario" y convertirse en "señora de su imperio", tal como lo anunciaba Max Factor como parte de su campaña de maquillajes Bazazz en 1967.[115]

114 Tónico Cardui (Anuncio). En: El Colombiano. Medellín. 26, octubre, 1961, p. 17
115 La era Bazazz invade al mundo. En: Cromos, Bogotá. Agosto, 21, 1967. no. 2600, p. 18

Sin embargo, el ambiente "inclemente" al que estuvo sometida debido a sus múltiples actividades realizadas a la intemperie, trajo consigo consecuencias negativas para su rostro y cuerpo. La clave estaba, entonces, en proteger la piel y conservar su aspecto juvenil sin invertir demasiado tiempo, una acción que redundó en la incorporación dentro de su rutina cotidiana de una serie de métodos que combinaron los conocimientos en el campo de la dietética, cosmetología, medicina y estética (la hidroterapia, el descanso físico, las mascarillas, las dietas y el maquillaje). De esta forma, la mujer moderna se convirtió en una triunfadora en el campo de la belleza, cuando sobrepasó victoriosamente el límite de la edad para ser joven -concebido tradicionalmente hacia los treinta años- hasta alcanzar la edad de cincuenta años. Esta edad no era el final de su existencia como mujer, en cuanto su seguridad no solo residió en su belleza física y en los diferentes recursos para conservarla, sino en la evolución sobre el concepto de sí misma, aceptando sin temor y sin complejos este momento de su vida.[116]

El hecho de asumir su cuerpo como su propiedad, igualmente se tradujo en la utilización del maquillaje como un medio para realzar su atractivo, imitando casi perfectamente los grandes íconos de la moda y del espectáculo. La mujer moderna no fue ajena al espectáculo de la moda y, por este motivo, siempre estuvo a la vanguardia de las últimas tendencias mundiales en este campo, una condición que bien supo explotar la publicidad de telas y vestuario femenino al resaltarlo en sus productos. Las cualidades que identificaban este prototipo de mujer fueron versatilidad, audacia, espíritu moderno, elegancia, juventud y encanto: "Por mujeres así, (Sexytosas), FABRICATO hace lo que hace... La más rica y versátil colección de audaces, fabulosos y modernos estampados en algodón y poliéster. Estampados FABRICATO en popelinas, en etaminas, en piqués, en percales, en driles... en todo lo que la mujer de actualidad sueña para participar en el espectáculo de la moda mundial!".[117]

116 Ahora ya no importa la edad. En: Cromos, Bogotá. Septiembre 3, 1962. No, 2353, pp. 38-39; Crema HINDS (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Febrero 1, 1960. no. 2247, p. 60

117 Por mujeres así... estampados FABRICATO (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Mayo 26, 1969. no. 2686, p. 3

Para la "mujer moderna" la moda no fue el único fin de su vida ni un medio para obtener sus triunfos; ese "encanto irresistible" necesario para reafirmarse como ser individual dentro de un mundo dominado por los hombres. Ella encontró en la moda un baluarte para la autoafirmación de una feminidad diferente a la de épocas anteriores, caracterizada por su proyección hacia el mundo exterior en actividades que le exigieron grandes dosis de dinamismo, movimiento e inversión de tiempo. Por lo tanto, frente a las trabas impuestas en el vestuario femenino en el pasado, supeditadas a una atmósfera restringida al ambiente doméstico, los diseños de la "mujer de hoy" se destacaron por la versatilidad en las formas y líneas, que buscaban amoldarse a su cuerpo de una forma cómoda y ligera para permitir su ágil desenvolvimiento en las diferentes actividades del día: "Como vivimos en la edad del «jet», la mayoría de las mujeres se han dado cuenta de la importancia que tiene la flexibilidad y rapidez de los cambios", señalaba una corresponsal de NEA para referirse a la necesidad de cambiar y adaptar el vestuario de una forma hábil, rápida y oportuna, superando la barrera del tiempo.[118] Esto último no significó que se olvidara de la elegancia y la exhibición de una silueta femenina atractiva para el sexo opuesto y su mismo ego, sin dejar de lado el ingenio y la creatividad para coordinar los colores y estilos según los estados de ánimo, la actividad desarrollada en el momento y el efecto que deseaba generar en los demás. La cuestión radicaba en adaptar el modelo de vestido deseado por ella, sin sufrir ninguna desfiguración con modelos extraños que afectaran su presencia ante los demás y su imagen interior.

En un periodo caracterizado por el comienzo de un vertiginoso tren de vida para las mujeres, cuatro tendencias del vestuario se convirtieron en los máximos representantes de su nuevo espíritu "emancipador" y autónomo: la falda corta, la ropa deportiva, el jean y el traje sastre. Su utilización en las diferentes facetas de la vida cotidiana constituyó no solo la posibilidad de adaptar libremente su cuerpo a las actividades al aire libre y a las nuevas

118 Peinados transformables para chicas versátiles. En: El Colombiano. Medellín. 16, diciembre, 1963, p. 18

ocupaciones laborales de la década, sino también a la realización de una forma de vida acorde con sus propios parámetros, sin depender de las decisiones impuestas por instituciones y personas ajenas a su individualidad.

Uno de los signos que mostró exteriormente la transformación en la condición de la mujer fue el jean, una prenda cuyo sentido de cambio no residió en la imitación del tipo adaptado a la figura masculina, sino en la utilización de gran diversidad de colores y formas adaptadas a la figura propiamente femenina. Desde el momento en que fue usado por primera vez por la mujer, ella se sintió dueña de su cuerpo al tener la libertad de movimiento necesaria para desenvolverse en las diferentes actividades. Adicionalmente, sintió la posibilidad de exhibir la forma de su cuerpo y atraer las miradas de otros sin tener que desnudarlo y exhibirlo a los demás. Pero los atributos de esta prenda sobresalieron con mayor fuerza cuando se comparó la situación presente con el pasado, mostrándose el jean como un símbolo de la juventud encargado de difundir la idea de un "descuido aparente" en su figura, una percepción que estuvo por encima de la concepción clásica que mostraba a la mujer como un objeto representativo de clase y un "objeto sexual" que exhibía a través del vestido partes del cuerpo deseadas por el hombre: "La presa provoca al cazador (...), ya que ahora toma la iniciativa y se anticipa al ataque; los hombres se quejan de que ya no hay nada que adivinar en el cuerpo femenino (...). Al descubrirse, la mujer priva al varón de algunos de sus triunfos, se apodera de ellas y se reserva la decisión".[119]

En medio del revuelo causado por la generalización del jean entre las mujeres, hizo su aparición la falda corta, quizás la prenda más representativa de este periodo al convertirse en el símbolo del espíritu emancipador femenino: su energía y dinamismo se visualizó a través de este atavío, que le dio mayor libertad para andar de prisa, correr y saltar, subir y bajar sin trabas los autos y tranvías, practicar ejercicios físicos y sentarse cómodamente en lugares públicos. Símbolo de un período de transición en las

119 La mujer no nace, se hace. En: Cromos, Bogotá. Julio 31, 1967. no.2299, pp. 38-41

valoraciones y representaciones vigentes en la sociedad, la minifalda fue considerada como un hito que rompió con los prejuicios religiosos impuestos por el puritanismo burgués y cristiano. Así, esta prenda entró desafiando los cánones morales y religiosos, para convertirse en el atuendo más representativo de las jóvenes ansiosas por diferenciarse de sus madres, quienes personificaban la vigencia de los cánones tradicionales. Entre las mujeres adultas que sobrepasaban la edad de los cuarenta, significó la excusa perfecta para eliminar la "antipatía de sus vidas" generada por el deterioro progresivo de su silueta y el comienzo de una etapa de autocuidados mediada por dietas y tratamientos de belleza, destinados a devolver ese espíritu de alegría y lozanía propio de la juventud.

Odiada por los sectores más tradicionales de la sociedad y aceptada por otros, en su gran mayoría, pertenecientes al sexo masculino, el reinado de la falda corta sirvió para desafiar los cánones vigentes durante muchos siglos: la trasgresión de la normas sobre el vestuario, aunque solo hicieran parte de la expresión de una moda aparentemente pasajera y fugaz, generó un revuelo general que incidió indirectamente en las representaciones acerca de la mujer. No en vano, la columnista Fanny Buitrago sintió con preocupación la reaparición de la falda larga en manos de unas cuantas pioneras de la moda, como símbolo de la regresión hacia el pasado en todos los sentidos: los valores, las concepciones sobre la mujer y su papel en la sociedad como sujeto dependiente del hombre:

> No....! No podemos aceptar la falda larga con los ojos cerrados. Sería como ceder nuestro derecho al voto, dejar de fumar en público, acostarse cuarenta días después de un parto, decirle "amo y señor" al marido cuando regresa a la casa después de tres días de farra y aceptar otros hechos muchos peores. (...) Nos veríamos obligadas a fumar a escondidas y a comer jabón después de tomarnos el coctel. Santurrones y machistas terminarían por recluirnos en la casa –de donde solo se saldría para asistir a misa- y las puertas de profesiones y negocios se cerrarían para la mujer. La historia ya ha demostrado casos similares. [120]

Entonces, moda y belleza se conjugaron para definir el ser individual femenino por encima de los cánones tradicionales que la convirtieron en un sujeto definido a partir de la visión de Otros, en un elemento adicional y dependiente de las decisiones de la sociedad y de los hombres más cercanos a su cotidianidad. Ya desde el campo de las ciencias sociales y la filosofía, Simone de Beauvoir (1908-1986) en su libro *El segundo sexo,*[121] había negado la existencia de una condición natural que definía el comportamiento, la capacidad intelectual y los roles tradicionales para cada sexo. Con el planteamiento "No se nace mujer, se llega a serlo", consideraba que las mujeres estaban subordinadas a los hombres gracias a la influencia ejercida por la civilización en conjunto (la educación, la sociedad, la religión), lo cual derivó en la elaboración de un producto intermedio entre el "macho" y el castrado calificado como femenino.[122]

Sin olvidar el aspecto histórico y antropológico que explicaba las razones de la sujeción femenina en la sociedad occidental, Beauvoir planteaba que el punto de inicio para la separación tajante entre ambos sexos estaba en la infancia. A diferencia de la libertad e independencia del varón, la mujer tuvo desde el principio un conflicto entre su existencia autónoma y su "ser-otro", porque le enseñaron que debía sublimarse a un objeto como la muñeca para agradar a los Otros, renunciando a su autonomía e independencia.[123] Esta transformación se hizo más evidente cuando llegaba a la etapa de la pubertad, momento en el cual se anunciaba un porvenir diferente para cada sexo: si para el

120 La claudicación de la falda. En: Cromos, Bogotá. Noviembre 9, 1970. no. 2759, p. 67

121 Para este caso se analizó en segundo volumen de su obra, en cuanto contiene en esencia un gran valor por los aportes teóricos necesarios para justificar el movimiento feminista a partir de la experiencia vivida por muchas mujeres en las diferentes etapas de sus vidas.

122 BEAUVOIR, Simone, El segundo sexo, vol. II. Buenos Aires: Ediciones Siglo XX, 1970, p. 13

123 Según Beauvoir, durante la infancia la familia comenzaba a trasmitir en el hombre el orgullo de su virilidad representado en su pene, mientras que en las niñas se confirmó la tendencia de hacerse notar como una "cosa" pasiva, al fijarse con mayor fuerza su narcisismo en un objeto (la muñeca) que representaba el alter ego de la totalidad de su cuerpo. De esta forma, si en el niño el pene cumplió una función autónoma e independiente, la niña fue estimulada a enajenar su ser en algo inerte (la muñeca), aprendiendo que su función en el mundo se hallaba en mostrarse a los Otros como un ser pasivo. IBID. p. 25

joven varón significaba la consolidación de su independencia y autonomía, para ella comenzaba a raíz de la menstruación, la reafirmación de su impotencia física e inferioridad aprendida desde la infancia, una fuente de inseguridad que la llevó a convertirse en un objeto pasivo, en un "parásito" destinado a satisfacer y a realizarse pasivamente en el Otro, para asegurar su subsistencia y dignidad social. Al no existir estímulos intelectuales y profesionales en la familia y en la escuela, su trasegar en la etapa de la pubertad representó su renuncia a un pensamiento transformador y la aceptación pasiva de su destino ineludible: la familia, el esposo, los hijos.

El esclarecimiento de su ser a partir de la dimensión física representó, en el fondo, el control sobre sí misma: manejo mi cuerpo y hago de éste la expresión de mi personalidad proyectada hacia el mundo. Esto se tradujo en la exploración y experimentación del erotismo y la sensualidad corporal, con el único interés de disfrutar del placer generado por las sensaciones, un aspecto negado por muchos años por la tradición que destinó su cuerpo a convertirse en una especie de "receptáculo" apropiado para procrear y propagar las nuevas generaciones de individuos. En cuanto fue dueña de su cuerpo, de sus sensaciones y de sus impulsos instintivos, pudo multiplicar sus experiencias sexuales sin tantos tabúes, abriéndose la posibilidad de elegir a sus compañeros sexuales según sus caprichos e intereses. Ahí fue donde residió el cambio fundamental de la mujer moderna, pues ya no fue elegida por Otros para hacer realidad sus designios y mandatos. De esta forma, se convirtió en un sujeto autónomo, capaz de elegir y de organizar su existencia según el gusto personal, descubriendo una nueva dimensión en el plano de las relaciones afectivas. Asimismo, tuvo la posibilidad de asumir las consecuencias de todos sus actos, confiando en su criterio creado a partir de las dificultades que había afrontado por sí misma.

Esta actitud hacia su cuerpo también significó la exploración de su lado erótico y sensual como un arma para alcanzar sus intereses, dejando a un lado aquellas cualidades morales atribuidas tradicionalmente a la mujer, cercanas a las virtudes representadas en la imagen de la Virgen María: humildad, sencillez, dulzura,

generosidad, ternura, carácter maternal, castidad, pureza, obediencia. Pero, ¿cuáles fueron las razones históricas para justificar la existencia de este ideal femenino? Hundiendo sus raíces en una tradición que se remontaba a más de 3000 años, el cristianismo había heredado la imagen de una mujer proclive al pecado, una Eva, más terrenal y más cercana al pecado por su debilidad,[124] en quien recayó en gran parte la culpa por la expulsión de la humanidad del paraíso terrenal al convencer a Adán de comer el fruto prohibido. A todo lo anterior, se sumaba el hecho de considerarlas impuras debido al sangrado menstrual que podía corromper cualquier objeto que fuera tocado por ella.[125]

Posteriormente, los textos paulinos[126] se encargaron de trasmitir esta tradición hebraica de tipo patriarcal y antropocéntrica, señalando que el varón era la imagen y gloria de Dios y, la mujer era la gloria del varón, razón por la cual debía estar sometida a éste.[127] Por eso no fue raro que algunos de los prohombres de la iglesia como Tertualino o Juan Crisóstomo, formularan su desprecio hacia ellas al considerarlas herederas de la naturaleza pecaminosa de Eva. Si la mujer hizo pecar al hombre y provocar su expulsión del paraíso, fue debido a su "naturaleza más impresionable" o a sus atributos que la caracterizaban como un ser débil de mente y de cuerpo, quien seguía sus propios impulsos y se olvidaba de su sentido del deber.[128]

---

124 Según el Génesis Rabba, versión del siglo XII, un Midrás explicó la relación entre Adán y Lilith, señalando que ella fue la primera mujer sobre la faz la Tierra, creada de la misma forma que Adán, pero utilizando la inmundicia y los sedimentos. Lilith argumentaba que fue creada de la misma forma que el hombre y, sin querer renunciar a la igualdad, discutía con su compañero acerca de la forma de realizar la unión carnal, al considerar ofensiva la postura recostada que él exigía. Como Adán trató de obligarla a obedecer por la fuerza, Lilith pronunció el nombre mágico de Dios y se elevó por los aires para abandonar el paraíso terrenal y convertirse en la madre de una legión de demonios que atormenta a la humanidad. No obstante, el cristianismo no adoptó esta figura pese a tener como raíz común el judaísmo, quizás porque la consideraba demasiado altiva frente al hombre, al ser una mujer que gozaba sin ningún reparo de la unión carnal con el hombre. Este tipo de comportamiento fue considerado un sinónimo de la concupiscencia o pecado de la carne. BORNAY, Erika. Las hijas de Lilith. Madrid: Ediciones Cátedra, 1990, pp. 25-26

125 La Biblia para el pueblo de Dios. 9 ed., Santafé de Bogotá, Sociedad Bíblica Católica Internacional, 1990. Génesis: 1, 26-28 y Génesis: 2, 18-23

126 No obstante, al hacerse un análisis de los textos paulinos se puede constatar que existen ciertos apartes donde el autor reconoce el papel de algunas mujeres como gestoras de reuniones en sus hogares o que participan como diaconisas o ministras en las asambleas

No obstante, dentro del imaginario de la Iglesia la Eva-carnal y pecadora encontró su contrapartida en la Virgen María, una figura idealizada de la mujer y un modelo a seguir por ellas, "pecadoras" en esencia, pero con ansias de encubrir la falta heredada por su madre carnal en el principio de los tiempos. Para los padres de la Iglesia, sucesores de una tradición que se remontaba al siglo XII, la dicotomía entre María y Eva no constituyó una contradicción, en cuanto María representaba la "no mujer", una mujer "desexualizada", quien fue engendrada sin pecado original y concibió sin la presencia de un hombre. La Eva, en cambio, era la madre de la mujer común, pecadora por su espíritu insaciable y desobediente ante los mandatos de Dios.

---

cristianas. Por ejemplo, en la Carta dirigida a los Romanos, capítulo 16, San Pablo saluda a 26 personas de las cuales 7 corresponden a mujeres con una función en la iglesia. Sería erróneo catalogar expresamente a San Pablo de misógino, un concepto moderno que no tiene presente la realidad de una época donde el común denominador era una sociedad de tipo patriarcalista. Incluso, el discurso de San Pablo es contradictorio en algunos apartes con respecto a su sujeción al hombre, tal como se ve en 1 Corintios 11, 3-12: "Quiero que sepáis que la cabeza de la mujer es el hombre, y la cabeza de Cristo, Dios. El hombre que ora o profetiza con la cabeza cubierta deshonra a Cristo, que es su cabeza. Y la mujer que ora o profetiza con la cabeza descubierta deshonra al marido, que es su cabeza, exactamente igual que si se la hubiera rapado. (...) El hombre no debe cubrirse la cabeza, porque es imagen y gloria de Dios, pero la mujer es gloria del hombre. Pues el hombre no procede de la mujer, sino la mujer del hombre. Por esto la mujer debe llevar en la cabeza una señal de sujeción por respeto a los ángeles. Pero entre cristianos debemos reconocer que la mujer depende del hombre y el hombre de la mujer. Porque así como la mujer procede del hombre, así también el hombre nace de la mujer; y todo viene de Dios". San Pablo y las mujeres [en línea] [Consultado 24 de mayo, 2012. Disponible en Internet: http://www.acogerycompartir.org/Archivo/2008/sanpablo/mujeres.pdf

127 "Como en todas las demás iglesias cristianas, las mujeres en las reuniones que se callen, pues no les está permitido hablar; deben estar sometidas a sus maridos, como dice la ley. Y si quieren aprender algo, que pregunten en casa a sus maridos, pues no está bien que la mujer hable en la asamblea" (1 Corintios, 14, 33-35); "Que las mujeres sean sumisas a sus maridos como si se tratara del Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, del mismo modo que Cristo es cabeza de la Iglesia, cuerpo suyo, del cual él es el Salvador. Así como la Iglesia está sujeta a Cristo, así también las mujeres lo deben estar a sus maridos en todo" (Efesios 5, 22-24); "La mujer se debe dejar instruir en silencio con toda sumisión. No tolero que la mujer enseñe, ni que tome autoridad sobre el marido; que esté callada, pues Adán fue formado el primero, luego Eva. Y no fue Adán el engañado, sino Eva la que se dejó engañar y cayó en el pecado" (1 Timoteo, 11-15)

128 BOSCH, Esperanza y otros. Historia dela misoginia. Barcelona: Editorial Anthropos, 1999, pp. 19-20

Como contraposición a la figura idealizada de la mujer en el cristianismo, en el personaje de Clara Olmedo creado por la escritora y columnista Amanda Román, se definió un tipo de mujer mundana y terrenal, la Eva terrenal y calculadora, que tenía claro los medios para alcanzar sus objetivos en el plano profesional: sus encantos físicos necesarios para dominar y controlar a cualquier hombre, sin importar su procedencia social, edad o estrato económico: "Clara comentó sus nuevos planes de fundar una agencia de publicidad con su ayuda: «Su conciencia de mujer se rebelaba contra esta idea. Pero no debía escucharla. Si ella era mujer, era una mujer de negocios, y en los negocios, como en la guerra, todo estaba permitido (...) Clara pensó que un hombre en cuanto se enamoraba, quedaba indefenso y falto de personalidad ante una mujer»".[129]

Desde el aspecto cómico, esta explosión del erotismo femenino se convirtió en tema de interés para los caricaturistas, quienes establecieron en sus personajes femeninos cualidades propias derivadas de las representaciones acerca de la mujer moderna: vanidosa, gustosa de exhibir sus encantos, autónoma, con un espíritu libre para explorar las relaciones sin asumir un compromiso serio como el matrimonio. Una de estas historietas llamaba la atención por su contenido simbólico presente en sus imágenes y textos: en un primer momento subtitulado "El revés y el Derecho sobre....", apareció una mujer vestida sensualmente con un letrero que decía "Quiero casarme", una razón suficiente para ser abandonada por muchos hombres que la rodeaban atraídos por su sensualidad y belleza física. Nuevamente, la misma mujer vestida sensualmente apareció en un segundo momento llamado "El Erotismo, el Sex-appeal y demás", pero con un letrero que indicaba "NO quiero casarme", un anzuelo suficientemente fuerte para atraer a los hombres que habían huido de ella cuando manifestó su interés en casarse.[130]

Aunque no se puede generalizar la trascendencia de este tipo de representaciones sobre la mujer en la sociedad, tampoco se debe

129 Román, Amanda. Una mujer independiente. En: Cromos, Bogotá, Agosto 3, 1964. no. 2449, p. 54
130 NO quiero casarme (Caricatura). En: Cromos, Bogotá. Julio 31, 1967. no. 2597, p. 49

desconocer que la explosión del erotismo femenino como una figura contrapuesta a los valores morales y tradicionales vigentes en la década del sesenta, comenzó a ser una realidad ampliamente difundida por los medios de comunicación y el cine, encargados de trasmitir las formas y estilos de vida que estuvieron en boga en Europa y Estados Unidos, como consecuencia de la reafirmación de unos valores más hedonistas y cercanos a la reafirmación del ser individual. Así lo demostraron las imágenes publicitarias, llenas de mujeres voluptuosas y en actitud de conquista, poco temerosas a mostrar sus cualidades como seres de carne y hueso con instintos a flor de piel, junto con un tipo de cine que exploraba el sexo sin tapujos, tal como lo hizo Michelangelo Antonioni. La moda, por su parte, mediante las modelos profesionales representadas en Twiggy o en las actrices del séptimo arte, igualmente supo traducir esta nueva faceta del "desbordante sensualismo" en vestidos vistosos, coloridos, más arriba de la rodilla, con medias largas que generaron voluptuosidades y hasta cierto morbo en el hombre, ansioso de tener en sus manos una mujer con facciones de niña pero con una personalidad arrolladora y, hasta cierto punto, en franca rebeldía con el mundo tradicional de sus padres.

Ante la posibilidad de perder vigencia la imagen tradicional que encarnó la representación del "eterno femenino", algunas voces de protesta sentaron su posición crítica en la prensa contra este nuevo prototipo femenino. El principal señalamiento estaba relacionado con su incursión en el mundo de los hombres, una situación poco "conveniente" para quienes durante tantos siglos habían estado en el hogar bajo el cuidado de los hijos y de sus esposos. Las mujeres que dejaron atrás estas representaciones tradicionales para incursionar por necesidad o por un deseo de superación personal, tuvieron que enfrentarse a una crítica contra los nuevos roles desempeñados en la sociedad: si ella abandonaba la posibilidad de formar una familia, no era motivada por la apertura de su ser hacia nuevos horizontes más allá de los límites de sus hogares. No, la respuesta era simple e hizo gala de una motivación de orden sicológico centrada en el poco control de sus emociones. Así, este prototipo se le acusaba de guardar en su interior cierto resentimiento y frustración contra los hombres, debido

a su fealdad y a su tendencia poco femenina. En este sentido, la única posibilidad de superar esta situación era "sanando" su ego herido sentimentalmente por el rechazo del sexo opuesto, con la adopción de actitudes y comportamientos varoniles que le permitieran competir a la par e incluso superar a su máximo rival: el mismo hombre. No en vano, muchas se vieron obligadas a aparentar su presunta ignorancia a través del ocultamiento de algún pequeño éxito en el trabajo o en el estudio, debido a que sobre las "mujeres intelectuales" o "mujeres de cerebro" recayeron una serie de representaciones que las mostraban poco aptas para el matrimonio.

Dentro de este tipo de representaciones quedó en evidencia la supuesta necesidad de la mujer por imitar los comportamientos y actitudes masculinas, una acción que solo generaba un desequilibrio en su ser síquico. De ahí que también existiera la creencia de considerar como una generalidad que las mujeres sujetas a un ambiente de control severo, envidiaban la libertad e independencia de los hombres.

Un test sicológico usó este argumento para identificar mediante doce rasgos típicamente masculinos propios del plano físico, material y sicológico, a la mujer que sufría un "sentimiento de inferioridad" con respecto a los hombres. En el fondo, el test no solo pretendió señalar las características actitudinales de cada sexo, sino también la connotación negativa que se presentaba cuando ella intentaba invertir estos rasgos con el fin de alcanzar cierto nivel de seguridad para enfrentarse a la vida pública.

En este sentido, si una mujer deseaba ser independiente era porque gozaba de la juventud y carecía de libertad familiar. El anhelo de realizar una carrera mostraba un ser ambicioso, quien estaba insatisfecho por su situación actual. El deseo de ser valiente evidenció para algunos columnistas un "complejo de inferioridad", exaltado aún más por las lecturas románticas, que incentivaron en ella la creencia de vivir experiencias heroicas para darle un sentido más grande a su vida. La libertad sentimental, aunque revelaba aparentemente la satisfacción y el conocimiento de sí misma, en

el fondo era la confirmación de su desventaja en la libertad para amar. La feminidad fue incompatible con la inteligencia, porque era un obstáculo para gozar plenamente de un cerebro racional. El deseo de imitar la vestimenta masculina, aunque exteriorizaba a una mujer poco frívola, amante del estilo deportivo, de las telas finas y el buen corte, en su interior señalaba una "feminidad en desarrollo", insatisfecha consigo misma por no ser amada todavía. En cuanto al deseo de tener fuerza física, revelaba un tipo de "mujer frágil" y "suave", quien buscaba superar esta limitación con esta cualidad. El gusto por el dinero mostraba un ser materialista y en estado de confusión, una situación propiciada por un sentimiento derivado de su concepción de "víctima de la injusticia social". La pretensión hacia el dominio y la autoridad era el ejemplo de una mujer un "poco aniñada", que quería imponerse a los demás y mandar sin tener capacidad para ello. El querer ocupar un trabajo importante evidenciaba una mujer dotada de sentido de responsabilidad y aparentemente segura de sí misma, pero carente de una fuerza necesaria para cumplir a cabalidad con los objetivos trazados. La iniciativa amorosa era considerada una cualidad propia de una mujer decidida, voluntariosa, enérgica y con ideas claras, quien no soportaba esperar que un hombre tomara las decisiones.

En medio de este maremágnum de "cualidades" de la mujer moderna, algunos columnistas defendieron un modelo de mujer modesta, conocedora de sus propios límites y siempre dispuesta a apreciar la fuerza moral y la solidez del carácter masculino, el cual fue considerado un soporte ante su imposibilidad para conseguirlo. De ahí se derivó su reconocimiento como "esposa ideal", en cuanto vio en ellos seres superiores que llenaban su soledad y su sentimiento de inseguridad.[131]

Las alas que estaban adquiriendo el mal llamado sexo débil en los diferentes espacios de la vida política, social y profesional, generaron cierto desconcierto en muchos hombres que vieron la posibilidad de un cambio de roles, en el cual ellos ocupaban el

131 ¿Qué le envidia más a los hombres? Test. En: Cromos, Bogotá. Mayo 3, 1965. no. 2486, pp. 54-55

espacio hogareño, mientras ellas asumían las funciones derivadas de su incursión en el mundo exterior. Al desempeñarse en diferentes posiciones sin depender de un hombre, también existía un temor hacia el incremento de sus actitudes intelectuales, en cuanto se creaba un complejo de superioridad capaz de hacerla subestimar los valores positivos de ellos. Ante la "arrolladora" y "dominante" personalidad de la mujer moderna, el sexo masculino podía desarrollar un comportamiento defensivo al sentirse cohibido en su accionar tradicional. Esto último repercutiría negativamente hasta el punto de verse obligado a visitar un consejero, para solucionar el problema del carácter impositivo de su pareja y la incapacidad para destinar su tiempo en el cultivo de un amor basado en el afecto.[132]

Aunque en los diferentes artículos fue común reconocer el papel activo de la mujer en el mundo público durante los últimos cincuenta años, así como la necesidad "urgente" de su intervención dinámica en las actividades de la vida moderna para alcanzar las metas de bienestar colectivo, en esencia, estos planteamientos revelaron cierta ambigüedad y temor por la posición radical que podían adoptar ellas con respecto al papel tradicional y los valores morales cimentados en el cristianismo. De esta manera, se esperaba que asumiera una actitud reflexiva frente a las nuevas circunstancias, sin dejar de cumplir la "misión que por naturaleza les corresponde" y sin renunciar a su "legítimo derecho como "centro afectivo del hogar" y "espíritu modelador de la familia".[133]

Nuevamente, la mujer debió enfrentarse a las representaciones sobre su naturaleza y su posición en la sociedad, derivadas de un sistema de creencias milenario que aún estaba vigente socialmente, pese a las circunstancias y actividades que exigieron responsabilidades y actitudes diferenciadas dentro de los roles tradicionalmente ejercidos por ella en el mundo privado. No en vano, aún en la década del sesenta el "determinismo biológico"

132 CABALLERO, Vilma. Temas en relieve: La mujer en el siglo veinte. En: Cromos, Bogotá. Marzo 4,1968. no. 2625, p.
133 La mujer colombiana. En: El Colombiano. 2, diciembre, 1967, p. 3

defendido en épocas anteriores,[134] todavía era utilizado para explicar las diferencias biológicas, sicológicas e intelectuales entre ambos sexos.

Uno de los representantes de esta postura fue el español Gregorio Marañón (1887-1960),[135] quien afirmó que desde el punto de vista biológico, existían grandes diferencias entre los hombres y las mujeres con respecto a sus caracteres primarios y secundarios: mientras que la mujer era inferior psicológicamente gracias al ejercicio de la maternidad y la hipersensibilidad emocional derivada de su ciclo menstrual, en el hombre su sistema nervioso y endocrino tenía una constitución más estable que lo hacía menos sensible a los asedios afectivos y más apto para la creación mental.[136] Justificándose en el génesis, señalaba que el hombre nació para trabajar y la mujer para la vida del sexo, la maternidad y la actividad cotidiana. La incidencia de este pensamiento lo convirtió en la base para definir las actividades correspondientes a cada género, como si fuera una división del trabajo destinada

134 Desde el punto de vista fisiológico y biológico del llamado "determinismo biológico", la debilidad de la mujer también se halló en su ciclo menstrual, convalidando las falsas creencias y los prejuicios que en el pasado habían segregado a las mujeres de la acción pública. Así, en el centro de la explicación estaba el papel desarrollado por el útero y sus flujos mensuales, a los cuales les atribuían el origen del temperamento débil y pasivo, la propensión a la emotividad, el llanto y la elevada sensibilidad. Para Platón era claro que el útero al ser un órgano hueco, necesitaba del semen masculino para suplir su insaciabilidad y evitar el mal femenino de la histeria generado por los espasmos y movimientos de este órgano. En su obra *La República*, propuso que era esencial para la formación de una ciudad ideal, la asignación de un papel útil a las mujeres como responsables de la educación de los futuros individuos. Pero para lograrlo, era necesario educarlas para compensar su "defecto innato", que limitaba su accionar a oficios y tareas poco importantes como el tejido y la cocina. Así, Platón antes que sentar un precedente desde la perspectiva feminista, planteó una posición que mostró a la mujer como un objetivo centrado en la ciudad y no en su desarrollo individual. Siglos después, más exactamente en plena época de la "revolución científica" originada en el siglo XVI, Fallopio retomó los conceptos y contenidos de autores clásicos como Aristóteles y Galeno, para sustentar su planteamiento acerca de la acción del útero sobre el comportamiento femenino, el cual generaba una búsqueda afanosa de un hombre para satisfacer su deseo de procrear. GIULIA, Sissa, Filosofías del género: Platón, Aristóteles y la diferencia sexual. En: DUBY, George y PERROT, Michelle (comp.), Historia de las mujeres, tomo 1, 4ª ed. Madrid: Taurus, 2003, pp. 107-108. BOSCH, Op. Cit., p. 44

135 Entre sus ensayos se encuentran Tres ensayos sobre la vida sexual (desde 1926 comenzó la publicación de esta obra) y La evolución de la sexualidad y los estados intersexuales, Santiago de Chile, Editorial Cultura, 1938

136 Desde el punto de vista sexual, la realidad para ambos géneros se redujo a la aptitud que, por naturaleza, a cada uno le correspondía para propagar la especie: la mujer para

por la naturaleza: el hombre estaba predestinado para la acción, porque fue dotado para trabajar físicamente y resistir la fatiga corporal. La mujer, en cambio, debía limitarse a la procreación; la educación y la crianza de los hijos; el cumplimiento de una función afectiva hacia los hombres, y como ayuda material cuando comenzaba a adquirir un interés por los "asuntos varoniles". Todas estas actividades eran incompatibles con la vida laboral o el éxito en el mundo intelectual.[137]

De este tipo de creencias convalidadas por los hombres de la ciencia y los intelectuales, consecuentemente se derivó una visión negativa que, según Esperanza Bosch, generaron un "efecto empobrecedor" sobre las mujeres en los diferentes aspectos de su vida social y doméstica. Desde el aspecto religioso, no era extraño que sufriera una "dolorosa desconfianza" sobre su propia feminidad al catalogarla como poseedora de una naturaleza pecaminosa e incitadora de la maldad en los hombres, derivándose una tendencia hacia la represión de su placer sexual en pos de la reproducción de la especie; una "absoluta subordinación" hacia el hombre en los diferentes momentos de su vida sin importar su procedencia social y una restricción de sus actividades cotidianas hacia el plano doméstico.[138] Y, aunque se esperaba que los aportes en la biología contribuyeran a reabrir el debate relacionado con la mujer y su función en la sociedad, la realidad demostró una situación contraria a los principios científicos, en la medida que sus planteamientos solo justificaron con mayor fuerza las creencias antiguas que la asimilaron con un "animal inferior" al hombre, hecho derivado de su debilidad por su disposición biológica que generaba en ella cierta debilidad emocional, un comportamiento nervioso y poca inteligencia o capacidad de racionamiento.

---

alentar su ilusión de ser madre (aptitud concepcional y maternal), debía preparar una "emboscada de la paternidad" a través del uso de sus "señales sugestivas" naturales (la belleza y la gracia femenina), mediante las cuales pretendía despertar en el hombre su "aptitud fecundante". MARAÑÓN, Gregorio. Tres ensayos sobre la vida sexual, 6ª ed. Madrid: Biblioteca Nueva, 1931 1938, p. 267

137 MARAÑÓN, Gregorio. Tres ensayos sobre la vida sexual, 6ª ed. Madrid: Biblioteca Nueva, 1931, pp. 45 y 55

138 BOSCH, Op. Cit., p. 12

Con un tono un tanto pesimista, la articulista de *Cromos* Ofelia Wills, señaló con preocupación la dificultad que existía entre las mujeres para asumir sus nuevas responsabilidades sociales, no obstante, haber alcanzado derechos que en el pasado fueron impensables; ocupar posiciones de alto rango en el gobierno, la política y las empresas, y conseguir la igualdad de condiciones frente a los hombres para capacitarse a nivel profesional.

Fundamentalmente, la crítica de Wills se concentró en el comportamiento asumido por hombres y mujeres frente a sus objetivos en la vida. En el caso de ellas, aunque tuvieron la misma capacidad intelectual con respecto al hombre, continuaban concentrando su atención en las metas relacionadas con el amor, tal como si estuvieran en las "épocas más románticas, pensando en el amor". Adicionalmente, afirmó que pese a su exigencia por el mejoramiento en las condiciones laborales y su incursión en la carrera política, sus intereses emocionales "invariablemente" eran el motor principal para anular su capacidad intelectual, hasta incidir parcial o totalmente en su realización laboral y profesional. Lo anterior fue sustentado al comparar la correspondencia enviada a los periódicos y revistas: si los hombres escribían para preguntar sobre temas laborales o para encontrar soluciones concretas a los problemas específicos del amor sin entrar en rodeos, en el caso de las mujeres, sus intereses se centraban en la búsqueda de consejos para triunfar en el campo amoroso, la conquista de un hombre, la narración de un desengaño amoroso, la angustia de estar soltera a los treinta, el propósito de rehacer la vida a los cuarenta o la intención de mantener la esperanza de aliviar la soledad con un hombre en el declinar de sus vidas, finalizando casi siempre con una lista completa de sus atributos físicos y morales para atraer la atención de algún lector; por supuesto del sexo opuesto.[139]

Siguiendo esta misma línea crítica, el problema de las relaciones entre hombres y mujeres fue planteado bajo la figura de la "Ley del Embudo", en la cual se estableció que las grandes diferencias

139 WILLS, Ofelia. ¿Por qué las mujeres no gobiernan el mundo?. En: Cromos, Bogotá. Abril 27, 1969. no. 2909, pp. 40-41

sociales y laborales existentes entre ambos sexos, fueron el resultado de ciertas pautas basadas en unos valores dominantes socialmente que catalogaron simbólicamente a la mujer como un ser "menos inteligente" y poco capacitado con respecto al hombre. Más allá de este pensamiento, la respuesta se halló en su forma de actuar en cuanto la aceptación de su situación de inferioridad se debió a las ventajas que representaba para ella esta posición. La mayoría querían parecerse "más mujer", aceptarse como "objetos", ser más frívolas, en lugar de convertirse en "sujetos" con responsabilidades. Al respecto, la columnista de *Cromos* Beatriz de Vieco, citando a la psiconalista norteamericana Clara Thompson, afirmó que este comportamiento se explicaba por la "persistente situación de desamparo económico" vivido por muchas mujeres, quienes no habían tenido la posibilidad de profesionalizarse y de ser independientes económicamente. De esta forma, el amor y la vida amorosa materializadas en el matrimonio, adquirieron una gran importancia en la medida que pudieron garantizar su seguridad personal y su futuro económico. Esta inquietud se hizo aún mayor cuando se abrió la posibilidad del divorcio, una acción legal aceptada ampliamente en esta década en varios países, que precipitó en ella una mayor preocupación por mantenerse atractiva y seductora, con el fin de conservar a sus parejas por un mayor tiempo.[140]

La relación latente entre mujer y amor, objeto de crítica en estos artículos periodísticos, solo fueron el reflejo de la existencia de un sistema de representaciones que exaltaban los roles tradicionales, específicamente, en los aspectos relacionados con el ideal del eterno femenino que consagraba su papel en el hogar, la familia y el esposo. No en vano, las alabanzas y los elogios acerca del papel trascendental de la mujer moderna en la sociedad, en algunas ocasiones, se vieron opacadas por la insistencia en el dominio de las reacciones emocionales sobre su capacidad intelectual, y en la exaltación de las acciones domésticas destinadas tradicionalmente para ellas como funciones "nobilísimas"

140 DE VIECO, Beatriz. Las mujeres y el amor. En: Cromos, Bogotá. Noviembre 24, 1969. no. 2712, p. 42

centradas en la maternidad, en el ser esposa y en el ser compañera del hombre en sus actividades.

Esta negación indirecta del estatus de la mujer moderna, asimismo se hizo evidente en la prensa a través de las novelas escritas al mejor estilo de folletines, en las cuales se insistió en la necesidad de llenar el vacío presente en la vida femenina por medio del amor encarnado en el "príncipe azul" y en las relaciones de parejas formalizadas mediante el matrimonio. Incluso, la indomable Clara Olmedo quien en un principio se presentó como una mujer dominante y competitiva, al final sucumbió ante los encantos de David, un hombre exitoso capaz de enfrentarse a ella para demostrarle que debía cambiar su "camino errado", para comenzar su búsqueda como un ser individual que buscaba su realización femenina en el amor y no en el éxito profesional.

Las secciones de consejeros sentimentales, tan comunes en las revistas destinadas a un público femenino, constituyeron un termómetro para conocer el estado del conflicto entre las representaciones tradicionales y las representaciones que estaban haciendo eco en el contexto social. Muchas mujeres utilizaron este medio para "dialogar" con un consejero, aparentemente cercano a ellas, sobre los dilemas y conflictos que las aquejaban como mujeres en tránsito hacia unas formas de actuar y pensar, que contradijeron parcial o radicalmente los ideales tradicionales impuestos por la sociedad. Algunos de estos retratos mostraron a mujeres solteras y mujeres - madres de "hijas en edad de merecer", quienes preguntaban ansiosamente acerca de la posibilidad de comprometerse con alguien, del desengaño sufrido por una relación de pareja y sus consecuencias, de los conflictos emocionales generados en las hijas solteras, de la frustración por no ser correspondida.

Como un paliativo que pretendía aliviar la confusión reinante en muchas mujeres, los consejos indicados en la sesión "Pregunte a Soledad" publicada en *Cromos*, se inclinaron hacia la defensa del camino de liberación que se vislumbraba en la década del

sesenta. La base de su argumento se encontraba en el ejercicio comparativo entre dos tiempos, el pasado y el presente, con lo cual se intentaba ilustrar las ventajas de los cambios generados para ellas en aspectos trascendentales de su vida cotidiana y profesional: si la vida de las mujeres en el pasado estuvo supeditada a actuar como "parásitos sociales" que vivían únicamente del amor y "gastaban" su existencia para convertirse en "objetos atractivos" o en "objetos útiles" para el hombre, la vida de las mujeres del presente se caracterizaba por el pleno derecho de asumir su existencia como sujetos pensantes y autónomos en sus decisiones y acciones.[141]

Frente al camino tradicional circunscrito al ideal del matrimonio y la familia, los consejeros responsables de estas secciones concientizaron a las mujeres sobre su papel en la sociedad, siendo parte de su labor pedagógica la enseñanza de nuevas alternativas para sus vidas como el trabajo y su profesionalización a través de la educación superior, acciones con los cuales escaparían de las fronteras impuestas por el medio social y renovarían sus objetivos y metas, hasta convertirse en personas capaces de ejercer sus derechos y asumir mayores responsabilidades en la sociedad.

En esta posición, un tanto revolucionaria para la época, fue evidente la influencia notable de una mujer intelectual como Simone de Beauvoir, quien planteó la necesidad de realizar una serie de reformas en las instituciones tradicionales cimentadas en el concepto de igualdad de oportunidades y en la eliminación de los "tapujos morales", con el fin de modificar la condición económica de la mujer y construir las bases para la generación de una mujer-sujeto diferente a la mujer-objeto centrada en la satisfacción del Otro (el hombre y las instituciones tradicionales). Si bien ya se habían dado los primeros pasos en este camino, para Beauvoir era claro que estas transformaciones debían acompañarse de un cambio en su estatus, un hecho posible mediante una educación desde la infancia que garantizara las mismas licencias, oportunidades y estudios destinados a los hombres, pero sin hallarse dentro de

141 Pregunte a Soledad. En: Cromos, Bogotá. Septiembre 5, 1960. no. 2255, p. 57

una estructura fundamentada en el universo masculino. Solo así se lograría que las mujeres profesionales y con cierta independencia económica, superaran el "sueño del Hombre" como deseo narcisista del culto de su yo a través de la valoración y reconocimiento del Otro.[142]

A partir de esta posición, la renuncia de los esquemas patriarcales impuestos durante tanto tiempo, conllevó necesariamente a la constante preocupación de ella en su reafirmación como individuo frente al peso de las representaciones sociales tradicionales. De ahí que se desprendiera la imagen de un ser autónomo, capacitado para decidir por sí mismo y actuar sin encontrarse subordinado en su existencia a los designios de los Otros.

Así, la única alternativa para la mujer ya no se encontraba en el hogar y en la realización de un matrimonio feliz, sino más bien en la búsqueda de nuevas experiencias que le permitieran sentirse útil y productiva, y que le posibilitaran alcanzar ciertas "gratificaciones adicionales" de una forma individual y sin depender del consentimiento de un hombre. Por esta razón, Beauvoir planteó un modelo femenino que no temiera estar sola para defender su derecho a tener su propia personalidad y autonomía para decidir según sus intereses, superando consecuentemente esa antigua concepción que la mostraba angustiada ante la soledad, quien necesitaba apoyarse en sus parientes o esposo para tomar cualquier decisión: "...esclavas de su condición, anuladas en su personalidad, en la actualidad han sido relegadas a un segundo plano ante el surgimiento de nuevas figuras femeninas que adquieren cada vez un mayor deseo de declinar el papel subalterno al cual han sido «condenadas por la historia»".[143]

Si bien la mujer moderna aparentemente asumió una posición escéptica frente al amor, una negativa a creer en las relaciones de pareja tal como fueron concebidas en el pasado, esto no significó la renuncia a la posibilidad de amar y construir una relación basada

142 BEAUVOIR, Op. Cit., p. 474
143 Cromos para ellas: Elogio de la soledad. En: Cromos, Bogotá. Abril 24, 1961. no. 2285, pp. 40-42

en el respeto y la mutua admiración. No obstante, en esta ocasión su búsqueda estuvo mediada por un acercamiento hacia una concepción cercana a la libertad sexual y amorosa, sin ataduras y cadenas que sujetaran su independencia y autonomía, donde lo característico era la vivencia de múltiples experiencias en las cuales había un aparente enamoramiento y un sentimentalismo a flor de piel de efecto momentáneo, tal como se ilustró en la caricatura "La mujer casada. Una historia triste" (véase Ilustración 5)

El prototipo de mujer moderna no esperaba la llegada del hombre de su vida para experimentar el placer en ciertos momentos de su vida, especialmente en su juventud, sin involucrarse emocionalmente en un mar de afectos y sentimientos. Sin embargo, en el fondo de su ser mantuvo el interés por establecer una relación sólida y duradera. La clave estaba en saber diferenciar entre el amor libre de toda responsabilidad propio de los años juveniles, y el amor basado en el afecto y estimación recíproca que se consolidaba a través del matrimonio, un amor compartido entre dos seres que se necesitaban mutuamente y que construyeron un proyecto de vida juntos, respetando sus diferencias e intereses.

En conjunto, para la mujer moderna la vida matrimonial representó desprenderse de los prejuicios, convencionalismos, falso orgullo y respeto, que se hallaban fundamentados en unas representaciones ancladas en la tradición androcéntrica y patriarcal, para convertirse y actuar como un ser adulto y libre, que pensaba de forma diferente a la antigua "dulce esclava que espera en el hogar". Sus notables alcances en los diferentes campos de la vida social y económica, que se hicieron posibles gracias a su creciente autonomía e independencia como individuo, se reflejaron en su vida íntima mediante una actitud más abierta y despojada de las imposiciones tradicionales. Ella no quería ser considerada como "objeto" de placer masculino, lo cual abrió el espacio para expresar su insatisfacción y las dificultades presentadas dentro del matrimonio a través de las discusiones francas y respetuosas entre ambas partes.[144]

144 El deber conyugal 1964. En: Cromos, Bogotá. Marzo 16, 1964. no. 2449, pp. 52-53.

Liberada en un comienzo parcialmente de las ataduras de la tradición y anhelante de "sensaciones extrañas", su concepción acerca del amor se opuso al romanticismo expuesto en numerosas obras literarias y periodísticas. De esto derivó la negación de un amor romántico, abnegado y sufrido y, por ende, el rechazo al matrimonio impuesto por la familia o la sociedad, así como la idea de casarse para no sentirse insignificantes. La vida matrimonial no significó para ella renunciar pasivamente a sus propias ideas, hasta el punto de convertir a su esposo en una especie de ídolo. Para la mujer moderna, la unión de pareja significó la "continúa lucha" en donde cada uno expresaba su punto de vista y defendía su derecho a la intimidad, como bien lo anticipó John Stuart Mill[145] un siglo antes, cuando definió esta institución como una opción motivada por el deseo libre de querer convivir con una pareja, pero olvidándose del concepto tradicional que supuso el dominio del hombre sobre la mujer. Si bien existía una división de poderes en donde cada miembro tenía el poder absoluto, esta unión no podía ser preestablecida por la ley, sino que debía aparecer en forma natural y teniendo presente las capacidades y aptitudes individuales. A la división de deberes y de funciones, señalaba Mill, seguía naturalmente la división de derechos, hecho posible solo por el consentimiento mutuo o apartado de la ley.[146]

Dentro de este planteamiento era claro que la mujer asumía un papel activo, consecuente con los parámetros que se estaban

145 En un primer momento, John Stuart Mill escribió "Primeros ensayos sobre el matrimonio y el divorcio" publicado en 1832. Posteriormente, a raíz de la muerte de su esposa e interlocutora Harriet Taylor, publicó el ensayo escrito por ella "La emancipación de la mujer" (1851) como un homenaje póstumo a su figura y sus ideas que sembraron muchas inquietudes en Mill sobre la condición de la mujer a lo largo de tantos años. En la etapa final de su vida, cuando ya había adquirido cierta madurez en sus pensamientos y estaba despojado de los requerimientos morales que obstaculizaban la expresión de su opinión acerca del estatus femenino, Mill publicó en 1869 su ensayo más reconocido titulado "El sometimiento de la mujer", resultado de las diferentes discusiones y comentarios realizados con su fuente de inspiración y compañera Harriet. Finalmente, es importante señalar que en el libro "Consideraciones sobre un gobierno representativo", también defendió la idea del derecho de las mujeres para obtener el sufragio, un aspecto importante que influirá en el movimiento sufragista norteamericano del siglo XIX. MILL, John. El sometimiento de la mujer (1869). Citado en MILL, John y TAYLOR, Harriet. Ensayos sobre la igualdad de los sexos. Madrid: Machado Libros, 2000, p. 150

146 Paradójicamente, en su primer ensayo Mill consideraba que la mujer no debía trabajar por dos razones. Influenciado por la doctrina utilitarista de Bentham, afirmaba que no era

imponiendo en la sociedad moderna. La trascendencia de esta posición, incluso, se hizo extensiva hacia la definición de su papel como madre. Ya no era la naturaleza que definía su destino ineludible para procrear y prolongar la especie. En la década del sesenta, la mujer moderna se mostró en la prensa como un sujeto que tuvo la posibilidad de decidir si deseaba ser madre. Y cuando llegaban los hijos a su hogar, ella procuraba evitar los excesos en el cuidado, porque sabía que la sobreprotección podía generar un comportamiento dependiente en ellos, limitando su formación como seres independientes en el futuro.

Ilustración 5
La mujer casada y su historia triste (Caricatura) en Cromos, Bogotá. Septiembre 11, 1967. no. 2603, p. 55

La "mujer moderna" sabía que la felicidad en el plano amoroso era frágil y, por esta razón, para ella fue preferible negar las normas morales y sociales para empezar a vivir plenamente el presente según sus intereses y sus gustos. De esta forma, sus relaciones amorosas ya no se definieron como un hecho perpetuo, según la antigua tradición que establecía la necesidad de conservar la unidad familiar sin importar las malas relaciones entre cónyuges, en cuanto su corazón siempre estaba dispuesto a abrirse hacia los "brazos de un nuevo amor". Bajo esta concepción, la posibilidad del divorcio se estableció como un arma efectiva para alcanzar su tranquilidad después de un fracaso matrimonial, superando una "moral deformada" que consideraba la resignación como una actitud aceptada por Dios y un complejo de inferioridad generalizado en las mujeres, que las llevaba a sentirse inseguras e incapaces para enfrentar sus vidas sin un hombre. Así, la mujer moderna segura de sus cualidades como profesional y sujeto, se liberó de la sumisión masculina para empezar una nueva vida.[147]

La presencia de un discurso en la prensa que promovió las representaciones de una mujer abierta al mundo y liberada de las ataduras impuestas socialmente a su personalidad, no puede declararse como la prueba irrefutable de un cambio radical en el rol femenino. Aún la realidad mostraba una mujer que se hallaba en un dilema entre su rol circunscrito al hogar y la familia, y las nuevas perspectivas que venían propagándose desde las décadas anteriores en los medios de comunicación y en el cine, donde había aflorado un universo cargado de nuevas

---

conveniente sobrecargar el mercado de trabajo con un doble número de competidores. Por otra parte, pensaba que solo estaba capacitada para desarrollar las actividades relacionadas con las bellas artes basadas en la belleza, la delicadeza y el gusto. No obstante y quizás influenciado por Harriet Taylor, quien defendía el empleo de la mujer en cualquier profesión porque contribuía a aumentar los ingresos en el hogar y permitía elevar su nivel de "sierva" a "compañera", en su último ensayo afirmó que la mujer podía ejercer cualquier labor desarrollada por el hombre siempre y cuando estuviera capacitada para hacerlo. Sin dejar de lado la visión victoriana que vio con cierto recelo la incursión femenina en la vida laboral, Mill no estaba muy convencido de esta posibilidad porque era factible el abandono del sostenimiento de la familia por parte del marido.

147 Problemas que nos agitan: El divorcio es para quienes lo necesitan. En: Cromos, Bogotá. Octubre 4, 1965. no. 2508, pp. 10-12

ocupaciones e intereses enfocados desde la óptica personal y su reafirmación como individuo. Ante esta situación, la mujer en la vida moderna debía encontrar un equilibrio entre sus aspiraciones personales y los deberes del hogar y la maternidad. Esto significó salvar los obstáculos más críticos para sentirse libre y feliz, como renunciar a la belleza sin importar la edad y la situación; el confinamiento en el hogar luego del matrimonio, anulando la posibilidad de permanecer económicamente independiente (condición importante para el éxito y la buena marcha de todos en el matrimonio), la renuncia al amor debido a la rutina de las obligaciones hogareñas, y el sacrificio abnegado de la madre hacia sus hijos, negando la posibilidad como madre moderna de ayudarlos a ser independientes.[148] Aunque parecía una solución mágica y superficial, en el fondo se reconoció la capacidad racional que tenía para superar las barreras que aparentemente marcaron la diferencia entre ambos mundos, logrando conciliar sus metas y objetivos como mujer profesional y mujer-madre-esposa. Así lo definió la etnóloga, arqueóloga, escritora, directora de la France Press y periodista polonesa Ana Kipper, quien emigró a Colombia durante la II Guerra Mundial:

> No creo que las conquistas logradas por el movimiento feminista le hayan quitado feminidad a la mujer. La que va a depositar su papelete en la urna, en día de elecciones, la que ocupa un cargo directivo en una empresa, la que trabaja al lado de los compañeros varones en un comercio, en una oficina, en un ministerio, no por ello dejan de ser mujeres, ni dejan de aplicarse polvos y coloretes. Y no por ello deja de casarse o tener hijos.[149]

2.2 La mujer trabajadora: el precio de su conquista

Después de la Segunda Guerra Mundial, la mujer ya había elegido el camino para trabajar en las industrias y en las diferentes

148 Las renuncias peligrosas. En: Cromos, Bogotá. Junio 20, 1960. no. 2243, pp. 54-55
149 Qué es feminismo? Qué es feminidad?. En: Cromos, Bogotá. Octubre 14, 1963. no. 2409, pp. 21-22

actividades del sector terciario, situación que coincidió con la etapa de desarrollo económico vivido por los países industrializados. En este contexto, las personas que dieron por sentado el regreso de las mujeres al hogar, fueron sorprendidos por el ingreso en mayor cantidad de mujeres jóvenes y casadas al mundo laboral, quienes comenzaron a ocupar más de la mitad de los empleos creados en los sectores secundario y terciario, con el anhelo de tener una entrada económica para satisfacer sus hábitos de consumo y aumentar los ingresos económicos en sus hogares.[150]

Paulatinamente, el discurso defendido por las instituciones tradicionales en contra del trabajo femenino, fue cediendo espacio para aceptar su participación como sujeto económico, pero sin dejar de insistir en el papel central que debía cumplir en el hogar y advirtiendo que su ingreso al mundo exterior podía alejarlas de las "sanas costumbres", los valores morales y el cuidado de la familia. En el caso de las mujeres casadas, venciendo una serie de obstáculos ligados no solamente a las connotaciones morales, sino también al lazo afectivo que las ligaba a sus hijos, lograron ingresar en mayor número a la vida laboral debido, en gran parte, a la prohibición del trabajo infantil, la aparición de instituciones públicas y privadas encargadas de sustituir los cuidados maternos, y al ingreso tardío de las jóvenes en el mercado laboral como producto de su ingreso en la educación superior.

Rosa Capel resaltó como procesos significativos derivados de la inserción de la mujer en la actividad económica, la imparable pérdida de personal femenino en la agricultura y el servicio doméstico; el acceso a profesiones y puestos superiores -aunque no equiparables en salario y cantidad de personal empleado con respecto a los hombres-, y la creciente tendencia hacia el descenso de su empleo en el sector manufacturero y el incremento notable en el sector servicios. Este último aspecto estuvo ligado a la expansión del sector terciario desde finales de la Segunda Guerra Mundial (particularmente de la actividad comercial), generado por el creciente intercambio de bienes de consumo a

150 CAPEL, Rosa María. Mujer y trabajo en el siglo XX. Madrid: Arco/Libros, 1999, p.47

raíz del aumento en la capacidad adquisitiva de las personas; la creciente diferenciación en la estructura orgánica de las empresas que llevó a la creación de nuevos puestos de trabajo; los incentivos financieros y la flexibilización en el horario laboral; la promoción de programas para integrarla en sectores no tradicionales o con gran demanda y, el proceso de burocratización que experimentaron los servicios estatales. Igualmente, estas transformaciones estuvieron acompañadas por procesos liderados desde el ámbito estatal, que hicieron posible la anulación de leyes estatales que obstaculizaban su ingreso en ciertas profesiones altamente cualificadas o dominadas ampliamente por los hombres, así como el compromiso cada vez mayor por parte de los Estados para adoptar los convenios que garantizaban la igualdad salarial.[151]

En el caso de la OIT, se dieron avances importantes en el aspecto laboral a través de sus diferentes convenios[152] que buscaron conminar a los Estados para la definición de políticas claras sobre el trabajo femenino. Así, dentro de esta dinámica se promovió la expedición de normas estatales que ampliaron el campo de acción de las asalariadas en las industrias y el sector agrícola; el reconocimiento de la licencia de maternidad correspondiente a doce semanas; el derecho de lactar a los hijos dentro de la jornada laboral; la potestad para las mujeres trabajadoras embarazadas de recibir prestaciones en dinero y servicios médicos; la ilegalidad

151 El paso más importante en esta materia fue la Carta Internacional de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas firmada en 1945, que reafirmó el principio básico de la igualdad entre ambos sexos, como un compromiso prioritario de los Estados adscritos a este organismo. Una vez definido este parámetro general, se establecieron acuerdos para eliminar las diferentes formas de discriminación sexual en el plano económico, teniendo presente lo establecido en la Convención de 1958 sobre la discriminación en el empleo y la profesión.

152 Entre finales de la década del cincuenta y la década del sesenta, la OIT firmó algunos acuerdos como la Convención no. 100 sobre la igualdad en la remuneración en 1951, que fue la base para la promulgación en 1952 del Convenio no. 103 sobre la protección de la maternidad, junto con la Recomendación no. 95 relacionada con la protección a la maternidad; Convenio no. 111 sobre la discriminación (empleo y ocupación) y la Recomendación no. 111 de 1958 que hablaba acerca de la discriminación (empleo y ocupación); el Convenio no. 122 sobre la política del empleo y la Recomendación no. 122 relacionada con la política del empleo. OIT, Empoderamiento de las mujeres: ¡90 años de la OIT en acción! [en línea] [Consultado 25 de mayo, 2012]. Disponible en Internet: http://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---dgreports/---gender/documents/publication/wcms_106521.pdf

en el despido de mujeres gestantes empleadas dentro del sector público y privado; la aprobación de la licencia de maternidad con un monto similar al salario devengado y la prohibición de la jornada nocturna, las horas extra y las actividades consideradas peligrosas para las futuras madres.[153]

Estas transformaciones generadas en el ámbito mundial tuvieron efecto en el contexto nacional y local, en cuanto que las condiciones económicas generadas a raíz del proceso de industrialización iniciado desde décadas anteriores y la creciente incorporación del mercado colombiano en la economía mundial, se convirtieron en los motores que impulsaron el paulatino ingreso de la mujer a la vida laboral en el sector secundario y, posteriormente, en el sector de servicios.[154] Poco a poco, el modelo de mujer activa procedente principalmente de Estados Unidos y Europa, comenzó a ser parte de la cotidianidad de la ciudad, incluso contra las visiones negativas que vieron en este prototipo femenino la muestra fehaciente de la destrucción de la familia y del hogar por su larga permanencia en el trabajo. De esta forma, cuando comenzó la década del sesenta no era extraño observar en las mañanas un contingente de mujeres que se preparaban para trabajar rutinariamente, como parte de una dinámica económica que procuraba emplear una mano de obra más "obediente" y con un carisma suficiente para desarrollar las labores encomendadas en los diferentes sectores de la producción.

Dentro de las representaciones que comenzaron a circular en el discurso de la moda sobre la mujer trabajadora, se destacaron las cualidades de un ser con un estilo de vida un tanto diferente al prototipo tradicional, quien incursionaba en un mundo donde

153 GOYES MORENO, Isabel. Mujer, Maternidad y Trabajo en Colombia. San Juan de Pasto: Universidad de Nariño, 2011, pp. 56-58

154 No obstante, debe señalarse que aún en la década del sesenta el sector de la educación concentraba una gran cantidad de mujeres, quienes vieron en la docencia una alternativa a la vida matrimonial y hogareña, que no reñía con las representaciones tradicionales en torno a la figura femenina, al encarnar la abnegación, el sacrificio, el olvido de sí misma y cierto "espíritu ascético". Estas cualidades se complementaron con un imprescindible altruismo en materia económica por los bajos salarios y el alto grado de responsabilidades que debían asumir. Las colombianas y la educación. En: Cromos, Bogotá. Noviembre 20, 1961. no. 2315, pp. 40-41

podía desarrollar múltiples actividades que le permitieron desarrollar sus aptitudes y conocimientos. La posibilidad de explorar nuevas alternativas ajenas al ambiente tradicional hogareño, hicieron posible la creación de una conciencia de sí misma como sujeto, de un ser más independiente de las decisiones de otras personas cercanas a su círculo familiar, quien disfrutaba de la posibilidad de explorar sus inquietudes e intereses particulares sin preocupaciones.

Contra la posición tradicional que criticaba su ingreso en el mundo laboral por considerarlo ajeno a sus cualidades naturales, la mujer trabajadora procuró conservar su feminidad, elegancia y belleza, para ajustarse exitosamente a su labor como profesional y empleada. La moda no fue ajena a las nuevas exigencias femeninas y comenzó a incluir en su discurso las tendencias y recomendaciones para el uso de un vestuario y accesorios apropiados dentro el espacio laboral, especialmente en la oficina, con lo cual procuraba conservar ese aire femenino sin sacrificar su comodidad y la posibilidad de movilizarse ágilmente para cumplir eficientemente con sus labores: "Se debe prestar consideración tanto a la comodidad como al estilo, cuando se elige la ropa para usar en la oficina. Usted no puede ser eficiente en su trabajo cuando está estrangulada por un cuello subido o apretada en la cintura, que apenas puede respirar".[155]

Conservar la belleza a toda costa fue la máxima consagrada dentro de este discurso, aun cuando el prototipo de mujer trabajadora tuviera una rutina caracterizada por la mínima disponibilidad de tiempo. Si el signo de la prisa era una constante en sus vidas, esto no significó el acabose en materia de belleza o el olvido de los rituales destinados a conservar su atractivo, porque era importante mantenerse bien presentadas, siempre elegantes, bien maquilladas, adecuadamente peinadas y con un rostro agradable. El olvido o descuido de su presencia podía generar su despido y el fracaso en su vida laboral.

Para cumplir con la obligación de ser bellas en un mundo agitado, se procuró implementar en su diario acontecer unas

155 Noticiero de las modas. En: El Colombiano. Medellín. 14, enero, 1963, p. 17

rutinas y recursos adaptados a su mínima disponibilidad de tiempo, basados en el principio general del reconocimiento de los defectos sin temores, que tenía como fin generar en ellas la conciencia suficiente de su existencia física para corregir los rasgos negativos de su figura. El conocimiento de sí misma, sus cualidades físicas y sus "puntos clave", fueron la exigencia primordial para tener éxito en esta materia, particularmente en el uso de métodos que permitieran resaltar esas zonas físicas con el mínimo esfuerzo y dedicación.[156]

Además del rostro y del cuerpo que debieron conjugarse con el vestuario y los tratamientos estéticos y cosmetológicos, la rutina de belleza también se extendió hacia el cuidado de las manos, una de las principales herramientas utilizadas por la mujer trabajadora para desempeñarse cabalmente en su actividad laboral. Aunque aparentemente las manos tuvieran un papel secundario, era necesario conservar su aspecto inmaculado, su tersura y delicadeza ante los demás, como si se tratara de una persona dedicada al ocio. Mostrar un indicio de descuido, significaba poner en evidencia su incapacidad para enfrentarse a una nueva realidad supeditada a la organización de su tiempo sin descuidar su belleza.

Ante el ritmo acelerado de la vida, la mujer trabajadora tuvo que conservar su capacidad de trabajo; ese dinamismo necesario para desempeñarse exitosamente en su empleo, negando la posibilidad de sentirse débil y frágil en los diferentes momentos donde la aquejaban los trastornos propios de su naturaleza física. Solo así pudo demostrar su capacidad para afrontar los nuevos retos que surgieron al tener acceso a un mundo anteriormente ajeno al universo femenino, en el cual se incluyeron una serie de responsabilidades que exigieron un mayor desgaste físico y mental. Para remediar estos problemas, además de los tratamientos vitamínicos como Fosfogen -compuesto de fósforo orgánico natural vitaminizado-,[157] aparecieron los baños relajantes y una serie de especialistas o tratamientos psiquiátricos y psicológicos, útiles

156 No hay por qué ser fea. En: Cromos, Bogotá. Junio 25, 1962. no. 2343, p. 39

para enfrentar las enfermedades mentales derivadas de la falta de autoestima producida por el descuido físico, que debilitaban su percepción sobre sí misma hasta el punto de convertirlas en mujeres inseguras frente a otras de su misma condición, quienes sí destinaban un momento en su apretada agenda para cuidar su figura: "En una época en que más que nunca se rinde homenaje a la juventud, la mujer se ve obligada a trabajar para ganarse la vida, y debe luchar contra los estragos de la edad para salvaguardar su empleo".[158]

Pero no sólo este prototipo femenino estuvo obligado a conservar su belleza y mantener un estilo de vestuario adaptado a la moda, sin perder de vista su personalidad y actividad laboral. Para poder ingresar al agitado y exigente mundo laboral, la mujer trabajadora debió especializarse y realizar una serie de cursos que certificaran sus conocimientos en los campos más apetecidos en ese período, especialmente en el área comercial y de oficina como contabilidad, inglés comercial, periodismo, técnicas de secretariado bilingüe, mecanografía, técnicas de oficina, relaciones públicas, ejecutiva de ventas, entre otros, ofrecidos por escuelas fundadas en la ciudad.[159]

La competencia fue ardua para quienes decidieron desafiar los roles tradicionales mediante su incursión en el mundo laboral. Por esta razón, debieron prepararse adecuadamente para hacer frente a los exigentes requisitos y al creciente número de mujeres que ingresaban desde muy jóvenes al mundo laboral, tal vez buscando aumentar los ingresos propios para no depender de las decisiones de otros. En un aviso publicado en *El Colombiano*, la situación económica de las secretarias y la marcada competencia en este campo, se constituyeron en los mejores motivos para ingresar al curso de "Capacitación de Secretarias" dictado por

157 FOSFOGEN UN PRODUCTO CON PRESTIGIO PROPIO (Anuncio). En: El Colombiano. Medellín. 6, febrero, 1964, p. 7

158 Contra la depresión cuidados estéticos. En: Cromos, Bogotá. Noviembre 13, 1961. no. 2314, p. 36

159 Estas instituciones generalmente fueron creadas por personas relacionadas con el área comercial y también con egresados del Colombus School, las academias de aprendizaje a distancia como Hemphill School y la Universidad Femenina de Buenos Aires.

Ilustración 6
Anuncio de crema de manos Hinds, relacionado con las mujeres trabajadoras en El Colombiano. Medellín, 13, noviembre, 1961, p. 16

Pepe Betancur en la Cámara de Comercio, quien se valió del lema "los sueldos buenos son para las secretarias buenas. Las menos preparadas tienen sueldos inferiores", para garantizar a las futuras matriculadas "todos los conocimientos necesarios para el perfecto manejo de una oficina".[160]

> LA MUJER INCONFORME. La que gana poco, la que quiere prepararse para buenos puestos y ganar mejores sueldos, tome HOY uno de estos cursos modernos, por correspondencia. UNIVERSIDAD FEMENINA (Bs As, Argentina) PAGANDO SOLAMENTE $ 60 MENSUALES. -Relaciones Públicas -Ejecutiva de Ventas -Periodismo y Fotonovela -Delineante Arquitectura -Secretariado -Decoración -Dibujo Decorativo. Para más informes, envíe este aviso a Medellín señalando el curso que desea seguir.[161]

160 Curso de secretariado (Anuncio). El Colombiano. Medellín. 18, febrero, 1964, p. 16
161 Anuncio Curso por correspondencia. En: El Colombiano. Medellín, 14, enero, 1968, p. 16

Las relaciones entre hombres y mujeres que tradicionalmente se habían establecido según las actitudes y cualidades naturales, no solo se hicieron evidentes en los anuncios que prometieron mejores ingresos y una mayor preparación en la vida profesional. Los diferentes artículos publicados en la prensa igualmente mostraron la prevalencia de los roles tradicionales, aun cuando el discurso marcara una posición aparentemente abierta con respecto al ingreso de las mujeres en la vida laboral. Así, el tipo de tarea laboral desarrollada por ellas estuvo circunscrita a la oficina, el almacén, la escuela, el salón de belleza, espacios que exigieron mecanizar y desarrollar procesos básicos sin exigir aparentemente grandes aptitudes intelectuales y analíticas.

Como sus áreas de especialización hicieron parte de la imagen corporativa que las compañías pretendieron proyectar al exterior, la mujer trabajadora debió cumplir con una serie de requisitos esenciales relacionados, en gran parte, con las representaciones tradicionales que exaltaban su "eterno femenino": la preservación de su feminidad en el vestir y en el actuar; el buen servicio, la amabilidad, el sacrificio, la delicadeza en el trato con los clientes. Por esta razón, la profesión por excelencia fue el secretariado, que contó dentro del mundo femenino con el mayor número de ocupación, por encima de otras profesiones como la enfermería, la modistería, la medicina, la odontología.[162]

Las relaciones entre mujer y secretariado simbolizaron, entonces, el ingreso exitoso de ellas en un mundo dominado antes por los hombres: los negocios. Este fue un motivo suficiente para afirmar que las secretarias se habían convertido en un artículo indispensable dentro de la vida intelectual, la economía, la ciencia, el manejo de los grandes intereses públicos, tal como si fueran una "pieza útil" de un engranaje determinado. De su adecuada o pésima labor desarrollada dentro de las compañías, se garantizaba el éxito en el plano de las relaciones humanas en una esfera tradicionalmente dominada por el hombre, en cuanto se creía que ellas le imprimían

162 CHACÓN, Miriam. Las secretarias controlan minuto a minuto el mundo?. Cromos, Bogotá. Agosto 2, 1965. no. 2499, pp. 29-29

el calor, la feminidad y la perspicacia suficiente para solucionar los problemas más importantes dentro de las empresas.

Como requisitos esenciales, las secretarias debieron poseer cualidades personales positivas y enfocadas en el buen trato hacia las otras personas: el carácter afable, la cortesía, la seguridad en sí misma y un comportamiento adecuado con la ética y la moral. Asimismo, debieron tener aptitudes encaminadas a mostrar su nivel de responsabilidad, inteligencia, compromiso, dedicación, conocimientos y asertividad, para desenvolverse adecuadamente dentro de su lugar de trabajo. Con su iniciativa y capacidad de liderazgo frente a los problemas y retos de la empresa, podía consolidar no solo su éxito en el campo laboral, sino también la satisfacción y cierto nivel de seguridad en su jefe. No en vano, esta actividad se identificó con una prolongación más del papel de la mujer en la familia, al complementar la labor de los hombres dentro de una empresa, garantizando su éxito y prestigio: "El secretariado es una profesión femenina por excelencia, por lo cual quien la ejerce, debe analizar su significado, saber que no consiste en una fría colaboración de carácter mecánico (...), sino que sobre todo, es saber adaptarse con suma delicadeza a las mejores virtudes de su jefe, sin renunciar a la nota femenina en ninguno de sus detalles".[163]

Si el oficio de ser secretaria fue calificado como una profesión femenina por excelencia, la creciente preocupación por mejorar las cualidades de quienes ejercieron esta profesión siempre estuvo presente en este discurso, con el fin de potencializar su feminidad y elegancia en el trato con las personas que necesitaban o dependían de su accionar, maximizando sus aptitudes y habilidades necesarias para mejorar su eficiencia y asertividad. Una de las primeras exigencias se fundamentó en la ética profesional al considerar su vinculación como una vocación y no un ejercicio ocasional. Esto significó asumir una actitud abierta hacia el conocimiento en los aspectos más importantes de esta profesión, algo posible mediante

163 Las secretarias controlan minuto a minuto el mundo?. En: Cromos, Bogotá. Agosto 2, 1965. no. 2499, pp. 29-29

un proceso de capacitación permanente. Frente a las diferentes situaciones laborales, ellas tuvieron que conservar un alto nivel de responsabilidad y buenos principios. En su comportamiento, debió asumir una conducta marcada por los valores morales, la seriedad y la dignidad, para evitar un concepto denigrante de una profesión que todavía generaba recelos en la sociedad, por las condiciones laborales que supeditaban su accionar a los intereses de hombres con mucho poder dentro del trabajo. La prevalencia de una mujer "ligera" en valores, se hizo evidente en una acusación hecha por la revista femenina *Nosotras* contra la firma Discos Fuentes al promocionar "Las secretarias", una canción compuesta por el barranquillero José Peñaranda que describió con un lenguaje picante, las relaciones establecidas entre el jefe y la secretarias por fuera de los cánones morales, mostrando a una mujer que no tenía escrúpulos para salir con su jefe y valerse de sus encantos físicos para conquistarlo:

> Para una mujer ser ligera y enclenque moralmente, no necesita ser secretaria, ni emplearse en ningún oficio, bástele tan solo la inclinación y el deseo de ser liviana y le sobra campo de acción sin tratar de respaldar sus actuaciones con un empleo. (...) Por qué entonces considerar las oficinas como antros de perdición, como verdaderamente lo sugiere el compositor del mencionado disco? No se crea que con tal composición musical se desprestigia solamente la reputación de las damas secretarias, no señores, se pone en tela de juicio la seriedad y buena compostura de los patrones y gerentes y el prestigio moral de la empresa, oficina o casa comercial donde se emplean las damas que el señor peñaranda intentó lesionar o zaherir con sus sandeces. [164]

De las representaciones encargadas de denunciar el aparente peligro del ingreso femenino al mundo masculino, se derivaron una serie de normas básicas que pretendieron controlar y mantener al límite la relación establecida con el jefe, la persona con la

164 Injusticias con las secretarias. En: Nosotras, Medellín. Mayo, 1965. no.5, pp. 3-4

cual permanecía más tiempo. Si bien entre ambos debió existir un clima de confianza, de mutuo respeto y de sincera amistad, esto no significó la trasgresión de esas fronteras más allá del plano laboral, principalmente cuando la secretaria estaba subordinada a las decisiones de un jefe que podía extralimitarse en el trato con su subalterna. Con cierto tono de alarma y preocupación, un columnista anónimo de *El Colombiano,* alertaba acerca de este tipo de relaciones en el campo laboral que podían terminar en triángulos amorosos. Dentro de estos términos, mostraba a una secretaria débil y fácilmente manipulada por las artimañas de su jefe, quien se excusaba en la incomprensión de su esposa para lograr la confianza de ella. Ante esta situación aconsejaba conservar una conducta intachable, regida por los principios morales que permitirían conservar las buenas relaciones laborales.[165]

Aunque estas cualidades éticas y morales se hicieron extensivas para todas las secretarias, no era desconocida la existencia dentro de este nutrido grupo de mujeres de unas diferencias sociales, generacionales, físicas e intelectuales.

De una forma un tanto irónica, Enrique Aguirre López en *Cromos*, destacó los diferentes prototipos de secretarias que se podían hallar en el ámbito de las oficinas, recalcando insistentemente en sus cualidades negativas que las relacionaban con seres opuestos al eterno femenino y lejanos a las representaciones tradicionales que definieron su rol en el ámbito hogareño. En su clasificación, solo fueron dignas de reconocimiento la categoría conformada por las viudas sin ningún sostenimiento económico o las mujeres casadas abandonadas o con un marido "holgazán", quienes se identificaban por su cumplimiento, seriedad y competencia en el trabajo. Caso contrario ocurrió con las mujeres sin ningún compromiso en el plano sentimental, caracterizadas por su deseo aferrado de matrimonio, secretarias con "ciertos privilegios oligárquicos", quienes al graduarse en comercio e idiomas, gozaban de un buen salario y destinaban gran parte de su tiempo a los acontecimientos sociales,

165 ¡Esa es usted!: Preocúpese de sus propios asuntos. En: El Colombiano. Medellín. 6, enero, 1964, p. 13

las tendencias de la moda y los chismes. Entre el grupo de solteras también sobresalieron las mujeres "mandonas o ejecutivas", que terminaban por imponer su voluntad y gustos personales en la oficina gracias a la confianza depositada por su jefe. Ni siquiera las "secretarias de la edad de oro o la edad madura" se salvaron de su crítica, al describirlas como seres con cualidades opuestas a la belleza física (pelo teñido, expresión fría, labios enjutos y manos flácidas), las cuales disfrutaban de placeres tan singulares como el cigarrillo, los hombres jóvenes y el reconocimiento público del título de "señoritas". Tampoco salieron bien libradas las "señoritas de muy buena familia", caracterizadas por vestirse de sport y por su gran número de compromisos sociales, hecho que demostraba su poco interés en formar un hogar y su deseo de mantener un estilo de vida independiente. En el otro extremo estaban las "niñas de hogares subdesarrollados", consideradas seres amables que se maquillaban para conseguir un "príncipe azul" que las liberaría de sus responsabilidades económicas.[166]

Aunque la mujer trabajadora irrumpió en un mundo lleno de contrastes y contradicciones, donde coexistieron simultáneamente una serie de valores y representaciones basados en la tradición, junto con unas representaciones ancladas en el principio moderno que permitieron su exploración como individuo, las perspectivas y opiniones expresadas en la prensa acerca de su reciente conquista revelaron, en principio, una postura favorable y positiva frente a los nuevos roles que desempeñaba no solo en la sociedad, sino también dentro del círculo intimo y privado propio de su hogar.

Un tema sobresaliente dentro de estos planteamientos estuvo ligado a la transformación de su mentalidad y sus relaciones establecidas con los hombres. Desde una visión positiva, el trabajo femenino fue considerado como la única fuerza capaz de sacar a la mujer de su cotidianidad tradicional y de exigirle otras responsabilidades, sin soportar las imposiciones del sexo masculino, lo cual se tradujo en la modificación de los arquetipos tradicionales de la imagen del esposo-amo, para abrirle la posibilidad de un

166 Nuestras queridas secretarias. En: Cromos, Bogotá. Marzo 18, 1963. no. 2379, p. 41

intercambio de roles y espacios en el ambiente laboral y doméstico. Más allá de esta posición, la vida laboral al ser catalogada como una "magnifica escuela de lucidez", le proporcionaría la madurez y la racionalidad suficiente para emprender nuevos proyectos como individuo independiente.[167]

El hecho de tener acceso a un salario de forma independiente, permitió a las mujeres sentir la satisfacción de ver realizados sus deseos de igualdad, de afirmar sus posibilidades intelectuales, físicas o artísticas y, de alcanzar la seguridad útil para permitir su participación eficaz en la vida común. De esta forma, el trabajo transformaba su visión de sí mismas, destruyendo consecuentemente dos imágenes: la madre reducida a una simple dependencia, encerrada dentro de la impotencia y la pasividad ante las dificultades, quien solo podía afrontarlas adecuadamente por intermedio del esposo. Por otra parte, la vida laboral femenina contribuyó a descartar paulatinamente la imagen clásica del hombre superior, el origen aparente de su inseguridad y su debilidad frente a los retos impuestos en el mundo exterior en los ámbitos profesional y laboral. Esto último conllevó a la construcción de un nuevo tipo de relaciones mediadas por la igualdad y la conciencia entre ambos sexos.[168]

La nueva dimensión alcanzada sobre sí misma como mujer trabajadora e independiente, en esencia, transformó las relaciones en el hogar y la mentalidad de aquellos que la rodeaban, modificando los arquetipos tradicionales de la imagen del "amo". Simultáneamente, esta situación abrió la posibilidad de un intercambio de roles y espacios en el ambiente doméstico, donde el hombre se consagraba al hogar y la familia, mientras las mujeres trabajadoras aseguraban su éxito profesional al consagrarse a su trabajo de forma independiente y sin desarrollar necesariamente el doble papel de esposa y madre.

No obstante, este proceso de integración en el mundo laboral no fue tan sencillo y exigió la reconciliación entre el trabajo

167 SALOMÓN. Mujeres Vs. Hombres. En: Cromos, Bogotá. Agosto 14, 1961. no. 2301, pp. 38-40

y la maternidad. Si la mujer asumió el reto de tener nuevas responsabilidades lejanas al ambiente doméstico y familiar, esto no se tradujo necesariamente en evitar sumar una nueva tarea a su rutina diaria, sino en intentar realizar una repartición de responsabilidades con su pareja en el hogar para hacer su vida más fácil y ligera. Más allá de la dimensión privada, en el plano social implicó el cumplimiento de dos puntos esenciales para obtener mayores éxitos en su vida. En primera instancia, significó el mejoramiento de las condiciones laborales a raíz del establecimiento de una red completa y adaptada de asistencia maternal y una formación profesional acorde con los requerimientos del momento. Por otra parte, simbolizó la eliminación de algunos prejuicios sociales que hicieron parte de unas representaciones ancladas en una tradición androcéntrica, que la relacionaron con un ser proclive a la coquetería.

Con respecto a los mitos sobre la "mujer en el hogar" y la "mujer trabajadora-igual-al-hombre", su vigencia en el medio social fue cuestionada gracias a la eliminación paulatina de una serie de ideas preconcebidas sobre el trabajo femenino como una actividad contraria al ejercicio de la maternidad. Basándose en los planteamientos de Maine Gregoire expuestos en el articulo "El trabajo del hombre" que fue publicado en *Cromos*, se defendió la acción realizada por la mujer trabajadora y madre, porque era un ser más fuerte y menos nervioso ante las múltiples ocupaciones en el hogar y el trabajo. Su cualidad esencial radicó en ser menos represiva frente a las acciones de sus hijos, con lo cual evitaba la rebeldía originada por una excesiva atención maternal.[169]

Igualmente las ventajas fueron significativas para los hombres. Según algunos columnistas de *Cromos* como Giuliana Ferri, el sexo masculino podía gozar de una pareja estable y amorosa gracias a que serían escogidos por sus cualidades físicas y morales, y no por el interés económico, que en el pasado había sido la tabla de salvación de muchas mujeres ansiosas por encontrar un

169 IBID. pp. 39-41
170 Terremoto entre tú y yo. En: Cromos, Bogotá. Octubre 30, 1961. no. 2312, pp. 34-35

respaldo económico para subsistir. Así, el "futuro marido" estaría menos obligado a asumir el papel de redentor que tenía la misión de rescatar a la mujer de las "...garras de las ocupaciones extradomésticas, para restituirle el añorado lugar cerca del hogar".[170]

En cuanto a la incursión de la mujer en el mundo laboral, se vislumbró un nuevo orden de relaciones entre ambos sexos, que permitieron el nacimiento de una relación estrictamente profesional, basada en el respeto y el reconocimiento de las capacidades y aptitudes sin distinción de género. En el trabajo, esta transformación exigió una conducta acorde con las circunstancias, pero sin incurrir en la adopción de una actitud que imitara a los hombres. Para hacer frente a las representaciones tradicionales que juzgaban como un hecho negativo la incorporación de la mujer en el trabajo, ellas debieron conservar su feminidad a toda costa como una forma de distinguirse del sexo masculino: "... sabe que su verdadero valor está en la habilidad de pensar como una mujer sobre un asunto importante, y no como hombre".[171] La razón principal de esta exigencia radicó en los gustos y preferencias varoniles, en los cuales se mostró su interés en trabajar con mujeres femeninas porque sabían hablar, escuchar y no demostraban un sentimiento de superioridad que podía herir su orgullo. De esta forma, el espacio laboral se convirtió en una extensión más del hogar, en donde se reprodujeron ciertos roles basados en las representaciones tradicionales.

Aún bajo este panorama halagador y positivo dibujado en la prensa, no se pudo negar una realidad donde debieron sortear un sinnúmero de obstáculos generados a partir de su trasgresión de los roles impuestos tradicionalmente por la sociedad, que consagraron su papel al ejercicio del cuidado del hogar y la familia. Si bien era evidente el buen número de mujeres que ingresaron a la vida laboral, sus ocupaciones se limitaron a actividades que no requirieron una preparación universitaria, sino más bien el ejercicio

171 Varones en contra de las "mujeres de negocio". En: El Colombiano. Medellín. 7, diciembre, 1961, p. 2, sección 2

mecánico de actividades cotidianas como constar el teléfono, tomar apuntes, atender a las personas, organizar la agenda, entre otros. Pocas tuvieron la posibilidad de acceder a cargos directivos, particularmente en el sector público, donde todavía prevalecía la desconfianza para emplear a las mujeres aun cuando la dictadura de Rojas Pinilla había avalado su ingreso en cargos importantes. Caso contrario ocurrió en el sector privado, el cual al parecer fue más proclive a confiar este tipo de cargos a las mujeres, al desconocer parcialmente unas representaciones tradicionales que las consideraron poco aptas para desenvolverse adecuadamente en el campo laboral, debido a su naturaleza débil y dominada por las emociones.

Aunque el modelo de mujer trabajadora pretendió imponerse como un símbolo de la liberación femenina, en la práctica esta imagen se desdibujó ante la carga laboral y del hogar que debieron asumir, como parte del precio pagado por su ingreso al mundo exterior. Bien lo denunció unos años atrás Simone de Beauvoir en las páginas de su obra *El segundo sexo*, cuando señaló la dificultad de conciliar las responsabilidades laborales con las cargas impuestas en el hogar y los hijos. [172]

Con cierto escepticismo y quizás haciendo eco de la crítica de Beauvoir, algunos columnistas procedentes de otras latitudes expresaron su desencanto frente al rol de mujer trabajadora y las múltiples cargas que derivaron de su ingreso en este mundo. Ante las condiciones reales, la columnista de *Cromos* Suzzane Blum se preguntó si esta conquista permitió superar significativamente el papel desarrollado por ellas en el pasado, hasta el punto de calificar la liberación femenina como un mito producto de una mixtificación entre la realidad y los ideales propuestos por el movimiento feminista.[173] En esta misma línea de pensamiento, un columnista anónimo señaló que la mujer había ingresado en un mundo hecho por y para los hombres, una razón suficiente para justificar su fracaso en los diferentes aspectos de la vida,

172 BEAUVOIR, Op. Cit., p. 306
173 ¿El trabajo libera a la mujer?. En: Cromos, Bogotá. Octubre 23, 1961. no. 2311, pp. 38-40

especialmente en el campo laboral y educativo. Aún cuando estuviera laborando, en el hogar estaban sujetas a la voluntad masculina y las acciones cotidianas relacionadas con el cuidado de la casa y la familia.

Al parecer para algunas mujeres esta liberación era una utopía y podía ser más perjudicial que benéfica, al librar a los hombres de la carga económica relacionada con el sostenimiento del hogar. En el centro del debate estaba la creciente preocupación por el "trastorno del orden natural", reflejada en el hecho de la masculinización de la mujer y la feminización social y psicológica del hombre. En los hogares, esto se podía traducir en una serie de conflictos derivados de la confusión de los roles sexuales. Por una parte, si la mujer cada día asumía con mayor fuerza las funciones de jefe económico del hogar, consecuentemente el varón se convertía en un ser dependiente, irresponsable y pasivo frente a sus deberes como padre y esposo. Por otra parte, si el hombre pretendía conservar esa imagen de máxima autoridad en el hogar, las mujeres-trabajadoras más radicales verían el matrimonio como "algo insoportable", al no poder combinar su independencia y conducta con las imposiciones de su marido. De esto se derivaba el fracaso matrimonial y el divorcio.[174]

En una entrevista realizada por la revista *Cromos* a diferentes mujeres profesionales como Esmeralda de Uribe (abogada y única mujer en el Senado en esa década), Ofelia de Acosta (maestra), Beatriz de la Vega (psicóloga) y Virginia de Pineda (antropóloga), cuando se indagó acerca de las repercusiones del trabajo femenino en el hogar, la mayoría de las entrevistadas señalaron que muchas mujeres alcanzaban este estatus por la necesidad imperiosa de sostener económicamente sus hogares, en gran parte, generada por la irresponsabilidad de los hombres. Ante este "sacrificio", algunas de las entrevistadas aconsejaron continuar ejerciendo su misión en el hogar, específicamente en la formación de los hijos, y sin dejar de lado sus obligaciones laborales. Para

174 Por qué los hombres odian las independientes. En: Cromos, Bogotá. Mayo 24, 1965. no. 2489, pp. 47-48

otras, en cambio, la conciliación entre ambas tareas era inamisible por las dificultades que generaban en la crianza de los niños.[175]

Bajo estos planteamientos, era claro suponer que aunque el feminismo pretendiera la igualdad de las mujeres con respecto a los hombres en los diferentes aspectos de la vida, la realidad mostraba otra cara supeditada a unas estructuras sociales fundamentadas en la tradición, que dificultaron el acceso de las mujeres al mundo laboral o impusieron múltiples trabas a la maximización de su desempeño en este campo y la exploración de nuevas aptitudes y conocimientos necesarios para alcanzar nuevas posiciones laborales (salarios bajos, representaciones negativas, leyes contrarias a la igualdad).

Frente al modelo propuesto de mujer moderna, liberada de la responsabilidad del hogar e independiente de las decisiones de otras personas, se sobrepuso con mayor fuerza la figura de una mujer trabajadora que conciliaba sus intereses personales y económicos, con las virtudes propias de una mujer hogareña. Este prototipo de mujer, entonces, trabajaba fuera de casa, pero sin olvidar sus responsabilidades múltiples y extenuantes propias del ámbito doméstico. Lo anterior fue motivado principalmente porque para la mujer fue difícil desligarse de la carga impuesta por la sociedad, que había moldeado y definido un rol según los intereses de algunos sectores tradicionales defensores de las actitudes y pensamientos anclados en el pasado, basados en el predominio masculino en las diferentes facetas de la existencia humana.

Quizás el sector de la población femenina que tuvo mayores dificultades para acceder libremente a un trabajo en el mundo exterior fueron las mujeres casadas, quienes aún estaban sujetas a las trabas impuestas por una sociedad que vio con cierto recelo su ingreso en este campo. Uno de los principales problemas se halló en la vigencia de la potestad marital, una ley fundamentaba en

175 Cromos para ellas: En qué situación estamos las colombianas?. En: Cromos, Bogotá. Junio 6, 1960. no. 2241, pp. 46-50

principios religiosos que se habían cimentado desde la antigüedad y que justificaban el dominio del hombre sobre la mujer en todos los aspectos de su vida, pese al reconocimiento de su libertad para heredar y manejar los bienes materiales que acabó con su incapacidad civil otorgada mediante la ley 28 de 1932.

Lo anterior se tradujo en una realidad poco beneficiosa para este prototipo, en cuanto no debió olvidar sus obligaciones con el hogar, aun cuando estuviera vinculada laboralmente. El sacerdote español José Miguel Miranda reconoció esta situación al afirmar que, si bien las mujeres no trabajaban en actividades en las cuales se exigía mayor riesgo y compromiso como en el caso de los hombres, esto no constituía una suficiente justificación para la existencia de unas diferencias abismales con respecto a las funciones realizadas por cada uno en los hogares: mientras ellas continuaban con una "labor silenciosa" después de trabajar, ellos podían disponer de un tiempo libre para distraerse y compartir con los amigos después de la jornada laboral.[176]

De una forma tajante y escéptica, otros columnistas afirmaron que el trabajo no había aportado en nada a la autonomía femenina, porque era un fenómeno común su ingreso al mundo laboral con el aval respectivo de sus esposos, siempre y cuando no olvidaran sus obligaciones caseras. Solo las mujeres casadas sin hijos o con hijos grandes no les recriminaron parcialmente su condición de trabajar por fuera del hogar, revelándose así una cuestión de principios más que una necesidad derivada de las condiciones de vida. No obstante, aun cuando tuvieran la autorización de sus parejas, estas mujeres se enfrentaron al fantasma de la frustración generada en el hombre como producto de la reconversión de los roles caseros, un problema que podía derivar en el enfrentamiento, la separación y la irresponsabilidad masculina frente a los deberes económicos. Asimismo, otro impedimento radicó en el ejercicio de la maternidad y las ausencias prolongadas generadas por la necesidad de atender las responsabilidades contraídas en el hogar con los hijos y esposos.

176 Consúlteme su caso. En: Cromos, Bogotá. Agosto 4, 1969. no. 2696, p. 60

Ni siquiera las mujeres solteras y jóvenes se salvaron de esta situación. Aunque en un principio gozaron de la posibilidad de acceder a este mundo libre de las decisiones de un hombre, la permanencia de unas representaciones tradicionales centradas en el ideal del matrimonio acabaron en gran parte con este logro, en la medida que muchas deseaban casarse para encontrar una estabilidad emocional y económica.[177] Algunas se enfrentaron a un dilema personal frente a los requisitos impuestos por sus futuras parejas en este sentido. Un caso ejemplar se pudo observar en "Violeta", quien preguntaba en la sección "Pregunte a Soledad" publicada en *Cromos*, acerca de la conveniencia de seguir trabajando o de convertirse en un ama de casa, tal como lo había solicitado su futuro esposo.[178] En el caso de "Desconcertada", una viuda de tres hijos que comenzaba a rehacer su vida al lado de otra pareja, su dilema se hallaba en el rechazo de su novio derivado de su sentimiento negativo hacia la mujer trabajadora.[179]

En el panorama anterior, un tanto sombrío para las mujeres trabajadoras, igualmente se agregó el problema de la discriminación social que se evidenciaba en el alto número de hombres partícipes en las actividades económicas. En igual medida, la existencia de una legislación que aun cuando hizo un reconocimiento a su condición biológica mediante la legalización de su jubilación a los 50 años; el descanso prenatal y posnatal; los descansos diarios para lactancia y la prohibición del despido de las mujeres embarazadas, en el plano real tuvo poca resonancia debido al desconocimiento de los derechos por parte de las mujeres y las diferentes tácticas utilizadas por los jefes para eludir su cumplimiento. Para la columnista de *Cromos* Ana de Karpf, este tipo de leyes que intentaron proteger sus derechos, en el fondo solo aliviaron las cargas económicas de los hombres en cuanto trasladaron su responsabilidad "natural" a un empleador. En este sentido, afirmó que los "enemigos" de la igualdad legal de las mujeres solo privilegiaron la "Protección a la paternidad" al imponer multas "irrisorias" para castigar la irresponsabilidad

177 ¿El trabajo libera a la mujer?. En: Cromos, Bogotá. Octubre 23, 1961. no. 2311, pp. 38-40
178 Pregunte a Soledad. En: Cromos, Bogotá. Noviembre 7, 1960. no. 2263, p. 65
179 Pregunte a Soledad. En: Cromos, Bogotá. Febrero 16, 1961. no. 2274, p. 54

masculina, mientras ellas debieron dejar sus hogares para buscar un trabajo con el cual pudieran solventar los gastos de arriendo, educación, salud, servicios públicos. Ante esta situación, la única opción para alcanzar la mal llamada igualdad, se encontraba en la insistencia en una educación para la responsabilidad paternal y en la generación de una conciencia femenina que permitiera a las mujeres conocer y analizar las leyes a favor o en contra de sus intereses personales.[180]

El trasfondo de esta situación de discriminación reflejó una actitud generalizada, en gran parte, por la permanencia de unas representaciones ancladas en una tradición ancestral que establecieron como rol supremo de la mujer su permanencia en el hogar y la persistencia de un pensamiento que catalogó el trabajo como una actividad contraria a su vocación "natural" y posible causa de perversión, en cuanto implicaba el abandono de sus hogares para permanecer una gran parte de su tiempo en el exterior, un espacio nocivo para su "debilidad del alma" que la exponía a una gran cantidad de influencias relacionadas con la libertad sexual y la vida ilícita y pecaminosa.[181]

Frente a la inevitable incursión en el mundo laboral, en algunos periódicos y revistas femeninas solo se aconsejaba a las mujeres no caer en extremos radicales que las hicieran olvidar de una realidad marcada por la libertad doméstica, pero sujeta a la autoridad del esposo. La razón estaba en que si ella era capaz de subordinarse a los mandatos de un extraño llamado jefe, sería una contradicción no hacerlo en el hogar, máxime cuando la relación se hallaba ligada al afecto y el respeto, que hicieron más llevadera esta situación de control y dominio masculino. Sólo así, ella podía enfrentar valerosamente su nueva realidad, sin socavar el statu-quo sostenido durante tanto tiempo en la sociedad.

180 Protección a la paternidad. En: Cromos, Bogotá. Septiembre 29, 1969. no. 2704, p. 62
181 BRONX, Humberto. La mujer y el trabajo. En: El Obrero Católico. Medellín. 17, agosto, 1963, p. 12

2.3 El trinomio mujer-esposa, mujer ama de casa, mujer-madre: la continuación de una tradición

A pesar de la creciente promoción en la prensa de un prototipo de mujer que estuviera acorde con los requerimientos de una época centrada en la producción en serie, el consumo masivo y el auge creciente del sector especializado en los servicios, no era fácil desligarse de su representación antagónica, el prototipo que tradicionalmente había representado el ideal máximo dentro de la sociedad patriarcal, centrado en las cualidades y virtudes de la Virgen María. Si bien, aunque la justificación de este ideal femenino hundía sus raíces en la antigüedad, todavía ejercía una gran influencia en las representaciones sociales vigentes en la década del sesenta, hasta el punto de considerarse el matrimonio como la alternativa más apropiada para las mujeres, al permitirle sobrellevar el peso de la connotación negativa de Eva pecadora, la mujer "material", y alcanzar la "purificación espiritual" necesaria para su salvación en el día del juicio final.[182]

¿Qué tipo de cualidades debió reunir la mujer para superar su antiguo estado de mujer-soltera y convertirse en una mujer-esposa? Ante todo, la posibilidad de casarse estuvo supeditada a una serie de requisitos morales y espirituales, que se debieron conservar y practicar para acceder a una nueva etapa de vida, quizás la más importante según se concibió en la sociedad tradicional. Esto último se convirtió en un motivo suficiente para que la acción del cortejo fuera decisiva para su futuro; un paso en falso y la posibilidad de casarse se esfumaba para siempre. Para impedir cualquier contratiempo, la mujer casadera debió eludir cualquier comportamiento atípico que deshiciera su imagen de niña recatada y educada en los valores morales y cristianos. Así, durante las salidas con su pretendiente era importante no mostrar un interés excesivo en casarse, porque los hombres huirían al sentirse perseguidos por una mujer que asumía una actitud de "cazadora", un comportamiento en contra de los cánones tradicionales relacionados con el "eterno femenino". Un factor clave en esta

182 GOYES, Op. Cit., p. 35

fase previa consistió en mantener una actitud dócil y un bajo perfil ante el hombre, con lo cual se conservaban las jerarquías naturales dentro del futuro hogar. Asimismo, la mujer "casadera" debió evitar asumir una actitud demasiado cariñosa o acostumbrar a pedir ayuda, en cuanto esta clase de comportamientos revelaban un carácter excesivamente dependiente o una conducta demasiado fácil e insinuante que despertaba dudas sobre su moralidad. Como regla general, asimismo se resaltaron una serie de comportamientos acordes con los principios de la urbanidad y los valores morales, entre los cuales se incluían la llegada tarde a las citas, el preocuparse excesivamente por su arreglo personal, llamarlo constantemente durante el día, coquetear con otro hombre, vestirse inapropiadamente, ser muy afectuosa con él en público y conversar sobre temas superfluos durante largas horas.[183]

Dentro de los parámetros impuestos por la sociedad, el matrimonio se concibió como una alianza entre dos partes, el hombre y la mujer, para vencer el egoísmo, la búsqueda del placer individual y propiciar la ayuda mutua entre ambos cónyuges para su bienestar y el de sus futuros descendientes. Como parte del proyecto divino, el enlace matrimonial significó el compromiso de los contrayentes para continuar con el proyecto creador de la especie humana de procrear y educar a las futuras generaciones en los valores cristianos necesarios para asegurar la existencia futura de la institución más importante en la sociedad: la Iglesia. Por su parte, el proyecto burgués también usó el argumento de la prolongación de la especie a través de este sacramento, con el fin de garantizar la suficiente mano de trabajo educada en principios éticos y morales, necesaria para la continuidad del esquema productivo del capitalismo.

El comienzo de la vida en pareja aunque significó teóricamente la entrega mutua de la mujer y el hombre para comenzar un proyecto de vida en común, en el fondo exigió de ella el cumplimiento de mayores obligaciones para asegurar la existencia de un

183 Cómo ahuyentar a los hombres y evitar compromisos, en 15 lecciones. En: Cromos, Bogotá. Enero 13, 1964. no. 2420, p. 57

"matrimonio feliz", así como un sinnúmero de cualidades morales y físicas para realizarse en su papel de "esposa ideal". De esta forma, el matrimonio al ser considerado la etapa más importante de la vida para muchas mujeres de la época, requirió de cierto espíritu de sacrificio que procuró el olvido de su YO, para comenzar a pensar en un NOSOTROS, tal como si fuera una comunidad: nuestro dinero, nuestra casa, nuestro automóvil, nuestros amigos. Sin embargo, la aparente igualdad concebida se olvidaba en el momento de recordar la regla básica y fundamental para vivir en pareja: la entrega física y espiritual de la mujer al esposo, mientras que ellos debieron mantener su racionalidad para afrontar los asuntos económicos de una forma equilibrada y sensata, evitando caer en dependencias emocionales.

No en vano, un siglo antes John Stuart Mill en compañía de su esposa Harriet Taylor,[184] denunciaron el matrimonio como un producto de una imposición social y no una vocación natural de la mujer como esposa y madre, que estaba basado en un sistema de subordinación total del sexo más débil (femenino) hacia el sexo más fuerte (masculino). Con el fin de convalidar la vigencia de esta institución social, la naturaleza femenina fue creada "artificialmente" a través de la educación, para conservar la diferencia natural existente entre ambos sexos y desfigurar el auténtico ser femenino. Siguiendo esta tendencia, la sociedad se encargó de educar a las mujeres en asuntos superficiales, creando en ella un estado de dependencia total cimentado en la necesidad de garantizar su subsistencia. Esta aptitud trascendió hasta el punto de provocar una negación completa de sí misma,

184 En el primer ensayo escrito bajo la influencia moral de la época victoriana, Mill concibió el matrimonio como un hecho creado por "personas sensuales" para "personas sensuales", a través del cual el hombre buscaba contener su sensualidad hacia la mujer, mientras ella garantizaba una condición segura porque de otra forma sería abandonada una vez agotado el gusto (1832, pp.94-95). Desde una posición más radical, en la etapa de su madurez afirmó que el matrimonio era la única forma de "servidumbre real" reconocida por las leyes, en donde ellas eran "esclavas" al estar sujetas al amo por un sentimentalismo casi religioso. (1869, 235) Así, aunque se hablara de una supuesta "igualdad nominal" no era real porque el más fuerte, el hombre, podía exonerarse total o parcialmente de sus obligaciones (maltratar, despreciarla, buscar otras mujeres), mientras la mujer no podía realizarlo debido a la relación de poder existente entre ambos basada en el afecto y la dependencia sicológica. MILL y TAYLOR, Op. Cit., p. 235

para obtener el afecto de su esposo o de sus hijos. Y, aunque en ella existiera el deseo natural de merecer la consideración de las personas, queriendo sobresalir individualmente o aspirando a ser algo más que un "accesorio del varón", la sociedad estableció como mecanismo de control una regla que solo le permitió el goce de la consideración pública a través del reconocimiento de su marido o de sus parientes del sexo masculino.[185]

Estas acusaciones formuladas por Mill y Taylor en el pasado, tuvieron vigencia en la realidad local, pese a las diferencias sociales, espaciales, temporales y culturales, que separaron ambos contextos. La razón se halló en la existencia de la Iglesia Católica como máxima institución representativa en el orden social, sobre la cual se cimentaron las bases del matrimonio.

Desde varios siglos atrás, los máximos representantes de la Iglesia Católica defendieron la idea de la existencia de una jerarquía dentro del matrimonio. Retomando la *Jerarquía del Amor* escrita por San Agustín, quien se fundamentó en los escritos paulinos, se comparaba la imagen de Cristo (autoridad) como cabeza de la Iglesia (obediencia), con la imagen del varón como jefe de la familia y cabeza de la mujer, quien debía obedecerlo para conservar el bienestar de la familia y de la sociedad.[186] En consecuencia, el matrimonio y la potestad marital se constituyeron en "leyes naturales" basadas en los principios divinos que se encontraban en las Sagradas Escrituras. Por esta razón, el arzobispo de Medellín Tulio Botero Salazar en carta enviada al periódico *El Obrero Católico,* fechada el 30 de mayo de 1961, consideró que el proyecto de ley contra la potestad marital se hallaba viciado porque la jerarquía en el hogar tenía un origen divino. Asimismo, recalcó que la mujer no podía competir con el hombre en cuanto su naturaleza no estaba dotada para ello, pues él era superior fisiológica y síquicamente. Para el arzobispo, la insistencia en concederle libertades civiles, solo las harían más propensas a caer en el pecado al imitar los vicios propios de ellos.[187]

185 IBID. p. 232
186 Orientación Pontificia: La mujer en la familia. En: El Obrero Católico. Medellín. 27, mayo, 1961, p. 4
187 Doctrina de la Iglesia frente a la emancipación de la mujer. En; El Obrero Católico. Medellín. 17, junio, 1961, p. 5

Una posible explicación para la prevalencia de este tipo de pensamientos se encuentra en Pierre Bourdieu, quien en su libro *La dominación masculina* afirmó que el mundo social funcionaba como una inmensa máquina simbólica que ratificaba la dominación masculina o la visión androcéntrica, al hallarse fundamentada en los principios de una visión mítica del cuerpo biológico como realidad sexual. Coincidiendo con los planteamientos de John Stuart Mill, Bourdieu señaló que si bien esta visión androcéntrica era neutra porque parecía legitimada bajo el halo de lo natural, en realidad correspondió a categorías derivadas de un orden social, simbólico y cultural, donde la diferencia anatómica entre los órganos sexuales justificó la división sexual del trabajo.[188] En consecuencia, las significaciones y valoraciones legitimadoras del dominio del hombre sobre la mujer estuvieron sustentadas en esquemas conformados por categorías de clasificación opuestas entre lo positivo y lo negativo, el hombre y la mujer, a las cuales fueron asignadas una serie de prácticas, comportamientos, actividades y rutinas.

Para Bourdieu, estos esquemas objetivados y acordados previamente por un consenso práctico, funcionaron a través del tiempo como matrices de percepción de los pensamientos y de las acciones de todos los miembros de la sociedad. De una forma aparentemente natural, los dominados comenzaron a aplicar unas categorías construidas a partir del deseo del dominador (*libido dominantis*), correspondientes a imágenes y oficios desvalorizados, que provocaron en el dominado la renuncia para ejercer en primera persona el deseo de dominar (*libido dominandi*).[189] Con el tiempo, estas categorías alcanzaron una gran fuerza simbólica sin necesidad de la coacción física, gracias a la labor realizada por cuatro instituciones que establecieron dispositivos para controlar las posibles desviaciones de los esquemas: la Familia, la Iglesia, la Escuela y el Estado. [190]

188 BOURDIEU, Pierre. La dominación masculina, 2ª ed. Barcelona: Editorial Anagrama, 2000, pp. 22-24.
189 IBID. p. 102

En el caso de Medellín, estas categorías simbólicas reproducidas mediante la acción de la familia, la escuela y las leyes, partieron de una serie de esquemas influenciados por la Iglesia Católica, que estaban en conexión directa con la imagen promocionada de la mujer-esposa, quien en sus acciones y forma de pensar debió procurar imitar a la Virgen María, la mujer inmaterial que era la figura fehaciente del amor incondicional, la ternura, la educación, la humildad, el recato, la honestidad, la humildad, la abnegación hacia los deberes domésticos, el cuidado de la familia, la obediencia hacia el esposo.[191]

Aún en plena década del sesenta, estos argumentos centrados en la figura masculina como centro de la autoridad y del poder en el hogar, tuvieron suficiente validez en la sociedad, hasta el punto que la prensa catalogada de "avanzada" por su defensa de los derechos femeninos, en algunas ocasiones, insistió en la necesidad de conservar este orden jerárquico en el seno doméstico, sin importar que ellas asumieran otro tipo de responsabilidades como el trabajo y la vida profesional. Incluso, su intervención fue más allá al asumir el papel de un "consejero sentimental", quien recomendaba en forma de un recetario las actitudes y comportamientos más adecuados para conservar la felicidad en el plano matrimonial.

---

190 La familia impuso precozmente la división sexual del trabajo y de representación legítima de esa división. La Iglesia, como reproductora de una "visión pesimista" de las mujeres, inculcó explícitamente una "moral profamiliar" dominada por valores patriarcales, especialmente en el dogma de su inferioridad natural. Indirectamente, su influencia también tuvo efectos en la estructura histórica del inconsciente a través del simbolismo de los textos sagrados, de la liturgia e incluso del espacio y del tiempo religioso. La Escuela, pese a que se liberó parcialmente del poder de la Iglesia, continuó trasmitiendo los presupuestos de la representación patriarcal reflejados en sus estructuras jerárquicas con connotaciones sexuales, la diferenciación explícita e implícitas de actividades, formas de ver el mundo, aptitudes, disciplinas. El Estado, por su parte, se encargó de ratificar las prescripciones del patriarcado privado en un "patriarcado público", basándose en el principio de la tradición que estaba fundamentado en la supuesta división natural de los sexos, tal como se reflejó en sus instituciones públicas (el derecho de familia y el derecho civil), que reconocieron la incapacidad de la mujer para tomar decisiones en los diferentes ámbitos de la vida cotidiana y política. IBID. pp. 107-110

191 La mujer virtuosa. En: El Obrero Católico. Medellín. 28, Febrero,1959, p.11

Dentro de estos esquemas, el solo hecho de casarse no garantizaba esa felicidad absoluta e infinita para la pareja. Este camino era arduo y exigía, en gran medida, un compromiso mayor por parte de la mujer para alcanzarla y conservarla. Así, la clave para tener un matrimonio feliz se concentró específicamente en tres enseñanzas esenciales, enfocadas en la satisfacción de las necesidades de los hombres como "fuente de satisfacción de ambos".

Como requisito fundamental, la mujer debió asumir una actitud comprensiva, paciente y cariñosa hacia el hombre, quien paradójicamente dentro del matrimonio fue catalogado como un ser que actuaba de forma torpe y nerviosa debido a su creciente temor de decepcionar a su pareja. Caso contrario ocurrió con ella, quien a pesar de ser catalogada dentro de las representaciones tradicionales como una persona inmadura y desequilibrada, en el discurso promocionado en la prensa fue relacionada con un ser equilibrado en el hogar que debía comprender y aceptar las debilidades de su marido, evitando comentarlas para no herir su "orgullo de su cónyuge" generado por su vanidad y su dominante espíritu viril.

La segunda regla se concentró en las manifestaciones de afecto y respeto hacia el esposo, sin importar las circunstancias presentes en sus vidas. Esto exigió a la mujer-esposa el profundo estudio de los sentimientos de su cónyuge, para reconocer los diferentes estados emocionales que lo afectaban y aprender a manejarlos con tacto y cordura: si estaba triste necesitaba que ella lo alegrara; si se aburría debía distraerlo; si deseaba conversar, escucharlo; si quería la soledad era mejor el silencio, sobre todo si era un hombre que "trabajaba con el cerebro"; si desfallecía, su deber era alentarlo; si era celoso, debía curarlo.[192]

Frente a los conflictos y desavenencias de la relación, las habilidades comunicativas de la mujer fueron fundamentales para subsanarlos, convirtiéndose en una "mediadora" que no

192 Deberes de la mujer. En: El Colombiano. Medellín. 29, diciembre, 1968, p. 14

podía olvidar o trasgredir las decisiones de su esposo. Si él cometía un error, esta habilidad le permitía informarle su indisposición con amor, sin gritos ni malas palabras, procurando escoger el momento ideal para pensar y discutirlo juntos.

Como se abogaba hacia un comportamiento donde las mujeres constantemente intentaban agradar a sus esposos, sus actividades y pensamientos debieron enfocarse en satisfacerlos plenamente, dejando de lado sus inquietudes y sus intereses particulares. Ante todo la esposa era quien debía conocerse a sí misma y las necesidades de su esposo, aunque esto no se hiciera extensivo y obligatorio de éste hacia ella. Si bien se defendió el ideario reciente que asimiló el principio de igualdad en las relaciones de pareja, especialmente en la ejecución de las tareas domésticas, en el fondo sutilmente se pretendió conservar los límites entre las actividades propiamente masculinas y femeninas destinadas para este ámbito. La mujer tenía que seguir los consejos de su marido y solicitar su afecto, siempre y cuando él tuviera la disposición y el ánimo para hacerlo. Si se consideraba una "buena esposa", diariamente debía decirle que lo amaba; jamás se acostaba enojada; lo besaba todas las mañanas; hacía de su llegada al hogar la parte más importante del día, mostrándose fresca, gentil y alegre. Era importante sorprenderlo con detalles y actitudes diferentes e inesperadas como mostrarse "deseosa" de compartir el "espíritu aventurero" de su marido. También debía respetar sus pertenencias privadas; acompañarlo en todo momento; compartir sus intereses haciendo amistades que pudieran agradarle a su esposo; conservar un buen humo y, constantemente hacerse exámenes de conciencia para calificar sus progresos como "buena esposa".[193]

Desde un principio, ella debió hacerle entender a su esposo que hacía parte de sus alegrías y tristezas, porque esto garantizaba un constante aumento del amor en la pareja. Igualmente, en sus manos estaba hacer un hogar grato y alegre, para evitar que él se

193 El arte de ser buena esposa. En; Cromos, Bogotá. Abril 13, 1964. no. 2433, pp. 46-48); La esposa que nunca puede cansar al marido. En: El Colombiano. Medellín. 12, octubre, 1961, p. 2, sección 2

alejara a través de excusas que justificaran sus llegadas tarde o que buscara otros amigos cercanos al vicio y las malas costumbres. Por este motivo, insistentemente se le exhortaba para sortear errores mínimos como el gasto en lujos extravagantes, molestar al marido en sus momentos de descanso, mirar por encima del hombro a sus antiguas amistades, aislarse de la vida pública de su esposo, entre otros.[194]

Del mismo modo, este amor incondicional se tradujo en la necesidad de tratarlo como un "huésped de honor" que merecía la mayor consideración, particularmente en las mañanas cuando debía prepararle el desayuno y acompañarlo sin interrumpirlo, atendiéndolo con buen humor y procurando mantener una imagen impecable y acorde con los gustos del esposo. Tampoco podía caer en la mala costumbre de creer que lo único importante eran los hijos, dejando de lado los deseos del "jefe de la casa". Este sentimiento prodigado a su esposo, igualmente se extendía hacia sus parientes y amigos más cercanos, incluyendo la suegra, un personaje a quien debía alabar aunque representara un obstáculo en su relación.

La mujer como compañera sentimental, si bien ocupaba un papel secundario en el hogar, estaba obligada a brindarle la seguridad suficiente y un apoyo constante en sus decisiones para que él alcanzara sus metas y objetivos, lo cual se traduciría en su triunfo personal: "Piense que la felicidad de Ud. se debe al éxito que tenga con él", recalcaba el sacerdote español José Miguel Miranda en la sección "Consúlteme su caso" publicada en *Cromos*.[195] Esta última regla, quizás la más importante dentro del matrimonio, concibió a la mujer como una fuente de inspiración poderosa y de influencia decisiva en los logros de su pareja. Por esta razón, ella debió prepararse adecuadamente para evitar convertirse en una piedra en el zapato, un "lastre" que llevaría a su esposo a estancarse en su trabajo hasta generarle un sentimiento

194 TASCÓN MARTÍNEZ, Elisa. Lunes de la mujer: La esposa y su influencia. En: El Colombiano. Medellín. 27, enero, 1969, p. 23

195 MIRANDA, José Miguel. Consúlteme su caso. En; Cromos, Bogotá. Marzo 24, 1969. no. 2677, p. 9

de frustración y desilusión, lo cual al final se convertiría en un factor negativo para la felicidad futura del hogar. De esta forma, no bastaba con cuidar los hijos, arreglar la casa, consentir al esposo y realizar los quehaceres propios del hogar. Ante todo, ella fue considerada como un estímulo constante en todas las actividades realizadas por éste en su carrera profesional y laboral, tratando de comprender los negocios de su mayor interés, pero sin caer en el error de convertirse en el "insoportable espécimen de la mujer suficiente y pedante".

Más allá de las cualidades espirituales, físicas y morales de la mujer-esposa, el matrimonio significó para ella la continuación de su antiguo rol de mujer ama de casa, el cual ya era realizado desde su juventud. No obstante, en esta ocasión la mujer-esposa sobresalió por asumir mayores responsabilidades, en la medida que en sus hombros recayó la administración y el cuidado de todo el hogar. Esto último, tal como lo señaló Lipovetsky en *La Tercera Mujer*, fue el resultado de la implementación de un dispositivo de esencia moderna, que tuvo como objeto la racionalización de la vida doméstica en todos los ámbitos.[196]

Dentro de esta dinámica propia de la sociedad moderna, el gobierno del hogar estaba destinado a la mujer, una versión simple del gobierno desarrollado dentro del ámbito público por los hombres. Si bien esta división hundió sus raíces desde la antigüedad, su continuidad a través del tiempo garantizó conservar el statu quo marcadamente androcéntrico y definido a partir de las características sexuales que delimitaron naturalmente los roles desarrollados por cada individuo en la sociedad.

Pero en esta ocasión, su labor estuvo condicionada a su dignificación como base fundamental para la formación de los futuros ciudadanos del Estado y para garantizar el desarrollo económico del país, en cuanto era la administradora de un "estado en miniatura", la familia, considerada una prolongación en el ámbito privado del Estado colombiano.[197] Esto significaba que

196 LIPOVETSKY, Gilles. La tercera mujer. 2ª ed. Barcelona: Editorial Anagrama, 1999, p. 197

como tecnócrata del hogar, debía realizar un ejercicio racional para el bienestar de las personas que estaban a su cargo, el cual exigía el cumplimiento de una serie de normas que fueron estudiadas y aplicadas dentro de un plan que respondió a las circunstancias del espacio doméstico: en primer lugar era importante PREVER cualquier contingencia futura; ORGANIZAR todo lo relacionado con los servicios y accesorios de la casa. La anterior tarea también exigió MANDAR con autoridad, una condición indispensable que requerió energía y paciencia, así como un conocimiento exacto de la forma más apropiada de llevar a la práctica lo ordenado (tacto y diplomacia). Simultáneamente, ella necesitaba CONTROLAR si sus órdenes eran ejecutadas con precisión y COORDINAR las tareas del hogar con las horas y los trabajos de cada uno de los miembros de la familia, con el fin de evitar contratiempos y dificultades que pudieran afectar la tranquilidad y la buena marcha del hogar.[198]

Paulatinamente, esa mujer frágil e insegura se fue transformando en una figura de autoridad dentro del hogar, investida de una misión "utilitaria y productiva" que necesitaba de su destreza, habilidad, conocimientos y confianza, para apoyar la labor pública del hombre. Bajo esta visión, se esperaba de la mujer-esposa una persona laboriosa y comprometida con los deberes del hogar,

197 Michel Foucault dejó implícita su teoría de los micropoderes al retomar la propuesta de Guillaume de La Perrièrre, quien definió la existencia de diferentes formas de gobernar de acuerdo con las expresiones cotidianas, religiosas, pedagógicas, políticas. En este sentido había un gobierno de casa, un gobierno de almas, un gobierno de niños, un gobierno de provincia, un gobierno de convento, un gobierno de familia. A partir de este planteamiento, Foucault afirmó que las relaciones de continuidad eran determinantes en el ejercicio de poder dentro del "Estado de gobierno", en la medida que se establecieron relaciones entre lo privado (el individuo, la familia) y lo público (el Estado), logrando que se guardara cierta observancia y vigilancia entre ambas esferas a través de los mecanismos de control como la policía. Al respecto, determinó que para ejercer un buen gobierno se debía mantener una relación bidireccional: una continuidad ascendente donde un buen gobernarte (política), debía cuidarse asimismo (moral) y disponer de la familia (economía), y una continuidad descendente donde el estado garantizara a través de la policía su poder sobre el individuo. En consecuencia, existen diferentes formas de gobierno que se entrelazan dentro de la sociedad y el Estado, siendo la forma más reconocida y particularmente estudiada la que aplica a la totalidad del Estado. Esto quiere decir que en la sociedad también el poder se expresa en las prácticas cotidianas y discursos, razón por cual no puede ser localizado específicamente en una institución particular. FOUCAULT, Michel. Seguridad, territorio, población. México, Fondo de Cultura Económica, 2006

198 La mujer en el hogar: El manejo de la casa. En: Fabricato al día, Medellín. Enero, 1960. no.8, p.19

no un "adorno" o un "juguete decorativo en la casa" que solo se limitaba a cuidar de su belleza. Como centro del hogar, tenía la obligación de administrar de manera racional la casa mediante el ahorro, la protección y el cuidado de cada uno de los miembros de la familia; la conservación del orden y la higiene y la educación de los hijos, sin dejar de lado ese toque femenino de entrega, dulzura y abnegación, que contrastaba con el carácter férreo y varonil impuesto por su esposo. Asimismo, en sus manos estaba la importante labor de servir de relacionista pública, una acción que le permitió mantener el contacto con las demás personas, familiares, amigos y compañeros de trabajo de su pareja, a través de la ejecución de tareas destinadas al servicio y atención de sus invitados. Con el cuidado de los pequeños detalles durante las reuniones caseras, la mujer-esposa aseguraba una buena imagen de su esposo ante las otras personas.

Como el hogar fue considerado un lugar de trabajo diseñado específicamente para las mujeres, este espacio requirió de cierta preparación y técnica con el fin de garantizar en su interior una apropiada administración y unas buenas relaciones humanas. Por este motivo, con el ánimo de conservar intacta esa figura de mujer esposa "ejemplar" o de "esposa ideal" que estaba a la altura de los requerimientos de sus maridos, se inculcó en ellas la necesidad de eliminar los posibles errores que podía cometer, debido a su falta de preparación o de orientación adecuada para enfrentarse a esta exigente situación.

Lo anterior no se lograba totalmente con la buena voluntad que la mujer imprimía en sus actividades hogareñas. Asimismo fue necesario el acompañamiento de un grupo de profesionales, quienes se encargaron de impartir una serie de conocimientos técnicos y científicos apropiados para el área doméstica a través de cursos, capacitaciones, programas radiales y columnas publicadas en la prensa.[199] En este sentido, las actividades programadas por el Instituto Colombiano de Administración – INCOLDA-, una entidad de carácter privado encargada de la organización del primer curso llamado "La gerencia en su casa", estuvieron destinadas a orientar y capacitar a las señoras de ejecutivos que desearan

"perfeccionarse" en el arte de la correcta administración del hogar, con el fin de lograr desempeñarse con gracia, eficiencia, tacto y buen gusto en "el grato papel de esposas de un «hombre importante». Para cumplir este objetivo, dentro de su programación se incluyeron los temas de "La psicología del hombre", desarrollado por el consultor suizo Denis Von Der Weid; "La organización en su casa" impartido por el experto en Organización y Métodos Octavio Freydell; "La organización del presupuesto hogareño" por Jorge Valencia, director de Mercomum y presidente de Diriventas; "Las relaciones laborales en su hogar" ofrecido por el asistente administrativo de INCOLDA, Santiago Peña Daza, y "Las relaciones humanas en la vida diaria" a cargo de José Roldán Castello, director del Instituto Colombiano de Capacitación Técnica.[200]

Desde el punto de vista económico, la administración eficiente y racional de los recursos del hogar fue definida en la prensa como una de las actividades más importantes desarrolladas por la mujer ama de casa, en cuanto en ella recayó el poder de elección de los diferentes productos comercializados en el mercado que serían consumidos en el espacio doméstico. Por esta razón, una buena educación en este aspecto podía permitirle adquirir la suficiente destreza y tacto para rechazar o elegir los bienes más convenientes en la economía familiar, ante la abrumadora publicidad que promocionaba abiertamente sus falsas ventajas y cualidades. Como parte de un arte que "toda mujer debía poseer", Ruth Miller (corresponsal de la agencia de noticias Newspaper Enterprise Association NEA) recomendó atenerse a una serie de reglas generales que requirieron de un conocimiento práctico de las necesidades del hogar y de un poco de voluntad, para garantizar una compra que redundara en beneficios económicos y en el

199 La llamada "ciencia del hogar" que desembocará en los movimientos relacionados con la racionalización del trabajo doméstico, fue producto de la implantación de un modelo estadounidense llamado "Domestic Science Movement" nacido antes de 1914, el cual se extendió por Europa en los años veinte a través de diversas asociaciones organizadoras de salones del hogar. Para Lipovetsky, la razón de su existencia se halló en la necesidad de convencer a las mujeres-ama de casa sobre su papel en el hogar, especialmente en las tareas domésticas, lo cual se consideraba una actividad creativa y estimulante que requería de sabiduría, inteligencia, sentido práctico y reflexión. LIPOVETSKY, Op. Cit., p. 199

200 Cómo gerenciar un Hogar..?. En: Cromos, Bogotá. Noviembre 8, 1965. no.2513, pp. 18-20

bienestar de todos sus integrantes. Antes de ser dominada por las emociones y el espíritu irracional de "consumidora compulsiva", recomendaba a la mujer ama de casa sobresalir en su "cualidad innata" de controlar los instintos para comprar solo lo necesario y oportuno, ajustándose a un presupuesto previamente establecido y sin escatimar un estudio de la calidad, utilidad y durabilidad de los productos adquiridos en el mercado.[201]

Esta minuciosa tarea de la administración en el hogar demandó un riguroso programa de planificación, para evitar algún posible error que derivara en un desequilibrio de las finanzas familiares, una acción que podía perjudicar las buenas relaciones y la estabilidad en el ámbito doméstico. Si el hombre se encargaba del trabajo pesado que requería de la fuerza y de su lógica racional suficiente para garantizar el sustento económico de la familia, la mujer ama de casa debió observar una conducta racional -vestigio del espíritu burgués promocionado en el siglo XIX-, para maximizar los recursos del hogar siempre con la intención de brindar el bienestar suficiente para cada uno de sus miembros. De esta forma, estaba obligada a conocer con exactitud los ingresos y establecer un presupuesto general a corto o mediano plazo, que se ajustara a los gastos familiares y a las fluctuaciones de los precios en el mercado. Pero su labor no terminaba allí. Como parte de la política económica fomentada en pro del bienestar del hogar, se recomendaba buscar nuevos métodos para mejorar los ingresos familiares, bien fuera desempeñando un empleo fuera del ámbito doméstico, eso sí, sin descuidar los deberes hogareños, o mediante el establecimiento de un negocio casero que asegurara unas entradas económicas extra.

Sus dotes y cualidades para manejar los recursos del hogar no fueron las únicas habilidades desarrolladas por la mujer ama de casa. Ante todo, ella debió sobresalir por sus cualidades innatas para realizar las múltiples tareas caseras en forma hacendosa, ordenada, sin perder la serenidad e imprimiéndole cierta complacencia y sabiduría para obtener la satisfacción del "deber

201 Para ellas. La mujer en el hogar: El manejo de la casa. En: Fabricato al día, Medellín. Febrero, 1960. no. 9, p. 17

cumplido", un sentimiento que se convirtió en el "verdadero premio" de su obra realizada en el hogar. Para empezar, el principal requisito exigió una correcta planificación de su tiempo a través de una agenda acorde con el horario de los demás miembros del hogar, que comenzaba desde las tempranas horas de la mañana.[202] Así, un 50% estaba destinado al cuidado de sus hijos; un 10% al cuidado de su esposo; un 30% a la realización de los oficios domésticos. Para que el trabajo doméstico no llegara a ser una tarea abrumadora, hasta el punto de generar enfermedades nerviosas como consecuencia del malestar que generaba su práctica cotidiana, la mujer ama de casa tuvo en sus manos una serie de consejos importantes para reducir el tiempo destinado en las actividades domésticas, maximizando los resultados de una forma conveniente y siempre guiadas por la máxima: "No haga de los oficios domésticos la meta de su vida, sino un medio para vivir con a usted y a los suyos les gusta". En primera instancia, la planificación del tiempo y su perfecta ejecución de las labores, condicionaban los resultados favorables que se podían obtener en este sentido. De ahí que ser práctica era esencial no solo para realizar con rapidez el aseo de la casa, sino para establecer un plan semanal de comidas. Esto último exigió hacer de la cocina un centro racional para manejar los recursos económicos y un lugar digno para propiciar la imaginación y creatividad, en cuanto debió maximizar las cantidades de alimentos pero sin sacrificar los gustos personales de la familia. Por este motivo, un buen libro de recetas era el arma ideal para evitar caer en la monotonía alimenticia y sorprender a sus comensales con deliciosos platos.

La mujer-ama de casa no solo se limitaba a las actividades domésticas de limpieza y elaboración de comidas. La "ciencia del hogar" igualmente requirió de una serie de conocimientos médicos

202 Lipovetsky resaltó que durante siglos las mujeres alternaron las labores domesticas en el interior del hogar, con actividades desarrolladas en el exterior, especialmente entre las clases populares. Sin embargo, en el siglo XIX comenzó a construirse un "modelo normativo" fundamentado en el estereotipo del "ángel del hogar" promocionado en principio entre la clase burguesa, pero que tuvo amplia aceptación en las otras capas sociales. Así nació una nueva cultura que ubicaba en un pedestal las tareas femeninas, idealizando a su vez a la esposa-madre-ama de casa, quien se dedicaba completamente al cuidado de los hijos y la felicidad de la familia, una labor que fue vista por una buena parte de la sociedad como una especie de sacerdocio. LIPOVETSKY, Op. Cit., p. 191

y nutricionales para garantizar la salud y el desarrollo equilibrado de la familia. Esto implicó realizar una labor de vigilancia y control de la alimentación para evitar trastornos y enfermedades alimenticias, mediante un régimen equilibrado que respetara el orden de horario de comidas y las porciones de alimentos recomendadas por los nutricionistas. Asimismo, en el campo de la medicina debió preocuparse por la salud de sus hijos a través del control del peso y la estatura; el cumplimiento estricto de los esquemas de vacunación y la observación de los consejos médicos cuando era impuesto un plan de medicación. Como parte del esquema de salud hogareño, su accionar también redundó en su beneficio personal (hacer ejercicio, cuidarse su dentadura, vigilar con regularidad los fenómenos fisiológicos propios de su sexo, cuidar su salud psíquica), para evitar su ausencia prolongada del hogar por una enfermedad.[203]

Pese a los aparentes vientos de cambios que se comenzaron a promocionar en la prensa, la realidad de muchas mujeres amas de casa reveló un mundo limitado hacia el cumplimiento de los deseos ajenos, en pos del bienestar de los Otros representado en los hijos y en el esposo, dejando al margen su realización personal como individuo autónomo. Frente a la generalización de los principios de la sociedad individualista moderna, fundamentados en el deseo y la búsqueda de la realización individual, este prototipo se constituyó a partir de una acción enfocada en los demás, en un "ser exquisito" y dependiente que buscaba su felicidad "*fuera de sí misma*".[204] Entre los numerosos consejos y recomendaciones publicados en las secciones femeninas, la complacencia del Otro y el abandono de sí misma hicieron parte de la regla general reguladora en el matrimonio. En el terreno práctico, esto se tradujo en una especie de sometimiento "voluntarioso" de ella hacia su esposo, para evitar las dificultades generadas por el cambio de su humor que podían alterar la tranquilidad del hogar. Esto último, implicó asumir con una voluntad casi virtuosa y un espíritu de sacrificio, las tareas domésticas más simples y complejas, intentando complacer a su esposo en todas sus necesidades:

203 Es Ud. una mujer completa? Test. En: Cromos, Bogotá. Marzo 31, 1969. no. 2678, pp. 24-26
204 LIPOVETSKY, Op. Cit., p. 193

> 1. Cuando empieza a ponerse una camisa limpia y descubre que le falta un botón (esto es casi seguro que hará ponerse furioso a un hombre); 2. Cuando descubre que se ha terminado algún producto hogareño como la pasta de (Los esposos suponen que cualquier idiota debe ser capaz de mantener una reserva completa de estos productos necesarios para todos los días del año); 3. Cuando encuentra un hoyo en su calcetín; 4. Cuando tiene que detenerse para mover todo lo que le obstaculiza el camino, antes de que pueda guardar el automóvil (Una de las primeras cosas que debe enseñarle a los hijos por el "bien de la armonía familiar", es no dejar juguetes regados); 5. Cuando se pide más de una vez que haga un quehacer; 6. Cuando le corrige los hechos mientras él cuenta sus historias; 7. Cuando su esposa le tira todas sus posesiones, por muy usadas que estén o que no hayan utilizado durante mucho tiempo, sin pedirle permiso con anticipación (Es un procedimiento largo y desmoralizador, pero lo que hay que hacer es dejar que sus cosas se amontonen hasta que decida por fin hacer algo por sí mismo) [205]

Del mismo modo, este espíritu voluntarioso necesitó de su abnegación y ternura en el cuidado de los niños, una labor que exigió no solo el cuidado de su higiene personal y la alimentación, sino de su actuación como guía y vigilante en los asuntos personales y escolares de sus hijos, aún cuando ellos tuvieran la madurez suficiente para ser independientes. Incluso, esta tarea trascendió hacia un plano metafísico y espiritual, en la medida que debió preocuparse por los asuntos relacionados con las ideas religiosas de ellos.

Ante esta avalancha de obligaciones destinadas hacia el bienestar de los Otros, el discurso de la moda discretamente y, quizás

205 MILLETT, Ruth. Cosas que Irritan a su Esposo. En: El Colombiano. Medellín. 25, enero, 1968, p. 16

bajo la influencia de las ideas emancipadoras que promovieron un cambio en el estatus político y social de la mujer, intentó reivindicar su poder como dueña de sí misma a través de las rutinas de belleza que correspondieron a un 10% de su agenda doméstica.[206] Pese al limitado tiempo disponible, la mujer ama de casa y esposa debió ser eficiente en el programa diario de belleza casero, una acción que se facilitó mediante un examen consciente de sus cualidades físicas, intentando averiguar la última impresión que dejó en su esposo, máxime cuando la competencia femenina era fuerte en el exterior debido a la creciente incursión de mujeres jóvenes y solteras dentro del ambiente laboral masculino.[207]

Bajo este panorama, era claro que estas prácticas rutinarias de belleza constituyeron una "retórica sacrifical" enfocada en las normas individualistas del bienestar y la seducción destinadas a los roles tradicionales femeninos. Paradójicamente, esta estrategia aunque pretendió reivindicar el ser femenino frente al dominio masculino, su derecho inherente a ser una mujer femenina, en el fondo estuvo destinado a reafirmar su papel hacia la complacencia de los deseos e intereses de los Otros.[208]

La tarea "agobiante" del hogar, aún bajo los presupuestos anteriores que intentaron hacerle un espacio para el cuidado de sí misma, siguió siendo una constante que se prolongará más allá de la década del sesenta. Esto se evidenció con mayor fuerza en la revista *Cromos*, donde se publicaron algunas columnas que cuestionaban las labores domésticas impuestas al rol femenino. Dos aspectos esenciales sobresalieron para criticar la condición tradicional de la mujer. En primer lugar, la continuación de la actividad doméstica aún en los días de descanso y la poca colaboración de los esposos, fueron factores que generaron un sentimiento de infelicidad e insatisfacción en ellas. Se argumentaba que si el esposo tenía derecho a disfrutar del fin de semana realizando una actividad deportiva, olvidándose de las responsabilidades domésticas, la

206 Disponga de tiempo para su arreglo. En: El Colombiano. Medellín, 13, febrero, 1968, p. 16
207 Cromos para ellas: Operación Belleza. En: Cromos, Bogotá. Marzo 6, 1961. no. 2278, pp. 41-43
208 LIPOVETSKY, Op. Cit., p. 194

esposa también debería tener derecho a disponer de este tiempo para el ocio. En este sentido, como parte del reconocimiento de la igualdad en el ámbito doméstico, se promocionó tímidamente un nuevo estatus de mujer ama de casa que tuvo la potestad para adiestrar y habituar a su esposo e hijos en las actividades caseras, con la esperanza de enseñar lo difícil y ardua que era su labor en este espacio. En caso de fracasar en este intento, la solución era sencilla para las mujeres con recursos económicos: contratar una empleada destinada al cuidado de los niños y la organización de la casa.[209]

Siguiendo esta posición crítica, el segundo aspecto estuvo relacionado con la relevancia de la actividad doméstica en su vida, especialmente, cuando se llegaba a la etapa de la madurez, un momento en el cual ella se preguntaba si era necesario seguir luchando hasta el final por sus objetivos individuales o conservar su prestigio de ama de casa ante la sociedad. Frente al paso inexorable del tiempo, los cuestionamientos se centraron en la sensación de invertir los mejores años de su vida en actividades que solo servían para llenar una nota necrológica que hacía alusión a sus "excepcionales dotes como administradoras del hogar". Era necesario, entonces, replantear el estado de esta situación para construir un nuevo prototipo, contrario a la imagen del ama de casa tradicional que mantenía con "dignidad sus obras". Una mujer-ama de casa que, sin abandonar los oficios domésticos y el cuidado de los hijos en cierto momento de su vida, intentara en su madurez –cuando la "naturaleza la deja físicamente libre"-, explorar otras actividades destinadas a alimentar su espíritu y realizar sus ambiciones personales.[210]

Dentro de este panorama, quedó claro que aún dentro de una sociedad influenciada parcialmente por la cultura de masas, la mujer continuaba relegada al espacio privado del hogar como su lugar de realización personal, posponiendo sus sueños y metas en

209 La industria acaba con el servicio doméstico remunerado. En: Cromos, Bogotá. Septiembre 15, 1969. no. 2702, p. 41

210 Sacrificios femeninos que valen y que no valen la pena. En: Cromos, Bogotá. Enero 19, 1970. no. 2717, pp. 24-25

aras del bienestar de los Otros, representado en su familia y esposo. Este fenómeno bien se evidenció en la prensa destinada para un público femenino, en donde el desarrollo de la cultura de masas y las formas de emancipación de las mujeres, coexistieron con la permanencia de antiguas formas de feminidad, potenciadas y reconstruidas en los medios de comunicación. Así, su realización individual se limitó a un segundo plano como consumidoras potenciales, sin dejar de lado su rol tradicional enfocado en la administración doméstica y la crianza de los niños, representaciones que fueron reelaboradas a partir de los discursos médico y científico promocionados por la "industria cultural" del entretenimiento y la publicidad.[211]

Paralelamente con las imágenes de mujer-esposa y mujer ama de casa, coexistió el prototipo de la mujer-madre, en quien se encarnó la figura idealizada de la mujer inmaterial representada en la Virgen María, en la cual se reflejaron las cualidades de una mujer en su máxima expresión como madre, hasta el punto de abandonar sus ambiciones personales:

> La madre tiene su centro y su cetro en el hogar. Defenderlo es defenderla. Y como el hogar requiere, esencialmente, calor de mujer, dulzura de feminidad, todo lo que exalte y defienda la feminidad de la mujer, defenderá el hogar, defenderá a la madre. (...) Todo el milagro del hogar está en manos de la mujer: está en vuestras manos. El hogar en un milagro femenino.[212]

Aunque el culto hacia la Madre de Dios tuvo sus orígenes en el siglo XIX cuando el papa Pío IX proclamó el dogma de la Inmaculada Concepción, en pleno siglo XX esta visión mariana aún tenía influencia en la exaltación simbólica de la imagen de la mujer-madre, como la personificación más cercana del papel femenino en las representaciones tradicionales. No obstante, en

211 LOZANO ESTIVALIS, María. La maternidad en escena: Mujeres, reproducción y representación cultural. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2006, pp. 213-215
212 JUNCO, Alfonso. Defensa del hogar. En: El Obrero Católico. Medellín, 22, mayo, 1965, pp. 6-7)

esta ocasión la figura de la mujer-madre se vio reforzada con los planteamientos propuestos dentro del discurso sicológico y médico, que reivindicaron su papel en el seno del hogar como una figura fundamental en la formación física y mental de las futuras generaciones, en la medida que su configuración anatómica predispuso su cuerpo y su mente para desempeñarse en el rol de procrear y asumir las tareas derivadas de esta acción (garantizar la salud, la alimentación, la higiene, entre otros). Esta designación del ser madre como un hecho natural y genuino del sexo femenino, consecuentemente produjo la negación de su ser individual y la oposición hacia su realización personal en otro tipo de actividades desarrolladas fuera del hogar, hasta el punto que su reconocimiento y adquisición de un estatus social estuvo en función de los Otros.

Bajo estos planteamientos cimentados en los conocimientos científicos, la mujer-madre promocionada abiertamente en la prensa, discretamente significó el reconocimiento de los discursos legitimadores dentro de un sistema androcéntrico, centrado en la preservación del dominio del hombre sobre los aspectos más importantes de la sociedad. Así, la sobrevivencia de esta construcción simbólica de la mujer aún en pleno siglo XX, garantizó la conservación de un orden heredado de una tradición fundamentada en lo masculino, diluyendo consecuentemente en la imagen de la mujer-madre su figura como individuo y ser autónomo.[213]

Simultáneamente, la representación de la mujer-madre basada en el modelo androcéntrico, determinó la visión acerca de una sexualidad regida por el principio de la castidad y la función reproductora, conservando su cualidad más reconocible centrada en su feminidad y en la exaltación de sus valores morales. Ya desde tiempos pasados, la mujer-madre se había proclamado como la figura contraria a la imagen de Eva pecadora, quien en sus manos tuvo el meritorio objetivo de sacrificarse y consagrarse al cuidado de la especie humana, con el fin de preservarla de las influencias negativas. En este sentido, el prototipo de mujer-

213 LOZANO ESTIVALIS, Op. Cit., p. 126

madre se configuró sobre unos valores y cualidades lejanos a su ser individual y cercanas a la imagen de compañera, hermana, hija, madre, siempre definida en relación con los Otros y contraria a la imagen que la comparaba con un instrumento de placer y un ser propenso a la voluptuosidad de la carne. Por ende, la sexualidad como una parte fundamental de la expresión de su ser femenino, quedó limitada a la expiación de una culpa pasada a través de la figura de la maternidad, ensalzada hasta el extremo para justificar su papel en el seno del hogar.

A raíz de la existencia de esta dicotomía, la mujer aún en plena década del sesenta estuvo sujeta en sus decisiones y acciones al quehacer como madre, una situación que abrió lugar a la discusión de dos aspectos claves definidos por las nuevas circunstancias sociales y económicas en que se desenvolvió ella: el control de la natalidad y su ingreso a las actividades laborales.

La reciente aparición de la pastilla anticonceptiva y la popularización de la planificación familiar como parte de la política estatal que intentaba controlar el crecimiento de la población en Europa y Estados Unidos, paulatinamente se convirtió en una realidad en Colombia, debido a la explosión demográfica y los consecuentes problemas en la salud pública y la economía nacional que conllevaba. Por este motivo, en la década del sesenta se hicieron notables avances en esta materia, como la creación en 1965 de la Asociación Probienestar de la Familia Colombiana (Profamilia) y el impulso de los programas estatales enfocados en la salud materno-infantil, la salud reproductiva y la planificación familiar inscritos en el Plan Nacional de Salud de 1968-1977.[214]

Ante el creciente impulso por parte del Estado en el control de la natalidad, las críticas no se hicieron esperar entre los sectores conservadores de la sociedad, influenciados notablemente por las teorías defendidas abiertamente por la Iglesia Católica, que consideraba la aceptación de los hijos como un “regalo de Dios” y

214 Los médicos de Antioquia en defensa de la moral femenina. En: El Obrero Católico. Medellín. 3, octubre, 1965, p. 10

un “lote de su felicidad” dentro del matrimonio. La posición radical frente al uso de los anticonceptivos, esencialmente se concentró en negar la trascendencia de tres argumentos utilizados para justificar su uso: el alivio de la tragedia individual encarnado en la pobreza; la gran cantidad de hijos que provocaría un desequilibrio social sin precedentes y, la utilización del pretexto del problema económico como una forma de evadir las dificultades derivadas del “querer hacer del placer la «ley de la vida»”.

Para canalizar la creciente preocupación sobre el número de hijos, la jerarquía católica defendió su posición rígida con respecto a los métodos anticonceptivos artificiales, al señalar que existían otros métodos “naturales” que no interferían en el desarrollo del ciclo reproductivo femenino (la continencia total) y, por lo tanto, no estaban en contra del principio de la propagación de la especie como ley universal de origen divino. Siguiendo esta línea moral, el cuerpo médico de tendencia conservadora argumentó que la implementación de los métodos anticonceptivos artificiales, podía generar efectos negativos contra la salud y la moral de las mujeres.[215]

En el fondo del asunto, estas posiciones en contra de los métodos anticonceptivos artificiales, intentaron restablecer el orden “natural” vigente durante varios siglos, una jerarquía donde la mujer ocupaba el espacio del hogar y la familia. El creciente número de parejas divorciadas por la ausencia de hijos y la “limitación violenta y fraudulenta de la natalidad”, fueron señaladas como las principales causas del olvido de los valores morales entre los cónyuges, al faltarles el sacrificio necesario para controlar el hábito “terrible” de las pasiones. De esta forma, se podían controlar los instintos primarios al evitarse ciertos comportamientos que atentaban contra el vínculo matrimonial (la infidelidad, la poligamia, la desunión y el adulterio) y la concepción tradicional de mujer. Esta última dejaba de ser un “juguete de placer a la altura de las paganas”, para convertirse en la “reina honorable y fecunda”.[216]

215 Se justifica el control de natalidad?. En: Cromos, Bogotá. Octubre 11, 1965. no. 2509, pp. 10-11

Aunque insistentemente la Iglesia y los sectores sociales conservadores defendieron su posición, para las mujeres la realidad mostraba un conflicto entre sus aspiraciones personales y las representaciones tradicionales que limitaron su accionar a las funciones reproductivas y al cuidado de los hijos en el hogar. En este sentido, no era extraño encontrar entre las estadísticas hospitalarias y las encuestas realizadas por diferentes facultades de medicina, el aumento en el número de abortos inducidos, así como la creciente tendencia hacia la aceptación en el uso de tabletas anticonceptivas. Todo lo anterior estuvo acompañado de un número cada vez mayor de mujeres que visitaban las instituciones oficiales y privadas, buscando una asesoría relacionada con la planificación familiar, un fenómeno precipitado en parte por la desfiguración de la imagen paterna que intervenía en la vida familiar en forma discontinúa o periférica, dejando la responsabilidad de la crianza a las mujeres.[217]

Un ejemplo de esta situación contraproducente fue "Isabel", esposa y madre de cinco hijos, quien se hallaba en la dicotomía entre el uso de anticonceptivos y la posibilidad de utilizar los métodos naturales recomendados por la Iglesia, de dudosa efectividad por su limitado margen de protección. Ella, aunque cuestionara su eficacia, no deseaba trasgredir los mandatos morales y prefirió asumir una actitud de resignación ante la posibilidad de un nuevo hijo, justificando su posición en la creencia popular que afirmaba: "cada hijo traía el pan en sus brazos".[218]

Para una mujer aspirante a un grado profesional, casada y con tres hijos como Isabel, la posición de la Iglesia frente a la procreación sitúo a las mujeres católicas en un escenario "imposible", hasta el punto que su doctrina sobre el control de natalidad podía generar problemas matrimoniales. Para ella fue claro que la defensa del método natural dentro del matrimonio cristiano era el causante

216 Se justifica el control de natalidad?. En: Cromos, Bogotá. Octubre 11, 1965. no. 2509, pp. 10-11
217 La mujer se derrumba físicamente bajo el peso de embarazos sin pausa. En: Cromos, Bogotá. Febrero 25, 1967. no. 2575, pp. 6-7
218 Pregunte a Soledad. En: Cromos, Bogotá. Diciembre 19, 1960. no. 2269, p. 57

de muchos sinsabores en la vida conyugal, al quitarle la alegría y la espontaneidad en los encuentros sexuales, debido a la alta tasa de fracasos derivados de este método. Si bien argumentaba que las parejas podían superar la dificultad de traer una nueva vida al mundo, esta situación en el futuro planteaba "problemas insolubles a la pareja", porque ambos se mantenían en un estado de constante tensión e inseguridad, de rabia y resentimiento contra los hijos no deseados. Adicionalmente, afirmó que la práctica de este método generaba unas relaciones "desfiguradas" y "antinaturales", donde a la mujer se le otorgaba literalmente el puesto de "policía del lecho conyugal", convirtiendo al marido en una especie de "adivino" de las señales positivas y negativas del ciclo menstrual.

Más allá de esta posición centrada en la realidad de la vida matrimonial, sus planteamientos llegaron a cuestionar filosóficamente la viabilidad de su ley natural, en la medida que vinculaba naturalmente el sexo y la naturaleza ideal del acto, es decir, lo que era el sexo como acto biológico y lo que debería ser una relación amorosa entre dos seres humanos. En este punto, para ella era claro que la doctrina de la Iglesia simplemente adoptaba estos dos significados en conjunto, sin separarlos, olvidándose que el deseo de amar no necesariamente estaba ligado al deseo de procrear: "No se trata apenas de un asunto de "controlar las pasiones. (...) Me parece que la posición de la Iglesia descansa sobre una pobre definición de la "naturaleza" de las relaciones en sí. Como mujer no puede confiarle su destino al azar biológico. Como mujer que está tratando de crear un feliz equilibrio de trabajo y familia, no puede convertirse en una "máquina productora de bebés".[219]

El debate sobre el uso de los cuerpos femeninos como elementos destinados al placer individual o instrumentos de la procreación humana, trascendió el plano de la sexualidad para definir su papel de madre "buena" o madre "mala", frente a las

219 Una madre católica dice: Por qué creo necesario el control de la natalidad. En: Cromos, Bogotá. Julio 20, 1964. no. 2447, pp. 30-32

nuevas ocupaciones y responsabilidades que debieron asumir como mujeres trabajadoras y mujeres profesionales. Las críticas generadas en este asunto pronto se hicieron sentir en la prensa, particularmente entre los sectores tradicionales que, bajo los parámetros de la Iglesia, promocionaron abiertamente una concepción de la mujer ligada al espacio hogareño, quien limitaba su rol al cuidado, educación y protección de la familia.

La principal contradicción al orden natural impuesto por Dios y magnificado en la figura de la Virgen María se halló en la imagen de la "mujer moderna", en la cual se encarnaron los valores y actitudes negativas propias de una "mala mujer", un modelo que aparentemente comenzó a dominar como producto de su ingreso en el mundo público. En este sentido, las miradas recayeron principalmente en la categoría de las jóvenes esposas, quienes aparentemente fueron criadas en una época de transición caracterizada por las crecientes contradicciones relacionadas con el rol femenino, en gran parte, producto de los "vientos de cambio" procedentes de otras latitudes que defendieron un nuevo modelo, constituido a partir de la defensa de la igualdad y su autonomía.

Pero ¿cuáles actitudes dominaron este prototipo de mujeres para catalogarlas como seres de naturaleza pecaminosa y corrompida? Frente a las actividades que debieron realizar en la década del sesenta en el campo laboral o educativo, la crítica se dirigió específicamente a la permanencia en su ser de un espíritu hedonista, en el cual se exaltaba su cuerpo a través de la belleza física y la moda, como una forma de satisfacer su ego ante las miradas complacientes de los hombres. Otra característica propia de las mujeres modernas hizo alusión a su creciente materialismo, quizás fomentado por la influencia de la sociedad de consumo, que centró su interés publicitario en ellas como figuras importantes en el consumo de bienes, en cuanto tuvieron la posibilidad de ganar y manejar sus ingresos según sus intereses, sin estar sujetas a las decisiones ajenas.

Ilustración 7
Anuncio anticonceptivo en Cromos, Bogotá. Marzo 23, 1964. no. 2430, p. 33

Su incorporación en el mundo laboral y la educación superior, también significó para este prototipo femenino su alejamiento del mundo doméstico, en la medida que permanecía gran parte de su tiempo fuera, realizando diferentes actividades lejanas a las que dignificaron su condición de mujer virtuosa en el pasado (la maternidad, la educación de los hijos, el cuidado de su esposo). Esta nueva condición, no solo afectaba a la familia por el abandono de su máxima figura, sino por las implicaciones negativas que podían

afectar su comportamiento, en gran medida, producidas por la debilidad de su carácter que la hicieron propensa a las libertades y "bajeza de pasiones" propias de un mundo dominado por el hombre.

Paradójicamente, algunas mujeres defendieron abiertamente el antiguo modelo basado en la imagen simbólica cristiana de la Virgen María, y esperaban que fuera preservada en nombre de Dios aún frente al embate de las tendencias modernas. La negación de un presente cercado por el creciente dinamismo de la mujer en el mundo exterior y el peso de las representaciones sociales tradicionales, igualmente se hicieron evidentes cuando afirmaban la imposibilidad de hacer una tabla rasa con el pasado, una acción que significaba el olvido de las normas y tradiciones antiquísimas sobre las cuales se habían cimentado las bases de la familia y la sociedad.

La creciente insistencia en la preservación de las cualidades de una mujer cristiana, encontraron contradictores entre un sector de la sociedad que, sin caer en pensamientos extremos ni radicales, profesaron abiertamente la exploración de un nuevo prototipo femenino definido a partir del reconocimiento social de su ser individual, más allá de los modelos tradicionales que limitaban su accionar a ciertas actividades destinadas al ámbito doméstico y hogareño, y a los intereses encaminados a la preservación de un mundo regido por los hombres. En este punto, la defensa se centró en el intento por reconstruir, a partir del desprestigio de ciertas bases sociales que no se acomodaban a unas circunstancias diferentes al pasado, unas relaciones humanas fundamentadas en el principio de la igualdad y la reciprocidad entre los sexos. En el caso específico de la madre, las representaciones tradicionales centradas en su rol desempeñado en el hogar, revelaron abiertamente los prejuicios y tabúes que impidieron durante siglos su realización personal, al socavar su espíritu a la aprobación y aceptación de los Otros representados en la familia y en la misma sociedad. Tal posición no implicaba el abandono de su rol de esposa o miembro de la familia, sino más bien la posibilidad de desarrollar un papel conforme al contexto "moderno", como sujeto responsable de sus actos y sin

dependencia de ninguna índole hacia otra persona (sicológica o material). Contrario a la posición crítica acerca de la "mujer moderna", lo anterior conllevó un ejercicio de responsabilidad y de consciencia alejada de esa imagen tradicional cercana al universo de la frivolidad y la superficialidad. Solo así, la mujer entraría segura de sí misma a un mundo ajeno que durante tantos siglos se le había negado. [220]

2.4 el nuevo estatus de la mujer soltera y divorciada

Frente a las figuras representativas femeninas que conformaron el trinomio de mujer-esposa, mujer-madre, mujer ama de casa, sigilosamente aparecieron en la prensa imágenes de mujeres que optaron por un tipo de vida diferente al matrimonio, gracias a la generalización de ciertas tendencias ideológicas, sociales, políticas y económicas, derivadas de la creciente industrialización en las principales ciudades del país y del paulatino proceso de apertura económica de Colombia hacia los mercados internacionales.

Uno de estos prototipos femeninos era la mujer-soltera, considerada tradicionalmente como una "víctima de las circunstancias" que no pudo realizarse como mujer-esposa por las las enfermedades, las exigencias de un ideal muy alto, la dificultad para encontrar un hombre adecuado, los defectos temporales y la educación. Así, su figura encarnó la resignación y la entrega absoluta a la Providencia de Dios, en cuanto su vocación universal le asignó el papel de entregarse abnegadamente por medio de su labor afectiva a las personas cercanas (amigos, familia, sociedad), una actitud que aunque significó el olvido de su felicidad y de sus intereses personales, fue merecedora de un reconocimiento social por encima del rol desempeñado por la mujer-esposa y mujer-madre, quienes encauzaban todo su amor y afecto hacia un fin más egoísta: el cuidado de su familia.

220 Pregunte a Soledad. En: Cromos, Bogotá. Junio 12, 1961. no. 2292, p. 49

Si bien el estatus de la mujer-soltera tradicional tuvo un fin loable por su excelsa labor de sacrificio y trabajo abnegado en la familia y la sociedad, en el fondo mostró una realidad caracterizada por el temor constante a la influencia negativa derivada de su condición, por no estar sujeta a la protección y dominio de un hombre como esposo. Ante la avalancha de posibilidades que podía descubrir gracias a su condición de "mujer libre", la mejor alternativa para protegerla de las posibles tentaciones en su vida, consistió en la entrega de sus servicios y protección a las personas cercanas a su círculo social, sacrificando sus intereses personales en pos de la realización de Otros.[221]

Aún frente a las nuevas tendencias que proclamaron abiertamente un espíritu más liberal y moderno con respecto a las condiciones y opciones de vida para las mujeres, el ideal tradicional de mujer-soltera se conservó como signo de la prevalencia de las representaciones antiquísimas sobre el sexo femenino, debido a las pocas alternativas que pudieron explorar en el ámbito profesional y laboral, y la presión social que mostraba el matrimonio como la etapa más importante en sus vidas.

Socialmente se estableció el momento ideal para casarse cuando la mujer pasaba de la niñez a la adolescencia, la llamada "juventud dorada", considerada una etapa donde la jovencita iniciaba su vida de adulta y podía asumir nuevas responsabilidades relacionadas con el cuidado de un hogar. Paradójicamente, este periodo coincidió con la explosión del temor constante a la soltería, en gran parte, propiciado por la presión familiar de la madre y las personas más cercanas, quienes continuamente le expresaban la importancia de encontrar un "buen marido" en el menor tiempo posible para alcanzar su felicidad y asegurar su futuro económico lejos de su familia.

En estas circunstancias, para las mujeres que todavía no habían "superado" su estatus de solteras, la presión social significó un motivo para sentirse incómodas al ser objeto de señalamientos,

221 TASCÓN MARTÍNEZ, Elisa. Lunes de la mujer: La mujer soltera y su destino. En: El Colombiano. Medellín. 15, enero, 1968, p. 21

especialmente por parte de los hombres, quienes sin ningún reparo ni discreción preguntaban acerca de los motivos personales para conservar su condición. Así se hizo evidente en el siguiente artículo publicado en *El Colombiano*, en el cual se denunció la tendencia generalizada entre los hombres de cuestionar esta condición: "A ninguna mujer le gusta que le pregunten por qué no se ha casado, así se trate de la más bonita. No lo hagan. Es verdaderamente insultante y fuera de lugar. Toda soltera se sentirá ofendida con justa razón".[222]

Pero ante una época marcada por las nuevas tendencias sociales, procedentes de los modelos extranjeros de Estados Unidos y Europa que se propagaron a través de los medios de comunicación y el cine, las jóvenes tuvieron la posibilidad de explorar otras alternativas diferentes al matrimonio, al menos en los años juveniles, sin sentirse relegadas en un segundo plano por su condición civil. De esta manera, múltiples opciones surgieron como una forma de reivindicarse como ser individual y único, capaz de realizar sus sueños e ideales sin necesidad de afrontar una condición impuesta socialmente. En contraposición a la mujer-esposa, que relegaba sus intereses personales para cumplir con las múltiples responsabilidades asumidas en el hogar, la mujer-soltera tuvo la posibilidad de disfrutar de cierta libertad - aunque restringida en esta etapa de la vida -, para desarrollar una carrera apasionante; un trabajo interesante que le proporcionara cierta independencia económica o practicar una actividad de su interés (el arte, la lectura; la práctica de un deporte; la posibilidad de viajar; la vida social).

Contrariando un sector de la sociedad que estableció la juventud como el momento más oportuno para comenzar la búsqueda de un posible candidato, algunos columnistas influenciados por unas ideas un tanto liberales, comenzaron a exhortar a las jovencitas para disfrutar de esa etapa de sus vidas, sin precipitarse en decisiones radicales que podían socavar su libertad e independencia.

222 La mujer, el hogar, la moda: El casarse no es cuestión personal. En: El Colombiano. Medellín. 17, noviembre, 1960, p. 7, sección 2

Con este tipo de recomendaciones, entonces, se cuestionó el deseo de los padres de ver a sus hijas felizmente casadas en un corto plazo, resaltando los efectos negativos que conllevaba esa búsqueda derivada de la obligación de cambiar su estatus civil: en el plano de las relaciones interpersonales, destacaron la aparición de múltiples dificultades para entablar una relación de amistad con el sexo opuesto, en cuanto la muchacha se olvidaba de su espontaneidad al hallarse más preocupada por buscar el candidato ideal para casarse. En el caso de las amigas, afirmaban que su obsesión podía llevarla a catalogarlas como posibles rivales de una lucha sin cuartel.

Y, aunque la cuestión esencial no radicó en negar el destino "natural" de la mujer como parte de una familia conformada por un esposo e hijos, si se esperaba una conducta femenina más abierta con el fin de reivindicar su estado civil frente a la imagen tradicional, que la relacionaba con un ser envuelto en una situación dolorosa e insoluble. A su vez, esto significó el rechazo de los términos despectivos que hicieron mofa de su estado civil ("solterona" o "quedada"), como parte de un espíritu moderno que comenzó a prevalecer en la sociedad y en el cual se dejaron atrás los antiguos cánones que moldearon las actitudes y la personalidad de cada individuo. En este sentido, quizás el logro más importante de la revalorización de las mujeres-solteras, fue la paulatina eliminación de la carga impuesta socialmente por la ausencia de otra persona en sus vidas (un esposo), lo cual permitió la exploración de su faceta más íntima como seres valiosos que llevaron con valentía, gallardía, sin amargura y complejos su condición de mujer-solitaria.[223]

Dentro de esta dinámica propia de la década del sesenta, asimismo hizo su aparición con un gran ímpetu la mujer-divorciada, un prototipo femenino en el cual se evidenció la trasmutación de las representaciones tradicionales, hacia otras representaciones que fueron el signo característico de una época más cercana a las

223 Problemas de mujeres: ¿Teme ser "solterona"?. En: Cromos, Bogotá. Mayo 4, 1964. no. 2436, pp. 42-43

mujeres: la liberación femenina y el comienzo de la reivindicación de su ser individual con derechos, por encima de los roles asignados previamente por la sociedad.

En el pasado, la mujer-casada que asumía el estatus de mujer-divorciada, era objeto de imágenes y estereotipos negativos que la relacionaban con el símbolo de la "tentación suelta", en cuanto se creía que al liberarse del "yugo matrimonial" comenzaba a tener actitudes más abiertas, contrarias a las buenas costumbres y los valores morales. Por otra parte, se pensaba que su dimensión como mujer-madre cambiaba inevitablemente bajo esta condición, al convertirse en un ser abyecto y egoísta, capaz de abandonar a su familia e hijos para alcanzar su felicidad personal. Pero en una época influenciada por los modelos extranjeros que reclamaban los derechos y las garantías legales para el sexo femenino, el panorama comenzó a cambiar para este prototipo de mujer quien deseaba tener un reconocimiento social positivo de su condición civil.

De esta forma, quienes ya se habían divorciado o estaban en proceso de hacerlo, encontraron nuevos planteamientos que defendieron su estado civil por encima de las representaciones tradicionales. Y aunque los debates con respecto al divorcio fueron un punto álgido de discusión en el Congreso, algunas mujeres en la prensa decidieron arriesgarse para poner en tela de juicio el dominio de los esposos y su subordinación como mujer-esposa. La cuestión radicó en el reconocimiento legal y social del concepto de matrimonio, entendido como una etapa de la vida que se podía interrumpir si las circunstancias así lo ameritaban, y no como un sacramento que "condenaba" a las mujeres a vivir a perpetuidad bajo una condición de subordinación, tal como lo había planteado los grandes jerarcas de la Iglesia (León XIII y Pío X), para justificar su posición dentro del hogar: el varón como jefe de familia es cabeza de la mujer, quien debe estar sujeta a obedecer al compañero, pero no como sierva. Así, ambas figuras representan a Cristo (autoridad) y la Iglesia (obediencia): Cristo es cabeza de su Iglesia y, por lo tanto, el varón es cabeza de la mujer.[224]

Al respecto, la periodista Ofelia de Wills en *Cromos* desvirtuó la idea en la cual se afirmó que los matrimonios actuales eran más infelices por el hecho de divorciarse. Su posición, basada en los hechos sucedidos en esta materia dentro del ámbito internacional, le permitieron aseverar que era un fenómeno de repercusiones mundiales propio de una época donde las mujeres habían cambiado su actitud frente a la vida, buscando un camino hacia la felicidad por fuera de este estado civil. Según Wills, esto no hubiera sido posible sin la transformación de los presupuestos de la sociedad tradicional, que dejaron a un lado las connotaciones y estereotipos negativos acerca de esta condición, para comenzar a aceptarlo mediante el cambio de las leyes y las representaciones sobre el divorcio. En este sentido, el divorcio ya no fue concebido como un obstáculo a la felicidad perpetua del matrimonio, sino que fue considerado una alternativa necesaria ante las dificultades insalvables presentadas en la vida matrimonial.

Desde estos planteamientos, la mujer comenzó a vislumbrarse como un actor activo para tomar sus propias decisiones, dejando de lado una actitud centrada en la resignación ante las dificultades en la unión conyugal. Esto significó la posibilidad de exigir que el matrimonio fuera una realidad basada en la igualdad, en el respeto y el reconocimiento de las aspiraciones personales femeninas, con lo cual se dejó sin piso los antiguos esquemas que limitaron su accionar y posición personal, en función de las decisiones de su cónyuge: "Ya no se conforma ella con ser la persona confinada a las cuatro paredes del hogar, que obedece órdenes de un hombre que sí tiene derecho a desarrollarse plenamente como ser hermano".[225]

Dentro de esta dinámica existía una diferencia fundamental entre las mujeres-esposas "antiguas" y las mujeres-esposas "modernas", con respecto a la visión de un matrimonio infeliz y dominado por el

224 León XIII dio a conocer el 10 de febrero de 1880 la Encíclica "Arcanum Divinae Sapientiae" sobre la familia y el matrimonio cristiano. Más adelante, Pío XI publicó el 31 de diciembre de 1930 su posición acerca del matrimonio cristiano y las relaciones conyugales en la Encíclica "Casti connubi".

225 WILLS, Ofelia. Las mujeres ante el divorcio. En: Cromos, Bogotá. Febrero 2, 1970. no. 2719, p. 21

maltrato de sus cónyuges. En el caso de las esposas "modernas", su actitud les permitió tomar la decisión de divorciarse sin tener en consideración la edad para hacerlo. Así, la mujer cuando llegaba a la edad madura y terminaba su tarea de cuidar y educar a los hijos, encontraba en esta opción la posibilidad de rehacer su vida con otra persona o de comenzar la vejez tranquilamente y sin preocupaciones en este sentido. Por otra parte, estas mujeres optaron por esta decisión para aclarar su situación civil en la sociedad, siendo movilizada en gran medida por la adquisición de una conciencia que no solo se limitaba al reconocimiento de sus derechos, sino por una personalidad fortalecida para exigir su cumplimiento cuando una situación fuera intolerable en el matrimonio. Lo anterior no hubiera sido posible sin la educación y la entrada creciente de las mujeres en el mundo laboral,que permitió disponer de sus propios recursos económicos para subsistir después de la separación de sus esposos.

Como parte de este último grupo se encontraba doña Julia Mancera de Camargo, líder desde varios años atrás de la Campaña Pro-Divorcio, que tuvo notables repercusiones dentro de la Comisión Primera del Senado, encargada de reglamentar el matrimonio civil en Colombia. Mancera de Camargo, siendo una mujer separada, quiso hacer un llamado de atención a la sociedad colombiana acerca de la necesidad de reglamentar el divorcio para solucionar los conflictos conyugales dentro de los límites de la ley, con el fin de evitar numerosas situaciones "inmorales" como el adulterio, el matrimonio en el extranjero de "dudosos efectos legales", el abandono del hogar y el uxoricidio. Desde el punto de vista político, señaló que si Colombia era una sociedad democrática debía garantizar esta posibilidad, para fortalecer y dignificar la institución familiar dentro de un marco legal y no mediado por un "contrato vitalicio" que pretendía negar una realidad marcada por los problemas conyugales. Más allá de esta posición de orden moral y legal, Mancera pretendió concientizar a las mujeres y a la sociedad acerca de las secuelas traumáticas generadas dentro de un "matrimonio desgraciado".[226]

226 Problemas que nos agitan: El divorcio es para quienes lo necesitan. En: Cromos, Bogotá. Octubre 4, 1965. no. 2508, pp. 10-12

Pese a los reclamos de un número cada vez mayor de mujeres como Julia Camargo de Mancera (divorciada) y otras que aún disfrutaban de las "mieles del matrimonio", en la práctica su situación civil fue un tanto difusa cuando se trataba de reclamar sus derechos dentro de una unión marital insostenible. Aunque en la prensa y en el Congreso se había iniciado una cruzada para el reconocimiento legal del divorcio, las posiciones en contra de este proyecto no se hicieron esperar, principalmente por parte de la Iglesia Católica y los sectores conservadores, que lo catalogaron como una ley en contra de las leyes divinas. La columnista de *Cromos* Anna de Karpf, en una entrevista realizada a un miembro de la Iglesia Católica sin identificar, acusó a esta institución religiosa de coaccionar al parlamento y al gobierno cuando fueron propuestas las enmiendas sobre la condición legal de la mujer en Colombia. Para justificar su punto de vista, denunció la oposición del Cardenal Luis Concha Córdoba hacia este proyecto, o el pronunciamiento realizado por parte de la Jerarquía Católica que exhortaba al parlamento a rechazar el proyecto de matrimonio civil y de divorcio presentado por el senador Iván López Botero en 1965.[227]

Desde esta posición crítica, el argumento principal para defender el divorcio se centró en la figura de la inferioridad femenina en el matrimonio o, en otras palabras, la llamada potestad marital que asignó un papel dominante del hombre sobre su pareja, quien fue catalogada legalmente "menor de edad". Los fundamentos teóricos que sustentaron este tipo de mandato legal estuvieron vinculados directamente con la posición de la Iglesia[228] y la

227 La inferioridad de la mujer en el matrimonio. En: Cromos, Bogotá. Noviembre 7, 1966. no. 2562, pp. 5-7

228 La Iglesia fundamentó su posición con respecto a la indisolubilidad del matrimonio en las palabras de Jesús, cuando le preguntaron algunos fariseos acerca de la legalidad de separarse un hombre de una mujer: "¿No habéis leído que el Creador desde el principio los hizo macho y hembra, y que dijo: Por esto el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne? De tal manera que ya no son dos, sino una sola carne. Por tanto, lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre" (Mt, 19, 3-9). Más adelante, San Pablo ratificó esta posición al señalar: "A los casados les mando (es decir, no yo, sino el Señor) que la mujer no se separe del marido; y si se separa, que no se case o que se reconcilie con su marido; y que el marido no se divorcie de la mujer" (I Carta a los Corintios 7, 10-11)

vigencia del Concordato que, al contar con el aval de esta importante institución religiosa, fueron adoptados legalmente por el Estado como un paradigma para justificar la sujeción de la mujer frente a las decisiones de su esposo. Esta relación de subordinación sustentada en esta figura legal, igualmente, se hizo extensiva durante la separación al solicitarse el "depósito de la mujer", un tipo de presupuesto legal que aunque era ideado para proteger a la mujer separada de la calumnia y la insidia social, en el fondo estaba fundamentado en el reconocimiento de su minoría de edad, en cuanto se consideraba "peligrosa" para la estabilidad del hogar al abolir el "deber de obediencia" de la mujer.[229]

Pese a los cuestionamientos expuestos por un sector de la sociedad que reclamaban el reconocimiento de los derechos femeninos como un hecho primordial dentro de un estado democrático, una buena cantidad de mujeres todavía estuvieron sujetas a las ideas promocionadas abiertamente por la Iglesia y los sectores conservadores, debido a su desconocimiento en este materia o al temor de socavar un orden social establecido según las "leyes divinas". En este sentido, algunos sectores femeninos consideraban que la legalización del divorcio sería contraproducente para la sociedad, en la medida que los tribunales no eran objetivos y conscientes al juzgar una demanda elaborada irresponsablemente para "dañar un hogar". Otras, movilizadas desde una posición moral, argumentaban que la acción más correcta consistía en aceptar con resignación un matrimonio infeliz como parte del proyecto divino. Desde un punto de vista más práctico, cierto grupo de mujeres se sintieron incapaces de subsistir sin el apoyo económico de un hombre, mientras otras estimaron desde una posición más sentimental y dependiente, que sus maridos podían rehacer sus vidas al lado de otra persona, sintiéndose ellas incapaces de hacerlo por las connotaciones negativas que aún existían en la sociedad acerca de la mujer-divorciada.

229 DE KARPF, Anna. La inferioridad de la mujer en el matrimonio. En: Cromos, Bogotá. Noviembre 7, 1966. no. 2562, pp. 5-7

Paradójicamente, los fundamentos teológicos sobre la potestad marital dejaron de tener un poco de relevancia en una nueva corriente surgida en la Iglesia, que intentaba conciliar las enseñanzas del cristianismo con las corrientes democráticas contemporáneas que reconocieron el principio de igualdad en los sexos. Esta posición se tradujo en la crítica a la interpretación literal de algunos pasajes de la Biblia (San Pablo, el génesis) sin tener presente su contexto histórico, con los cuales se pretendió mantener los rasgos de subordinación de la mujer y la conservación del status quo. Asimismo, en el campo práctico significó el reconocimiento del matrimonio como un sacramento indisoluble solo para los católicos y la aceptación de las uniones matrimoniales civiles, aún por encima de lo consagrado en el Derecho Canónico. De igual forma, la aprobación de la "Declaración sobre la Libertad Religiosa" el 7 de diciembre de 1965 en el Concilio Vaticano II, fue también un avance importante en esta materia, al separar los poderes civiles y religiosos mediante la negación al apoyo de los siete concordatos vigentes en el mundo (España, Italia, Portugal, Austria, Alemania, Santo Domingo y Colombia), una acción con la cual se oficializó la separación de los poderes civiles y religiosos, abriéndose las puertas hacia una legislación más acorde con los requerimientos de un mundo permeado por los idearios de igualdad social y sexual.[230]

La situación contradictoria evidenciada dentro de la misma Iglesia, hasta cierto punto mostró una realidad social que dejó sin piso la posición radical contra el divorcio promovida por el sector más conservador de esta institución, para comenzar a aceptar la existencia de un tipo de divorcio comparable con una "costumbre tolerable", que intentaba hacerle contrapeso a los crecientes casos de adulterio, abandono del hogar, natalidad ilegítima, poligamia extralegal, irresponsabilidad paternal y uxoricidio, generados a raíz de una visión tradicional que pretendía mantener la indisolubilidad de este sacramento por encima de todo.

---

230 DE KARPF, Anna. La moral, el divorcio y la Iglesia moderna. En: Cromos, Bogotá. Julio 25, 1966. no. 2547, p. 13

Como consecuencia de la presión ejercida por ciertos sectores de la sociedad en el reconocimiento de los derechos de la mujer, el Estado colombiano intentó subsanar esta situación mediante la expedición del Decreto 1260 de 1970, el cual abrió la posibilidad de llevar el apellido de soltera y de ser responsable individualmente de sus actos; la Ley 20 de 1974 que separó la legislación civil de la religiosa, especialmente en los juicios de separación de cuerpos; la Ley 24 de 1974, que otorgó la igualdad jurídica de la mujer con respecto al varón y, el Decreto 2820 de 1974, que eliminó definitivamente la figura de la potestad marital y formalizó el principio de la igualdad para ambos sexos en el seno familiar. A pesar de los avances en esta materia, el Estado solo reconoció legalmente el divorcio civil a través de la expedición de la Ley 1ª de 1976, que hizo evidente la continuidad y el poder de las representaciones tradicionales en el ámbito gubernamental.[231]

2.5 Acerca de los maniquíes y las reinas

Frente a las imágenes de mujeres en la cotidianidad de sus hogares o realizando sus actividades laborales, en el rutilante mundo de la moda apareció un prototipo de mujer que se desenvolvió con soltura y elegancia en el mundo social a través de la exhibición de su cuerpo, como si éste fuera el mejor medio para promocionar las recientes creaciones de los diseñadores, casas de moda, almacenes y las industrias de textiles. Ella era la modelo, también conocida en el mundo de la moda como la maniquí, considerada como el "colaborador último" dentro del proceso de creación de una prenda única que resaltaba las tendencias del momento. El prototipo de la mujer-modelo encarnó una forma de mujer originaria de la industria de la moda, utilizada por los creadores o "magnates de la moda" para exhibir con soltura y elegancia sus últimas colecciones en los desfiles, algo que no

231 GIRALDO GÓMEZ, Alicia. Los derechos de la mujer en la legislación colombiana. En: Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia, Medellín. Septiembre-Noviembre, 1987, vol. 38, no. 250. [en línea] [Consultado: 3 de agosto, 2012] Disponible en Internet: http://biblioteca-virtual-antioquia.udea.edu.co/pdf/11/11_306688912.pdf

pudieron realizar las mujeres trabajadoras corrientes, al carecer del encanto y la belleza necesarios para convencer a un exigente público femenino que hizo de la moda el mejor artilugio para transformarse y realzar su personalidad.[232]

Esta característica única de la modelo, señaló Lipovetsky en su libro *La tercera mujer*, estuvo centrada en la emulación de su belleza para-la-moda y no para-el-deseo-masculino, una variante un poco revolucionaria en los cánones asignados a las mujeres "comunes", que exigieron sutilmente la conservación de la belleza física como una forma de satisfacer el deseo masculino. En este sentido, la mujer-modelo se constituyó en un "espectáculo" destinado a seducir a las mujeres como consumidoras de los vestidos ideados por los diseñadores en el mundo de la moda. ¿De qué otra forma se podía garantizar el dinamismo de un mercado creciente, sino se exhibían las bondades y cualidades superiores del producto final llamado "vestido"?, ¿quién sino ella para hacerlo con la gracia suficiente y envolver con su brillo individual el vestido, el cual de otra manera solo sería un elemento carente de vida?. Aunque la modelo hiciera parte de las figuras emblemáticas del rol estético femenino, su papel consistió en ser una mediadora entre las mujeres del común y los diseñadores, quienes buscaban generar sensaciones un tanto "irracionales en ellas" para fomentar su espíritu de consumo. Ellas fueron las encargadas de afirmar unos criterios menos sujetos a las "fantasías masculinas", una belleza más distanciada de las marcas tradicionales de la seducción femenina, un reconocimiento a la elección femenina en el mundo de la moda.[233]

Como producto de una industria originaria del mundo moderno,[234] la maniquí fue concebida mediante la conjunción de varios factores que incidieron para que su figura y labor comenzaran a ser reconocidos en un medio social altamente exigente. Dos de esos factores estuvieron relacionados con el declive de las

232 ¿Las maniquíes que observó Colette están muy lejos de las que reviven la "moda del charleston" en 1961?. En: Cromos, Bogotá. Julio 17, 1961. no. 2297, pp. 29-32

233 LIPOVETSKY, Op. Cit., p. 165

234 Aunque las modelos ya habían aparecido desde la segunda mitad del siglo XIX, la

estrellas de cine, un fenómeno posible tras la consolidación de una industria enfocada estrictamente en el mundo de la moda y las nuevas políticas de "personal management" de las agencias de modelos encaminadas hacia la construcción de figuras destinadas a cumplir con los requerimientos de los diseñadores. En esto último estaba el factor más importante, centrado en la inserción dentro de la cultura de los valores identificados con la belleza y el culto a la conservación de un cuerpo físico firme, estilizado y libre de la temible obesidad.[235]

Las dimensiones globales de este fenómeno relacionado con la aparición y consolidación de la mujer-modelo no se hicieron esperar en Colombia, especialmente en Bogotá y en Medellín, ciudades que concentraron el mayor número de empresas textileras, casas de diseñadores y almacenes de vestuario femenino. En respuesta a los nuevos requerimientos del mercado de la moda y la creciente industria del vestuario, paulatinamente las revistas y secciones femeninas hicieron evidente el desplazamiento de las estrellas de cine por mujeres-modelos que encarnaron una belleza propia de este contexto, hasta el punto de convertirse en las figuras femeninas que reflejaron los ideales estéticos vigentes, una situación quizás estimulada por el interés de generar una sensación de cercanía entre el público femenino, algo que pocas veces lograron producir las figuras idílicas de las estrellas cinematográficas y del mundo del espectáculo. En este contexto, la modelo fue adquiriendo un mayor reconocimiento como objeto-sujeto, en la medida que ella exhibió el producto de la moda (objeto), pero sin dejar de lado esas cualidades únicas y propias de su personalidad, lo cual se constituyó en el ingrediente principal para rodear sus acciones de un halo especial, por fuera de los límites de la cotidianidad de muchas mujeres y lo que, en últimas, sería el principal gancho para hacer más atractivo el vestido entre las consumidoras (sujeto).

primera agencia de covers girls solo se abrió en New York en 1923 por iniciativa de John Powers. Sin embargo, durante casi un siglo la actividad de modelo se vio desvalorizada socialmente, por ser incapaz de representar socialmente las cualidades de una celebridad. Sólo después de la Segunda Guerra Mundial, la profesión empezó a convertirse en un ejemplo de vida para las jóvenes, en gran parte, generado por el auge creciente que había adquirido la industria de la moda en los grandes centros urbanos de Europa y Estados Unidos. IBID. p. 166

235 IBID. p. 167

Si la modelo comenzó a convertirse en la encarnación de los ideales de belleza basados en la creciente influencia de la moda en la sociedad, esto se tradujo en la restricción y en la superioridad de unas pocas mujeres sobre la gran masa femenina. Solo unas cuantas estuvieron dotadas por la naturaleza para hacerlo; solo unas pocas guardaron en sí mismas la posibilidad de conjugar ciertas cualidades físicas especiales (rostro armonioso; un cuerpo delgado y sin defectos estéticos; una estatura según la constitución física; una postura adecuada), con otras características relacionadas con el dominio de su cuerpo y la posesión de una personalidad arrolladora y única.

Fuera de sus encantos físicos potencializados a través de una estricta dieta alimenticia, un programa de ejercicio semanal y los cuidados estéticos para el rostro y el cuerpo, la mujer-modelo debió ser espontánea y fotogénica en su actividad, algo que exigió un conocimiento de sí misma y de los ángulos más favorables de su físico, junto con cierta dosis de creatividad para hacer de su cuerpo una excelente vitrina del producto exhibido: el vestido. Asimismo, la maniquí debió ser autónoma en el manejo de cada uno de los movimientos corporales, llegando a dominar su cuerpo con elegancia pero sin hacerlo sobresalir más allá de los detalles que se querían resaltar en las prendas.

Su actividad también requirió de una personalidad atrayente, porque la esencia de su trabajo estaba en el público. Así, cuando ella participaba en un desfile se transformaba y se mostraba siempre fresca, juvenil, segura de sí misma, desafiante, pero sin dejar de lado ese toque femenino que generaba cierta cercanía con los asistentes, particularmente entre las mujeres. Debió ser capaz de expresar sus emociones y sensaciones con la elegancia, la euritmia, la armonía, la estilización y la finura de los movimientos femeninos. Como era considerada una mujer originaria de una época centrada en la moda, estaba obligada a mantener un aire sofisticado, cosmopolita, a la vanguardia en las últimas creaciones de los grandes modistos en Europa y Estados Unidos. No en vano, algunas opiniones se enfocaron en este aspecto para criticar su trabajo y su accionar, hasta calificarla con adjetivos relacionados con la superficialidad, la frivolidad y la vanidad de su personalidad.

En una época dominada socialmente por la Iglesia Católica, solo unas cuantas mujeres se arriesgaron para consagrarse en una actividad mal vista dentro de los sectores tradicionales. Quienes tuvieron el suficiente temple para "enfrentar" los posibles señalamientos negativos, quizás por su categoría y poder en el medio social, fueron las mujeres pertenecientes a la alta sociedad, poseedoras a su vez de un glamour casi innato que solo se podía garantizar mediante su origen social. Su prototipo correspondió a una persona joven con la libertad suficiente gracias a su condición de mujer soltera, para realizar paralelamente otras actividades propias del sector terciario como relacionista pública.

Frente al incipiente mercado de la moda promovido con mayor fuerza en esta década, una situación posible debido a los adelantos tecnológicos alcanzados por la industria textil y la llegada de los diseñadores extranjeros en el campo nacional, las mujeres de los estratos sociales más altos hicieron parte del primer ramillete de maniquíes que aparecieron como voluntarias para la exhibición de las últimas colecciones en trajes y accesorios. Solo su belleza, su procedencia social y su glamour casi innato, fueron necesarios para abrirles las puertas de las pasarelas realizadas en los almacenes de vestidos y en los clubes sociales. Este fue el caso de la barranquillera Hilda Strauss Corissoz, quien logró un ascenso sin igual dentro del mundo de la moda, por su gran intuición en la imitación de las imágenes de los grandes íconos de la moda aparecidas en el cine.[236]

El aumento en la demanda de este prototipo femenino para la promoción de las últimas creaciones en los desfiles y las fundaciones de beneficencia, hizo posible que la mujer-modelo adquiriera un estatus profesional, lo cual le otorgaba el reconocimiento económico y social suficiente para justificar su entrega y compromiso, frente a las exigencias impuestas por los "magnates del mundo de la moda" y la presión social que en

236 Hilda Strauss Cortissoz: Modelo, presentadora, empresaria. [en línea] [Consultado en: 8 de agosto, 2012] Disponible en Internet: http://www.colarte.com/colarte/conspintores.asp?idartista=12836

ellas recayó. Asimismo, se evitaba el abandono de esta profesión cuando ellas comenzaban a asumir otras responsabilidades impuestas socialmente como el matrimonio y la conformación de una familia.

Los primeros en incentivar la profesionalización del modelaje fueron los extranjeros dedicados al mundo de la moda, como diseñadores y modistas de las grandes casas de París y New York. Un caso ejemplar fue la española María José de Gamboa, quien abrió su Escuela de Glamour en Bogotá con la intención de impartir un curso de seis meses para las mujeres de la alta sociedad, entre las cuales se encontraban las estudiantes del Gimnasio Femenino y las modelos de los almacenes. En Medellín, las "distinguidas damas" de la sociedad hicieron gala de lo aprendido con la profesora María José Isaza de Escobar en el tercer curso de la Escuela de Glamour, durante la demostración organizada por Almacenes Sears. El éxito alcanzado en este evento, junto con la buena acogida de este tipo de actividades encaminadas a la profesionalización de la mujer-modelo, permitieron proyectar al final del año de un curso intensivo para cuarenta alumnas, caracterizadas por ser jóvenes de la alta sociedad con el tiempo libre suficiente para "afinar" su glamour natural.[237]

La finalidad de estos cursos radicó en impartir una serie de enseñanzas destinadas a mejorar su condición como prototipo de modelo enfocándose principalmente en el glamour, una exigencia necesaria en el primigenio mundo de la moda en Colombia. Esta cualidad comprendió el cuidado de la silueta física según los mandatos de belleza corporal vigentes en el período, lo que obligó a las futuras "modelos profesionales" a practicar una rutina de ejercicios claves para mantener su figura; el dominio de los movimientos de su cuerpo con el fin de crear un aura de sofisticación y elegancia, y la adquisición de los ademanes adecuados para garantizar una correcta inserción en un mundo caracterizado por la constante preocupación por la personalidad exhibida a través

237 Solemne graduación en la Escuela de Glamour de Sears. En: El Colombiano. Medellín. 2, diciembre, 1966, p. 17

del cuerpo. De igual forma, se impartieron una serie de prácticas claves para garantizar su éxito en el exigente mundo social de la moda, como aprender a sentarse adecuadamente; encender y dar un encendedor; salir elegantemente de un carro; caminar por la calle; quitarse un abrigo; posar para una foto; tener un tono de voz adecuado, entre otros.[238]

Las veteranas en el mundo del modelaje, asimismo, contribuyeron con su experiencia y conocimientos para abrirles las puertas a algunas mujeres deseosas de ser profesionales en este campo. Una de ellas fue la exmodelo antioqueña María Consuelo Henao de Vargas, fundadora de la primera agencia de modelos colombiana "Modecol", que pretendió responder a la creciente demanda en esta actividad aún inexplorada en el país. Por este motivo, no era extraño que la apertura de sus puertas en 1967 atrajera la atención de alrededor de 80 mujeres quienes aprendieron los conocimientos y técnicas más importantes del modelaje profesional, específicamente en el campo de la publicidad, donde se buscaba suplir una necesidad creciente de figuras femeninas agradables para promocionar los diferentes productos de belleza. Así, quienes se matricularon en los cursos impartidos dentro de la agencia, tuvieron la oportunidad de aprender a promocionarse no solo en el mundo de las pasarelas, sino en los programas de televisión, cortos cinematográficos, ilustraciones de artículos y anuncios de diarios y revistas.[239]

Paulatinamente, una buena cantidad de mujeres que antes se presentaban esporádicamente en los desfiles de beneficencia y almacenes, se dedicaron enteramente a esta actividad como si fuera una profesión. Al decidir profesionalizarse, comenzaron a ver en el modelaje una opción de vida y una forma de destacarse profesionalmente, accediendo al reconocimiento y cierto estilo de vida que, de otra forma, sería negada por su condición de

238 Una escuela para enseñar las Cocas Colas a ser... glamourosas, funciona en Bogotá. En: Cromos, Bogotá. Octubre 22, 1962. no. 2360, pp. 40-45

239 "Modecol": Las Modelos se organizan. En: Cromos, Bogotá. Diciembre 18, 1967. no. 2617, pp. 54-55

mujer.[240] Por esta razón, dos variantes sobresalieron dentro de esta ocupación: la modelo de pasarela y la modelo de publicidad. Ambas tuvieron como campo de acción los segmentos ligados al mundo de la publicidad, el diseño y la televisión, que requirieron de mujeres no solo bellas y atractivas, sino con un talento especial para exhibir con mayor fuerza las bondades del producto promocionado. Como bien lo señaló Anne Higonnet, estos prototipos femeninos se convirtieron en los "bienes de consumo más prestigiosos", objetos de adulación de muchas mujeres del común y de explotación comercial, quienes encerraron en su esencia la serenidad, la concentración, el profesionalismo, para ser en la pasarela o en el escenario fotográfico, el vehículo de los ideales de la moda que dominaban la apariencia femenina.[241]

Ellas y solo ellas conocieron la técnica que les permitió exhibir con elegancia y distinción el vestido promocionado, evitando sobresalir más allá de la cosa exhibida. Es aquí donde residió la diferencia esencial con la modelo voluntaria, en cuanto ésta última era más tímida e insegura debido a su inexperiencia y limitado conocimiento de esta actividad. En cambio, la modelo profesional convertía su andar en una sinfonía corporal, gracias al dominio de sus movimientos realizados naturalmente, sin ademanes bruscos ni balanceos artificiosos de "mal gusto". En el andar, la regla de oro para triunfar en las pasarelas estaba centrada en la sobriedad en los movimientos y la suave firmeza de los pasos. Para lograrlo, debía caminar con los pies derechos, siguiendo dos líneas paralelas con una separación de cuatro centímetros entre éstos, procurando no cruzar las puntas en forma de tijeras cuando diera pasos cortos. La cantidad de movimientos mecanizados que demostraron su control absoluto sobre sus extremidades, también se trasladó a su pecho, que debía mantenerse erguido sin esfuerzo, siempre recogiendo

240 Dentro del ramillete de figuras femeninas que decidieron dedicarse profesionalmente en la actividad del modelaje se encontraron: Lina Uribe, Patricia, Hilda Strauss y Estrella Nieto. Para lograrlo, muchas tuvieron que desarrollar esta profesión, en un principio por fuera de su patria, debido a que fue más valorada en los grandes centros de la moda como Londres, París y Estados Unidos.

241 HIGONNET, Anne, Mujeres, imágenes y representaciones. En: DUBY, George y PERROT, Michelle (comp.), Historia de las mujeres. 4ª ed. Madrid: Taurus, 2003, pp. 423-424

las caderas y el estómago. Igualmente, era importante que los brazos se movieran en forma suave y con soltura, para mostrar su seguridad y el dominio de todo su cuerpo.[242]

Muy cercana al mundo de las pasarelas estuvieron las reinas de belleza, otro prototipo idealizado de belleza femenina, producto de la imitación del modelo estadounidense que fue popularizado mediante la labor desarrollada por los medios de comunicación, que hicieron un despliegue inusitado de los eventos y certámenes de belleza más importantes realizados en el país, en donde se contó con la presencia de ellas como figuras centrales.[243]

Las mujeres-reinas fueron originarias de cierta remembranza de un espíritu romántico, en el cual se emuló con nostalgia el recuerdo de una mujer de una belleza sublime (rostro de corte clásico, piel delicada), pero conjugado con las cualidades estéticas dominantes en la década del sesenta, que rindieron culto a la silueta delgada y alta, bien tonificada y con líneas femeninas definidas y armoniosas en las partes corporales más sobresalientes (busto, cintura, cadera).

Pero no solo sus dotes físicas hicieron parte de su figura idealizada. En ella se reunieron las cualidades femeninas más importantes como el garbo, el glamour, la elegancia, el porte, junto con el don para relacionarse hábilmente con otras personas de diferente condición social. Además, la mujer-reina era poseedora de una personalidad estructurada y segura de sí misma, cimentada en gran parte en las cualidades estéticas de su figura corporal, más que en sus capacidades intelectuales para ejercer una profesión.

242 Notas sobre Glamour: Modo de caminar. En: El Colombiano. Medellín. 16, diciembre, 1965, p. 16

243 Algunas modelos profesionales se iniciaron en el mundo de la moda participando en reinados de belleza. Por esta razón, ambas actividades se complementaban porque no existía un límite claro entre las actividades desarrolladas por la modelo y la reina. De hecho, estos dos prototipos fueron objeto de crítica por parte de un sector de la sociedad asentada en los principios y valores religiosos, que calificaba como una algo inmoral la exhibición de sus cuerpos y su preocupación excesiva por el cuidado de la figura corporal. Debido a esta actitud frívola que aparentemente fue propia de la mujer-modelo y la mujer-reina, se consideraba que su belleza era frágil porque no se hallaba fundamentada en el cultivo de las virtudes espirituales de una mujer cristiana.

Por este motivo, en la prensa no fueron reconocidas por sus grandes dotes intelectuales y racionales característicos de los hombres, sino más bien por poseer una "inteligencia vivaz" e "intuitiva" que no disputaba con las cualidades propias del eterno femenino, una cualidad que ellas procuraron emular para convertirse en el centro de atracción de las masas.

Al igual que la mujer-modelo, la mayoría de las mujeres-reinas pertenecieron a los estratos más altos de la sociedad, situación que les permitió tener el tiempo suficiente para cuidar su belleza y garantizar los recursos necesarios destinados al cuidado del cuerpo y de su imagen pública. Sin lugar a dudas, esta cualidad fue muy característica de las reinas que participaron en los concursos de belleza de trascendencia nacional, como el Concurso Nacional de Belleza celebrado en Cartagena, la Feria de Manizales o la Feria de Cali, donde debieron invertir grandes cantidades de dinero para solventar su exigente rutina de belleza y pagar los gastos derivados de su participación en las diferentes actividades programadas en estos certámenes (vestuario, maquillaje, accesorios, comitiva acompañante).

¿Por qué este prototipo de mujer terminó convirtiéndose en la imagen por excelencia de una sociedad que se debatía entre la tradición y el espíritu moderno? La mujer-reina fue el resultado de la conjunción de una serie de valores deseables dentro de una sociedad, enmarcados en las tendencias tradicionales y en las modernas, que fueron propagadas principalmente en los medios de comunicación y el cine. Por un lado, en ella se encarnaron los valores cercanos al eterno femenino como la feminidad, la gracia y la elegancia, mientras en otro sentido reflejaron la voluptuosidad, la exaltación de la belleza física desde el rostro hasta la punta de los pies; la sensualidad propia de una época marcada por el hedonismo y el culto al cuerpo. Para compaginar dos mundos tan disímiles centrados en la exaltación de la belleza física y en las cualidades espirituales y morales, sus acciones y pensamientos estuvieron enmarcados en ambas direcciones, tal vez como una forma de conciliar ambas representaciones vigentes en la sociedad.

Aunque la mujer-reina reflejó ciertas características cercanas a la mujer-moderna, como su creciente interés en el triunfo personal y el cuidado de su silueta y rostro, sus pensamientos publicados en la prensa delataron los vestigios de un ser cercano al mundo de las representaciones tradicionales, deseoso de casarse y formar un hogar. Prueba de esto fueron sus declaraciones y entrevistas, en donde procuró conservar la imagen de mujer ajena o de reservada opinión, frente a los temas espinosos y relevantes como el divorcio y el ingreso de la mujer en la política.

Como las reinas fueron consideradas todo un "espectáculo" en movimiento, lo cual significó la puesta en escena de los ideales estéticos propios de una década altamente influenciada por las tendencias modernas, ellas también se convirtieron en las imágenes promocionales de las casas de modas, diseñadores, grandes empresas textiles, marcas de accesorios y productos de belleza. La razón estaba en su designación como un referente simbólico para la mujer del común, un poco más cercano que la mujer-modelo, al tener una vocación y personalidad enfocadas hacia su participación activa en los diferentes eventos sociales y de beneficencia. No en vano, con el fin de estimular el espíritu de consumo femenino que podía asegurar el mercado de los bienes producidos por las industrias en los hogares, la mujer-reina se mostró en los anuncios publicitarios como una mujer en su cotidianidad, capaz de realizar una elección concienzuda de los productos de acuerdo con sus intereses y gustos personales.

Más allá de su pretensión de servir como un referente simbólico destinado a influenciar en la elección de los bienes de consumo entre las mujeres del común, este prototipo se convirtió en una figura mediadora por excelencia entre las clases menos favorecidas y las clases altas, una labor posible con su participación en las numerosas actividades destinadas a recoger fondos organizadas por la alta sociedad; las fundaciones creadas por particulares y órganos religiosos, y las empresas especializadas en diferentes ramos de la producción y servicios. De esta forma, su aura un tanto pretenciosa y orgullosa derivada de su papel de mujer-reina se desvaneció para convertirse en el reflejo de un ser que hizo

gala de una alta sensibilidad social, tal y como lo hicieron en el pasado las mujeres de la elite para impulsar y realizar las obras de beneficencia auspiciadas por la Iglesia y los particulares.

Ya desde niñas existió un interés inusitado por estimular estas virtudes de carácter humanitario en las futuras reinas. Por esta razón, con el fin de demostrar a los contradictores de los certámenes de belleza que el interés de estos eventos era lejano a la simple exaltación de la belleza física y la frivolidad femenina, en las escuelas y barrios fueron realizados certámenes de belleza con el único fin de promover los valores cívicos y las cualidades propias de la persona cristiana.[244]

Este espíritu humanitario y caritativo cultivado desde la más tierna infancia, permitió ver en este prototipo un buen ejemplo de sacrificio hacia las clases populares. Por este motivo, aunque parecía una figura un poco distante por sus orígenes sociales y los numerosos eventos públicos donde se relacionaba con los personajes más importantes de la sociedad, la mujer-reina debió hacer uso de su carisma, gracia y su facilidad de expresión, para garantizar una cercanía con los estratos sociales más pobres, una labor que finalmente generó en ellas cierta satisfacción al cumplir con el mandato cristiano de la caridad.

En este contexto, durante la realización de los diferentes eventos sociales de carácter benéfico, la mujer-reina se convirtió en la figura mediadora entre los diferentes estratos sociales. Y, aunque su obra social pareció desprovista de un contenido político, como bien lo señaló Ingrid Bolívar,[245] su figura hasta cierto punto llegó a reemplazar las acciones de los gobernantes, quienes no pudieron satisfacer las necesidades más básicas de los pobladores más pobres o desahuciados. Así, lentamente dentro de las representaciones sociales, ella se convirtió en una especie de "proveedora provisional" que ayudó a satisfacer momentáneamente algunas de las carencias más comunes de los ciudadanos desprotegidos.

244 Lluvia de estrellas y derroche de elegancia, en la fiesta de anteanoche, en el Club Medellín. En: El Colombiano. Medellín. 8, diciembre, 1967, p. 17

Es ahí, entonces, donde comenzaba a desarrollar su labor como figura intermediadora entre el pueblo y la clase alta dominante en el poder, en la medida que su accionar estuvo enfocado hacia la recolección de donaciones durante los eventos públicos donde se congregaban las personas más influyentes de la sociedad (desfiles, reuniones de beneficencia). Quién sino ellas para poseer el imán suficiente destinado a atraer a las personas de uno y otro estrato social hacia una causa común, una "gran cruzada social" para apoyar a las clases menos favorecidas, tal y como lo resaltó Leonor Duplat Sanjúan soberana en el XI Concurso Nacional de la Belleza en una entrevista concedida a la *Prensa del Norte*.[246]

¿Cuáles aspectos se pudieron evidenciar en este proceso de cambio de los ideales estéticos en la mujer-modelo y mujer-reina? Quizás un proceso de reconocimiento de la belleza femenina física sin ese manto que lo catalogaba negativamente como expresión máxima de la voluptuosidad femenina y del espíritu pecaminoso evocado a través de estos prototipos. Igualmente, significó la aceptación de unos valores propios del espíritu moderno, en principio dentro de las clases altas, centrado en el cuidado del cuerpo físico y el disfrute de un sentimiento placentero generado a partir de las sensaciones que producía su cuerpo en los demás.

245 Para Ingrid Bolívar, aunque la acción realizada por las reinas careció de un contenido político explícito, no niega el vínculo existente entre ellas y un tipo específico de comunidad política: la nación. La razón fundamental para afirmar esta posición se centró en la figura de la reina como una mujer exponente de un tipo de belleza particular e inscrita en el mundo natural, en la cual se identificaron los rasgos más característicos del país. De esta forma, las reinas fueron consideradas el "cuerpo de la patria" que encarnó a través de su belleza el paisaje y la naturaleza. BOLÍVAR, Ingrid. El reinado de belleza: Descubrir la política en lo "natural". En: RUTTER- JENSEN, Chloe. Pasarela, pasarela: Escenarios de la estética y el poder en los reinados de belleza. Bogotá: Universidad Javeriana: 2005, p. 18 [en línea] [Consultado en: 12 de agosto, 2012] Disponible en Internet: http://es.scribd.com/doc/7160420/Pas-Are-La

2.6 La mujer y su incursión en la política

Uno hecho trascendental dentro de la historia del siglo XX fue el proceso de incorporación de la mujer en un mundo político dominado tradicionalmente por los hombres, como consecuencia de las reformas originadas después de la Primera Guerra Mundial en Europa y Estados Unidos, que buscaron el reconocimiento y la igualdad entre los sexos, especialmente en el aspecto de los derechos civiles y políticos.

Colombia no fue ajena a esta dinámica, que trajo consigo la necesidad de sortear las dificultades generadas por la oposición del sector social defensor del sistema patriarcalista, el cual defendía el ordenamiento jurídico-político que marginó a la mujer de los espacios públicos, al justificar la dominación del esposo y, por ende, su permanencia en el espacio hogareño. Igualmente, fue necesario superar la concepción vigente dentro de la democracia liberal que marcó una diferencia entre el espacio público y privado, siendo considerado este último como el lugar donde el Estado solo podía interferir para proteger la familia en asuntos relacionados con la economía y el bienestar general de sus miembros. Así, mientras en la esfera pública se constituyó un concepto de ciudadanía formal que concibió al individuo dentro de un contexto de libertad e igualdad homogénea, en el ámbito privado estas prebendas carecieron de validez al depender de una autoridad regida bajo la ley inapelable del padre.[247]

Estas limitaciones democráticas fueron producto, como bien lo señaló María Emma Wills, de la imbricación entre los "arreglos políticos explícitos" (constituciones, códigos y leyes civiles) y las representaciones culturales[248] basadas en un orden patriarcal antiquísimo, que por el predominio de la Iglesia como institución

246 Para la Reina de la Belleza es más importante el hogar que la política. En: El Colombiano. Medellín. 14, noviembre, 1963, pp. 1 y 22

247 MONTOYA RUIZ, Ana Milena. Mujeres y ciudadanía plena, miradas a la historia jurídica colombiana. En: Opinión Jurídica, Medellín. Julio-Diciembre, 2009, vol. 8, no. 16, pp. 139-140

248 WILLS OBREGÓN, María Emma. Inclusión sin representación: La irrupción política de las mujeres en Colombia, 1970-2000. Bogotá: Editorial Norma, 2007, p. 43

dominante en la sociedad, aseguró su existencia en Occidente sin grandes cambios a través del tiempo. No obstante, es importante aclarar que la ética y la religión judaica no solo fueron la única fuente para fomentar las prácticas misóginas en el cristianismo. Mientras la iglesia cristiana se iba expandiendo como religión oficial dentro del Imperio Romano, la realidad para las mujeres se tornó más oscura con respecto a su participación en los actos religiosos y en el plano doméstico, debido a la influencia decisiva que tuvieron los pensamientos de grandes filósofos de la Grecia Clásica como Aristóteles.

Heredero de los planteamientos filosóficos de Platón, Aristóteles señaló con respecto al proceso de creación de la vida en los seres humanos que, si bien el semen y el flujo menstrual se fabricaban a partir de un excedente alimenticio, la fase esencial de su transformación se debió al calor vital transmitido por cada individuo según su sexo. Para este filósofo era claro que si el calor era transmitido por el semen del varón (pnêuma), éste se convertía en el vehículo de la generación de un ser al contener el principio del movimiento o forma vital. Como las mujeres fueron "frías" en su naturaleza, solo aportaban la materia para el desarrollo del individuo (principio de la materia).[249] De esta forma, en el plano biológico existía una diferencia consistente en la habilidad para generar vida -cualidad propia del género masculino gracias a la eyaculación- o contener la "semilla" con la forma del varón.

> Y siendo la causa del primer movimiento mejor y más divina por naturaleza, ya que ahí residen la definición y la forma de la materia, es preferible también que esté separado lo superior de lo inferior. Por eso, en todos los casos en que es posible y en la medida de lo posible, el macho está separado de la hembra. Pues para los seres que se generan, el principio del movimiento que es el macho, es mejor y más divino, mientras que la hembra

249 NUÑO DE LA ROSA, Laura. Historia filosófica de la idea de forma orgánica del hilemorfismo aristotélico a la microanatomía celular. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2005, pp. 53-54 [en línea] [Consultado en: 20 de agosto, 2012] Disponible en Internet: http://www.gonzlezrecio.com/bionomos/textos/Publicaciones/LNuno/txt1.pdf

> es la materia. Pero el macho se une y se mezcla con la hembra para la función de la reproducción, pues ésta es común a ambos.[250]

A partir de estas características anatómicas femeninas, consecuentemente se derivó una serie de manifestaciones corporales que se catalogaron como pruebas de su naturaleza defectuosa, débil e incompleta: menos cantidad de músculos; poca firmeza en los tejidos; cerebro pequeño; ausencia de semen como un hombre estéril; debilidad térmica; proceso acelerado de envejecimiento; figura pequeña. Por esta razón, los sangrados menstruales fueron una prueba suficiente de la impotencia de la hembra, en cuanto su imposibilidad (*adynamia*) para cocer el esperma a partir del alimento elaborado como la sangre y el calor vital, generaba un residuo inacabado del esperma "crudo" en forma de sangre mensual. Incluso su posición fue más extrema al considerar que la existencia de las mujeres se debió principalmente a la debilidad del padre, quien al carecer o tener limitada su fuerza creadora, sólo pudo formar un ser humano inacabado e imperfecto llamado mujer.[251]

Esta división natural considerada perfecta y lógica por Aristóteles, tuvo sus repercusiones sobre la organización social de la polis, al establecer un orden de mayor a menor definido para las acciones desarrolladas por cada sexo: el adentro-espacio doméstico (*oikos*), un lugar inferior y silencioso, era destinado a la mujer debido a su carácter débil y pasivo generado por su falta de habilidad para crear vida. Para los hombres, en cambio, su capacidad para generar vida, lo ubicó en el afuera-exterior como ciudadano participante de las decisiones tomadas en la asamblea organizada dentro de cada ciudad-estado o polis.

---

250 Citado en NUÑO DE LA ROSA, Op. Cit., p. 53

251 SISSA, Giulia. Filosofías del género: Platón, Aristóteles y la diferencia sexual. En: DUBY, George y PERROT, Michelle (comp.), Historia de las mujeres. 4ª ed. Madrid: Taurus, 2003, p. 94 251 SISSA, Giulia. Filosofías del género: Platón, Aristóteles y la diferencia sexual. En: DUBY, George y PERROT, Michelle (comp.), Historia de las mujeres. 4ª ed. Madrid: Taurus, 2003, p. 94

En las futuras generaciones de Occidente, estos planteamientos ocuparon un lugar muy importante dentro de la teoría liberal aplicada en el ámbito político. No obstante, la creciente inconformidad de algunos sectores de la sociedad comenzó a sentirse con mayor fuerza en Europa desde el siglo XIX. Como representante de una época marcada por el orden androcéntrico, John Stuart Mill consideró que aunque la subordinación social de la mujer era un hecho aislado en las instituciones sociales modernas, ésta se constituyó en el único vestigio de un mundo basado en los pensamientos y costumbres tradicionales. De ahí se desprendió la idea de la existencia de una discrepancia entre un hecho social –la sujeción de las mujeres- y la realidad como sinónimo de oposición al movimiento progresivo del mundo moderno. Por lo tanto, el principio de desigualdad entre ambos sexos era insostenible dentro de una sociedad democrática que había comenzado a sustituir el principio del más fuerte por la justa igualdad.[252]

En el contexto nacional del siglo XX, los planteamientos de Mill alcanzaron una mayor trascendencia, aún cuando las distancias temporales y espaciales fueran evidentes. Pese a la resistencia dentro de un sector de la sociedad integrado por intelectuales, políticos y jerarcas de la Iglesia Católica, desde la década del treinta algunas organizaciones políticas aisladas lideradas por mujeres de clase alta y media, comenzaron a realizar campañas que buscaban el reconocimiento de los derechos civiles y políticos de la mujer,[253] lo cual fue posible gracias a la confluencia de varios factores como la paulatina incorporación de la mujer en la educación media vocacional

252 MILL y TAYLOR, Op. Cit., pp. 122-123

253 Algunos de estos movimientos y agremiaciones que surgieron entre la década del treinta y cincuenta, fueron producto del interés en impulsar el reconocimiento de los derechos femeninos, como el IV Congreso Internacional Femenino de la Liga Internacional de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas en 1930, presidido por Georgina Fletcher, impulsora del movimiento sufragista; la fundación de la Unión Femenina de Colombia en 1944; la organización por parte de la Alianza Femenina de Colombia de la Primera Conferencia Nacional de Mujeres en 1945; la publicación de las revistas Agitación Femenina (Tunja) y Letras y Encajes (Medellín), que hicieron campaña a favor del voto femenino retomando los planteamientos de la Unión de Mujeres Americanas (UMA) y, la creación de la Unión de Ciudadanas de Colombia en Medellín en 1957. RAMÍREZ BROUCHOUD, María Fernanda. Mujeres, política y feminismo en Colombia: 1930-1957. En: DOMÍNGUEZ GÓMEZ, Eduardo (director). Todos Somos Historia, tomo 2. Medellín: Canal U, 2010, p. 235

y universitaria; su creciente ingreso en la vida laboral; y las políticas y leyes promovidas durante la Hegemonía Liberal, que forzaron el debate acerca de las condiciones políticas y civiles de las mujeres.[254]

Gradualmente, los partidos políticos permitieron la participación femenina pero, en gran parte, motivados por su interés en aumentar el caudal de votos que podían favorecer sus resultados en las elecciones generales: "La mujer liberal encarna la paz. En las manos de la mujer liberal está la Paz! Con su votación asegura la tranquilidad y prosperidad de su familia. La mujer liberal debe atender al gran compromiso que tiene con la Patria y con su partido, VOTANDO en las elecciones del 18 DE MARZO por las LISTAS OFICIALES del partido".[255] De esta forma, durante la década del sesenta una buena cantidad de mujeres sin importar su estado civil o edad, comenzaron a participar más activamente dentro de los partidos políticos[256] en los comandos y las diversas comisiones femeninas realizadas para cooperar en los debates electorales. En este último grupo se destacó la Unión de Ciudadanas de Colombia, una organización fundada en Medellín en 1957, en la cual se congregaron mujeres de diferentes tendencias políticas, con el ánimo de incentivar la participación del potencial electorado femenino durante las elecciones y lograr que los distintos partidos incluyeran en las listas el mayor número de mujeres.

Ya en la década del sesenta del siglo XX, cuando en el panorama político aparecieron los movimientos feministas de la segunda ola

254 La Ley 28 de 1932, que permitió la administración de los bienes en el caso de las mujeres; el Decreto 227 de 1933, en el cual se autorizó el bachillerato femenino; la Reforma Constitucional de 1936, donde se aprobó el acceso de las mujeres mayores en los empleos públicos, y la Reforma Constitucional de 1945, mediante la cual se concedió la ciudadanía femenina pero sin derecho al voto.

255 Anuncio Partido Liberal. En: Cromos, Bogotá. Febrero 5, 1962. no. 2323, p. 4

256 En los partidos políticos se estableció la inclusión de la mujer en sus organizaciones, aunque ésta participación fue limitada. En el caso del partido Liberal, lo anterior se consagró en los estatutos de 1963 y en la representación femenina en los Directorios Regionales y Municipales y en la Comisión Política Provisional. En el conservador se incluyó dentro de los Comités de Acción Política, la organización de los Comités Femeninos Conservadores, supeditados bajo el control de los Directorios Departamentales y Municipales. La ANAPO permitió la colaboración femenina en los Comandos en sus diferentes niveles. DE LEWIN, Patricia P., y ROTHLISBERGER, Dora. Participación femenina en los partidos políticos. En: LEÓN DE LEAL, Magdalena. La mujer y el desarrollo en Colombia. Bogotá: Asociación Colombiana para el Estudio de la Población, 1977, p. 45

exigiendo cambios en la esfera cultural, política y civil, sus prácticas y mensajes se convirtieron en un aliciente muy importante para renovar los reclamos de las mujeres, expandiendo las fronteras hacia el ámbito público, donde se comenzaron a promover debates públicos que cuestionaron la conservación de un statu quo basado en el sistema patriarcal en los diferentes ámbitos de la vida pública y privada.[257]

Sin embargo, el entusiasmo generado entre las mujeres por su reciente adquisición del derecho a la ciudadanía en 1957, se fue opacando ante una realidad que mostraba el poco interés femenino para participar en las elecciones y cierta reticencia por parte de los partidos políticos, las corporaciones públicas y las organizaciones gremiales e independientes para permitir su ingreso y su activismo político. Diversos factores confluyeron para agudizar esta situación. Las múltiples responsabilidades derivadas de la incursión femenina en el mundo laboral y profesional, no significaron su liberación de las responsabilidades propias del cuidado del hogar y la familia, una razón suficiente para disponer de un tiempo muy limitado en este campo. A todo lo anterior se sumó la existencia de unas representaciones tradicionales que reprocharon su ingreso en la política, al considerar que afectaba la estabilidad de los hogares hasta provocar su destrucción. La negligencia de las mujeres para inscribir y reclamar su cédula fue otra constante que opacó su ingreso en las lides políticas, una situación derivada de la falta de consciencia, del temor por las posibles represalias sociales y la creencia que catalogaba a las votaciones como un "asunto de varones".[258]

Frente a la participación femenina en el mundo político en esta década, las opiniones estuvieron divididas como resultado de la coexistencia de dos representaciones que resaltaron, por una parte, los valores tradicionales heredados de un ideario anclado en el patriarcalismo y, por otro lado, de unas posiciones moderadas que vislumbraron positivamente las ventajas del papel que podía ejercer la mujer en este ámbito.

257 WILLS OBREGÓN, Op. Cit., 151

258 El voto femenino decidirá las elecciones. En: Cromos, Bogotá. Marzo 19, 1962. no. 2329, pp. 14-15

Algunos sectores conformados por intelectuales, políticos y jerarcas de la Iglesia, no vieron con buenos ojos esta situación, invocando razones que justificaban el dominio masculino en la sociedad: si la mujer vivía bajo la patria potestad del marido, no estaba bien que el legislador tratara de romper la "paz del hogar" abriendo las puertas a constantes disgustos en el hogar; la aparición de un posible matriarcado; el olvido de sus responsabilidades en la formación y cuidado de la familia, y su conversión en un ser con esencia masculina. Entre las causas sicológicas se argumentaba que su temperamento débil y sensible no podía soportar las discusiones y pleitos formados en este campo. Asimismo, otros sectores resaltaron que eran fácilmente objeto de manipulación por parte de la Iglesia y los diferentes partidos políticos durante las elecciones.[259]

Desde una visión positiva, algunos sectores de la sociedad consideraron que el reconocimiento de sus derechos políticos, debía generar en ellas un hondo sentido de responsabilidad patriótica ante un periodo crucial en la historia y una actitud consciente y serena. De una forma romántica, algunos sectores de la política y una parte de la jerarquía de la Iglesia, reclamaron su papel como instrumento mediador y moderador en las lides políticas, lo cual exigió la conservación de un espíritu no violento para garantizar el "enfriamiento" de las posiciones radicales en una época caracterizada por las contiendas virulentas entre los partidos tradicionales. Sin dejar de lado el reconocimiento de su "influjo moderador" y su sincero afán de "pacífica convivencia", también se resaltó su importante papel desarrollado en los organismos políticos, los cuerpos representativos, las entidades educativas, cívicas y, en algunos sectores de la dirección administrativa, que se beneficiarían con su renovada visión en la solución de los problemas y su sentido de consideración humana y social.[260]

---

259 VELÁSQUEZ, Magdala. La lucha por los derechos de la mujer en Colombia. Trabajo de grado Historia. Medellín: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Económicas y Humanas, 1985, p. 170

260 La mujer y la vida nacional. En: El Colombiano. Medellín. 6, febrero, 1965, p. 3

En este sentido, jerarcas de la Iglesia Católica como el cardenal Luis Concha Córdoba y el expresidente Alberto Lleras Camargo, recalcaron que las mujeres tenían un compromiso ineludible, una misión "excepcional", no solamente ante la patria sino ante Dios, para asumir su papel como mediador en las contiendas electorales, con el fin de propiciar un ambiente de transformación nacional.[261] En este sentido, durante el Frente Nacional se esperaba que la mujer desempeñara un papel activo y dinámico a través de su voto, un elemento clave para la "anhelada transformación" de la República: "No es posible concebir una actitud de indiferencia por parte de quienes está interesada en la permanencia de la paz. Nuestras mujeres han asistido con angustia indecible a los padecimientos de la patria.[262]

A pesar de las opiniones que defendieron con bastante entusiasmo la participación de la mujer en la política, aún estaban lejos de promover la defensa absoluta de sus derechos o su participación activa en el campo político. Si la mujer ingresaba en un ámbito dominado por los hombres, su acción no podía socavar los intereses de este grupo hasta lograr su desplazamiento en los puestos de liderazgo político. Por tal razón, su participación se vio reducida al momento de las elecciones mediante el voto y sirviendo de acompañantes durante las diferentes campañas electorales. Las restricciones, en este sentido, buscaban evitar la tendencia de imitar las actitudes masculinas, debido a que la pérdida de su esencia femenina podía aumentar la violencia y las pasiones generalizadas en la política.

Los anteriores planteamientos fueron una clara evidencia de las contradicciones existentes en la sociedad colombiana con respecto al papel de la mujer por fuera del ámbito privado. La preocupación principal estuvo relacionada con la pérdida de su feminidad, al incursionar en un campo dominado y controlado por las acciones del hombre. Entre ciertos sectores de la sociedad

261 Los deberes de la mujer. En: El Colombiano. Medellín. 4, febrero, 1966, p. 3; El voto femenino decidirá las elecciones. En: Cromos, Bogotá. Marzo 19, 1962. no. 2329, pp. 14-15
262 La mujer colombiana y su tiempo. En: El Colombiano. Medellín. 14, enero, 1966, p. 3

influenciados por las representaciones tradicionales, se creía que su incursión en este ámbito estaba íntimamente vinculada con el movimiento feminista, opuesto al ideal femenino que designaba unas ocupaciones y actividades en el hogar y la familia. Sin embargo, entre las mujeres profesionales que habían desempeñado cargos públicos importantes en el país, la cuestión entre feminismo y feminidad no constituyó una dicotomía, en la medida en que ambos conceptos se complementaron entre sí. Para ellas, el feminismo consistió en el despertar de la conciencia de la mujer como ser individual y sujeto de derecho en todos los aspectos de la vida social, lo cual no riñó con el conjunto de cualidades propiamente femeninas que eran inherentes a toda mujer y no estaban sujetas a la influencia externa derivada de su preparación intelectual, la capacidad civil o política y las actividades desarrolladas dentro y fuera del hogar.[263]

Si algunas mujeres asumieron una posición positiva frente a su papel en la política, otras con amplio reconocimiento social defendieron una posición más moderada, en la cual se reflejó la aceptación de los principios del patriarcado y una visión androcéntrica, que reclamó este espacio para el dominio exclusivo de los hombres. La columnista Sofía Medina de López, inspirada en Augusto Comte, defendió la posición adoptada por algunos sectores de la sociedad que consideraban a la mujer como un elemento de "orientación" en las más altas esferas del Estado", llamado a proteger y defender los intereses individuales y sociales. Para Medina era claro que su papel estaba supeditado a ejercer un poder moderador, con lo cual se descartaba la idea de asumir

263 Algunas mujeres profesionales reconocidas fueron María Correa Viuda de Aya, "Mujer de las Américas" y miembro activo de la Unión de Ciudadanos de Colombia; Elba María Quintana de Bermúdez, distinguida abogada y dueña de una oficina para ayudar exclusivamente a las mujeres, presidió la Comisión en el Consejo Nacional de Mujeres; Rosa Díaz de Zubieta, trabajadora en obras sociales en Huila, fundadora de radio-revista Lares, escritora de un libro de poesía, participante en el Congreso Internacional de Educación y mujer activa en política como miembro del partido liberal; Ana Kipper, etnóloga, arqueóloga, escritora y periodista polonesa, directora de la France Press, quien emigró a Colombia durante la II Guerra Mundial; Helena Páez de Tavera, joven madre de familia, graduada de derecho de la Universidad Javeriana y Doctora en Filosofía y Letras de la Universidad Nacional. Qué es feminismo? Qué es feminidad?. En: Cromos, Bogotá. Enero 14, 1963. no. 2409, pp. 21-22

el liderazgo de las acciones políticas más importantes en el país.[264] En el caso de Isabel Escobar de Restrepo, virreina de belleza de Antioquia y representante del Festival Nacional de la Canción, el papel de la mujer en la política sería "desastroso" debido a su "naturaleza apasionada e incontrolable". Por lo tanto, frente al rumbo de los hechos que evidenciaron el ingreso cada vez mayor de ellas en este ámbito, solo recomendaba aplicar unas cuantas reglas de autodominio en sus intervenciones políticas, para evitar una actitud enardecida e incontrolable.[265]

Quizás la posición más radical en esta materia fue la adoptada por Bertha de Gómez Martínez, esposa de Fernando Gómez Martínez, quien consideraba que si Dios había asignado a la mujer el rol primordial de "guardiana" del hogar, debía aprovechar y utilizar toda su capacidad de comprensión en favor de los miembros de su familia. Con el fin de no contradecir el plan divino que buscaba el "perfeccionamiento" de su hogar, su papel en la política estaba destinado a ser una acción secundaria. Solo cuando ella tuviera un criterio bien formado y asumiera su papel con prudencia, tino e inteligencia, estaría en la capacidad de asumir su "misión suavizadora de las pasiones políticas en el hombre", pero sin practicarla permanentemente con "ardor y con celos", porque esto llevaba al olvido de función primordial en el hogar.[266]

264 La mujer y la Gran convención. En: El Colombiano. Medellín. 1, diciembre, 1965, p.5
265 ESCOBAR DE RESTREPO, Isabel. Mujer y Reina. En: El Colombiano. Medellín. 14, diciembre, 1967, p. 16
266 El papel primordial de la mujer está en el Hogar y en la Familia. En: El Colombiano. Medellín. 11, enero, 1964, pp. 4 y13

3. LA CONJUNCIÓN PERFECTA: LA MODA Y LA BELLEZA

Desde la antigüedad, el interés por encontrar los rasgos más característicos de una belleza definida a partir de una estética física centrada en generar atracción en el sexo opuesto, originó una serie de códigos de belleza propios de cada época histórica, que privilegiaron ciertos rasgos estéticos en detrimento de otros.[267]

Dentro de este proceso histórico de constitución de la belleza física, la mujer apareció como el máximo representante de la encarnación de los valores físicos. Desde el Renacimiento, las sílfides femeninas fueron consideradas la dulce encarnación del anhelo estético de la sociedad moderna, un arquetipo definido a partir de la combinación de dos opuestos que se complementaron entre sí y que fortalecieron su estatus de una forma ideal, aunque conservara su nivel de inferioridad en el ámbito social: la debilidad y la deslumbrante perfección de su forma corporal. Con el paso del tiempo, el poder rutilante de la belleza femenina fue valorizándose aún más con respecto al sexo masculino, pero sin cambiar el orden definido por la tradición: el hombre se destacó por su fuerza y habilidad para desarrollar sus actividades en la ciudad y en el campo, y la mujer debió conservar su delicadeza y ternura con el fin de estar siempre dispuesta a recrear y acompañar al hombre cansado después de realizar sus labores en el mundo exterior.[268]

Frente a este fenómeno, Berman afirmó que este ánimo estetizante no fue posible concebirlo sin la percepción que consideraba el desarrollo de la subjetividad e individuación, como una maniobra psicofisiológica impulsada por el género masculino para preservar los espacios que tradicionalmente habían sido asignados a cada sexo, estableciendo consecuentemente el rol de la mujer a partir de su labor realizada en el hogar y en el espacio simbólico de la belleza femenina.[269] Dentro de esta misma variante, la escritora

267 VIGARELLO, George. Historia de la belleza. Buenos Aires: Nueva Visión, 2005, p. 10
268 IBID. p. 30
269 PEDRAZA GÓMEZ, Zandra. En cuerpo y alma: Visiones del progreso y de la felicidad. Bogotá: Universidad de los Andes, 1999, pp. 302-303

norteamericana Naomi Wolf en su libro *El Mito de la Belleza*, estimó que el creciente interés de la mujer por la belleza física, más allá de ser producto del afán de lucro de la industria cosmética, correspondió a una reacción del género masculino como consecuencia de los alcances logrados en el tema de los derechos de la mujer. En este sentido, aunque las antiguas ideologías fundamentadas en gran parte en la religión y en la tradición habían perdido su capacidad para dominarlas, la "revancha estética" aparecida en plena edad moderna y fortalecida en el siglo XX, se tradujo en la posibilidad de controlar nuevamente al género femenino a través de la creación de una pérdida de confianza en sí mismas, una acción que las llevó a centrar su interés en las "preocupaciones estético-narcisistas", hasta conminarlas dentro de una "prisión estética".[270]

Siguiendo esta misma línea de pensamiento, esta tendencia que consagró un interés mayor hacia la belleza física, significó el comienzo de la emancipación del concepto de la belleza, que trascendió la dimensión moral fundamentada en el concepto platónico de la dualidad cuerpo y alma, para convertirse en una experiencia sensitiva y física. El teórico Gilles Lipovetsky, aunque reconoció la importancia de este fenómeno en la historia, afirmó que el culto a la belleza física femenina abrió las puertas hacia un proceso de valorización y de dignificación social de la mujer más allá de los límites de una "lógica desigualitaria", llegando a convertirse en un objeto de estudio y de reflexión específicos digno de ser interrogado, conceptualizado y valorado dentro del ámbito científico y filosófico. A su vez, esto sirvió de incentivo para su promoción social y simbólica, en cuanto adquirió un estatus que valorizó su esencia mediante los homenajes y la notoriedad social.[271]

Aún así el reconocimiento social y cultural de la belleza física femenina no fue democrático desde el principio, teniendo que esperar alrededor de cinco siglos para superar el dominio ejercido de unas clases sociales con una posición social y económica

270 WOLF, Naomi. El mito de la Belleza. Citado en: LIPOVETSKY, Gilles. La tercera mujer. 2ª ed. Barcelona: Editorial Anagrama, 1999, p. 126

271 LIPOVETSKY, Gilles. La tercera mujer. 2ª ed. Barcelona: Editorial Anagrama, 1999, pp. 113-115

importante: la aristocracia y la burguesía. Gradualmente, las puertas de las grandes mansiones de burgueses y miembros de la realeza se abrieron para convertir la "belleza física femenina" en una forma de percepción propia de la vida cotidiana, casi democrática y sin miramiento de concesiones estamentales, en donde los seres humanos comenzaron a asumir su calidad de sujetos.

Magnificada por muchos escritores y filósofos, vilipendiada por otros quienes la consideraron la encarnación de todas las pasiones y del espíritu hedonista que alejaba al hombre de su camino de salvación, en el siglo XX la exaltación de la belleza física comenzó a ser el centro de interés en las grandes casas de modas y de cosméticos, que asumieron el liderazgo en la promoción de los ideales y representaciones encargados de configurar una mujer ideal confeccionada a partir de sus atributos físicos, como parte del afán consumista que buscaba promocionar sus intereses económicos. En mutua consonancia, los medios de comunicación también impulsaron estos ideales, especialmente la prensa femenina, considerada por Lipovetsky la "piedra angular" para la promoción de las normas estéticas. Su papel decisivo permitió la llegada paulatina de los mensajes y representaciones relacionados con la belleza femenina en la vida cotidiana de cientos de mujeres, que promocionaban las famosas figuras de Hollywood poseedoras de cuerpos y rostros deslumbrantes, dignos de imitación por el gran atractivo que ejercieron entre los hombres: "Jamás civilización alguna produjo y difundió tantos discursos relativos a los cuidados de belleza; nunca las imágenes del bello sexo gozaron de tal proyección social. (...) En el estadio terminal del bello sexo, los consejos, las informaciones y las imágenes de la belleza han entrado en una lógica de producción-consumo-comunicación de masas".[272]

La promoción de los ideales de la belleza en la prensa, hizo necesaria la utilización de recursos estilísticos y retóricos que generaron entre las mujeres cierta confianza, así como el uso de un lenguaje directo, sencillo y con un tono de reclamo o de consejera amiga, aparentemente conocedora de sus problemas

272 IBID. p. 144

y limitaciones. En el caso de la publicidad, su mensaje estuvo enfocado en la posibilidad de alcanzar el éxito en las relaciones interpersonales que le permitirían ser el centro de atracción social y de posibles parejas. Con el fin de hacer más contundente su interés en este sentido, las casas editoriales acompañaron estos discursos con una diagramación especialmente diseñada para este público, con imágenes de mujeres felices, mensajes sugestivos que prometieron devolver o afianzar la belleza natural y ayudas visuales en las cuales se explicaron cada uno de los procesos para mejorar las cualidades estéticas.

En consecuencia, la belleza física promocionada abiertamente durante este periodo, fue el resultado de una serie de dinámicas temporales configuradas a partir del desarrollo de la Gran Guerra, como la proclamación del individuo, la profesionalización de las actividades estéticas, el crecimiento y expansión de una industria cosmética y el fenómeno de individuación característico de las democracias modernas. Esto último, permitió el desplazamiento paulatino de las posiciones sostenidas por la sociedad con respecto a un sujeto, la mujer, sobre la cual recayeron gran parte de éstos mensajes que la catalogaban como un "objeto de consumo" dentro de la sociedad burguesa. La lenta transformación de la dominación ejercida en ellas, especialmente en su incorporación como mano de obra en el sector industrial y de servicios, además de su paulatino ingreso en la vida política y la creciente "liberalización" de los modelos tradicionales patriarcales, generaron unas pautas sociales para la valoración de ciertos referentes enfocados en la silueta del cuerpo y sus movimientos corporales, junto con los signos tradicionales impulsados desde décadas atrás como el rostro, la elegancia y el glamour. De esta forma, la experiencia estética comenzó a volcarse estrictamente hacia el aspecto material y físico, teniendo como referente característico las sensaciones generadas en el observador a través del uso de los sentidos, especialmente la vista y el tacto.

La oposición reinante durante varios siglos entre belleza física y una belleza metafísica, paulatinamente fue eliminada en el periodo moderno, inaugurándose un "estadio terminal de la belleza"

donde se superaron las barreras conceptuales y espaciales que restringieron sus alcances en el ámbito social y cultural: los límites sociológicos se eliminaron al difundirse abiertamente las imágenes y las prácticas estéticas en los medios de comunicación, el cine y la publicidad; los límites de modos de producción desaparecieron al crecer rápidamente la industria cosmética; los límites del imaginario se excluyeron al desprenderse la belleza física de su halo fatal, diabólico y vicioso, gracias a su revalorización como objeto de estudio dentro de la edad moderna; los límites de la edad se suprimieron al ampliarse las posibilidades más allá de la juventud; los límites naturales se desvanecieron al "borrarse" las huellas del paso del tiempo y los defectos físicos con la cirugía estética, el ejercicio y los productos para el cuidado facial y corporal; los límites artísticos fueron superados al ser objeto de alabanza entre los poetas, los artistas, la prensa, el cine, la moda y la cosmética.[273]

Dentro del discurso promovido por los medios de comunicación como la prensa, la belleza fue considerada un tesoro y el máximo fin que una mujer debía alcanzar. Un tanto anclado en el tiempo, la definición de este concepto para la década del sesenta reveló con mayor fuerza el proceso de absorción de una tendencia que resaltaba una belleza sublime, encantadora y deslumbrante, posible de alcanzar a través de la consecución de una armonía del cuerpo y el rostro: "La belleza, esa armonía y perfección que toda mujer aspira alcanzar, se consigue sabiendo sacar el mejor partido de las cualidades naturales que tiene cada una. Los rasgos de la cara, la forma de los ojos, el trazado de la nariz, la calidad de la piel son la materia prima sobre la que se actúa. Es estupendo contar con una base excelente, pero las manos del artista pueden lograr verdaderas obras de arte".[274]

La belleza de orígenes divinos y con un ligero toque sobrenatural, única y perfecta, que garantizaba una exclusividad afortunada sobre la persona poseedora de este atributo, poco a poco fue abriendo espacio hacia un tipo más global y asequible para la

273 IBID. p. 120
274 Juventud de la piel. Eterna juventud. En: Cromos, Bogotá. Febrero 21, 1965. no. 2525, Bogotá, p. 50

gran multitud y variedad de mujeres que buscaron ser parte de este grupo selecto de bellas y atractivas. Así, este concepto de belleza reclamó una supuesta "naturalidad", entendida como la posibilidad de usar artificios y técnicas para mejorar su magnetismo. Esta naturalidad no residió en la posibilidad de ser la dueña de atributos físicos destinados inexorablemente por Dios, sino que estuvo enfocada en el lema "conócete a ti misma", en el cual se consagró el autorreconocimiento de las cualidades naturales para obtener los mejores resultados a través de los artificios.

> No creemos que haya duda acerca de que lo más bello que hay en la naturaleza es una mujer bella. De ahí el resonante buen éxito de los numerosos reinados de belleza, y la importancia que en ellos se da a las famosas medidas clásicas de busto, cintura, caderas, etc. Contemplar a una bella mujer es "delicia del ojo" para todo varón normal. (...) Pero hasta hace pocos años, la belleza era un don de que solo gozaban relativamente pocas mujeres. Hoy por el contrario puede decirse sin mucha exageración que toda mujer puede ser bella. Por distintos medios ellas han venido adquiriendo cada día más belleza. Esta es a nuestro parecer una conquista más trascendental que la conquista del voto femenino.[275]

Estos vientos de cambio destinados a ampliar las fronteras de la belleza femenina, hicieron eco en las revistas más importantes de circulación internacional, hasta convertirse en la fuente principal para "alimentar" algunas secciones femeninas de los periódicos y revistas de la época que circularon en Medellín. Este fue el caso de la revista norteamericana *Hapers Bazaar* que publicó un artículo relacionado con la clasificación de las mujeres poseedoras de "extraordinarias bellezas", en el cual se hizo evidente la creciente democratización de la belleza femenina al seleccionar un grupo de bellezas tan disímiles como Jean Shrimpton, Julie Christie, Elizabeth Taylor, la duquesa de Windsor, Jacqueline Kennedy, Ursula Andress,

275 Toda mujer puede ser bella. En: Cromos, Bogotá. Diciembre 13, 1965. no. 2518, pp. 64-65

Lady Churchill, Marlene Dietrich, Greta Garbo, Indira Gandhi, Margot Fonteyn, María Callas, Brigitte Bardot, entre otras.

Pero, ¿cuáles fueron los criterios de selección para una labor aparentemente utópica debido a las diferentes cualidades que se resaltaron en cada una de estas figuras femeninas? Conservando los atributos corporales femeninos, también hicieron presencia otros factores aparentemente contradictorios: una mujer podía ser bella gracias a una de su personalidad centrada en la expresión y el carácter, sin dejar de lado la maestría en el uso del maquillaje que permitió alcanzar la frescura natural. Incluso la edad y las imperfecciones con cierto "ángel" se incluyeron como atributos físicos, algo inadmisible en los siglos anteriores. El resultado de esta conjugación de diferentes factores fueron los tipos de belleza tildados con adjetivos como atrevida, lozana, mágica, señorial y misteriosa, ejemplificados en las figuras del mundo del espectáculo y del *jet set* internacional: Jacqueline Kennedy, aunque no era una representante fiel de la belleza clásica, la imitaba a la perfección debido a sus facciones atractivas, mandíbula fuerte, boca amplia y ojos separados, complementados con la fuerza de su carácter que denotaba seguridad en su rostro. Ursula Andress, por su parte, era poseedora de una "tremenda y magnífica apariencia" gracias a su cuerpo bronceado y su cabello rubio, características que encarnaron los ideales más promocionados en el medio artístico: riqueza, confort y atractivo sexual. Traspasando la barrera de los años, Marlene Dietrich y Lady Churchill, representaron las mujeres maduras dueñas de los secretos del maquillaje y "reinas de la presentación personal" y el glamour, quienes revelaron con la experiencia de los años la posibilidad de conseguir el adecuado equilibrio entre una buena salud, la belleza y el equilibrio mental. Al otro extremo del límite de edad se incluyó Geraldine Chaplin, quien aunque no era "realmente bonita", era propietaria de una apariencia melancólica y traviesa en su rostro que se convirtió en su auténtico atractivo.[276]

276 TASCÓN MARTÍNEZ, Elisa. Lunes de la mujer: De 21 a 81. Veredicto sobre belleza a todas las edades. En: El Colombiano. Medellín, 12, febrero, 1968, p. 18

La variedad de tipos de belleza promocionados en los medios de comunicación masivos y en el cine, fueron el resultado de una creciente democratización de los ideales estéticos que pretendieron responder a las demandas de los individuos: las múltiples acciones realizadas en pro de su consecución, estuvieron enfocadas principalmente en la satisfacción del ego personal que redundaba en un sentimiento de seguridad y en un "estar bien".[277] Esta intensa psicologización de los comportamientos individuales asociados cada vez más con la estética que promocionó la exploración de la personalidad, generó en consecuencia un interés mayor por parte de las mujeres hacia el cuidado de su cuerpo, una autonomía y poder sobre sí mismas, algo que anteriormente había estado en manos del varón. Frente a la dejadez que se había sometido el cuerpo femenino, tradicionalmente considerado como causa principal de pecado, la lógica moderna propagó a través del discurso de la prensa y la publicidad, un ideal que lo vislumbró como un objeto valioso mientras se ejercitara constantemente.[278]

Esta tendencia hacia el autogobierno y dominio del cuerpo, aunque estuvo supeditada a la existencia de una lógica consumista que aparentemente generaba una homogeneidad en las prácticas y tendencias estéticas, paradójicamente, permitió al individuo cierto margen de elección entre una gran variedad de productos y prácticas estéticas y cosméticas, de acuerdo con las necesidades físicas y su personalidad. De ahí la preocupación de las casas de belleza y de maquillaje por adaptarse a ciertos requerimientos de su clientela, con el fin de complacer sus gustos e intereses personales. Ante esta nueva "racionalización" basada en una lógica centrada en un ideal de esbeltez, que promovió un

277 David Le Breton afirmó que los orígenes del individuo se encontraban en el Renacimiento, cuando la burguesía comenzó a consolidarse como grupo social. En este sentido, este grupo convirtió el interés personal en el móvil de sus acciones, razón por la cual ya no estaba regido por las preocupaciones de la comunidad y el respeto a las tradiciones. Esta toma de conciencia, le proporcionó en los primeros momentos, un margen de acción casi ilimitado, que les permitió dejar a un lado la idea de una providencia que definía su destino, para empezar a decidir sobre su propia vida y el sentido que podía adoptar dentro de la sociedad. La liberación de lo religioso llevó a la conciencia de la responsabilidad personal y pronto condujo al nacimiento de los principios democráticos y la liberación de lo político. LE BRETON, David. Antropología del cuerpo y modernidad. 2ª ed. Buenos Aires: Editorial Nueva Visión, 1995, p. 41

proceso de homogenización de la apariencia en la era moderna, Lipovetsky señaló la posibilidad de escoger entre diferentes caminos heterogéneos para alcanzarlo, permitiéndole al individuo cierto margen de acción y de decisión sobre su cuerpo.[279]

Bajo la era de la plena industrialización y la promoción de un consumo exacerbado, la tendencia hacia el dominio sobre sí mismo quedó expresada mediante el cuidado del cuerpo, una acción que hizo necesaria la corrección a través de las diferentes técnicas de los defectos físicos, demostrándose así la capacidad del individuo para dominar lo que en el pasado fue imposible: el control sobre las leyes de la naturaleza. David Le Breton afirmó que esta representación se hizo más fuerte a finales de la década del sesenta, cuando fue reconocido el cuerpo físico como un territorio para explorar y modificar, dejándose atrás las concepciones represivas de antaño que lo dividieron tajantemente en un "dualismo" entre cuerpo y alma. Estas representaciones del cuerpo siguieron con "fidelidad" el proceso de individuación cada vez más acelerado, caracterizado por la inversión de la esfera privada, la preocupación por el yo, la multiplicación de los modos de vida, la atomización del sujeto y el creciente desconocimiento de las referencias y valores tradicionales. En este proceso de individuación, la persona adquirió una conciencia de sí misma dentro de la estructura social, siendo el cuerpo la frontera o la "huella más tangible" del sujeto que, en un primer momento, le permitió separarse de la "trama simbólica" y los "vínculos" comunitarios. Cuando todas las relaciones sociales se hicieron precarias, el cuerpo se convirtió en el "refugio" y "valor último" de la persona, con el cual pudo tener certeza de su existencia como sujeto, de su alter ego en la sociedad. En pocas palabras, pasó de ser un objeto, para convertirse en un sujeto.[280]

Todo lo anterior tuvo amplias repercusiones, particularmente entre las mujeres, cuando un "voluntarismo reparador" y "constructivista", abrió la posibilidad de ser artífice de su propia existencia, tras siglos de ostracismo que la alejaron de la sociedad al ser catalogada una extensión del hombre, sujeta a su voluntad y decisión.

279 IBID. p. 134
280 LE BRETON, Op. Cit., pp. 152-153

Paradójicamente, la afirmación del yo personal tuvo su contrapartida en la complacencia del Otro; en la búsqueda de su aceptación en el medio social en el que se desenvolvieron; en la apertura de la puerta del éxito social y la felicidad del individuo; en la salida de su anonimato hacia un contexto social que reconocería su existencia. En el caso de la mujer, después de muchos siglos de ser relegada en un segundo plano, alcanzar la belleza física significó la puerta de entrada para hacer frente a un universo antes dominado por los hombres: el trabajo y la vida social. Así, la clave para obtener los numerosos beneficios promovidos por el hecho de ser dueña de sí misma se encontraba en la armonía física, que garantizaba su seguridad entre un mar de relaciones entabladas en el ajetreo constante exigido por la vida moderna: en contraposición a una mujer dudosa e insegura de sus cualidades físicas, ella exteriorizaba frente a los demás su satisfacción consigo misma a través de un caminar seguro, un rostro sonriente y el uso de ropa que resaltaba aún más sus cualidades físicas.

La búsqueda de la exaltación de su naturalidad corporal significó el reconocimiento social de un método bastante criticado en el pasado, el maquillaje, el cual durante mucho tiempo estuvo asociado a los oficios banales y de dudosa moral, como la prostitución y los comportamientos libertinos y relajados que contradijeron la posición tradicional religiosa.[281] Después de la década del cincuenta del siglo XX, el maquillaje se erigió triunfalmente en el mundo de la cosmética como uno de los métodos más aceptados para eliminar las imperfecciones que irremediablemente la naturaleza había destinado en las mujeres. En medio de estas circunstancias, quedó sentada la percepción marcada por la aceptación de la imperfección de la naturaleza, mientras se mostraba la ilusión alcanzada por el artificio del maquillaje de una inmaculada belleza y tersura. Estas cualidades encerraron el poder del encanto y la seducción, al producir una impresión viva en los sentidos de

281 La razón de esto último sentó sus raíces en la sociedad cristiana después del Renacimiento, cuando se comenzó a definir el cuerpo como creación divina, en cuanto Cristo Resucitado logró escapar de la corrupción de la carne gracias a su carácter divino. De ahí se derivó la idea de establecer la belleza como un don divino imposible de alcanzar con los medios artificiales como el maquillaje y otros productos.

quienes admiraban en el rostro un aspecto sano y perfecto; En el fondo, esto significó la emulación de la virtud esencial para ganar la batalla del paso de los años: la juventud. Tales sensaciones se anunciaron claramente en la publicidad del maquillaje Sheer Genius: "El maquillaje que crea la magnífica ilusión... inmaculada belleza. Por eso se llama Sheer Genius .... Porque cubre impecablemente y revela, en la forma más pura y natural, su delicada belleza. Porque le da un encanto seductor, sin ocultar su belleza natural".[282]

La clave en el uso del maquillaje se encontró en su capacidad para convertirse en un verdadero cómplice de la mujer en los eventos sociales, el trabajo, la conquista y las relaciones de pareja, siempre y cuando se utilizaran con mucho cuidado las técnicas para conseguir un acabado imperceptible. Lo sutil fue la regla de oro para maquillarse. Así, el maquillaje más conveniente sembraba la duda en el observador y "juez" de la naturalidad o artificialidad del rostro: "Por qué decirle que es maquillaje... si él está convencido que es usted! Y así es... luciendo un acabado resplandeciente natural", anunciaba la propaganda del maquillaje Touch and Glow de Revlon.[283] En este sentido, Zandra Pedraza afirmó que la cosmética moderna consistió en una técnica que buscó proporcionar una nueva imagen femenina con el fin de brindarle seguridad. Por ende, su propósito principal se centró en crear un aire natural, una belleza casi innata, solo posible cuando se aprendía a discriminar entre lo indispensable y lo superfluo, una delgada línea que separaba la belleza natural seductora y juvenil, de la belleza coqueta y sin elegancia.[284]

Al salir del reservorio del hogar, la mujer se enfrentó a la mirada escrutadora de las personas, gracias al creciente roce social que implicó el contacto personal con los Otros. Dentro de esta tónica, un encuentro causal podía convertirse en un acercamiento de primer plano, por lo cual era necesario estar preparada en todo

282 Maquillaje Sheer Genius de Max Factor (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Julio 17, 1967. no. 2595, p. 74
283 Maquillaje Touch and Glow de Revlon (Anuncio). En: El Colombiano. Medellín, 17, enero, 1962, p. 16
284 PEDRAZA, Op. Cit., pp. 329-330

momento, especialmente en el rostro, una parte de la anatomía femenina considerada el centro principal de las miradas y la carta de presentación dentro de las relaciones sociales, al no ser objeto de ocultamiento como otras partes del cuerpo, que aún simbólicamente conservaban un carácter más erótico. Por esta razón, cuando no estaba dotada de un cutis y rasgos perfectos, era un grave error mantener la apariencia natural sin intervención del maquillaje, una tendencia muy propia de la mujer norteamericana. La columnista de la agencia de noticias NEA Alicia Hart, quien también publicó sus comentarios y consejos sobre belleza y moda en *El Colombiano*, consideraba que el maquillaje de los ojos era capaz de borrar rápidamente la "expresión desnuda" del rostro femenino. Para lograr este efecto iluminador, aconsejaba utilizar maquillaje en el día y la noche para quitarle ese carácter 'deslavado' y sin vida propio del rostro natural.[285]

Dentro del discurso de la cosmética el mensaje fue claro: camuflar las líneas que delataban la edad en el rostro, ocultar las imperfecciones naturales o cubrir la expresión de fatiga y cansancio que comenzaba a generar estragos en las mujeres del común, para potencializar su belleza natural del rostro, y declarar triunfalmente la negación de la "mujer fea". Todo esto fue posible con un maquillaje conveniente, con el cual se podía crear la ilusión de un rostro fino. Sin embargo, para lograr un efecto natural era necesario dominar este arte para disimular las imperfecciones en unos cuantos minutos, hasta convertirlas temporalmente en una parte más del rostro femenino.

Esto exigió el conocimiento de las técnicas cosméticas y la adquisición de productos y utensilios apropiados desde muy tierna edad, un ritual consagrado en un primer momento a la madre, quien era la encargada de perpetuar la tradición de enseñar los secretos de belleza a sus hijas. Su enseñanza era tan importante que la columnista Elisa Tascón Martínez, encargada de la sección "Lunes de la mujer" publicada en el periódico *El Colombiano*, señaló que

285 HART, Alicia. Ensaye un brillo dorado para la noche. En: El Colombiano. Medellín, 25, enero, 1965, p. 16, sección 2

el futuro de las "jovencitas bien arregladas" estaba directamente relacionado con los hábitos de embellecimiento inculcados por sus madres desde temprana edad.[286] La labor se iniciaba cuando las niñas exploraban con curiosidad el recinto "sagrado" de sus madres, el tocador, intentando imitarla en sus ademanes para maquillarse. Este momento era bastante significativo, en cuanto constituyó el primer indicio de la femineidad oculta de la tierna hija. Ante este creciente interés de las infantes, la industria cosmética comenzó a explorar este nuevo nicho mercantil a través de la comercialización de un estuche con artículos para arreglarse las uñas, jabones perfumados, polvos en talco, colonia y guantes para hacerse el aseo corporal, además de pomadas, polvos para el rostro en color natural y barniz para las uñas en rosado.[287]

El ejercicio de maquillarse exigió una rutina constante desarrollada en unos cuantos minutos y sin descanso, en la cual se incluyeron procedimientos de limpieza y relajamiento por medio de masajes; la utilización de bases para cubrir las imperfecciones como pecas, espinillas, cicatrices, y el uso del maquillaje para realzar el contorno del rostro e iluminar el centro de las miradas masculinas, los ojos y los labios. La gran variedad de productos y tonalidades garantizaba su adaptación a las diferentes actividades y ambientes que rodeaban a las mujeres en la década del sesenta, especialmente de las citadinas o las mujeres "inmigrantes", quienes paulatinamente se fueron adaptando a los espacios y códigos estéticos propios de la ciudad. La ventaja de estas prácticas residió en que cualquiera podía aprender sus innumerables secretos, gracias a la asesoría de expertos encargados de trasmitir sus consejos en revistas especializadas femeninas y en secciones dedicadas a la belleza, patrocinadas por las grandes casas comerciales como Helena Rubinstein, Revlon y Max Factor. Incluso, en algunas ocasiones se contó con la asesoría personal de profesionales contratados para brindar sus consejos a un sinnúmero de mujeres del común entusiasmadas por conseguir los mejores resultados con estos

286 TASCÓN MARTÍNEZ, Elisa. Lunes de la mujer: Para embellecer a las nenas. En: El Colombiano. Medellín, 12, diciembre, 1966, p. 17
287 Consejos de belleza. En: El Colombiano. Medellín, 11, enero, 1966, p. 13

productos, a quienes les enseñaban la técnica de maquillaje más adecuada para sus rostros, teniendo siempre presente el tipo de piel e imperfecciones faciales. Este fue el caso de Elena López, delegada internacional de Helena Rubinstein, quien viajó a Medellín para enseñar una serie de consejos acerca del tratamiento y cuidado del cutis en los almacenes Van Raalte, Almacén Sandra y la Perfumería Quinta Avenida.[288]

El efecto del maquillaje en el rostro femenino era doble y se alcanzaba en poco tiempo. Por un lado, el rostro adquirió cierta iluminación, un toque resplandeciente que irradiaba la tersura delicada propia de una piel juvenil sin estragos. Por otro lado, su resultado aparentemente maravilloso, permitió obtener una belleza sutil y de encantadora suavidad, garantizando una apariencia fresca todo el día, aún ante el sinnúmero de ocupaciones que dejaban poco espacio para la rutina complementaria de belleza. La idea era realzar los encantos, ser provocativa y cautivadora a través del efecto natural, que buscaba potencializar la personalidad expresada en el rostro femenino. Traspasar la línea de la supuesta naturalidad significaba obtener el resultado adverso, una especie de máscara artificial poco grata para los observadores y que ocultaba la verdadera personalidad de su dueña. Signo de esto último fue una caricatura publicada en la revista *Cromos*, donde una mujer aparecía maquillándose con muchos productos. Ante la insatisfacción generada por el resultado final de esta rutina, comenzó a limpiarse el rostro con un pañuelo hasta perder totalmente sus rasgos característicos como el contorno de los ojos, la nariz y la boca.[289]

Aunque con un tono jocoso la prensa intentó hacer un llamado inquietante frente a la supuesta pérdida de la personalidad femenina por el uso excesivo del maquillaje, la democratización en las rutinas cosméticas, en última instancia, significó el reconocimiento del principio de individualidad, en cuanto la prioridad era realzar la personalidad mediante la parte del cuerpo

288 Helena Rubinstein (Anuncio). En: El Colombiano. Medellín, 23, octubre, 1961, p. 18
289 Ellas (Caricatura). En: Cromos, Bogotá. Octubre 9, 1967. no. 2607, pp. 54-55

que más lo expresaba: el rostro. Las grandes casas de maquillaje como Revlon no fueron ajenas a este reconocimiento de la mujer como individuo, estableciendo una estrategia de marketing basada en la promoción de diferentes tipos de matices en el maquillaje relacionados con su personalidad y sus intereses: "Todas las mujeres no somos iguales". Revlon también lo reconoce! Por eso ellas han creado tres tipos diferentes de maquillaje - para que usted escoja el tipo de maquillaje que más adora. Yo he comprado los tres Matices Faciales... son encantadores!". [290]

La declaración por parte del mundo estético contra ciertas características naturales, trascendió las fronteras del rostro femenino para enfocarse en la eliminación del vello corporal, calificado como una característica antifemenina. Dentro de este contexto, la publicidad de las cremas depilatorias Nudit y Louis Philippe, insistió en la necesidad de eliminar este rasgo un tanto animalesco y varonil, para alcanzar el bien más preciado de toda mujer del común: su femineidad expresada en la suavidad y tersura de la piel, máxime cuando comenzaron a desplazarse las fronteras estéticas entre ambos sexos. Asimismo, los consejos de belleza hicieron eco de esta tendencia hasta el punto de catalogarla como un "problema" de carácter estético e higiénico, que anulaba el encanto de una mujer elegante, aún cuando se intentara ocultar con las medias veladas, un error al parecer muy común entre quienes no habían incorporado este hábito en su rutina de belleza. Para evitar esta situación bochornosa en el difícil ascenso hacia el éxito social, las sesiones de consejos estéticos recomendaron múltiples métodos caseros que se pudieron realizar en unos cuantos minutos. La cuestión radicó en convencerse de la necesidad de quitar este problema y de utilizar una buena dosis de voluntad para someterse a una labor un tanto dispendiosa y, en algunos casos, tortuosa: "Estamos seguros que se sentirá mucho más segura de su belleza y no tendrá ningún inconveniente en mostrar sus piernas o levantar el brazo (...) ... De nada servirá el más bello traje del mundo, ni los más finos perfumes si se descuida este detalle".[291]

290 Maquillaje Revlon (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Abril 17, 1967. no. 2582, p. 4.
291 Un detalle de su belleza. En: Cromos, Bogotá. Septiembre 20, 1965. no. 2506, p. 50

La creciente tendencia de incorporar la depilación dentro de los hábitos de belleza femeninos, específicamente en las áreas antes ocultas por el vestuario como las axilas, las piernas y la zona del bikini (sin dejar de lado el vello que crecía encima de la boca), significó una prolongación de las representaciones tradicionales relacionadas con la oposición entre el género masculino y femenino, en un periodo caracterizado por la paulatina democratización en los comportamientos de ambos sexos, como consecuencia de la promoción del "imperativo juventud" y de la moda unisex.

Curiosamente, aunque la moda aparentemente proclamó la eliminación de la disyunción entre los sexos (un síntoma de la adopción cada vez mayor de un vestuario tipo masculino entre las mujeres), en la vida real esta situación se tradujo en un cambio sutil y aparente que no representó la eliminación de las diferenciaciones en la apariencia.[292] Y si en el mundo de la moda la "oposición distintiva entre los sexos" fue un hecho recurrente en un periodo caracterizado por la creciente homogenización, esta distinción sutil también tuvo resonancia en el mundo de la estética: una mujer debía conservar su feminidad aún cuando las condiciones sociales y culturales denotaran el aparente cambio en las costumbres y modos de actuar entre los géneros. Si lograba mantener este rasgo distintivo, posible en gran parte a través de las maniobras estéticas y cosmetológicas, su éxito social estaba garantizado. Si bien los grupos feministas se alzaron en contra de estas prácticas por considerarlas una estrategia que promovía la sumisión de la mujer hacia unos valores hedonistas que la convirtieron en un "objeto", estos argumentos no tuvieron la suficiente resonancia para generar la destrucción de estas representaciones estéticas. No en vano, las imágenes femeninas del mundo del espectáculo y de la moda convertidas en los íconos representativos de miles de mujeres, emularon las características ultrafemeninas que destacaron su diferencia notable con respecto a lo masculino, preservando en gran parte su atractivo físico femenino y su capacidad seductora.

292 LIPOVETSKY, Gilles. El imperio de lo efímero: la moda y su destino en las sociedades modernas. 4ª ed. Barcelona: Anagrama, 1994, pp. 146-148

3.1 Juventud: ¡Divino tesoro!

En un pacto misterioso pero a la vez grandioso, la década del sesenta proclamó más abiertamente la juventud como sinónimo de belleza física, una conjunción que en la actualidad es digna de glorificarse dentro de los medios de comunicación y la publicidad. Las circunstancias sociales y culturales fueron los principales alicientes para la existencia de este pacto: después de la Segunda Guerra Mundial se produjo en Estados Unidos y Europa un crecimiento progresivo de la población llamado *baby boom*, que sentó los precedentes para la aparición de la nueva cultura juvenil propia de los años sesenta, que comenzó a difundir un modelo de individuo ajeno al sistema tradicional y en franca rebeldía con respecto a los valores más importantes dentro del mundo burgués: el dinero producto del trabajo consagrado y la consolidación de una familia como base de la felicidad personal. Esto último significó al mismo tiempo la difusión de los "modelos estéticos adolescentes" proclamados abiertamente y, en gran medida, por los ídolos del cine, con los cuales cobró sentido el aspecto juvenil en todos los ámbitos de la cotidianidad: la moda comprendió rápidamente este lema al difundir líneas juveniles que promovieron la exhibición de partes del cuerpo antes prohibidas; la prensa en sus secciones dedicadas al mundo femenino, insistió en la necesidad de preservar el cuerpo y el rostro del paso de los años; la publicidad difundió modelos juveniles de mujeres para atraer nuevas compradoras de los productos de belleza. A todo lo anterior se sumaron las transformaciones en la vida de las sociedades modernas, que significaron la promoción de las actividades al aire libre, el sano aprovechamiento del espacio destinado para el ocio y la dinámica de las relaciones sociales, donde se ampliaron los horizontes en el trato entre hombres y mujeres.[293]

Ante esta avalancha de acontecimientos, comenzaron a reconocerse como los valores de la modernidad la juventud, la vitalidad y el dinamismo. Así, la imagen del "cuerpo gastado" debido al progresivo envejecimiento natural, se convirtió en un objeto de rechazo social hasta generar un sentimiento negativo

personal y social. Dentro de esta dinámica, las mujeres debieron enfrentarse a dos situaciones complejas en sus vidas: la imagen de un "objeto maravilloso" que se degradaba y perdía su valor seductor con el paso de los años, y la imagen del hombre seductor potencial que se valorizaba con el paso del tiempo, gracias al reconocimiento social de los valores centrados en la hombría y la virilidad.[294]

No obstante, la vulnerabilidad de la belleza física frente a los estragos del tiempo, fue superada ante el tono triunfal que proclamó la prolongación de la juventud, más allá de los límites impuestos por la naturaleza y del paso del tiempo, llegando a convertirse en un derecho de toda persona sin importar las huellas de los años, los defectos físicos naturales, la condición social y económica, el nivel de escolaridad o la edad. Por esta razón, los lemas "Hágase joven ahora mismo"; "Evite las huellas de los años"; "Juventud, belleza y lozanía"; "Luzca más seductora....más joven y adorable", hicieron parte de los distintivos que acompañaron la publicidad y los numerosos artículos publicados en las secciones femeninas, que fueron promocionados a través de las imágenes idealizadas femeninas (mujeres-íconos) como valores estéticos, destinados a un segmento importante de la población catalogado como mujeres del común.

Dentro de este discurso, la juventud como etapa de la vida no fue sinónimo de una belleza plena, razón por la cual las rutinas de belleza estuvieron destinadas hacia un abanico amplio de mujeres que agruparon a jóvenes y mujeres maduras. Esta opinión fue compartida en numerosas secciones femeninas y de modas publicadas en la prensa, donde se estableció los años de la juventud como la edad inicial para obtener una hermosa apariencia, una etapa ideal donde la mujer alcanzaba una mayor confianza y seguridad para comenzar a triunfar en la vida social y el trabajo. Por esta razón, categóricamente se afirmó que la juventud no era garantía suficiente para ser bella y atractiva. Por lo tanto, se hizo necesario planear y adelantarse al paso del tiempo, con el

294 LE BRETON, Op. Cit., pp. 142 y 147

fin de evitar sus futuros estragos en la silueta y el rostro femenino; conservar al máximo los atributos propios de la juventud y generar una mayor confianza entre las jóvenes, ansiosas por comenzar su vida social de una forma exitosa y sin complejos estéticos que hicieran mella de su personalidad y encanto:

> Comience por trabajar en los años de su juventud, para llegar a tener una hermosa figura. Esta es la época en que se asientan las formas en el futuro. Si usted se descuida consigo misma, si no hace gimnasia y no camina nunca pudiendo hacerlo, resígnese a tener más adelante a los 20 o 30 años, hinchazones y protuberancias. Por lo tanto, hay que comenzar a tiempo (...) Saque provecho de todas las oportunidades posibles, para desarrollar un organismo ágil, esbelto y robusto. Comience desde ahora a cuidar su cutis. [295]

En esta óptica, las revistas y secciones femeninas de los periódicos y revistas, definieron algunos espacios para presentar en una especie de recetario, los ingredientes que integraban una serie de prácticas estéticas e higiénicas para el cuidado de las diferentes partes del cuerpo como el maquillaje, la respiración de aire puro, el ejercicio físico, la adopción de gestos adecuados en el rostro, el consumo de una dieta rica en proteínas, el descanso.[296] Asimismo, se insistió en la posibilidad de definir los problemas estéticos desde muy temprana edad, al convertirse en la puerta de entrada hacia el éxito futuro de las mujeres en el campo de la belleza y las relaciones interpersonales:

---

295 La mujer, el hogar, la moda: Cápsulas de belleza. En: El Colombiano. Medellín, 30, noviembre, 1961, p. 2, sección 2

296 Para las jovencitas, plan de embellecimiento. En: El Colombiano. Medellín, 12, enero, 1963, p. 13

> La jovencita que no tiene problemas en su cutis, dice una experta norteamericana en artículos farmacéuticos y de cosméticos por más de 20 años, es probable que no sea tan afortunada como ella piensa. Esto se debe a que los problemas juveniles de la piel evitan a muchas mujeres conflictos del cutis en el futuro, ya que aprenden a cuidarse a temprana edad su piel. Afortunadamente hay bolsos especiales para cosméticos preparados para las jovencitas, que alientan el cuidado apropiado de la piel, el cual incluye: jabón con loción de limpieza antiséptica, y una crema que contiene lubricantes, vitaminas y agentes cicatrizantes de la piel. Los especialistas en belleza señalan la necesidad de limpiarse el cutis del rostro varias veces al día con jabón antiséptico. [297]

Pese a los cuidados y prácticas consagradas para los "gloriosos años de la juventud", el paso del tiempo era inevitable en la figura femenina, estableciéndose por consiguiente un umbral temporal definido por una delgada línea que separaba la juventud de la madurez y la vejez: los 25 y 30 años. Cuando el reloj biológico entraba en este periodo de tiempo, se anunciaba con cierto temor la necesidad de reforzar los esfuerzos para conservar la juventud, debido a la aparición de múltiples problemas estéticos y a la dificultad para recuperarse de los estragos causados por el descuido y la poca disponibilidad de tiempo. En un artículo publicado en *Cromos* se explicó con un tono casi fatalista las consecuencias generadas por el paso inexorable de los años y los resultados negativos obtenidos por las acciones estéticas poco rigurosas y apropiadas: la vista empezaba a decaer a los 25 años, mientras que después de los 30 era el momento máximo de rendimiento muscular y el lapso temporal en que las facultades de atención declinaban considerablemente.[298] Más allá de la pérdida de estas facultades motoras y de la agudeza de los sentidos, esta zona temporal de peligro correspondió al límite impuesto socialmente

297 "Recompensa el cuidado del cutis a temprana edad. En: El Colombiano. Medellín,21, diciembre, 1964, p. 18

298 El más antiguo sueño de la humanidad. Rejuvenecer. En: Cromos, Bogotá. Mayo 24, 1965. no. 2489, pp. 26-27

a las mujeres, correlativo con su periodo fértil, una etapa cumbre para definir su futuro como mujer entregada a la soltería o a los designios de una vida matrimonial y de madre de familia.

Aparentemente, las perspectivas no eran nada halagadoras para las mujeres de mediana edad. No obstante, nuevamente el ideal democrático triunfó para promocionar esta etapa como el momento propicio para comenzar una "verdadera" acción en el cuidado y preservación de su belleza. Considerada como una fase donde la mujer adquiría el máximo de seducción al dejar atrás la inseguridad de la juventud para convertirse en un ser lleno de experiencia y madurez, los treinta años fueron consagrados primordialmente al cuidado de la figura de una mujer adulta. Elisa Tascón, columnista de la sección femenina publicada en *El Colombiano*, afirmó que la "...silueta a esa edad, lo dice todo", una razón suficiente para combatir la gordura con medios eficaces que incluían un apropiado régimen alimenticio destinado a controlar el exceso de calorías y el fortalecimiento de los músculos abdominales por medio de un programa diario de ejercicios.[299]

La edad de los cuarenta fue considerada el inicio de la madurez plena de la mujer, pero igualmente fue el momento en el cual comenzaba a decaer con mayor rapidez las formas femeninas ante el paso irremediable del tiempo. Sin embargo, una vez más la prensa anunció triunfalmente la superación de esta barrera que separaba la madurez plena de la vejez. La revista *Cromos* señaló que las mujeres en esta etapa tenían más glamour, eran las más atractivas y provocaban suspiros en los hombres, una apreciación que tuvo mayor sentido al ser exitosas, en un momento donde la juventud proclamaba su reinado supremo dentro de las tendencias estéticas y cosméticas. Esta posición se basó en el reconocimiento de figuras importantes del mundo del espectáculo y del jet set internacional, grandes íconos femeninos que revelaron en sus encantos una distinción inigualable con respecto a las figuras juveniles: Audrey Hepburn se caracterizó por poseer una "belleza

299 TASCÓN MARTÍNEZ, Elisa. Lunes de la mujer: La edad peligrosa. En: El Colombiano. Medellín, 23, diciembre, 1968, p. 20

encantadora y elegante como modelo"; Gina Lollobrígida era más seductora y curvilínea; Jacqueline Kennedy fue considerada la figura más atractiva, elegante y vital de Europa y Norteamérica; Jeanne Moreau todavía conservaba sus encantos como "femme fatale" para los hombres de diversas edades. Otras mujeres que hicieron parte de este selecto grupo fueron Elizabeth Taylor, Doris Gray, Grace de Mónaco, Simone Signoret, Kim Novak, Shirley Mc Laine, quienes fueron catalogadas como la perfecta combinación entre la belleza y la seducción ejercida a través de su silueta, aunada con la experiencia y seguridad adquirida durante los años.

Esta tendencia abierta hacia la exaltación de la belleza en las mujeres maduras traspasó las barreras espaciales para hacerse realidad entre las mujeres del común, mediante la observación de las prácticas estéticas y cosméticas realizadas por estas grandes luminarias. Como paso primordial para preservar la belleza y el atractivo físico, se destacó la importancia de conservar una figura y un rostro juvenil por medio de una estricta dieta, mezclada con una gran dosis de autocontrol que limitaba el consumo de fideos, dulces o frituras. Una vez alcanzada la figura esbelta, se abría la posibilidad de vestir a la moda de una forma juvenil, deportiva y sencilla. Otras recomendaciones complementarias del recetario para alcanzar el "éxito social", promovieron unas prácticas que resaltaron la importancia de cuidar todas las partes del cuerpo, incluyendo los ademanes y los gestos corporales. Asimismo, se resaltó la necesidad de un peinado que armonizara con la figura y la vestimenta de una forma natural, evitando los estilos complejos. El maquillaje en el rostro, por su parte, fue catalogado un recurso necesario para realzar los encantos naturales al mejor estilo de una obra de arte, siempre y cuando se utilizara de una forma sutil y natural. El caminar y el hablar en forma elegante y orgullosa, al mejor estilo de los ademanes de una reina, se constituyeron en el complemento perfecto para retener aún más el atractivo de la juventud: "Así, la horrible edad de los cuarenta se transforma en la época más seductora de una mujer, aquella en la que los hombres le rinden mayor pleitesía".[300]

300 "Cómo lucir atractiva a los 40!", Cromos, no. 2720, Bogotá, 9 de febrero, 1970, pp. 36-37

Las dietas, la coloración del cabello, el maquillaje, el ejercicio físico y el vestuario diseñado acorde con la edad, fueron considerados los factores más importantes para "devolver el tiempo" en las mujeres del común, hasta alcanzar una apariencia juvenil y alegre. Sin embargo, este creciente interés por el cuidado de la figura, no debió traducirse en la adopción de los ademanes y comportamientos propios de una jovencita, un cierto "aire coquetón de una Brigitte Bardot" que estaba acompañado de risas y manierismos "inadecuados" para una persona madura. Si los límites impuestos a la edad lograron ser traspasados en el mundo estético, haciéndose más democráticos para una gran cantidad de mujeres maduras, las barreras impuestas por la misma sociedad a través de las normas de urbanidad y etiqueta restringieron los alcances en esta materia, al funcionar como dispositivos que controlaron el comportamiento de las personas en los diferentes espacios sociales. Así, para cada periodo de la vida se prescribieron los comportamientos aceptados socialmente; negarse a adoptarlos significaba el rechazo y el señalamiento social.

Más allá de las técnicas cosméticas y estéticas que proclamaron la democratización de la belleza juvenil para un segmento amplio de mujeres, sin hacer distinción en la edad o condición social, los argumentos médicos traspasaron los límites de lo superficial y de los remedios "mágicos", para adentrarse en el mundo corporal interno, aunque dejando de lado la concepción vigente en las décadas anteriores de conservar la vitalidad mediante la eliminación de las toxinas o "venenos" introducidos por la vía digestiva, que contaminaban el organismo; generaban trastornos funcionales de los riñones y el hígado; producían mala circulación de la sangre, dolor de cabeza, neuralgias y dolores menstruales y, consecuentemente, afectaban la apariencia del rostro y del cuerpo.[301]

Dentro de este discurso en el cual se conjugaron los valores estéticos con los conocimientos de la medicina destinados a encontrar el "secreto de la eterna juventud", fueron señaladas

301 CUBILLOS VERGARA, Ma. Carolina. El artilugio de la moda: Ideologías y mentalidades en el discurso de la moda. Medellín, 1930-1960. Trabajo de grado Historia. Medellín: Universidad de Antioquia. Facultad de Ciencias Sociales, 2006, p. 99

algunas partes del cuerpo donde más se evidenciaron los primeros indicios del proceso de envejecimiento. Una de ellas fueron las arterias, consideradas una "promesa de longevidad" al regular el ritmo de irrigación sanguínea en todo el cuerpo. Su principal enemigo era la hipertensión, causante de múltiples problemas a nivel interno que reducían la calidad de vida y la belleza (fallas cardiacas, insuficiencia renal, accidentes cerebrovasculares, entre otros). Por otro lado, la disminución de las secreciones glandulares generaba enfermedades típicamente relacionadas con la vejez, como la rigidez de las articulaciones causante de la artrosis, la presbicia y el dolor en los huesos. El "azote de la vejez" también se manifestó cuando las personas eran más proclives a las infecciones, se fatigaban con mayor rapidez y los músculos se debilitaban. A nivel sicológico sobresalió la llamada "melancolía", conocida actualmente como la depresión.

Ante el buen número de enfermedades relacionadas con el envejecimiento, fue necesario hacerle frente por medio de un programa rutinario que exigía del paciente una actitud activa y responsable con el cuidado de su cuerpo; la distensión o el reposo en una larga jornada del día; el relajamiento mediante una serie de ejercicios musculares complejos (yoga); un programa habitual de ejercicios y una alimentación con bajo porcentaje de grasas animales.[302]

Las prácticas higienistas, igualmente, se entremezclaron con el discurso de la medicina, pero dejando atrás la concepción moral vigente en las décadas anteriores que mostraba el cuerpo como un objeto digno de ser cuidado al ser el habitáculo especial del alma. En esta ocasión, gracias a la promoción realizada en los manuales de urbanidad, éste fue considerado el mejor representante de la personalidad del individuo y una carta de presentación importante en las relaciones interpersonales, un hecho trascendental en la sociedad moderna en la medida que permitió vislumbrarlo como un valor subjetivo, resultado de la influencia del medio social y la historia de cada individuo.[303]

302 El más antiguo sueño de la humanidad. Rejuvenecer. En: Cromos, Bogotá. Mayo 24, 1965. no. 2489, pp. 26-27
303 LE BRETON, Op. Cit., p. 149

Con la creciente difusión de los medios de comunicación, las normas de urbanidad relacionadas con la higiene corporal evolucionaron al conjugarse con los ideales estéticos que buscaron la satisfacción "narcisista", especialmente por parte de muchas mujeres ansiosas por autoexpresar su deseo de ser admiradas. En esta ocasión, las revistas y las secciones femeninas –incluyendo la publicidad- , hicieron énfasis en la idea de conservar una buena presentación personal a través de la higiene corporal para tener éxito en las relaciones interpersonales. Lo natural, los efluvios orgánicos exhalados hacia el exterior, fueron considerados objeto de rechazo social y un obstáculo para entablar relaciones sociales exitosas tanto en el trabajo como en la vida social.

Dentro de esta dinámica, el olfato se agudizó aun más y se convirtió en el sentido más importante para detectar las "emanaciones invisibles"[304] que dejaban una estela de olores desagradables o agradables, algo crucial en un momento en que la distancia entre las personas se había disminuido considerablemente, ante la presunta derrota de los cánones tradicionales establecidos en las normas morales y de urbanidad. La cuestión higienista, en esta ocasión, hizo énfasis en la necesidad femenina de dejar un rastro de olor que fuera agradable para el sexo opuesto, con el fin de hacer más efectiva su maniobra de acercamiento.[305] No obstante, en el fondo significó quitarle al cuerpo cualquier rastro de animalidad que revelara su pasado bárbaro, algo un poco consecuente con el proyecto civilizador implantado por la burguesía desde el siglo XIX mediante las prácticas higienistas: "Porque usted es el aire

304 Ideas remanentes de la medicina prepasteriana y su discurso higienista, que en el siglo XIX buscaron controlar los olores en los sitios públicos y privados, al considerarlos emanaciones miasmáticas que originaban las diferentes enfermedades que acechaban a la población.
305 Emilio Zola consideró que los universos sensoriales variaban según las clases sociales, diferenciando claramente entre los sentidos del tacto y del olfato como medios para conquistar y atraer pareja. En el caso del tacto, este sentido estaba destinado al "pueblo" o el vulgo de las ciudades o el campo, en cuanto sus maniobras de acercamiento eran rápidas y breves, gracias a que no habían interiorizado las normas y códigos de urbanidad. Caso contrario ocurrió con el olfato, que obligaba a adivinar a través de los olores corporales, los atractivos ocultos bajo el vestuario. Este requerió una maniobra retardada de seducción, muy cercana a la clase burguesa, que limitaba el espacio de interacción entre las personas al mínimo contacto corporal. CORBIN, Alain. El perfume o el miasma: El olfato y lo imaginario social, siglos XVIII y XIX. México: Fondo de Cultura Económica, 2002, pp. 225-226

que él respira.... Sea fresca en el mejor de los sentidos: el olfato. A su lado siempre hay alguien a quien usted quiere acercar más. Acérquelo! Protéjase en el mejor de los sentidos. Use Palmolive Dorado, la más efectiva fórmula desodorante en el jabón de baño más excitante".[306] A su vez, este ocultamiento de los olores corporales simbolizó la llave del éxito para las mujeres, en cuanto se convirtieron en personas más seguras y confiadas en las relaciones interpersonales, aumentando considerablemente su gracia y encanto en el mundo exterior: "Atractiva, segura y confiada... por horas y horas con ODO-RO-NO. Disfruta la satisfacción de saberse admirada... gracias al finísimo perfume exclusivo de ODO-RO-NO.[307]

Para irrumpir en el mundo social y alcanzar el éxito, era obligatorio exhibir un cuerpo refinado y estilizado con los más finos afeites que aumentaban considerablemente el atractivo personal femenino: "Sea la mujer que está destinada a ser Cautivadora, Irresistible, Encantadora. Desert Flower -la fragancia que hará de usted la fascinante mujer que estaba destinada a ser [variedad de productos: lociones, colonia, crema de manos, talco, desodorantes, jabones]. Todo lo necesario para realzar su femineidad.[308]

Dentro de esta dinámica, el perfume fue considerado un "verdadero incentivo" de la mujer, en cuanto le permitió conservar una señal inequívoca de su presencia mucho antes de ser vista por las personas. Como accesorio complementario de la belleza, su impacto social fue reconocido en las sesiones femeninas, al considerarlo la principal estrategia para "hacer felices" a las personas que la rodeaban: si el olor corporal era neutralizado adecuadamente con estos olores artificiales creados a partir de las finas fragancias silvestres de las flores y cortezas de árboles, se podía garantizar la aceptación de un futuro pretendiente o de un grupo social. Lo importante era causar un impacto general con un halo natural y no generar "molestias" o incomodidades entre las personas, con lo cual garantizaba un logro importante

306 Palmolive Dorado (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Marzo 25, 1968. no. 2628, p. 35
307 Desodorante Odo-ro-no (Anuncio). En: El Colombiano. Medellín, 29, noviembre, 1963, p. 10
308 Fragancia Desert Flower (Anuncio). En: El Colombiano. Medellín, 17, diciembre, 1965, p. 11

como sujeto individual al proyectar la personalidad deseada por ella, pero inculcada por la misma sociedad a partir de los íconos femeninos de la publicidad, el cine y los medios de comunicación: alegre, sofisticada, joven o "mujer fatal". Y si los alcances del perfume fueron tan sorprendentes, su uso debió ser constante para fortalecer aún más su seguridad y confianza. Por esta razón, en señal de un acto de autoridad se catalogó en "algo vergonzoso" la costumbre de utilizar el perfume solo en ocasiones especiales. El deber impuso hacerlo constantemente para conservar esa aura especial y característica de la personalidad de una mujer cautivadora, irresistible y encantadora.[309]

Si las emanaciones invisibles del cuerpo constituyeron un obstáculo para alcanzar el reconocimiento en el ámbito social, también la higiene bucal fue objeto de control en este discurso, con el fin de mantener bajo unos límites definidos y precisos el reflejo de la corporalidad al natural. Esto significó controlar el mal aliento causado por las bacterias que habitaban la boca, por medio de la combinación de una rutina diaria de cepillado y el uso de un antiséptico bucal. Y si el interés además estaba en impactar al sexo opuesto a través del gesto, la mejor manera para conseguirlo fue mediante el uso de una crema de dientes como "Pepsodent" que "… asegura su encanto personal con una sonrisa radiante… y el encanto de unos dientes blancos… con PEPSODENT!".[310]

Igualmente, los olores íntimos se incluyeron dentro de esta clasificación de efluvios y salieron del interior de los hogares, para convertirse en objeto de la publicidad de productos para el aseo personal. La belleza física femenina, entonces, trascendió lo superficial para embarcarse en la promoción de un lado oculto por tantos siglos como tema tabú, llegando a convertirse en parte activa del programa de limpieza que promovió una mujer siempre radiante y limpia en cualquier situación de la vida.

309 Razones fundamentales para usar perfume. En: El Colombiano. Medellín, 30, enero, 1963, p. 16

310 Crema de dientes Pepsodent (Anuncio). En: El Colombiano. Medellín, 22, noviembre, 1964, p. 21

Calificados bajo los apelativos de "problema íntimo" y "molesto" para las mujeres, especialmente durante y después de la menstruación cuando los olores se hacían más evidentes, las duchas íntimas comenzaron a promocionarse con un lema que garantizaba la limpieza, la frescura y la seguridad como características inherentes de una mujer elegante y bella.[311] Este tipo de publicidad utilizó como recurso de mercadeo un lenguaje directo, dirigido siempre a las futuras compradoras de forma personalizada a través de un diálogo, donde las interrogaba y las invitaba a usar su producto de manera confiable y sin temores. En el fondo, esto constituyó una manera de superar la "barrera invisible" establecida en los tabúes y las representaciones tradicionales, que calificaron de inmoral el acercamiento y reconocimiento de los problemas de la zona íntima: "Yo uso Benzal y tú? Entre nos... es lo mejor que he usado para resolver el problema íntimo. Te recomiendo BENZAL en polvo el desodorante de la mujer moderna. Úsalo diariamente".[312]

Poco a poco, lo público fue adentrándose en el ámbito privado de las relaciones de pareja, con el fin de señalar algunas normas de higiene necesarias para conservar el atractivo aún después de casadas, una tendencia procedente de Norteamérica y Europa donde la intimidad se había convertido en un asunto público y propio de las relaciones interpersonales. Sin embargo, en esta ocasión la higiene íntima exigida por los medios publicitarios a las mujeres, corroboró en gran parte la necesidad de congraciarse con sus maridos mediante el uso de productos que permitieran el normal desarrollo de las relaciones íntimas. En este contexto, las duchas íntimas "Gyneben" anunciaban que la "base de la felicidad" en el hogar se encontraba en la comprensión hacia el esposo, quien aunque llegara cansado al hogar, tenía como buena recompensa una esposa atractiva y arreglada todo el tiempo. Esto último, implicó asegurar una "completa limpieza" sin irritar los tejidos delicados a través de este producto: "...Gracias a sus ingredientes especiales una ducha de Gyneben protege

311 Trichotine (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Enero 25, 1965. no. 2472, p. 38
312 Desodorante Benzal (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Julio 27, 1964. no. 2448, p. 66

y desodoriza asegurando su tranquilidad y limpieza en todo momento".[313]

En conclusión, el interés por ocultar los efluvios naturales del cuerpo hizo posible que el artificio se convirtiera en algo natural y propio de las personas, en cuanto existía una necesidad creciente de ocultar los olores molestos que obstaculizaban las relaciones con otros individuos. Paulatinamente, la idea de considerar el cuerpo como un reservorio de pasiones y pecados, comenzó a ser reemplazada con una percepción que lo visualizaba como una expresión de la personalidad y de la identidad individual, un elemento revelador de los valores sociales y categorías de clasificación social definidos a partir de la procedencia y poder económico del individuo.

En este periodo, el cuerpo fue reconocido como una "máquina" que representaba la personalidad individual, digna de los mejores olores y afeites que encubrían las emanaciones naturales, rotuladas bajo las categorías de "bárbaras" e "incultas" dentro de los cánones sociales. Al respecto, Zandra Pedraza señaló que la noción de limpieza fue integrada al concepto de higiene, asociando los órganos de los sentidos de la vista y el olfato, como elementos que registraban con agudeza los malos olores que perturbaban y amenazaban la integridad física. Paralelamente, el baño diario con agua y el uso de afeites (perfumes y jabones), permitieron experimentar en las personas nuevas sensaciones corporales, dejando atrás ese temor que la Iglesia había inculcado que lo relacionaba con una fuente de sensualidad y de placer.[314]

Sin embargo, la visión del cuerpo como un medio vinculado a la conservación de la salud fue trascendida, ante la aparición de una imagen que lo mostraba como objeto de atracción y fuente de sensaciones necesarias para llevar a cabo las maniobras de acercamiento en las relaciones interpersonales. Esto se tradujo en la necesidad de ocultar la corporalidad al natural en el medio social, con el fin de evitar la exclusión y el fracaso social.

313 Ducha Gyneben (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Julio 6, 1964. no. 2445, p. 40
314 PEDRAZA, Op. Cit., p. 60

3.2 La belleza y la mujer “rompecabezas”

Durante esta década, la belleza física femenina al ser concebida como la armonía de todas las partes del cuerpo conllevó la adopción de una serie de técnicas y controles apropiados para cada una de las piezas que conformaron el rompecabezas corporal femenino: el cabello, el rostro, el torso, las extremidades.

De la misma forma que en las décadas precedentes, la publicidad y los artículos periodísticos relacionados con la estética femenina, catalogaron el rostro como el receptáculo por excelencia del secreto de la juventud y la principal carta de presentación en el medio social, encargado de revelar la esencia de la personalidad y el carácter. De ahí la necesidad imperiosa de cuidar y preservar su apariencia juvenil, mediante la aplicación de cualquier método cosmetológico o estético que redundara en beneficios a corto plazo o largo plazo.

Los rasgos característicos del rostro mostraron una esencia casi radiante y luminosa propia de los años de la juventud, un cutis fino, delicado, suave, lleno de vida y con un destello deslumbrante, que generaba impacto en el medio social; una especie de magnetismo que atraía la aceptación social, porque al fin y al cabo era la parte del cuerpo más sobresaliente socialmente, gracias a su capacidad para trasmitir sensaciones, emociones y rasgos de la personalidad a través del lenguaje gestual y verbal. Por esta razón, cuando las mujeres empezaban a observar ciertos defectos propios del paso de los años que estropeaban su superficie (arrugas, manchas, bolsas y granitos), era prioritario tomar medidas urgentes para aminorar sus efectos, devolverle su apariencia juvenil y su atractivo y, eliminar el sentimiento de inferioridad causado por el sufrimiento generado por su desfiguración.

Dos métodos avalados “científicamente” por estudios que combinaron la técnicas estéticas con los conocimientos en medicina, fueron utilizados para obtener resultados en un plazo de tiempo estimado según el nivel que pretendían alcanzar sus

usuarias: los procedimientos estéticos faciales y la cosmetología. En el primer recurso estético, fue necesario una buena inversión de capital y de tiempo para acceder a los métodos más complejos de renovación del cutis, promocionados en los diferentes centros de estética dirigidos por mujeres extranjeras o damas nacidas en la ciudad, quienes habían realizado sus estudios en cosmética y estética en los grandes centros ubicados principalmente en Francia y Estados Unidos.

Debido a la dificultad que debieron afrontar las mujeres del común para disponer de dinero y del tiempo necesario para realizar una renovación profunda de su belleza, la cosmetología de la mano con la industria de cosméticos se encargaron de hacer posible su sueño con una inversión mínima de recursos económicos y de tiempo. Desde muchos años atrás, la cosmetología estaba consolidándose como una técnica útil y cercana a los intereses de diferentes mujeres, quienes aspiraban a hacer realidad el deseo sublime de imitar a las estrellas del cine y del mundo del espectáculo: las mujeres-ícono. Las grandes casas de cosméticos, una pujante industria consolidada en este periodo gracias a la gran cantidad de dinero recaudado por la venta de cosméticos y de cremas, patrocinaron la publicidad y algunas sesiones femeninas de consejos, con el fin de captar un número mayor de consumidoras de sus productos. En ambos casos fue característica la utilización de una estrategia que pretendió generar cierta sensación de cercanía en la usuaria, mediante el uso de un lenguaje sencillo y directo que presentaba los problemas cutáneos como un factor de desequilibrio en la belleza. El programa completo se promocionó con una serie de prácticas de tipo pedagógico, que estuvieron acompañadas de una completa explicación acerca de las rutinas y los productos apropiados para ciertas áreas del rostro. Revlon prometió la renovación del cutis ajado por el paso de los años, con un programa de belleza diseñado convenientemente para utilizar sus productos elaborados bajo el lema de “científicamente comprobado”. Entonces, ciencia y estética se combinaron para crear una gama de cosméticos destinados para humedecer y limpiar la piel; los tónicos para equilibrar el porcentaje de grasa y

sequedad en el cutis; las cremas reafirmantes y tonificadoras que buscaron generar en el rostro la firmeza de la piel juvenil; la base que lograba un acabado natural y matizado antes del maquillaje, y la crema antiedad, creada con ingredientes novedosos como las hormonas.

> ... cuando los años se reflejan.... evoque en su cutis nueva vida, radiante y juvenil.... afiáncela con ese acariciante cuidado que afirma en su piel la frescura de la juventud. Use el eficaz Programa de Belleza Revlon: cinco preparaciones que le ayudan a conservar la belleza radiante que es el tesoro más precioso de la mujer.... la eterna juventud. 'Programa de Belleza de Revlon' 1.'Moon Drops Cleanser.', humedece a la vez que limpia. 2. Acondicionador 'Liquid Asset' refresca a la vez que normaliza el correcto balance natural de los cutis secos y grasos. 3. 'Build up' reafirma y tonifica. 4. 'Moon Drops Foundation' es la base que mantiene su cutis fresco y húmedo debajo de su maquillaje durante todo el día. 5. 'Eterna 27-Crema con Progenitin', la forma más segura y fácil de dar a su piel esa apariencia de juventud. [315]

Para hacerle frente a la competencia, Max Factor centró su interés en la identificación de los rasgos más característicos de cada tipo de piel, con el fin de prescribir acertadamente el tratamiento adaptado a las necesidades de cada usuaria. Bajo el lema "Deje que Max Factor le ayude a identificar el tipo de su piel y que le prescriba el tratamiento adecuado", se presentó al público femenino una completa rutina de belleza, en la cual era prioritario definir una serie de acciones calificadas como "importantes" según el tipo de tez: el "cutis grasoso", caracterizado por una piel con poros abiertos y áreas brillantes, necesitaba de una limpieza profunda y minuciosa; el "cutis combinado" identificado por la existencia de áreas secas, grasosas y sensitivas, debió ser tonificado para igualar la textura de las diferentes áreas del rostro; el "cutis seco" reconocido por la existencia de áreas escamosas, tirantes

315 Programa de belleza Revlon (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Mayo 1, 1967. no. 2584, p. 34

y con líneas de expresión, requirió una constante humectación para conservarlo "suave" y "aterciopelado"; y el "cutis marchito" descrito como una piel con líneas de expresión, arrugas y poca elasticidad, precisaba de una nutrición para devolverle la lozanía pérdida por el paso del tiempo.

A continuación, se definieron una serie de pasos para mantener una renovación constante del cutis durante el día y la noche, utilizando los productos Max Factor: la primera fase recomendaba una limpieza profunda durante el día y la noche con los limpiadores "Gentle Foam Cleanser", "Cosmetic Soap", "Double Depth Cleansing". El segundo paso consistió en la tonificación del cutis con los productos "Secret Key", "Astringent", "Skin Freshener", que generaban un efecto refrescaste y ayudaban a mantener el maquillaje impecable por más tiempo. El tercer momento era la humectación del cutis por la mañana con "Astringent Foundation", "Active Moisturizer" y "Cup of Youth", productos que sirvieron en conjunto como un tratamiento protector contra múltiples factores ambientales. Para mantener el equilibrio de aceites naturales y humedad en la piel, la rutina final señaló la importancia de nutrir el cutis por la noche con el uso de cremas como "Vita Night Cream", "Eye Cream Plus", "Velvety Night Cream", "Enriched Hormone Cream". [316]

Más allá de esta gama de productos especializados para cada necesidad de la piel, los avances en los estudios dermatológicos y cosmetológicos permitieron la incorporación de las hormonas femeninas como ingrediente activo de sus productos, el antídoto perfecto para eliminar las líneas de expresión mediante su aparente acción hidratante que penetraba "poderosamente" en la piel. Con un lenguaje prometedor y certificado con estudios e investigaciones de carácter científico, la publicidad de este tipo de cremas aseguraba firmemente la posibilidad de obtener buenos resultados en corto tiempo, en cuanto fueron preparados con una substancia natural propia de las mujeres en edad fértil que se reabsorbía por el cuerpo a través del cutis. Así se anunciaba en la publicidad de

316 Programa de belleza Max Factor (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Mayo 1, 1967. no. 2584, p. 21

la crema "Eterna 27" de Revlon, que garantizaba "dramáticos" resultados en las mujeres a nivel mundial:

> Qué hace de 'Eterna 27' el medio más seguro y fácil para que la piel luzca y se sienta más joven? Progenitin, el ingrediente único, vital, que realmente reduce los efectos de la piel que envejece. 'Progenitin' está en la mundialmente famosa 'Eterna 27' que ha logrado dramáticos resultados visibles en la piel de la mujer en 6 de cada 10 casos investigados. Su poder de penetración y acción hidratante ayudan a eliminar las líneas de expresión y las arrugas. Usted también puede gozar de las excepcionales cualidades del 'Progenitin' usando 'Eterna 27' todas las noches. [317]

La estrategia de estas grandes casas para promocionar los productos cosméticos trascendió la publicidad para incorporarse en la prensa, mediante el patrocinio de las secciones femeninas. Con este recurso se aseguraba una mayor cercanía con las usuarias, en cuanto simularon ser "cómplices" de sus problemas estéticos que las aquejaban. A principios de la década del sesenta, la marca internacional "Pond's" patrocinó en la revista *Cromos* una sección llamada "Correo de Belleza por Miss Ponds", el cual funcionaba como una especie de consultorio de belleza donde las lectoras escribían sus inquietudes a través del correo. Para mantener un aparente diálogo con sus lectoras, las preguntas fueron publicadas con las respectivas indicaciones elaboradas por "Miss Pond's", una figura que representaba el rol de una mujer experta en los temas de belleza, quien realizaba una serie de consejos en donde predominaban frases con imperativos y condicionales, que procuraban disuadir a sus dudosas lectoras acerca de las acciones más convenientes para solucionar sus problemas estéticos: "Antes de salir para la playa, dése un masaje desde la cabeza a los pies con una fresca y sonrosada loción para las manos y el cuerpo"; "Frótese la loción hasta que desaparezca de la piel", "Aplíquese una crema o loción para dorarse al sol"[318] ;

317 Crema Eterna de Revlon (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Octubre 14, 1968. no. 2657, p. 9

"Si su cabello es rizado, hágaselo cortar de manera que le queden ricitos cortos por toda la cabeza"; "Lávese la cabeza una o dos veces a la semana"; "Para estar cómoda, no use un peinado que le cubra la nuca"[319] ; "Aplíquese desodorante siempre antes de salir, y si traspira mucho, también antisudorífico"; "Cerciórese de que las toallas que usa al bañarse estén limpias".[320]

Simultáneamente, la reconocida marca de cosméticos Max Factor financió una sección en la misma revista llamada "La actualidad en belleza de moda por Max Factor". En este espacio, el creador de esta reconocida marca y asesor personal de numerosas estrellas del mundo del espectáculo, se "acercaba" a las mujeres comunes para trasmitirle algunos secretos del maquillaje de Hollywood, lugar donde consolidó su gran imperio de cosméticos. Entre sus recomendaciones, el "maestro supremo en el arte del maquillaje" consideró que el dominio de las técnicas de maquillaje era similar a una tarea escolar que exigía de tiempo libre para obtener buenos resultados. Asimismo, señaló los errores más comunes de las mujeres cuando se maquillaban, sugiriendo una serie de prácticas para implementar en su rutina diaria de belleza, especialmente con el uso del lápiz labial, el delineador y el perfilador de cejas, que requirieron una práctica constante para alcanzar una gran precisión.[321]

No obstante, ante el camino trazado décadas atrás por las mujeres que decidieron afrontar el reto de salir de sus hogares para ingresar al mundo laboral, las nuevas obligaciones que conjugaron las actividades del ámbito laboral y casero, significaron un nuevo reto no sólo para sus vidas sino para la conservación de su belleza. Dentro de este contexto, la tensión nerviosa pasó a constituir parte de su vida cotidiana debido a las múltiples exigencias impuestas por la sociedad, llegando a convertirse en objeto de preocupación de las secciones femeninas. La principal dificultad

318 Correo de Belleza por Miss Pond's. En: Cromos, Bogotá. Enero 11, 1960. no. 2220, p. 43
319 Correo de Belleza por Miss Pond's. En: Cromos, Bogotá. Enero 18, 1960. no. 2221, p. 8
320 Correo de Belleza por Miss Pond's En: Cromos, Bogotá. Marzo 7, 1960. no. 2228, p. 4
321 La actualidad en belleza de moda por Max Factor: Practique su maquillaje como si fuera una tarea escolar. En: Cromos, Bogotá. Octubre 10, 1960. no. 2259, p. 64

radicó en que en el mundo moderno las personas actuaban como "verdaderos autónomos" desde la mañana hasta la noche, sin dejar un espacio para el descanso y el cuidado del cuerpo. Para las mujeres el impacto era mayor, porque las pocas horas de descanso se utilizaban para solucionar los asuntos del hogar, olvidándose de descansar para liberar la tensión del día y "borrar" las líneas de expresión producidas por el cansancio. Ante este problema de belleza derivado de las circunstancias limitantes del mundo moderno que evidenció la tensión latente entre la mujer-trabajadora y la mujer-ama de casa, la solución un tanto salomónica para los "expertos" consistió en asumir un estilo de vida similar a la del mejor amigo del hombre, el perro, un animal que sabía aprovechar sus horas de descanso estirando su cuerpo y comiendo estrictamente lo necesario para vivir.[322]

La percepción armoniosa del rostro no sólo significó una "batalla" contra los embates de la vida moderna, sino también fue la ruta para mejorar considerablemente las partes más sobresalientes de su fisonomía, los ojos y los labios. Dentro de las sesiones femeninas no se escatimaron consejos para mejorar la capacidad expresiva de los ojos y los labios, partes de un todo que incluyeron dos lenguajes "naturales" femeninos: el lenguaje visual y el lenguaje gestual. En el caso específico de los ojos, éstos fueron reconocidos como un elemento importante de la belleza y un conjunto complejo desde el punto de vista estético. Al ser considerados centro de interés y atracción para el sexo opuesto, su "radiante fulgor" propio de la juventud, debía conservarse y protegerse del paso de los años, al evidenciarse un signo inevitable de la vejez prematura: las arrugas. Las nuevas actividades popularizadas en la "vida moderna" como leer; ver televisión en exceso; nadar en agua salada o con cloro; el polvo; la luz excesiva; la agitada vida laboral, también pasaban su cuenta de cobro en la apariencia de esta área, provocando su irritación y cansancio: "¡La vida moderna maltrata sus ojos...! La lectura, ver televisión en exceso, nadar en agua salada o con cloro, el polvo y la luz excesiva lastiman sus ojos y los hacen

322 La mujer, el hogar, la moda: Su regalón puede darle lecciones de belleza. En: El Colombiano. Medellín, 8, diciembre, 1960, p. 9, sección 2

sentirse irritados. Murine da alivio instantáneo y preciso cuando lo necesitan!".[323]

La rutina de cuidado de los ojos no solo se limitó a aminorar los efectos producidos por el agitado tren de vida de muchas mujeres. Para conservar su capacidad expresiva, fue necesario complementarlo con una buena técnica de maquillaje, que permitiera realzar generosamente su encanto y su impacto expresivo. Esto se tradujo en una labor dispendiosa y repetitiva, para afianzarse en el uso correcto de este recurso y evitar los excesos, una acción sancionada aún por las normas estéticas y la sociedad que vieron con cierta aversión la trasgresión de los límites entre un efecto natural, posible con el uso racional del artificio (el maquillaje) y, un efecto artificial recargado y poco armonioso en el rostro.[324] Lo anterior implicó el seguimiento de una serie de recomendaciones para "no incurrir en excesos" y adaptar una mirada camaleónica, según el momento y la ocasión del día. Para intensificar la profundidad de los ojos y hacerlos más expresivos y luminosos, Helena Rubinstein recomendaba utilizar el maquillaje de acuerdo con la forma y el color de los ojos, buscando armonizarlos con la hora del día y el vestido utilizado.[325]

A principios de la década del sesenta, en la publicidad y en algunos artículos periodísticos se anunciaba que los ojos tenían el "papel primordial en la arquitectura del rostro", título ostentado en tiempos anteriores por las cejas, que empezaban a desvanecerse sobre la línea trazada finamente con un lápiz cosmético. Aunque el "aspecto suave" o natural estaba de moda en el maquillaje, imponiendo los tonos pastel en las sombras, los ojos no perdieron su papel protagónico gracias al uso de las sombras en forma de grandes triángulos en el párpado superior y el ligero trazado del delineador en el contorno.[326] No obstante, el efecto natural fue desplazado a finales de la década con los avatares procedentes

323 Gotas ojos Murine (Anuncio). En:El Colombiano. Medellín, 17, octubre, 1961, p. 13
324 Desde ella y hasta ella. Sepamos ser bellas. En: El Obrero Católico. Medellín, 7, marzo, 1964, p. 14
325 Helena Rubinstein le enseña a maquillarse (Separata). En: Cromos, Bogotá. Mayo 16, 1966. no. 2537

de otras latitudes, que promocionaban unas nuevas tendencias en la moda influenciadas por el espíritu juvenil. Gradualmente, los "mágicos efectos del sicodelismo" procedente de Estados Unidos comenzaron a imponerse, influyendo notablemente en el estilo de maquillaje que pretendía generar un efecto de luz tenue en el rostro: "Sobre el rostro "angelical" se utilizan tres productos para los ojos: "Vinyliner, un delineador que permanece por horas dando a la mirada "cálida expresión juvenil, así la mujer joven nade, camine impertérrita bajo un torrencial aguacero o llore; Eyeshine es una sombra sicodélica que a la vez es brillo, y Lashbrow que se aplica sobre las pestañas y las cejas Con estos productos ahora "... los ojos brillan, juvenil, inocentemente en un rostro iluminado con naturalidad..." [327]

Los anteojos de sol, un signo de la creciente incursión de la mujer en el mundo exterior, se impusieron entre las tendencias de la moda como un accesorio que complementaba el vestuario, dejándose atrás la idea dominante en años anteriores que los relacionaron con un objeto destinado a la protección de los ojos o un elemento limitado a ciertos espacios y temporadas del año (las vacaciones). La columnista Helen Hennesy en *El Colombiano*, destacó su capacidad para agregarle un nuevo colorido al rostro, siempre y cuando estuvieran coordinados con las tonalidades de moda. Desde el punto de vista estético, gracias a la existencia en el mercado de una gran variedad de marcos, su uso permitió camuflar los ojos inexpresivos producidos por la falta de tiempo para maquillarse y mejorar el aspecto del rostro en ciertas mujeres que tenían problemas faciales (mentón contraído, mejillas prominentes, entre otros).[328] La lucha contra los signos fatales de la belleza, asimismo, abrió las puertas a los anteojos prescritos para corregir los problemas visuales, en cuanto fueron catalogados como un accesorio más de la elegancia femenina que evitaba los ojos contraídos y poco seductores. Por este motivo, se recomendó a las

326 Cromos para ellas: Nuevos ojos en la moda. En: Cromos, Bogotá. Marzo 27, 1961. no. 2281, pp. 38-39 Maquillaje Water Colors Pastel de Max Factor (Anuncio). En: El Colombiano. Medellín, 23, octubre, 1961, p. 19

327 Ya llega a Colombia Lighworks! La alucinante bomba sicodélica está próxima a estallar. En: Cromos, Bogotá. Marzo 18, 1968. no. 2627, pp. 24-25

328 Los anteojos para el sol, el detalle de moda. En: El Colombiano. Medellín, 24, febrero, 1967, p. 16

usuarias seleccionar sus anteojos de acuerdo al contorno del rostro, una acción que implícitamente significaba el reconocimiento de su capacidad individual para pensar y elegirlos de acuerdo con sus rasgos físicos y su personalidad.[329]

Los cambios experimentados en este periodo que abrieron las puertas hacia una nueva percepción de la sexualidad por parte de las mujeres, así como su reivindicación en sujetos de derecho con garantías y libertades más amplias con respecto a las existentes en el pasado, indirectamente tuvieron incidencia en el próspero mercado de labiales. Los labios, junto con los ojos, fueron considerados centro de atención clave en las relaciones interpersonales. No sólo en éstos residió la capacidad expresiva oral, sino la propiedad de emitir señales no verbales con la intención de comunicar o expresar sensaciones y emociones (kinesia). Asimismo, sus cualidades expresivas trascendieron los límites impuestos por la moral, para ser reconocidos como una parte del cuerpo encargada de transmitir señales eróticas sutiles, con el uso del lápiz labial de diferentes colores.

La publicidad supo sacar provecho del poder seductor de los labios, realzados mediante el uso del labial que garantizaba un toque más femenino y un efecto seductor en el sexo opuesto. En el caso de los labiales Zandé, sus anuncios hicieron referencia explícita a un triángulo perfecto entre mujer, hombre de los sueños y labial,[330] en cuanto que su uso le permitió a ellas un "…tinte de juventud, un matiz de frescura y deliciosa feminidad" necesario para aumentar el encanto y atractivo femenino sobre los hombres. Evocando insistentemente este triángulo, en otro anuncio de los labiales Zandé, se reconoció abiertamente la utilidad de este producto cosmético en dos situaciones particulares: la primera hizo referencia explícita a su importancia en la consolidación de las relaciones de pareja, al conservar una apariencia juvenil y fresca que estaba por encima de las mismas expresiones y palabras de amor. Si aún no había llegado el "hombre de los sueños", el uso

329 Sugerencias. En: El Colombiano. Medellín, 7, enero, 1966, p. 13
330 Labiales Zandé (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Junio 5, 1961.no. 2291, p. 43

del labial dejaba un "toque mágico" que ejercía un gran poder de atracción sobre el otro sexo.[331]

Para afianzar el magnetismo de los labios no fue suficiente utilizar "provocativos matices" en la boca, ni tampoco usar los colores de la temporada. En la sección femenina publicada en *El Obrero Católico*, se reconoció la importancia de mantener convenientemente los labios pintados de acuerdo a su contorno, usar el lápiz para hacer pequeñas rectificaciones y economizar en la cantidad de pintura utilizada en ambos bordes del labio.[332] Max Factor en su sección patrocinada en la revista *Cromos*, señaló la importancia de aprender a utilizar los métodos de aplicación correctos para poder "...disfrutar de un nuevo mundo de color para sus labios". Como suprema autoridad en el ámbito de la cosmética, sugirió una serie de pasos y trucos de maquillaje para crear un contorno labial elegante. Para Max Factor, la falta de recursos económicos no era considerada una excusa suficiente para evadir esta serie de recomendaciones, porque solo bastaba tener una pequeña colección de cuatro o cinco tonos de lápiz labial para armonizar y obtener diferentes tonalidades. En este discurso democratizador, la mujer se convirtió en una especie de artista del maquillaje, quien debió asumir una actitud rigurosa en el manejo del pincel que delineaba el contorno natural de los labios, buscando siempre la armonía con el resto del rostro. Dentro de esta destreza era necesario aprender de los errores y corregirlos a tiempo, además de conocer el maquillaje básico para generar la sensación de un rostro "más juvenil y animado" sin importar la edad.[333] No obstante, la capacidad creativa para mezclar los colores también exigió una actitud de disfrute, un gozo puro destinado a obtener los mejores resultados con pocos recursos. Esto significó comprender el lenguaje de la moda para saber armonizar el vestuario, el cabello, el maquillaje, los accesorios y

331 Labiales Zandé (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Julio 24, 1961. no. 2298, p. 46
332 La aplicación del lápiz labial. En: El Obrero Católico. Medellín, 20, agosto, 1960, p. 11
333 La actualidad en belleza de moda por Max Factor. Use nuevos trucos de maquillaje para crear un elegante contorno labial. En: Cromos, Bogotá. Octubre 17, 1960. no. 2260, p. 6; La Belleza de moda: Las mujeres de más edad deben usar métodos juveniles para maquillaje. En: El Colombiano. Medellín, 12, diciembre, 1960, p. 19

hasta las uñas, con los colores de la temporada promocionados en los labiales.[334]

Más allá de sus repercusiones en las prácticas estéticas, la concepción de moda y belleza como un conjunto insustituible en el mejoramiento de la apariencia femenina, fue un factor que permitió a las mujeres el reconocimiento de sus intereses y la exploración de su personalidad como un sujeto autónomo, capaz de decidir por encima de los mandatos promulgados en el mundo de la moda. De nuevo, las grandes casas cosméticas sacaron utilidad económica a través de la aparente contradicción entre el poder homogenizador de la moda y la elección individual de cada mujer, para promocionar nuevas tonalidades y matices que estuvieran más acordes con el individuo. Helena Rubinstein, por ejemplo, diseñó doce "insinuantes colores" en los labiales para acentuar la personalidad de la usuaria, sugiriendo una combinación entre las características que identificaban a una mujer con la forma de irradiarlo hacia el exterior con ciertas tonalidades: "... Han llegado doce... y son tan lindos! Colores para su personalidad en tonos románticos, fogosos, picarescos y exóticos. Nuevos lápices labiales Bohéme Helena Rubinstein".[335] La casa de cosméticos Revlon exploró esta posibilidad al crear doce colores que desafiaron a las mujeres a lucir diferentes, según su vestuario y su estado de ánimo, un recurso que a la vez les permitió abrir la posibilidad de ser originales y únicas dentro del medio social. [336] Así, la búsqueda y expresión de la originalidad se conjugaron con el mundo de la moda, para construir un tipo de mujer capaz de conquistar al "mundo civilizado" mediante sus encantos y la expresión de su personalidad: es ahí donde residió su "singular hechizo" frente a la aparente uniformidad: "Usted busca lo original... por supuesto! Entonces, usted tiene esa individualidad.... Inspiración para los creadores de la moda - que solamente Revlon

334 La actualidad en belleza de moda por Max Factor: Combine y disfrute nuevos efectos de color con el lápiz labial". En: Cromos, Bogotá. Noviembre 21, 1960. no, 2265, p. 6; Los labios y las uñas van de acuerdo con el color. En: El Colombiano. Medellín, 31, enero, 1963, p. 17

335 Labiales Helena Rubinstein (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Septiembre 5, 1960. no. 2254, pp. 36-37

336 Labial Revlon (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Abril 25, 1960. no. 2235, p. 24

puede captar. 'JUNGLE PEACH'... nuevo tono exótico para labios y uñas... la creación del año. JUNGLE PEACH en sus labios y uñas... el mundo civilizado caerá bajo su singular hechizo.[337]

3.3 El cuerpo físico y la belleza

Durante la década del sesenta, el proceso de desacralización del cuerpo femenino se hizo más evidente en el seno de una sociedad que se debatió entre las posturas tradicionalistas impulsadas por la Iglesia, en las cuales se perpetuó su imagen como fuente de placer, sensualismo y de pecado, y las posturas hedonistas propias del espíritu moderno, que pretendieron darle un reconocimiento diferente, en un principio como fundamento del bienestar del alma y, posteriormente, como la máxima expresión de la personalidad y una forma de autoapropiarse de su ser individual.

El cuerpo encerrado en la trastienda por encima de los límites de lo público, comenzó a exhibirse con mayor fuerza después del periodo de entreguerras, cuando lentamente se reformularon los dispositivos sociales y culturales vigentes en la sociedad, mediante la movilización de los grupos juveniles, la invención de las pastillas anticonceptivas y la creciente apertura hacia la realización de los ideales políticos de las mujeres. Dentro de este panorama, las tendencias de la moda cada vez más "arriesgadas" e "insinuantes, la creciente práctica de los deportes al aire libre, los reinados de belleza y la popularización de las vacaciones de verano, convencieron a miles de mujeres acerca de las bondades de lucir su cuerpo al aire libre, alejando de sus mentes ese pudor corporal que durante tantos siglos había reprimido sus deseos hedonistas. Sin embargo, esto no hubiera sido posible sin la publicidad, un recurso utilizado por las grandes casas de cosméticos y productos de belleza, para ampliar su nicho de mercado a través de la modificación de los hábitos femeninos tradicionales y de los

337 Jungle Peach -Maquillaje Revlon (Anuncio). En: El Colombiano. Medellín, 27, noviembre, 1963, p. 16

prejuicios que rechazaban el consumo de afeites y productos destinados a mejorar la belleza natural.

Gradualmente, los anuncios incorporaron nuevas estrategias discursivas y gráficas destinadas a legitimar la seducción femenina, el disfrute de la juventud y de la belleza física, dejando atrás los límites impuestos por los dispositivos sociales y morales que calificaron el cuidado corporal como un "lujo más o menos culpable": "(...) Machacando con la idea de que la belleza puede comprarse, el mundo del reclamo publicitario ha educado a las mujeres para una visión consumativa de la belleza".[338] Así, en esta dinámica comercial fue recurrente observar mujeres poseedoras de un aura mágica, siempre felices gracias a sus encantos físicos que atraían al sexo opuesto y aseguraban su éxito social y personal: las llamadas "stars" o mujeres-ícono, quienes según George Vigarello, permitieron imaginar un cuerpo físicamente bello a partir del trabajo infatigable y la voluntad para mejorar la condición natural de sí mismas. Ellas, junto con las modelos de las diferentes campañas publicitarias, hicieron realidad el sueño estético de aquellas mujeres del común deseosas de alcanzar el ideal de belleza, al promover un prototipo femenino capaz de salir del anonimato para lograr el anhelado éxito social, gracias a su vocación y constante entrenamiento físico, aunado con la confianza y seguridad adquirida por su perseverancia en la consecución de la belleza física.[339]

Con el fin de asegurar una mayor resonancia del mensaje publicitario, se evocaron en la prensa y en la publicidad las imágenes de mujeres infelices con sus atributos físicos, quienes después de utilizar rutinariamente los productos cosméticos y estéticos, alcanzaban una belleza prometeica e idílica. Para intensificar aun más el deseo de belleza entre las mujeres del común, esta labor fue complementada mediante la difusión de imágenes y fotografías de mujeres exhibiendo sus cuerpos en diferentes actividades al aire libre y en acciones más íntimas como asearse o lucir ropa interior.

338 LIPOVETSKY, Op. Cit., p. 148
339 VIGARELLO, Op. Cit., pp. 220-221

Entre los cuerpos femeninos exhibidos abiertamente y sin ningún tapujo, algunas de sus partes se mostraron ante el público con mayor insistencia, como parte de una tendencia en donde las formas femeninas adquirieron gran interés dentro de la publicidad, el cine y los medios de comunicación. Pese al estricto código moral que reinaba en la ciudad, gracias a la labor desarrollada por la Iglesia Católica y los sectores laicos que constantemente denunciaron el "estado de inmoralidad" como consecuencia de las nuevas tendencias de la moda,[340] algunas mujeres (especialmente las más jovencitas) decidieron arriesgarse a mostrar sus atributos más "encantadores", evidenciándose una nueva expresión de la corporalidad y el entusiasmo hacia la imagen proyectada en el mundo exterior.

Dentro de esta dinámica, el busto salió del anonimato para ser exhibido con orgullo entre quienes empezaron a usar sin tapujos los vestidos de baño, los topless, los vestidos y las blusas con un escote un poco profundo. Esta realidad, un tanto contraria con el código moral vigente, reivindicó ese sentimiento positivo hacia la expresión de un feminidad entendida como la exhibición de las formas propias de la mujer, que se levantaba triunfalmente ante el avasallante ritmo de homogeneización entre los sexos, aparentemente surgido como consecuencia de los discursos y acciones relacionadas con el reclamo de sus derechos políticos y civiles.

En este sentido, la publicidad de los sostenes marca Peter Pan fue insistente al señalar la necesidad de defender el derecho de sentirse más mujer, más femenina, más encantadora, mediante el realce de esta parte del cuerpo: "Usa tu derecho a sentirte más mujer: PETER PAN pero sólo el PETER PAN modela tu busto... para esa picante atracción a que tienes derecho! (...) realzará tus encantos... pero discretamente".[341] Curiosamente, a pesar de utilizar un mensaje directo que incitaba a las mujeres a lucir con cierto orgullo y seguridad esta parte del cuerpo, todavía oculta

340 Cartas d' un inorante. En: El Obrero Católico. Medellín, 14, febrero, 1959, p. 6
341 Brasier Peter Pan (Anuncio). En: El Colombiano. Medellín, 12, febrero, 1964, p. 6

por las connotaciones morales derivadas de su exhibición, esta reivindicación no fue tan radical en cuanto la sugerencia de hacerlo "discretamente", implicó una acción que no debía trastocar las normas morales vigentes en la sociedad, aminorándose así la carga impositiva del derecho a sentirse atractiva.

Ante el importante lugar otorgado a la belleza del rostro finamente "modelado" y "pintado" mediante el uso de los artificios creados por el maquillaje, la belleza del busto también fue exaltada como parte de los encantos femeninos. El interés primordial estuvo centrado en realzar su forma natural, una cualidad que tuvo gran importancia dentro de una creciente tendencia destinada a ensalzar la sensualidad del cuerpo femenino. De esta forma, el verse y sentirse "muy mujer" se relacionó directamente con el tamaño y firmeza de sus senos, los cuales indicaron el nivel de juventud y actuaron como efectivos estímulos visuales para el sexo opuesto. Figuras rutilantes del mundo de la farándula como Marilyn Monroe, Brigitte Bardot, Elizabeth Taylor, Sophia Loren, se convirtieron en mujeres-ícono que contribuyeron a la exhibición natural y desinhibida del busto en diferentes espacios sociales, proyectando hacia las mujeres del común un ideal de voluptuosidad, centrado en su realce que ejercía un gran poder de atracción.

En un periodo mediado por la "conquista" de esta parte del cuerpo como símbolo de la feminidad, las mujeres no dotadas por la naturaleza con un busto prominente, aparentemente tuvieron pocas opciones de triunfar en el plano personal y social. Sin embargo, el discurso democratizador de la publicidad y la prensa, enfocado en la promoción de la creciente industria de sostenes, hizo realidad el sueño de "aumentar" el tamaño del busto entre quienes carecieron de los medios económicos para costearse una cirugía, mediante la incorporación de un artificio que generaba un efecto visual bastante efectivo. Los anuncios de los sujetadores Leonisa fueron insistentes en este sentido y utilizaron imágenes para ilustrar la transformación del busto en unos instantes, tal como si fuera producto de un efecto mágico: un antes caracterizado por un busto casi plano y aniñado y, un después, en el cual se

evidenciaron las bondades del producto al "modelar" un busto grande.[342] Frente a la imagen artificial de un gran busto lograda con el uso de los sostenes, se interpuso la posibilidad de alcanzar su transformación "real" y "permanente" con la aplicación de cremas y lociones especiales destinadas a desarrollar o reducir el tamaño de los senos. La publicidad de las cremas "Hormo-Seins" y "Hormo-Corps" de Laboratorios Rucever, prometió el desarrollo del busto como una oportunidad única puesta al alcance de ellas para lucir una figura perfecta.[343]

Pero si el problema radicó en tener unos senos caídos y poco firmes como consecuencia del paso inevitable de los años y de los embarazos, la solución se hallaba en el uso de ciertos artilugios destinados a lograr un cambio radical en su figura. En este caso, la publicidad del aparato "Bust Form Developer" promocionó las bondades de su creación a partir de la idea de "legitimidad", entendida como la búsqueda de una forma natural sin artificios o efectos parciales. Así, ante la imagen de una mujer sin un busto prominente que indicaba textualmente "No se quede así", la estrategia democratizadora encerrada en su mensaje contrapuso la figura de una mujer voluptuosa con la frase "Luzca un busto hermoso y legítimo".[344]

La creciente exhibición del cuerpo, asimismo, significó un cambio en la tonalidad de la piel: si en el pasado los tonos dorados fueron sinónimo de las labores desempeñadas en el área rural que, desde una visión señorial se consideraron incultas y populares, durante la década del sesenta se consolidó una percepción bastante diferente, gracias a la aceptación de una piel bronceada en las mujeres como parte de su atractivo: "Es casi, casi como un baño de sol en California. Dondequiera que vaya, lleve el secreto del radiante bronceado que da el sol de California…! California Bronze fue hecho precisamente para darle ese fulgor encantador".[345] Las tendencias

342 Brasier Leonisa (Anuncio). En: El Colombiano. Medellín, 3, diciembre, 1967, p. 16
343 Crema Hormo-Corps y Hormo-Seins (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Diciembre 20, 1965. no. 2519, p.76
344 Bust Form Developer (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Marzo 21, 1970. no. 2723, p. 63
345 Bronceador California Bronze Max Factor (Anuncio). En: El Colombiano. Medellín, 25, enero, 1967, p. 10

de la moda fueron, quizás, uno de los factores más relevantes para lucir esa tonalidad dorada, al difundir prendas más sugestivas que mostraban partes del cuerpo antes ocultas debido a los códigos morales. De esta manera, las mujeres al lucir las prendas cada vez más exhibicionistas promocionadas dentro de las tendencias de la moda, sintieron la necesidad de aprovechar los beneficios del bronceado o autobronceado para resaltar aún más su poder de seducción y atractivo personal. Más allá de esta percepción, esto significó la transformación de los roles tradicionales hacia unos ideales más consecuentes con la dinámica moderna, en la medida que se dejaron atrás las imágenes de mujeres pálidas, casi enfermas, sugerentes de un estilo de vida limitado al mundo doméstico, para comenzar a mostrar mujeres activas, llenas de vida, incorporadas al mundo exterior a través de su profesión y de las actividades al aire libre (vacaciones, deportes): "Nuevo y fascinante maquillaje para su cuerpo. Anhela lucir una linda piel con rica y uniforme tonalidad? Al vestirse con esas prendas provocativas tan de moda? En la playa con su traje de baño? Nude maquilla todo su cuerpo con un suave acabado mate. 4 tonos de moda".[346]

Las circunstancias culturales y sociales hicieron posible esta tendencia estética, debido a la reciente cotización de las actividades realizadas en el exterior (el trabajo, las vacaciones, el deporte, las actividades culturales), que permitieron la incorporación de las mujeres a nuevos espacios de interacción diferentes al hogar.[347] A todo lo anterior se sumó la valoración de un ocio aparentemente improductivo como sinónimo de riqueza, en la medida que las personas adineradas tuvieron los recursos suficientes para destinar gran parte de su tiempo a los viajes y el descanso. La difusión de este estilo de vida se hizo más popular cuando se difundieron en la prensa y la publicidad, las imágenes de las estrellas de cine, las reinas de belleza, las modelos y las mujeres famosas por sus esposos o su labor, quienes imitaron la costumbre norteamericana inaugurada después de la Segunda

346 Bronceador Nude (Anuncio). En: El Colombiano. Medellín, 7, diciembre, 1968, p. 5
347 VIGARELLO, Op. Cit., pp. 201-202

Guerra Mundial, de disfrutar el tiempo libre en lugares exóticos y con clima cálido como la playa, la piscina o el solárium.[348]

En el fondo del asunto se empezó a relacionar el acto de broncearse con un símbolo de estatus, en cuanto la mujer debió tener un buen tiempo disponible para turbarse frente al sol sin preocupaciones de ninguna clase. Por encima de esta disposición al ocio consumativo, estaba la idea de un individuo que disfrutaba de los placeres más mundanos, sin importar el ritmo laboral ni la moral burguesa que correlacionaba al trabajo con una actividad edificante y constructiva. Esta tendencia, analizada por Georges Vigarello, representaba el ascenso de la melanina a la superficie del cuerpo social. Más que una simple moda, fue el resultado de una serie de recomendaciones que propagaron la idea de una rutina de belleza lejana al sacrificio, pues implicaba asumir una actitud despreocupada y placentera. Al respecto, Vigarello señaló: "Nunca antes la voluntad del mantenimiento de la belleza había sugerido semejante «licencia», efectuar una «verdadera tregua», entregarse a la radiación" para mejor conseguir una «nueva seducción». Como primera gran consolidación del individuo moderno prolongada a pertenencia a sí mismo, del tiempo para sí mismo".[349]

Más allá del estímulo mercantilista o del estatus social que promocionó con gran fuerza una "belleza consumativa", la exhibición del cuerpo bronceado fue el signo de una revolución cultural donde aparecieron unos "valores modernos prometeicos", que resistieron unas representaciones tradicionales enfocadas en su subvaloración. Esta nueva visión formulada bajo los imperativos democráticos, permitió concebirlo como la imagen exteriorizada de la personalidad del individuo.

Dentro de este contexto, comenzaron a valorarse las acciones orientadas hacia el cuidado del cuerpo y la corrección de los defectos estéticos que pudieron "corromper" su visión ante las

348 "¿Qué tanto sabes del broceado?. Historia del Bronceado (parte 2). [en línea] [Consultado en: 28 de marzo, 2012). Disponible en Internet: http://www.bronceado.com/que-tanto-sabes-de-bronceado/historia-del-bronceado-parte-2/

349 VIGARELLO, Op. Cit., pp. 203

otras personas, máximos jueces sometidos al mismo juego de relaciones dominadas por las nuevas representaciones que promocionaron la belleza física en todo su esplendor. Dentro de esta creciente tendencia enfocada en el lema "cuida tu cuerpo", la renuncia al mejoramiento del perfil exterior a través de la utilización de ciertos recursos cosméticos y estéticos; el abandono del cuerpo en relación con la limpieza y la higiene, y la actitud negligente hacia los defectos estéticos, fueron consideradas faltas cometidas en primera instancia por las mujeres, en cuanto las representaciones sociales vigentes determinaron para ellas unas pautas de comportamiento centradas en el arte de agradar y fascinar al sexo opuesto. Dentro de esta corriente, para aquellas personas que no cumplieron con estos requisitos, se anunció con cierto halo de fatalidad el cierre de los numerosos caminos que prometían alcanzar la felicidad personal, el buen estatus social y la fortuna.[350]

No obstante, esta sacralización de la belleza física femenina y el cuidado derivado para alcanzar sus rangos, no fue un fenómeno radical ajeno a las realidades sociales derivadas del movimiento casi perpetuo de las representaciones tradicionales vigentes. Si bien se afirmó que las representaciones del cuerpo tradicionales comenzaron a modificarse en el mundo occidental durante el Renacimiento, en el caso de Medellín, aún en la década del sesenta del siglo XX su impacto fue mínimo al hallarse inmerso dentro de una sociedad que todavía se debatía entre los asuntos tradicionales, propios de la dinámica cristiana y, los valores modernos, encargados de desvirtuar la noción pecaminosa sobre el cuidado del cuerpo.

Paradójicamente, lo anterior no fue un obstáculo para la creciente difusión de imágenes de cuerpos femeninos en los medios de comunicación, especialmente en las secciones femeninas de los periódicos o en las revistas propiamente destinadas a este público. Imágenes evocadoras de mujeres con vestidos insinuantes se presentaron con mayor frecuencia y sin ningún reparo, exhibiendo

350 LIPOVETSKY, Op. Cit., p. 150

ciertas partes corporales prohibidas para la mirada de los otros dentro del código moral. Poco a poco, su impacto y resonancia entre las mujeres del común les hizo olvidar sus pudores y el temor moralizante descalificador, que se habían establecido como dispositivos sociales para controlar sus pasiones y sus sentidos. A su vez, esto llevó a la construcción de nuevos dispositivos enfocados en el cuidado de la silueta, los cuales tuvieron un impacto mayor en la medida que la creciente presión social les otorgó la validez suficiente para ser aceptados. Curiosamente, esta imbricación dentro del medio social no fue posible sin los recursos estilísticos que, bajo el tono de sugerencia, ocultaron las normas que conllevaron una sanción y un rechazo excluyente en la sociedad.

La creciente democratización de la belleza femenina y la exhibición del cuerpo en el medio social, implicó un desplazamiento de las acciones enfocadas en su conservación o mejoramiento de una parte del cuerpo que durante mucho tiempo fue la máxima expresión de la belleza: el rostro. Paulatinamente, sin dejar a un lado la "lógica decorativa" y la conservación de la cara, los anuncios y artículos periodísticos promovieron con mayor resonancia otras partes corporales anteriormente ocultas a la mirada pública, para convertirlas en el centro de interés de las preocupaciones femeninas, estéticas y médicas.[351] A su vez, esta tendencia significó tal como lo señaló Lipovetsky en *La Tercera mujer*, la incorporación de diferentes prácticas destinadas a la prevención y mantenimiento de un cuerpo tonificado, reafirmado y con una silueta delgada, por encima de las "técnicas de camuflaje" o de los rituales de belleza artificiosos, que solo lograron ocultar los problemas estéticos parcialmente y sin resultados definitivos: "En la época de

351 En la década del veinte, un estudio alemán enfocado en el análisis del vestido y su resonancia como recurso para resaltar ciertas zonas del cuerpo, explicaba que en la moda femenina moderna existía una dependencia hacia los intereses de los jóvenes orientados a la exhibición de ciertas partes del cuerpo en determinados momentos (Ley de Cambio de Zonas Erógenas). La razón principal de este cambio se debió principalmente al espíritu de la novedad, muy propio del mundo de la moda y asimilado por el ritmo frenético de la juventud, que sugirió su disfrute frente a las sensaciones placenteras producidas por la exhibición de ciertas partes del cuerpo, antes ocultas por los tabúes reinantes en la sociedad. No obstante, se afirmó que ese deseo no era prolongado y tendía a cambiar con el tiempo, cuando la sensación de familiaridad y aceptación social generaba el desinterés y la apatía en los individuos. MORRIS, Desmond. La mujer desnuda. Barcelona: Planeta, 2005, p. 208

la antiedad y el antipeso, el centro de gravedad se ha desplazado de las técnicas de camuflaje a las técnicas de prevención, de los rituales de lo ficticio a las prácticas de mantenimiento del cuerpo, de las escenificaciones artificiosas a las exigencias nutricionales, de las sobrecargas barrocas a las operaciones para regenerar la piel".[352]

Con el paulatino destape de los cuerpos femeninos debido, en gran parte, a las nuevas tendencias en el vestuario, la mirada escrutadora de las personas fue incisiva con las deformidades ocasionadas por su descuido, que minimizaban su atractivo y armonía estética hasta producir consecuentemente el rechazo social y un cierto sentido de inseguridad en las mujeres. Dentro del catálogo de padecimientos estéticos propiamente femeninos se incluyó el sobrepeso, una afección que desentonaba con un rostro bonito y que fue incluida dentro de las preocupaciones de esteticistas, dietistas y médicos, quienes desarrollaron un discurso acerca de sus consecuencias y secuelas para la salud y la vida personal. La revista *Cromos* con la publicación de un artículo de Lawrence Golter, analizó el problema generalizado de la gordura en el americano promedio y pretendió hacer un llamado de atención entre sus lectores sobre sus secuelas en la salud y en el plano estético.

Basándose en los estudios realizados en Estados Unidos, Golter consideró que la gordura era el factor más importante para definir la calidad y perspectiva de vida en las personas. Utilizando un lenguaje seudomédico, señaló que este trastorno no obedeció a un impulso placentero por comer en forma excesiva, sino a un problema más complejo que involucraba principalmente el aspecto sicológico, debido a que la comida se convertía en algunas personas en símbolo de seguridad y en alivio para cualquier clase de tensión. No obstante, los avances en los estudios médicos también indicaron otras causas relacionadas con el individuo en forma directa o indirecta, razón por la cual se hizo más complejo el tratamiento para esta "enfermedad". Al factor sicológico se

352 LIPOVETSKY, Op. Cit., pp. 121-122

agregaron el factor hereditario (los padres heredan el sobrepeso a sus hijos); el funcionamiento de los centros de control del apetito (metabolismo); los hábitos alimenticios en la familia; la creencia que consideraba la comida abundante como un emblema del éxito y de posición social; los nuevos hábitos de compras, que propendieron por un consumismo exacerbado gracias a la existencia de autoservicios; la propagación de la TV como medio de diversión y la falta de ejercicio producido por el nuevo estilo de vida, que utilizaba con mayor frecuencia las máquinas y evitaba realizar grandes esfuerzos físicos.

La gordura al ser catalogada como un complejo problema moderno, se convirtió a su vez en el objeto de estudio de médicos, nutricionistas y profesionales del mundo estético, quienes se encargaron de elaborar métodos avalados científicamente para disminuir su impacto en la salud y mejorar considerablemente la apariencia física. Dentro de esta gama de nuevos procedimientos se incluyó el tratamiento de los aspectos físico y emocional de la persona, mediante la implementación de los métodos de adelgazamiento enfocados en la corrección de los desórdenes alimenticios producidos por los trastornos de ansiedad y tensión (drogas inhibitorias del apetito, grupos de autoayuda, sedantes, tranquilizantes) y, los métodos de medición del nivel de gordura (las tablas de control de peso o el método sencillo de recostarse boca arriba poniendo una regla entre el esternón y el abdomen para determinar el nivel de crecimiento del área abdominal).[353]

Más allá del discurso seudocientífico, la gordura fue vista como un trastorno revelador de la procedencia y del estatus social de la persona. Atrás quedó el reconocimiento de las figuras regordetas como símbolo de posición social, para comenzar a rendir culto a las figuras delgadas como la modelo británica Twiggy o un poco más exuberantes como Liz Taylor y Brigitte Bardot, grandes iconos del cine representativos del ideal de seducción. En este contexto, una silueta "afinada" se tradujo en una estética más agradable y juvenil, dos valores en alza constante durante esta década. La

353 ¿Por qué nos engordamos?. En: Cromos, Bogotá. Mayo 8, 1961. no. 2287, pp. 20-24

delgadez igualmente fue concebida como insignia de posición y la gordura comenzó a ser una "cosa de pobres", contrariamente a la dimensión significativa vigente por la voz popular que relacionaba el volumen con salud y el vigor.[354]

Pero guardar las apariencias no sólo implicó la conservación de un peso ideal establecido en las tablas utilizadas por los profesionales de la estética. Asimismo, significó el control y perfeccionamiento de ciertas zonas del cuerpo afectadas por la flacidez de la piel y la celulitis, con el fin de hacer de éste un conjunto estéticamente agradable ante las miradas. En el caso de la celulitis, fue considerada un flagelo propio de la "mujer moderna" por incorporar en su armario prendas que hicieron más visible este problema estético, como las faldas cortas, los shorts y los vestidos de baño. Este trastorno estético conocido con el nombre popular de "piel de naranja", producía terror y rechazo entre las mujeres al generar deformidades estéticas en sus cuerpos, como consecuencia de la acumulación de toxinas y de agua en los tejidos celulares subcutáneos de los muslos, las manos, las caderas, los tobillos, el abdomen, la nuca. [355]

¿Qué acciones podía realizar la mujer del común en pos de alcanzar la silueta ideal promocionada abiertamente en la prensa? Como bien lo indicó Zandra Pedraza, para los discursos relacionados con la estética corporal fueron significativas las novedades, que exigieron construcciones simbólicas responsables de la alteración de hábitos y estilos de vida en las personas, con el fin de alcanzar los ideales y metas relacionadas con la belleza física promocionada en los medios de comunicación y en el cine. Esto exigió el ajuste de las rutinas cotidianas al ritmo de los cambios incorporados dentro de la estética, que integraban nuevas dietas, prótesis o técnicas de modelación somática.[356]

Entre las nuevas rutinas estéticas que se impusieron como reglas para mantener a raya el sobrepeso, la flacidez, la celulitis y otros

354 Conveniencia, farsa y estafa de las píldoras adelgazantes. En: Cromos, Bogotá. Mayo 13, 1968. no. 2635, p. 40
355 Cromos para ellas. En: Cromos, Bogotá. Marzo 7, 1960. no. 2228, pp. 58-59

problemas, se incluyeron las formas más sofisticadas desarrolladas en los centros de estética, diseñadas exclusivamente para mujeres dispuestas a invertir una buena cantidad de dinero y de tiempo libre. De la mano de profesionales graduados, en su gran mayoría, en instituciones reconocidas de París o Estados Unidos, las mujeres con un buen presupuesto económico pudieron acceder a tratamientos de vanguardia desarrollados en diferentes sesiones, para prevenir y tratar los numerosos problemas estéticos. Así, con la promesa de acabar por completo y en poco tiempo con estos padecimientos, estas prácticas incluyeron la exudación en cabinas de calor seco (sauna Matic) para afirmar los tejidos adiposos y lograr el adelgazamiento progresivo; los masajes manuales y de electroterapia con productos especiales destinados a desaparecer la obesidad y curar o prevenir la celulitis, y los tratamientos para el busto flácido, reducido o voluminosos con ampollas de uso externo. Y como la consigna del cuidado del cuerpo se hizo extensiva hacia la conservación de la salud, las dolencias que aquejaron a las mujeres en las extremidades, también debieron ser tratadas para evitar su influencia negativa en la belleza corporal. De esta forma, se abrió un abanico de procedimientos para disminuir sus efectos mediante los baños de calor seco, destinados a eliminar las dolencias articulares y las grasas y aguas superfluas, y los "baños científicos" preparados de parafina (diatermia), que buscaron acabar con la celulitis, los dolores artríticos, las fracturas, el líquido en las articulaciones o la mala circulación.[357]

Igualmente se promocionaron las clases de gimnasia dirigidas por expertos en centros especiales de acondicionamiento físico, en los cuales se ofrecieron servicios complementarios como baños turcos y aparatos eléctricos, que intensificaron los resultados alcanzados a través del ejercicio físico. En el caso de Medellín, María Luisa Riascos ofreció a su clientela femenina las clases de gimnasia impartidas en el Instituto de Estética Femenino ubicado en la calle 36 con la 77,[358] mientras que Elizabeth de Gale impartió

356 PEDRAZA, Op. Cit., p. 315

357 Instituto de Fisioterapia SINOREDTTE (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Febrero 23, 1970. no. 2722, p. 66; Instituto de Revitalización y Estética (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Septiembre 28, 1970. no. 2753, p. 40

en la "Academia de Gimnasia para Damas y Caballeros", ubicada en la carrera 46 con la calle de Moore, una gama completa de prácticas como la gimnasia sueca y los ejercicios isométricos para adelgazar y corregir los problemas en la silueta.[359]

El artificio en la modelación del cuerpo, asimismo, fue aceptado dentro de las democracias modernas, específicamente con la incorporación de la técnica médica para construir o refinar la silueta ideal, intentando obtener resultados casi naturales y reales, un tanto discretos para las miradas escrutadoras y críticas de los Otros. Y aunque aún estaba vigente la creencia popular que comparaba a una mujer bella con un ser hermoso creado por la naturaleza, este don ya no era un privilegio exclusivo de pocas, sino un atributo disponible en el mercado de servicios estéticos gracias a la cirugía corporal, la cual se convirtió en el caballito de batalla para alcanzar la anhelada "metamorfosis", la reparación de lo que la naturaleza había negado o se había perdido por el paso inexorable de los años.[360] Sin embargo, su popularización no sólo estuvo limitada al acceso de los recursos económicos suficientes para solventarla, sino a la definición del individuo como un ser autónomo, capaz de apropiarse del conocimiento de su cuerpo para transformarlo a su antojo, buscando construir en éste la imagen que deseaba proyectar en la sociedad. Esto significó alejarse paulatinamente de la fatalidad del cuerpo natural y de las ataduras morales que lo asociaron con una fuente de pecado, para comenzar a conocerlo y modelarlo a través de un autoexamen dirigido según sus prioridades e intereses.

La cirugía estética originaria de Estados Unidos y Japón, países donde la transformación de la belleza en un "hecho real" fue un artículo de primera necesidad con la utilización de la sustancia Elicón[361], también llegó a Colombia para confirmar la realización de una ilusión antes imposible para las mujeres poco atractivas o escasamente favorecidas por la naturaleza. Su disponibilidad en el mercado fue anunciada bajo la idea que promocionó la belleza

358 Clases de gimnasia (Anuncio). En: El Colombiano. Medellín, 30, enero, 1963, p. 16
359 Anuncio: "Clases de Gimnasia (Anuncio). En: El Colombiano. Medellín, 17, enero, 1968, p. 5
360 VIGARELLO, Op. Cit., p. 228

física como un "objeto" desarrollado por el progreso científico, al alcance de quien deseara descubrir el "tesoro" puesto en sus manos; una riqueza sujeta a la promesa futura de múltiples ventajas que estaba por encima de cualquier tipo de felicidad material.

Dentro de este contexto, los anuncios y los artículos relacionados con la cirugía plástica supieron promocionar la visión del individuo autónomo, con el fin de incorporar la técnica reconstructiva de la silueta femenina. Bajo el lema prometedor de juventud y belleza al alcance, el discurso democratizador hizo incursión en este campo para hacer realidad la búsqueda de la perfección en el cuerpo y el rostro, devolviendo la juventud perdida o lo que la naturaleza había negado desde el nacimiento. Atrás quedó la imagen fatal de la belleza; atrás se relegaron los productos cosméticos destinados a disimular o corregir los defectos con una acción retardada y de dudoso resultado. Ahora se anunciaba la llegada de una dinámica caracterizada por la negación de la fealdad, el dominio y control de las apariencias a través de la modelación de una imagen correspondiente al yo interno del individuo, quien deseaba proyectar hacia el exterior una forma más "real" y menos artificiosa. "Ya no existen mujeres feas" y "No es difícil ni costoso reconstruir la belleza femenina", rezaban algunos de los anuncios promocionados por el Instituto de Cirugía Estética Saint Michel de Bogotá, que garantizaba "... éxitos insospechados, indoloros, de resultados inmediatos y permanentes", gracias a sus médicos especializados quienes pusieron las técnicas científicas al servicio de un sueño de belleza irrealizable en el pasado, mediante la modificación de ciertas partes del cuerpo (nariz, orejas, boca, mentón, senos o vientre) o la eliminación de las arrugas, eso sí, garantizando una estricta reserva profesional entre su clientela.[362]

361 El incremento extraordinario de la cirugía estética en el mundo se debió principalmente a la utilización de la sustancia Elicón, un tipo de silicona utilizada por los cirujanos para lograr transformaciones importantes en el rostro, los muslos, las piernas y los senos de la mujer. En Colombia, el cirujano de reconocida trayectoria en Italia, México y otros países, Axel Vargas, junto con el representante exclusivo del producto, Pablo Mariño, se encargaron de brindar este servicio en el "Instituto de Cirugía Estética Saint Michel" en Bogotá. Los milagros de la ciencia: Belleza y juventud? Adquiéralas hoy mismo. En: Cromos, Bogotá. Mayo 23, 1966. no. 2538, p. 36

Frente al halagador y prometedor futuro de la belleza física diseñada por expertos, solo faltaba atraer a un número mayor de mujeres del común dispuestas a disfrutar de unos resultados más reales y naturales, aún cuando los altos costos de este tipo de procedimientos estéticos representaran un obstáculo insalvable para una gran cantidad de ellas. Nuevamente haciendo uso de un lenguaje democratizador y a su vez consumista, este discurso incorporó como estrategia mediática los relatos de mujeres comunes e inconformes, quienes decidieron hacer realidad la proeza de lograr una transformación segura y duradera, sin escatimar esfuerzos de ninguna índole. Este fue el caso de la secretaria Juliana, quien decidida a alcanzar su sueño añorado de operarse la nariz, puso a prueba su voluntad para ahorrar y alcanzar la meta estimada en este procedimiento. Para la estudiante María, mujer caracterizada por su poca y agraciada figura, el esfuerzo de su madre transformó su vida personal al dejar atrás la mujer tímida y acomplejada, para convertirse en una mujer segura de sí misma.[363]

Pese a que los artículos periodísticos y la publicidad anunciaron el triunfo de la belleza física a partir de las intervenciones quirúrgicas de bajo costo, la realidad reveló una situación diferente para las mujeres trabajadoras, las estudiantes o las amas de casa, mujeres del común quienes esperaban un "milagro económico" para sentirse bellas y atractivas. Con el fin de compensar esta necesidad un tanto frustrada por las circunstancias, el discurso estético procuró hacer extensivos sus conocimientos y prácticas, por supuesto con un costo menor, hacia este público femenino que tuvo la firme idea de cambiar su silueta, para alcanzar los cuerpos ideales promocionados en los medios de comunicación y el cine. En la creciente democratización de las prácticas estéticas en la vida cotidiana, el discurso estético se alimentó de unos conocimientos propios del mundo de la medicina y de la nutrición, para otorgarle mayor peso a lo afirmado en las diferentes secciones femeninas y

362 Instituto de cirugía estética Saint Michel (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Noviembre 27, 1967. no. 2614, p. 40; Instituto de Cirugía Estética Saint Michel (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Enero 29, 1968. no. 2646, p. 35

363 Los milagros de la ciencia. Belleza y juventud? Adquiéralas hoy mismo. (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Mayo 23, 1966. no. 2538, p. 36

en la publicidad. Igualmente, se valió de un lenguaje que se inclinó hacia el autocontrol del cuerpo, una especie de "lucha" interna que exigió el voluntarismo y la abnegación para imponer una rutina casi ascética, destinada a controlar el impulso de comer y la vida sedentaria. Dentro de esta dinámica, no era extraño encontrar una serie de reglas que establecieron claramente una rutina diaria que vigilaba la ingesta de comidas, los espacios de tiempo libre destinados para el ejercicio físico y una compleja actividad de masajes reservada para cada área del cuerpo.

Si la celulitis era una enfermedad producida por la acumulación de líquidos y grasas en el cuerpo, los mandatos médicos y estéticos señalaron una serie de reglas destinadas a "combatir" este problema, como la disminución de líquidos durante las comidas; la reducción del consumo de sal por generar la fijación de agua en los tejidos; la realización de masajes para ablandar las zonas afectadas muy duras y dolorosas al tacto y, finalmente, el consumo de diuréticos químicos o naturales que estimulaban la eliminación del agua sobrante a través de la orina.

El ritmo desenfrenado vivido por las mujeres que se incorporaron al mundo laboral, dejó escasas posibilidades para el disfrute de su tiempo libre en el hogar, debido a las labores domésticas y el cuidado de la familia. De esta forma, el sedentarismo ingresó en la lista de las causas más frecuentes de los antiestéticos gorditos y de la flacidez cutánea, razón por la cual debió ser combatido con la rutina casera destinada a obtener buenos resultados con un bajo costo. El momento ideal en el ajetreado día femenino fueron las vacaciones, una ocasión ideal para adquirir el hábito de realizar en un cuarto de hora una serie de movimientos básicos en diferentes partes del cuerpo (las caderas, la nuca, muslos, abdomen y busto). Como era un mundo nuevo para muchas mujeres habituadas a una rutina sedentaria, la labor pedagógica se centró en explicar paso por paso los ejercicios propuestos en cada área del cuerpo, ilustrándolos con una serie de fotografías para hacerlos más familiares entre ellas. Una vez creado el hábito en el tiempo del "supuesto ocio", se esperaba que continuaran con estos ejercicios breves hasta incorporarlos en su vida diaria.[364]

Aunque no existió un límite de tiempo para comenzar con esta nueva rutina de ejercicios destinados a vencer el sedentarismo, la recomendación general sugirió los años de la juventud como el momento ideal para asegurar una hermosa figura, al asentarse definitivamente las formas corporales propias de la edad madura. No bastaba ser joven y bella antes de los veinte años; era necesario ser precavidas y alcanzar una figura esbelta desde los años mozos, para garantizar el atractivo físico en los años venideros. En caso de no hacerlo, se indicó en forma perentoria una especie de castigo para la mujer poco previsora: "Si usted se descuida consigo misma, si no hace gimnasia y no camina nunca pudiendo hacerlo, resígnese a tener más adelante a los 20 o 30 años, hinchazones y protuberancias. Por lo tanto, hay que comenzar a tiempo (...) Saque provecho de todas las oportunidades posibles, para desarrollar un organismo ágil, esbelto y robusto".[365]

La lucha contra la obesidad también tuvo como "caballito de batalla" la dieta alimentaria, concebida como un "régimen" o un mecanismo de control ideado por los nutricionistas y médicos, para prevenir o reducir el impacto del sobrepeso en la salud y en la belleza corporal. Como una especie de receta médica se prescribieron las acciones necesarias para regular la ingesta de calorías, según las "fórmulas científicas" elaboradas por los nutricionistas, en las cuales se conjugaron el tipo, la cantidad y la calidad de alimentos permitidos según el peso y el tamaño de la persona. El lema consistió en "dar al cuerpo sólo lo que necesitara", evitando los excesos y llenándose de voluntad para cumplir con las metas propuestas en la dieta. Nuevamente, la figura implícita del sacrificio apareció para justificar el reclamo de la belleza corporal, especialmente cuando se cruzaba el límite de los veinticinco años, un momento donde el exceso de calorías comenzaba a pasar la cuenta de cobro en la figura femenina.[366]

364 Un cuarto de hora de ejercicios para eliminar la celulitis. En: Cromos, Bogotá. Noviembre 24, 1969. no. 2712, pp. 40-41

365 La mujer, el hogar, la moda: Cápsulas de belleza. En: El Colombiano. Medellín, 30, noviembre, 1961, p. 2, sección 2

En vista de las dificultades para cumplir con el horario de comidas establecido en las dietas y el sacrificio impuesto para alcanzar la figura deseada, la vida moderna facilitó los medios destinados para conseguir este objetivo, sin necesidad de implementar una rutina y un tipo de alimentación específica. Es así como la industria alimenticia se puso al servicio de la dietética moderna, con el fin de crear complementos nutricionales fortificados destinados a suplir las necesidades alimentarias de las mujeres, quienes deseaban tener un cuerpo armonioso sin sentir esa sensación de hambre, un síntoma característico de las dietas no calóricas. Dentro de esta corriente característica de la "cultura del tiempo", se promocionaron productos como el "Metrecal" creado por Mead Johnson en Estados Unidos, un complemento con un alto contenido de proteínas, lípidos, minerales y vitaminas, que permitió estilizar la figura y conservar la salud sin necesidad de reducir o cambiar el régimen alimenticio. Su método de uso consistió en alternarlo con las otras comidas para generar una sensación de satisfacción, con lo cual se reducía gradualmente la cantidad de comida ingerida: "DESAYUNO: METRECAL; ALMUERZO: Los alimentos usuales en cantidad moderada; COMIDA: METRECAL".[367]

Esta batalla contra la antiestética obesidad, aunque se justificó dentro de la literatura médica y pseudomédica publicada en las revistas y secciones femeninas de periódicos, no debió sobrepasar los límites de lo saludable. Por este motivo, no se hicieron esperar los artículos que pretendieron educar a las damas acerca del peligro de ensayar con procedimientos estéticos poco recomendados o cuyos resultados eran difíciles de preveer. Con este tipo de llamados se buscó poner un límite al afán inusitado de las mujeres por rebajar de peso, quienes comenzaron a implementar métodos que ofrecieron resultados en un plazo menor de tiempo al estimado por la ciencia médica. En el texto "Conveniencia, farsa y estafa de las píldoras adelgazantes" publicado en *Cromos*, se hizo una

366 La mujer, el hogar, la moda: Su regalón puede darle lecciones de belleza. En: El Colombiano. Medellín, 8, diciembre, 1960, p. 9, sección 2; WYATT, Jones. Cromos para ellas: Contra la gordura: paciencia. En: Cromos, Bogotá. Noviembre 21, 1960. no. 2265, pp. 45-47

367 Logre una silueta juvenil Metrecal (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Septiembre 4, 1961. no. 2304, p. 2

crítica contra algunos de los métodos de dudosos resultados que pusieron en peligro la salud. En el caso de las píldoras adelgazantes (anfetaminas, atropinas, extractos de tiroides), consideradas por algunos esteticistas y médicos como un "milagro" contra la obesidad, su impacto fue relativizado al adquirir una dimensión peligrosa cuando los usuarios abusaban de su consumo para adelgazar con mayor rapidez. Esta situación se agravaba aún más con la anuencia de médicos inescrupulosos, quienes en el afán de vender estas pastillas, diagnosticaban falsamente un supuesto problema de obesidad en una persona sana.

En esta cruzada contra los métodos poco seguros no se salvó ni el ejercicio físico, considerado por los médicos y nutricionistas como la práctica más recomendable para bajar de peso. La cuestión era evitar el ejercicio excesivo, especialmente entre las personas que no habían modificado sus hábitos alimenticios y quienes eran más propensas a compensar el desgate energético con el consumo de grandes cantidades de comida en el hogar. Y, aunque la solución más consecuente era cambiar radicalmente la rutina alimenticia, su impacto fue mínimo entre los estratos sociales más bajos que no podían costearse una dieta rica en alimentos saludables.[368]

Para hacer más dramático y convincente la crítica contra la obsesión por la "silueta-maniquí" entre las mujeres del común, se publicó el testimonio de una actriz de teatro considerada el "ejemplo viviente" del camino angustioso y tortuoso hacia la silueta ideal. En su declaración se destacó su obsesión por tener un cuerpo "perfecto", lo cual la impulsó a realizar "trece tratamientos de choque" con pocos resultados en la materia: numerosos tratamientos médicos destinados para las diferentes partes del cuerpos responsables del metabolismo (glándulas endocrinas, hígado, estómago y cerebro); la práctica de diferentes deportes y actividades como el esquí, el tenis, la cultura física, la bicicleta, la danza clásica; los baños de vapor y los desayunos dietéticos.

368 Conveniencia, farsa y estafa de las píldoras adelgazantes. En: Cromos, Bogotá. Mayo 13, 1968. no. 2635, pp. 40-42

Como parte de una acción pedagógica, el autor del artículo afirmó que todo fue "tiempo perdido" mientras estuvo ensayando con estos métodos "agobiantes, desagradables y peligrosos", hasta cuando decidió abandonar su obsesión con la aguja de la báscula y asumió una actitud más consciente y racional de su problema. Así, esta "mujer-objeto" dejó de ser un "conejillo de Indias", ansioso por cumplir con los requerimientos casi utópicos infringidos por la moda y la estética moderna, para convertirse en una "mujer-sujeto", un ser racional capaz de dominar sus obsesiones y complejos para dirigirse conscientemente por el camino del mundo estético. De esta forma, los "tratamientos milagrosos" elaborados por la dietética moderna para contrarrestar los efectos del sobrepeso, se desvirtuaron ante la experiencia de una mujer que nunca alcanzó el peso ideal, a pesar de su férrea disciplina y perseverancia: "Ella sigue sin embargo, un régimen. No bebe alcohol, no fuma. Se ha convertido en una adepta de la terapéutica equilibrada, eficaz pero difícil de comer menos y más regularmente".[369]

Ante los reparos y críticas contra los métodos de regulación de peso promovidos en el mundo de la estética, se idearon ciertas soluciones salomónicas que evitaron el sacrificio y los consecuentes problemas de salud derivados de su práctica. Con el fin de lograrlo, el vestuario jugó un rol importante debido a que las mujeres con problemas de sobrepeso estuvieron obligadas a conocer su cuerpo, para evitar una experiencia bochornosa en el mundo social, particularmente en las partes donde se resaltaban los "rollos de gordura". De una manera promisoria y bajo la lógica "Más vale maña que dieta", la prensa señaló la posibilidad de "rebajar" varios kilos con las prendas adecuadas, siempre y cuando las personas aprendieran unas reglas necesarias para crear una ilusión óptica, combinándose así los conocimientos del campo artístico con el mundo estético.

Dentro de las recomendaciones se incluyó el uso de telas con líneas verticales, que creaban la sensación de aumentar la altura

369 Cromos para ellas: La gordura.... es una desgracia?. En: Cromos, Bogotá. Abril 4, 1960. no. 2232, pp. 48-49

y disminuir el peso; la conservación de una línea continúa desde el cuello hasta los tobillos; la elección de telas lisas en tonalidades oscuras (el negro, gris, azul marino y café oscuro), acompañadas de rayas verticales delgadas o pequeños dibujos; la preferencia por el uso de telas opacas como lana, seda, algodón o encaje, evitando los tejidos gruesos y brillantes como el satín. Asimismo, se sugirió la utilización de faldas rectas y sesgadas al frente; las mangas hasta los codos, los vestidos de una pieza y la combinación de falda y blusa de un mismo color. Se recomendó evitar los cuellos altos, altos y gruesos; los fruncidos con lazos y capuchas grandes; los cinturones de diferente color; los contrastes entre las tonalidades de la falda y la blusa. Esta labor de "camuflaje" que exigió una buena dosis de inteligencia y conocimiento de la moda, se completó con los peinados asimétricos que crearon un efecto adelgazante en el rostro; el uso de sombreros en colores llamativos para desviar la atención de las personas hacia la cabeza, las joyas poco voluminosas y grandes, y las medias veladas oscuras con vena".[370]

El mandato de los especialistas en el vestuario no se limitó a las sugerencias y recomendaciones para persuadir a las mujeres con sobrepeso de la forma adecuada de vestir. La columnista Alicia Halt de *El Colombiano*, aunque destacó la importancia de escoger los vestidos veraniegos teniendo presente la comodidad, señaló tajantemente la importancia de conservar el buen gusto, hecho que se lograba mientras la mujer se preocupara por conocer su cuerpo a través del espejo y se indagara acerca de las prendas más adecuadas para su figura. En este sentido, señaló que cuando la mujer rolliza usaba vestidos de baño inadecuados, shorts, pantalones ajustados estilo torero y vestidos tipo strapless, no solo revelaba ante el público sus "rollos de gordura", sino que demostraba su "mal gusto" y "ridiculez" al trasgredir el código de la elegancia y del buen vestir. Lo anterior se hizo extensivo para las mujeres "maduras", quienes debieron conservar su elegancia aún en un espacio propicio para la desinhibición y el relajamiento.[371]

370 Una de las preocupaciones. Cómo adelgazar (aparentemente tres kilos). En: Cromos, Bogotá. Mayo 11, 1964. no. 2437, pp. 44-45

Dentro del discurso estético, la extrema delgadez igualmente fue objeto de sanción, al considerarse algo poco femenino y apropiado para afrontar las condiciones exigidas por la dinámica moderna. Era necesario, entonces, conservar una figura en la cual se destacara su plus más importante como arma de seducción y atracción frente al sexo opuesto, una forma corporal rebosante de salud y vida. Por esa razón, la publicidad del suplemento nutricional "Plus-Forma" hizo énfasis en la necesidad de transformar la silueta femenina muy delgada en la imagen de una "mujer de gratas proporciones", mediante la utilización de este producto que condicionaba el organismo femenino a recibir las calorías suficientes destinadas a "rellenar" las partes del cuerpo más exhibidas como las mejillas, el busto, las caderas, las piernas y los brazos.[372]

La disponibilidad para acceder a la belleza mediante una serie de artilugios y recetas "mágicas", permitió a las mujeres decidir la forma para resaltar su rostro, el contorno de su cuerpo y el estilo de vestuario más conveniente según sus intereses y personalidad. Aún así, esta gama de posibilidades y de recursos para conservar la belleza no se limitó solamente a estos aspectos, en la medida en que prevaleció la idea de complementarlo con una serie de cualidades, comportamientos y movimientos corporales enfocados en aumentar los encantos femeninos. Con lo anterior, su majestad la belleza estuvo a los pies de sus seguidoras para complacerlas según sus "caprichos", porque su precepto principal reivindicó el derecho de toda mujer a ser bella sin importar su condición física, social y económica.

Frente a la creciente incorporación de los ideales democráticos en el campo de la belleza femenina, la década del sesenta reveló la insistencia en el cultivo de la personalidad como un factor importante. Dentro del discurso promocionado en la prensa, se buscó que cada mujer viviera según su ideal de belleza y no conforme a la imitación de los mandatos estéticos del momento. Por este motivo, la personalidad emergió como un atributo que

371 La mujer, el hogar, la moda: Cápsulas de belleza. En: El Colombiano. Medellín, 17, noviembre, 1960, p. 7, sección 2

372 Complemento Plus-Forma (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Julio 31, 1967. no. 2597, p. 38

actuó en forma de recordatorio, una traza impresa por sí misma dentro del medio social. Y, ante la popularidad de las artistas del mundo del espectáculo y de las mujeres modelos o reinas, quienes se convirtieron en los íconos y figuras más representativas de la belleza femenina, esta cualidad se reivindicó con el fin de evitar estándares homogenizadores y únicos que llevarían al traste el fundamento democratizador de una belleza "consumativa" y "abierta" para toda clase de mujer. Así, la regla de oro designó como imperativo esencial mostrarse siempre según su personalidad, sin tratar de imitar a otra persona como las actrices o la joven más atractiva del colegio. Esto también se hizo extensivo a la imitación de las tendencias de la moda, sin tener presente las formas de su cuerpo y su personalidad, con el único fin de agradar a las otras personas o al grupo social en el cual se desenvolvieron. La idea era vender su propuesta personal, imprimir detalles que sirvieran como huella única frente a la homogeneidad de las tendencias en el mundo del vestuario,[373] permitiéndole un margen de iniciativa con respecto al imperio aparentemente avasallante de la moda.[374]

Bajo una óptica que proclamó una apertura mayor hacia unos ideales de belleza más democráticos, progresivamente el "imperativo de ostentación" se fue atenuando para incorporar en su lenguaje un código estético más acorde con las exigencias del periodo, que anunciaban la apertura hacia las diferentes expresiones del ser individual. Estos cambios se hicieron evidentes, especialmente, en la concepción de una de las palabras favoritas dentro del mundo de las apariencias: la elegancia.

Aunque su definición en el código de la moda fue, por mucho tiempo, una cualidad y un elemento de diferenciación social entre lo noble y lo popular, durante la década del sesenta se consolidó aún más la concepción de una elegancia, visualizada desde los años anteriores, como el punto de equilibrio entre los designios de la moda y la personalidad. Atrás quedaba su representación

373 La mujer, el hogar, la moda. Cápsulas de belleza. En: El Colombiano. Medellín, 26, octubre, 1961, p. 2, sección 2

374 LIPOVETSKY, Gilles. El imperio de lo efímero: la moda y su destino en las sociedades modernas. 4ª ed. Barcelona: Anagrama, 1994, p. 110

como sinónimo de lujo y de riqueza, asentándose más bien una oposición casi tajante entre ambas cualidades: si la elegancia simbolizaba el "simple buen gusto", el lujo en muchas ocasiones se asociaba con el derroche, lo "artificioso y afectado". Lo anterior fue la consagración de un precepto esencial para el adorno del cuerpo femenino: más vale pecar por sencillez y no por un exceso de ostentación, una característica propia de las "personas burdas", que intentaban escalar posiciones sociales al adquirir el rango de "nuevas personas adineradas". Asimismo, requirió la acción activa del sujeto dentro de un examen concienzudo, casi racional y esmerado, de las características personales que se podían resaltar mediante la combinación armoniosa de los atavíos, los accesorios y el maquillaje. Desde esta óptica, el modo de vestir debió revelar el ambiente, la personalidad, la cultura y las aspiraciones, sin olvidar detalles físicos como la edad, la estatura, la silueta, el peso corporal:

> Con el mismo sentido crítico con que todas deben estudiar las líneas y características del rostro, debe analizarse detenidamente la figura. (...) Aprende a vestirse siempre con sentido común. En la compra o hechura de vestidos es necesario poner todo el cuidado y una buena dosis de imaginación. No debes guiarte nunca por tu capricho personal, sino por lo que honradamente consideres que se adapta a tu figura. Recuerda que la belleza de un vestido está en función de tu propia belleza; por eso debes conservarte bella todo cuanto puedas. [375]

El aparente éxito de los códigos democráticos en el mundo de la belleza femenina en este periodo, no necesariamente significó la ruptura definitiva con las representaciones tradicionales acerca de la belleza y de sus diferentes componentes que la caracterizaron. Dentro de este discurso, la personalidad de la mujer no fue concebida como una cualidad innata y natural, sino que debió

375 Modo de vestir siempre bien. En: El Colombiano. Medellín, 18, diciembre, 1965, p. 16

cultivarse hasta alcanzar su perfeccionamiento con una serie de consejos y enseñanzas promovidos en los medios de comunicación y en las academias de glamour: "Señoras y jovencitas desde 13 años. Aprovechen sus vacaciones! Inscríbanse al último curso intensivo de Glamour de Sears. Desarrolle su personalidad y conviértase en una persona distinguida y atractiva. $300 y lo puede cargar a su cuenta. Cupo para 40 alumnas. Iniciación Dcbre 5 de 1.966".[376]

El centro de interés de esta acción pedagógica reivindicativa de la personalidad femenina fue el glamour, una cualidad propia de la mujer que otorgaba cierto magnetismo y fuerza a su presencia en el medio social. No bastaba solo tener la silueta ideal o los rasgos físicos más armoniosos para generar admiración entre las personas; era necesario cultivar otras cualidades que permitieran hacer la distinción entre la simpleza propia de las bellezas naturales y una belleza constituida como un todo armonioso de partes que involucraban el aspecto físico, la forma de comportarse y la personalidad. La española María José de Gamboa en su escuela de glamour ubicada en Bogotá, aún vigente en pleno periodo de los "coca colos",[377] combinaba la enseñanza de ejercicios físicos para conservar la silueta esbelta, con una serie de prácticas que aseguraban el anhelado sueño de éxito social de muchas mujeres de la clase media y alta. Así, sus alumnas del Gimnasio Femenino y las modelos enviadas por los diferentes almacenes de vestuario, debieron aprender todo un código de comportamiento social adecuado para cada espacio y actividad del día: sentarse adecuadamente; encender y dar un encendedor; salir elegantemente de un carro; caminar por la calle; quitarse un abrigo; posar para una foto; tener un tono de voz adecuado, entre otros.[378]

Entre la gama de prácticas impartidas en la enseñanza del glamour, recibieron especial atención las actividades concentradas en el desarrollo de destrezas para el control y manejo del cuerpo

376 Curso intensivo de Glamour Sears (Anuncio). En: El Colombiano. Medellín, 1, diciembre, 1966, p. 17

377 Jóvenes que intentaron romper con las concepciones tradicionales a través de un vestuario, peinado, formas de divertirse y de comportarse más liberales.

378 Una escuela para enseñar las Cocas Colas a ser... glamourosas, funciona en Bogotá. En: Cromos, Bogotá. Octubre 22, 1962. no. 2360, pp. 40-45

en público, en cuanto fueron catalogadas como un recurso de comunicación usado por el individuo para trasmitir sutilmente los destellos de su personalidad en el medio social. Con el fin de hacer comprender mejor esta posición, se evocó como ejemplo el ícono femenino de la modelo profesional, al caracterizarse por la sencillez y naturalidad de sus movimientos corporales, lejanos a los ademanes bruscos y balanceos artificiosos, considerados de "mal gusto" por sus connotaciones negativas asociadas a lo ordinario e inculto. El balance perfecto estaba en la sobriedad de los movimientos y la suave firmeza de los pasos al caminar, que se lograba mediante la sincronización de ciertos movimientos de las diferentes partes del cuerpo.

Un detalle final del glamour se encontró en la voz, considerada un elemento esencial del encanto femenino dentro de unas relaciones sociales que, paulatinamente, comenzaron a alejarse de los ademanes propios de la cortesía señorial -lejanos al toque íntimo y la cercanía entre las personas-, para concederle un sitio crucial al lenguaje hablado que tenía la facultad de aumentar el aura mágica envolvente y magnética de una mujer. Nuevamente, los códigos democratizadores se hicieron presentes para asignarle a la "voz agradable" un papel importante dentro de la belleza, en cuanto tuvo la capacidad de hacer olvidar un "físico mediocre". La columnista de *Cromos* Josine Lannoy, destacó que una voz bonita era un "arma de encanto", capaz de conmover mucho más que un bello rostro. Caso contrario ocurría con una "voz discordante" (chillona, demasiado baja, monocorde, nasal o precipitada), que dejaba en la trastienda los mejores atractivos, al causar una mala impresión y anular "ciertas simpatías incipientes". No obstante, las atribuciones concedidas a la "voz bonita" no dependieron de las características genéticas o naturales -una percepción bastante fatalista-, sino de una serie de acciones enfocadas en mejorar o corregir la voz de nacimiento: para hablar con facilidad y articulando claramente las palabras, era necesario realizar ejercicios de respiración profunda (inspiración y expiración), destinados a fortalecer las cuerdas vocales y, unos ejercicios de articulación para hacer más comprensible el mensaje comunicativo.

En la corrección de los defectos propios de la voz natural, se hizo especial énfasis en tres problemas: la voz monótona, los defectos propios del aparato de fonación y de articulación (tartamudeo, seseo, pronunciación confusa) y una voz sin timbre. En el primer caso, era necesario hacer "más expresiva" la voz por medio de un ejercicio que representaba los diferentes estados emocionales (alegría, tristeza, dolor, amenaza, súplica, etc.). Cuando las personas representaban problemas de pronunciación o su voz se caracterizaba por ser "sorda" o "nasal" debido a algunos defectos orgánicos o tics, era importante consultar al especialista para "reeducarla". Finalmente, la voz sin timbre fue considerada un problema con graves consecuencias emocionales por la inseguridad que generaba en el individuo, al sentirse aparentemente desplazado porque "nadie lo escuchaba". Por este motivo, la tarea prioritaria consistió en aprender a "sonorizar" la voz o alcanzar un registro intermedio, que permitiera a la persona expresarse con naturalidad y soltura. ¿Cómo se lograba esto último? Mediante la asociación de un trabajo consciente de escucha y de movimientos respiratorios en un lugar al aire libre: "Para descubrir el registro intermedio de su voz, respire lentamente, emita el sonido "A" sin contraer la garganta y sin que el sonido sea nasal. Entre las notas emitidas sin esfuerzo, escoja la que usted pronuncie más fácilmente y con la máxima sonoridad. Adóptela como registro y lea algunos versos haciendo gravitar su voz alrededor de esa nota".[379]

Todas estas prerrogativas destinadas al cuidado del cuerpo y a la conservación de la belleza, si bien demostraron que la mujer comenzaba a integrarse en el mundo público a través del trabajo y de su participación en el mundo político, esto no significó una ruptura total con el antiguo ideal femenino que la consagraba a los buenos modales, la personalidad y la belleza. Así, en el curso del desarrollo propio del sistema capitalista, ella continuará desempeñando su antiguo rol de "artículo suntuoso" en las revistas y en las secciones femeninas. Pero en esta ocasión,

379 Todas las voces, incluso las débiles, pueden desarrollarse por el ejercicio, si se han asegurado y si la respiración es buena" Detalles: Un arma de seducción. La voz", Cromos, no. 2505, Bogotá, 13 de septiembre, 1965, pp. 28-29

el ideal de belleza femenina consiguió adaptarse a las condiciones cambiantes de la "emulación pecuniaria" que, según Tolstein Veblen, hicieron parte de un fenómeno propio de la sociedad industrial: la expansión de la escala de "reputación pecuniaria" hacia los estratos más bajos.[380]

Contrario a la percepción de Veblen, en la década del sesenta la belleza física conservó su significado como señal de consumo vicario, en la medida que la sociedad mantuvo las diferencias entre estratos sociales, aunque aparentemente las revistas y las secciones femeninas proclamaran la llegada de un ideal de la belleza más democrático para todas las mujeres, sin distinción de edad, estrato social y condición económica. En este contexto, las recomendaciones de la dietética moderna, las rutinas de belleza, la alimentación, los ejercicios, las cirugías plásticas, los tratamientos cosmetológicos y estéticos, continuaron siendo un tipo de prácticas destinadas para las mujeres de estratos altos, quienes contaron con el tiempo suficiente y la capacidad económica para hacerlo. La cuestión radicó en que si bien las nuevas formas de ascenso social, facilitaron a las mujeres de estratos bajos el acceso a las prácticas y productos estéticos, su accionar estuvo supeditado a la cantidad de recursos económicos que poseían, algo casi imposible para la mayoría que no contaba con un empleo o debía sostener otros gastos destinados al hogar y la familia.

3.4 El universo femenino y los dictados de la moda

Con un derroche de posibilidades y de formas, la moda se convirtió aparentemente en la representación más cercana del proceso de democratización generado dentro del mundo moderno, dejando de ser un artificio limitado a ciertas clases sociales para convertirse en un fenómeno de masas. Dentro de esta dinámica, el "modelo aristocrático" sostenido por las clases más poderosas en los siglos anteriores fue sometido a un proceso

380 VEBLEN, Thorstein. Teoría de la clase ociosa. Madrid: Fondo de la Cultura Económica, 2002, pp. 153-154

paulatino de democratización. Esto significó la conversión de la elegancia y el buen gusto en el vestir, en una meta general que ya no estaba supeditada a unos recursos económicos o una posición social, sino más bien hacia el cumplimiento de los imperativos de la feminidad, la armonía, la sencillez, la comodidad, la practicidad, la elegancia.[381]

Como sinónimo de esta tendencia "democratizadora", los grandes diseñadores de alta costura dejaron de vestir a una minoría de mujeres privilegiadas para incursionar en el mundo de las grandes masas, mediante la producción en serie de unos diseños reproducidos por la creciente industria de confecciones. La consigna estaba centrada en la necesidad de hacer sentir a una mujer hermosa sin importar la edad, el peso, la estatura, pero sin dejar de lado las últimas tendencias de la moda, un logro posible con la estandarización de las formas y tamaños de las tallas, que permitieron la adaptación proporcional del vestuario a los cuerpos y personalidad de las personas anónimas.[382]

Las circunstancias sociales, políticas y económicas así lo permitieron, en cuanto el ideal de democratización fue el resultado de una combinación de diferentes tendencias, propias de una economía capitalista interesada en fomentar la necesidad de consumo entre las personas. Todo esto fue posible gracias a un mercado creciente de suministros baratos para la industria de las confecciones y a la compra de máquinas de coser caseras a través del sistema de crédito.

El papel desarrollado por la prensa local y nacional fue clave en este proceso, al incorporar mundos e ideologías provenientes de espacios geográficos diferentes (Estados Unidos y los grandes centros urbanos de Europa), caracterizados por tener un ritmo de

381 LIPOVETSKY, Op. Cit., pp. 138-139

382 La fabricación de la indumentaria de masas, iniciada aproximadamente en los años treinta, en la década del sesenta necesitó la ayuda del diseño industrial para producir tejidos, géneros y vestidos, en los cuales se integraron la novedad, la fantasía y la creación estética, con los modelos proporcionados por las colecciones de temporada diseñadas por las grandes casas de Alta Costura. Con el estilismo, el vestido industrial de masa cambió de condición, para transformarse enteramente en un producto de moda". IBID. pp. 122-123

vida derivado de los cambios generados por el posicionamiento del capitalismo económico, que acrecentaron una mentalidad individualista y centrada en el consumo como estilo de vida. Este fenómeno tuvo amplias repercusiones en el rol de la mujer y en las representaciones sociales que sobre ella recayeron, especialmente cuando incursionaron en una mayor cantidad a la vida laboral, educativa y profesional.

Por esta razón, el discurso de la moda hizo partícipe a la mujer de un ritmo de vida diferente al mundo tradicional, a partir de la definición de una variante que promocionó la democratización de las tendencias internacionales propuestas en el ámbito de la moda, como una estrategia utilizada por las grandes industrias de cosméticos, artículos para el cuidado de la belleza, vestuario y accesorios, para acrecentar sus ganancias. No en vano, dentro de esta dinámica de consumo se promocionaron entre un público femenino con múltiples ocupaciones, diferentes productos destinados a la conservación de la belleza y a la emulación de las tendencias de la moda. Una vez impuesta la necesidad de consumo en este sector de la población, no se pudo dar vuelta atrás en el proceso de consolidación de un mercado de consumo masivo de productos estéticos y de vestuario.

El ingenio y la creatividad hicieron parte de esta tendencia. Como un recetario de cocina, la prensa presentó al público femenino una serie de recomendaciones enfocadas en la utilización racional del presupuesto, sin tener que sacrificar su buen gusto y la creciente necesidad de estar a la moda. Si una mujer carecía de los recursos para adquirir las últimas tendencias, se recomendaba coordinar el grupo de colores de su ropa y familiarizarse con los precios y la calidad del vestuario ofrecido en los almacenes de alta costura, lo cual les permitiría adquirir un criterio suficientemente claro para comprar una indumentaria más económica. Para la columnista Helen Hennessy de *El Colombiano*, el mandamiento principal del bajo presupuesto y el buen gusto, no solo consistió en hacer un uso racional de los recursos, sino también en combinar adecuadamente los trajes teniendo como base la adquisición de prendas separadas que podían ser mezcladas según los mandatos de la moda.[383]

Dentro de este lenguaje utilizado como estrategia para diversificar y hacer más democrático el mundo de la moda, la consigna no solo se centró en el manejo racional de los recursos económicos, sino en la posibilidad de diseñar y crear vestuarios acordes con la personalidad, la forma corporal, los intereses y gustos de cada individuo. Como parte de una táctica publicitaria, la creciente industria de textiles bajo la consigna "Usted puede hacerlo en casa, en el material que prefiera", pretendió mejorar los niveles de consumo de telas nacionales en el ámbito local. En el caso de Coltejer, su publicidad supo aprovechar esta situación para posicionar sus telas en el lucrativo mercado de la moda femenina, al anunciar su capacidad de renovación constante en los diseños y colores según las últimas tendencias del vestuario.[384]

El uso racional de los pocos recursos económicos disponibles sin sacrificar el ideal de la elegancia, conjugó dos elementos claves que permitieron a las mujeres del común acceder a las "últimas" tendencias de la moda: el arte de la modistería y los patrones publicados en las secciones femeninas de los diarios y en algunas revistas femeninas. Por este motivo, como un "verdadero fenómeno revolucionario" se anunciaba la comercialización en Londres de una modalidad consistente en una serie de patrones especiales vendidos en los almacenes para las mujeres de pocos recursos económicos, quienes deseaban conservar un estilo elegante con un presupuesto modesto. Medellín no fue ajena a esta situación, no solo mediante la venta de los reconocidos figurines donde se plasmaron imágenes de los trajes con las respectivas especificaciones para su confección, sino con la publicación de patrones y fotografías de vestidos en las revistas femeninas como *Cromos* y en las secciones femeninas de los periódicos de circulación local como *El Colombiano* y *El Obrero Católico*.

Pero este ejercicio de interpretación de las particularidades presentes en cada patrón, necesitó de un conocimiento previo

383 Trajes de otoño que duplican el vestuario. En: El Colombiano. Medellín, 7, diciembre, 1964, p. 17

384 Calidad Coltejer cada centímetro (Anuncio). En: Cromos, Bogotá. Mayo 15, 1961. no. 2288, p. 55

adquirido a través de la experiencia en la confección de trajes. Así, cuando los recursos fueron escasos o el tiempo era limitado para aprender acerca del "arte de la costura", la figura de la mujer-modista se convirtió en el mejor aliado de la mujer del común, un intermediario que interpretaba las variaciones más importantes en los diferentes patrones, sin olvidarse de las particularidades de cada cliente relacionadas con sus medidas corporales, su figura y su personalidad.

Aunque la relación entre la mujer-modista y la mujer del común fue muy estrecha, esta dependencia pudo ser superada con los cursos de corte y confección de trajes dictados por personas particulares o por las diferentes academias de costura en la ciudad. De esta forma, las mujeres del común se convirtieron en seres artífices y creadores de sus propios trajes de acuerdo con las últimas tendencias, una situación que no solo mostró su habilidad y destreza manual, sino su capacidad para traducir y adaptar los trazos de los patrones creados por diseñadores reconocidos a su figura física y personalidad. Para hacer realidad estas tendencias promocionadas en este medio, su gran aliado fue la máquina de coser, un instrumento que se popularizó con mayor fuerza a raíz de la creciente bonanza textilera y el importante lugar que estaba adquiriendo la moda dentro de los círculos populares. Esto último fue posible gracias a la labor desarrollada por el cine y la prensa a través de las figuras rutilantes del mundo del espectáculo y del entretenimiento, quienes sirvieron de "maniquíes" para promocionar los últimos diseños en el vestuario y los accesorios.

Para ser artífice de sus propios trajes, la mujer del común previamente debió realizar un trabajo planificado y creativo, el cual estuvo enfocado en la meta de diseñar un sinnúmero de prendas básicas como faldas, blusas, pantalones y vestidos, intentando imitar los criterios de la moda promocionados en la prensa y en los figurines. Con el fin de maximizar sus recursos económicos, fue importante realizar una "compra inteligente" de retazos o telas a bajos precios, para garantizar la variedad de diseños y colores necesarios que conformarían un guardarropa diverso y adaptable a diferentes momentos del día y ocasiones especiales. La clave

estaba en comprar una tela que combinara adecuadamente con el patrón deseado, pero intentando adaptarla a las medidas de su cuerpo y su personalidad, sin caer en exageraciones y extravagancias que quebrantarían su presencia ante los demás. Si bien la preocupación principal en el diseño y adaptación del vestuario estaba centrada en economizar dinero, en el fondo del asunto se hallaba la idea de diseñar una prenda de calidad, elegante y personalizada, que se convertiría en su mejor carta de presentación ante la sociedad.

> Ciertamente usted cose para economizar dinero, pero antes de nada hágalo para obtener una prenda de calidad que es tan esencial. Hay tantas maneras en que usted puede hacer resaltar su propia destreza en el diseño y crear realmente un bello traje que es personal y atractivo y con un costo exiguo. Su buen gusto le guiará para que no sea extravagante en lo que confeccione. Siga los dictados de la moda y no tema expresar su propia personalidad. (...) Procure ser individual en sus modelos, pero no lo exagere para que tenga trajes que vayan de acuerdo durante sus ansiadas vacaciones. [386]

Muy ligado a la democratización de las tendencias de la moda estuvo el fenómeno de la personalización del vestido, que consistió en la adaptación acorde con las características físicas, los gustos, las actitudes, los intereses y la edad de la mujer. Con el "vestido psicológico", un individualismo más hedonista recobró protagonismo dentro de la moda, en la medida que se encontró en el culto del cuerpo y la apariencia física, la consagración del paradigma dirigido hacia la realización del individuo, el declive de la moral centrada en el deber, el comienzo de la masificación del consumo y el poder de influencia de los medios de comunicación.[387]

Pero, ¿cuáles fueron las razones para la afirmación de la individualidad en el discurso de la moda? Para Lipovetsky, la justificación estuvo en los nuevos valores ligados a las sociedades liberales del estadio de la producción y del consumo de masas,

386 Cosiendo en el hogar. En: El Colombiano. Medellín, 20, enero, 1968, p. 17

que tuvieron mayor vigencia gracias a la cultura juvenil de los años cincuenta y sesenta. Esto precipitó la difusión de los valores hedonistas y contribuyó a la reivindicación individualista, al generalizarse la manifestación del inconformismo frente a la tradición y la expresión personal de la espontaneidad, la relajación y la libertad. La moda no fue ajena a esta dinámica y adquirió una "connotación joven" al expresar mediante sus tendencias en el vestuario y accesorios, un estilo de vida emancipado, libre de obligaciones con respecto a los cánones tradicionales, desinteresado en la ropa de lujo, la elegancia y el chic, que evocaban un tiempo pasado basado en los valores aristocráticos. Esto permitió el ingreso de una nueva fase centrada en una "lógica individualista", en donde el vestido dejó de ser un "signo de honorabilidad social", para convertirse en el símbolo de la nueva relación con el Otro, centrado en la seducción y en la valoración de sí mismo para agradar y ser reconocido por las demás personas.[388]

En esta dinámica democratizadora, la prensa aconsejó crear un vestido conforme con la personalidad, las circunstancias laborales, los intereses personales, la profesión y la figura corporal de la usuaria pero, sin dejar de lado, la elegancia y el buen gusto como valores acreditados mediante la imitación de las últimas tendencias de la moda creadas en los grandes centros mundiales (París, New York o Londres). Como parte de una reivindicación centrada en una "lógica individualista", esta elegancia democratizada se tradujo en la forma correcta de utilizar los elementos de cada tendencia de la moda, según las circunstancias, la personalidad y la figura corporal. En esta ocasión, el concepto de elegancia tanto en el discurso como en la práctica, no se relacionó indisolublemente con el lujo y la ostentación exhibidos a través de objetos de alto valor económico y simbólico, sino con la sencillez y el descarte de lo "artificioso y afectado" en el modo de vestir. Lo anterior llevó a descartar el lujo como una cualidad *sine qua non*, en cuanto una mujer adinerada podía trasgredir la norma básica de la simplicidad de las formas para caer en el derroche excesivo.

387 MARTÍNEZ BARREIRO, Ana. Mirar y hacerse mirar: La moda en las sociedades modernas. Madrid: Tecnos, 1998, pp. 128-129
388 LIPOVETSKY, Op. Cit., pp. 135-137

Parte esencial de este nuevo ideal fue el conocimiento del cuerpo, específicamente, en la definición de los aspectos que beneficiaban o perjudicaban su representación ante el mismo individuo y, por consiguiente, ante el resto del mundo, como si fuera una carta de presentación en la sociedad. No en vano, insistentemente se hizo hincapié en la necesidad de conocer el cuerpo, explorarlo, ingresar en los terrenos que en el pasado fueron inescrutables debido a la vigencia de ciertos valores tradicionales, que condenaron su conocimiento por despertar la lujuria y el placer carnal en el alma. Por esta razón, dentro de las normas de la elegancia se consagró la importancia de vestir de acuerdo con el ambiente, la cultura y las aspiraciones personales. Para lograrlo era decisivo hacer un estudio detallado personalizado, teniendo en cuenta las diversas variables que podían influir en la forma de proyectarse el vestido al exterior (la edad, la estatura, la silueta, el peso, las líneas y características del rostro), pero sin dejar de lado el sentido común y la autocrítica, dos elementos esenciales que brindaban a la mujer cierta dosis de racionalidad para hacer o comprar un atuendo de acuerdo con la adaptación a su figura y no por un simple capricho personal.

> Ser elegante es ser original; la mujer elegante es real y lleva la ropa y accesorios despreocupadamente, sin parecer un maniquí. No necesariamente está a la última moda, sino que sabe descubrir en ésta lo que le queda bien. Es ante todo sencilla ella misma: "Porque ser elegante es tener buen gusto, es decir sensibilidad para combinar diseños y colores. Ser elegante es llevar el traje adecuado según la ocasión. Es permanecer nítida sin perder autenticidad. Es ser sencilla, refinada, real. Es saber conservar la personalidad, realzándola, no con la idea de copiar a otras. Más bien con la intención de que otras la imiten". [389]

389 En 1962: las más elegantes. En: Cromos, Bogotá. Diciembre 24, 1962. no. 2369, pp. 37-42

Si la moda para la "mujer-moderna" se convirtió en el signo por excelencia de su reciente conquista centrada en la reafirmación de su individualidad y personalidad, también fue un símbolo del encuentro de la mujer con las nuevas obligaciones y desafíos que surgieron por fuera de sus hogares, debido a su incursión en el mundo laboral y profesional. Reflejo de esta tendencia fue la asimilación del estilo de vida norteamericano en la moda femenina, caracterizado por el uso de telas "modernas" que tuvieron como cualidad esencial su fácil lavado y poca necesidad de planchado. Asimismo, se impuso la utilización de trajes para cualquier ocasión, en los cuales se adoptaron gradualmente las tendencias pasadas con las tendencias nuevas, sin sacrificar la buena calidad en los materiales y los diseños variados que incorporaron estéticamente los colores y las formas. De esta manera, el discurso de la moda integró como parte de su vocabulario la "comodidad" y el "espíritu de lo práctico", dos cualidades que reflejaron los valores modernos al establecer la necesidad de adaptar su cuerpo a las nuevas responsabilidades y demandas energéticas exigidas en el ritmo de vida moderno, diametralmente opuesto a la vida tranquila y poco dinámica del pasado.

Al hacerse mención de un discurso de la moda centrado en la personalidad, esta situación igualmente se tradujo en la apertura de un proceso de reafirmación como sujeto autónomo e independiente de los cánones y esquemas socialmente establecidos. Dentro de esta tendencia, la mujer del común se convirtió aparentemente en un ser autónomo e independiente al tener "voz y voto" en la elección de su apariencia, siendo considerados el traje y sus complementos como la mejor forma de expresar su ser individual y su personalidad, aún frente a la influencia avasalladora de los diseñadores como supremos jueces en el mundo de la moda. Tras varios siglos de construir imágenes prefiguradas femeninas que siguieron al pie de la letra las últimas variaciones en el vestuario, en el discurso de la moda se fue incorporando un nuevo tipo de mujer que, sin dejar de ser femenina y elegante, comenzó a ser autónoma en sus decisiones con respecto a sus gustos e intereses personales reflejados a través de sus trajes.

Conocedora de su cuerpo y de las tendencias de la moda desde muy joven, ella pudo conjugar acertadamente los colores, las texturas y las formas, con su personalidad, expectativas, edad y gustos, cumpliendo con los parámetros establecidos en la moda. Así, contra la imagen "inocente" de la niña del pasado que asumió con cierta resignación el vestuario impuesto por sus madres, las jóvenes del presente desarrollaron esa capacidad para decidir los atuendos más acordes con su gusto y personalidad, un proceso posible gracias a las revistas y las secciones femeninas de los periódicos, que presentaron las últimas variaciones en el campo de la moda juvenil con un lenguaje sencillo y directo. Al respecto la columnista de *Cromos* Lucy Samper señaló lo siguiente: "Saben, mejor que sus mamás, qué vestido les "sienta". Y que esto no se tome como crítica a las progenitoras, sino como un elogio al buen gusto de las muchachas modernas".[390]

Dentro de esta dinámica, el medio más importante utilizado por la mujer del común para definir su posición como sujeto creador fue el detalle en el vestido, dentro del cual se incluyeron accesorios, telas, colores y variaciones en la forma del patrón de moda, para ajustarlo a su estatura, su peso y su personalidad. La importancia de esta acción radicó en la posibilidad de eliminar el temor creciente de encontrar en la calle otra persona con el mismo traje, un suceso bochornoso para una mujer que comenzaba a incursionar en el mundo social, quien estaba deseosa de imprimir su huella personal en cada una de sus actuaciones públicas.[391] Bien lo percibió Ronald Barthes cuando afirmó que aún frente a los mandatos de carácter oligárquico establecidos por el *fashion-group* o la redacción de la revista, el traje podía evidenciar las situaciones transitivas del ser expresadas en los modelos definidos por las condiciones sociales y psicológicas del individuo (roles y creencias). Desde esta percepción, la lógica del detalle se convirtió en un aspecto significativo de la personalidad del individuo dentro del sistema de la moda, en cuanto permitió acumular y conectar en el vestido pequeñas esencias psicológicas del ser, incluso contradictorias.

390 Ellas escogen sus vestidos. En: Cromos, Bogotá. Mayo 11, 1964. no. 2437, pp. 28-29
391 Así obtendrá "SU traje no el de otra", Cómo transformar un traje. En: El Colombiano. Medellín, 8, enero, 1961, p. 11

Así, dentro del sistema de la moda promocionado en la prensa, se mostró la asimilación de pequeñas variaciones establecidas por cada individuo dentro de las tendencias vestimentarias, convirtiendo sus mandatos en una práctica individual accesible a cualquier presupuesto. [392]

Pero más allá del impacto psicológico sobre la mujer del común, su reivindicación silenciosa mediante el uso del detalle le permitió hacer frente al creciente espíritu consumista promovido abiertamente por el prê-à-porter y la moda unisexo.[393] Si bien Lipovetsky afirmó que el prê-à-porter fue el resultado de una serie de recursos (renovación de diseños cada año, accesorios y telas innovadores, entre otros) utilizados por la industria para garantizar la originalidad de los diseños, su "plus" creativo y su sello personalizado,[394] para la mujer del común la posibilidad de lucir un vestuario personalizado e individualizado estuvo limitado a las opciones y las tendencias promovidas en el mercado, que estuvieron acordes con las novedades de la moda impuestas desde los grandes centros de la alta costura. En cuanto a la moda unisex, las barreras difusas entre ambos sexos no fueron totalizantes y generalizadas, en la medida en que surgieron nuevas diferenciaciones y pautas en el vestir regidas por la separación de las apariencias sexuales derivadas, en gran parte, de la permanencia dentro del sistema de representaciones de un tipo de mujer femenina y atractiva para el hombre.[395] Al respecto, la columnista de *El Colombiano* Helen Hennesy, destacó que la moda había sufrido un giro destinado a la reacomodación de las formas sexuales en el vestuario, particularmente en los detalles propios de la silueta femenina (la cintura; la falda amplia y movible; las

392 BARTHES, Roland. Sistema de la moda. Barcelona: Editorial Gustavo Gili, 1978, pp. 210-211 y 219)

393 Si la primera tendencia significó la posibilidad de adoptar masivamente los trajes creados por una generación de diseñadores, quienes visualizaron en su popularización un mercado en crecimiento y una forma de trascender los confines de la alta costura, en el caso de la moda unisex fue el reflejo de las diferentes representaciones que empezaron a circular con respecto a los roles sexuales, en los cuales comenzó a evidenciarse con mayor fuerza una frontera difusa en las formas corporales establecidas para el hombre y la mujer. Así, la eliminación de la disyunción indumentaria entre los sexos se tradujo, como bien lo señaló Lipovetsky, en la inclusión parcial de la ropa masculina en la lógica de la moda y, por otra parte, en la adopción generalizada de elementos propios del vestuario masculino

mangas largas y holgadas; los estampados de flores y cuadros), lo cual permitió hacerle frente a la gran similitud en los diseños que, desde años anteriores, definieron las tendencias de la moda femenina y masculina.[396]

No obstante, aun cuando el discurso de la prensa difundiera una versión democratizadora de la moda, la realidad y algunos trazos en el discurso mostraron una dinámica diferente, en donde el vestido se convirtió en una forma de mostrar el "lujo ostensible" y en una versión más moderna del "derroche ostensible" que exhibió el poderío de las clases burguesas en la sociedad industrial.

Tolstein Veblen en el siglo XIX ya lo había anunciado en su libro *La teoría de la clase ociosa* (1899), cuando afirmó que las mujeres de las sociedades industriales al convertirse en objeto de consumo vicario, una subclase dedicada al ocio y al gasto ostensible de los bienes y riquezas de sus esposos, exhibieron ante la sociedad su situación pecuniaria a través del traje. El vestido como prueba de este derroche ostensible, fue confeccionado para acreditar que la usuaria no se dedicaba a ninguna especie de trabajo productivo. Así, con un atuendo elegante se indicaba la capacidad de consumir un valor relativamente grande, y se sugería la posibilidad de consumirlo sin producir, ajustándose a los patrones acreditados de gasto y reputación.[397]

Aún en plena década del sesenta, esta ley del consumo vicario del traje se vio reflejada en un tipo de mujer que sobresalió no solo por su poder económico, sino por su reconocimiento en el medio social: la mujer-ícono. Gracias a su labor desarrollada como

---

en la moda femenina (el pantalón, el jean, las botas, entre otros).

394 LIPOVETSKY, Op. Cit., pp. 126-127

395 Para Lipovetsky, la moda unisex no constituyó el punto culminante de la reivindicación de la igualdad entre los sexos, al menos en el campo de la moda. Esta acción progresiva e incuestionable en la moda, no tuvo como objetivo la eliminación radical de las apariencias entre ambos sexos, sino la asimilación de un dimorfismo sexual sutil en las prendas. La moda en su fase de democratización permitió la cohabitación de pequeñas oposiciones representadas en la distinción sexual de las formas, junto con un sistema de oposiciones mayores elaboradas a través de la propagación de las tendencias generales unisexo. IBID. pp. 146-147

396 (Las jovencitas serán jovencitas de nuevo, El Colombiano, 28121967_15)

figura representativa de la belleza y la elegancia, este prototipo femenino se convirtió en el modelo ideal de muchas mujeres, en el cual se emuló la elegancia y la juventud, dos características promovidas dentro del mundo de la moda en este periodo. Ellas y solo ellas fueron realmente quienes vivieron los mandatos de la moda en todo su esplendor, los dieron a conocer y los exhibieron ante el público con un estilo característico, siempre destacándose por su elegancia como prueba de su poder económico y social.

Las revistas de mujeres y las secciones femeninas de los periódicos supieron explotar esa cualidad que identificaba a las mujeres-íconos, hasta el punto de dedicar informes especiales donde los máximos jueces de la moda, los diseñadores y modistos, seleccionaban las figuras femeninas más destacadas en la esfera mundial por su elegancia y buen gusto. Como parte de este selecto grupo de mujeres-íconos, encabezó la lista Jacqueline Kennedy, elegida tres veces consecutivas la "primera dama de la moda", al representar un ideal de elegancia basado en la soltura y la naturalidad en el vestuario. Pero esta característica no fue suficiente para hacer parte de este grupo de notables en el mundo de la moda. Además de los principios del derroche y el ocio ostensible, otro requisito esencial consistió en hacer gala de su riqueza y de su estatus socioeconómico a través de la adquisición de diferentes modelos de prestigiosas casas de modas ubicadas en París, la ciudad más representativa mundialmente en el campo de la elegancia femenina.

Dentro del rutilante mundo del confort y de la riqueza se incluyeron nombres de importantes figuras de la nobleza y esposas de hombres con una ascendente carrera profesional en la política o en la economía, como la reina Sirikit de Tailandia; la señora Joseph P. Kennedy, madre del presidente Kennedy; la señora Charles Wrightsman, esposa de un rico millonario petrolero; la princesa Lee Radziwill, hermana de la viuda del presidente Kennedy; Frederick Eberstadt, perteneciente a la alta sociedad de Nueva York e hija del poeta Ogden Nash; la baronesa Ernst Thyssen-Bornemisa de

397 VEBLEN, Op. Cit., p. 173

Lugano-Suiza; la mexicana Gloria Rubio de Guinness, esposa de un banquero internacional; Herve Alphand; la princesa Alejandra de Kent; la señora de Gianni Agnelli; la Vizcondesa Jacqueline de Ribes; la señora de John Barry Ryan, la señora de David Bruce y la emperatriz Farah de Irán, esposa del shad Mohamed Reza Pahlevi.[398]

El esplendor y magnetismo irradiado por las mujeres-ícono, también fueron promocionados en las revistas y las secciones femeninas por medio de la imagen de una consejera encargada de sugerir las últimas y novedosas recomendaciones en el campo de la belleza y de la moda. Para desvanecer esa imagen de figuras casi "sobrenaturales" y extraordinarias, la clave consistió en la utilización de un lenguaje que procuraba generar cercanía y confianza entre las lectoras asiduas de las secciones femeninas. Reinas de belleza, actrices de Hollywood, esposas de hombres destacados, aparecieron exponiendo al público sus secretos mejor guardados para mantener ese magnetismo y atractivo revelado en su cuerpo y rostro. Aun cuando el discurso de la moda permitió cierto margen a las mujeres del común para decidir su vestuario según su gusto personal, en el fondo del asunto todo era cuestión de adoptar los consejos de las grandes divas y seguirlos al pie de la letra, para garantizar el poder de su atractivo entre los hombres y ser exitosa socialmente.

Una mujer-ícono reconocida por su belleza fue Stella Márquez, "Señorita Internacional", quien haciendo gala de su porte y dominio corporal afirmó que su elegancia fue posible mediante la confección de sus vestidos con paños Vicuña. Por su parte, la revista *Cromos* en la selección de mujeres colombianas caracterizadas por su buen gusto y elegancia, privilegió a un grupo perteneciente a los estratos más altos de la sociedad capitalina, entre las cuales se incluyeron Maryluz Uribe de Holguín, esposa de Jorge Holguín Pombo y modelo profesional; Clemencia Calderón de Santos,

398 Las más elegantes del mundo y de Bogotá. En: Cromos, Bogotá. Enero 22, 1962. no. 2321, pp.44-48; Jacqueline Kennedy es elegida "la primera dama de la moda". En: El Colombiano. Medellín, 4, enero, 1963, pp. 1 y 15; Algunas de las mujeres mejor vestidas del mundo. En: El Colombiano. Medellín, 2, febrero, 1965, p. 17

esposa del jefe de redacción de *El Tiempo* Enrique Santos; Paulina Rueda de Jaramillo, casada con el doctor Bernardo Zuleta; Ana Bejarano de Uribe, esposa de Álvaro Uribe Rueda y estudiante de filosofía en la Universidad de los Andes; Cecilia Restrepo de Urrea, casada con Gonzalo Urrea y estudiante de filosofía en la Universidad de los Andes; María Elvira Herrera Camacho, hija de Guillermo Herrera Carrizosa y egresada de la Academia de Bellas Artes en Roma.[399]

Aunque la proximidad de este prototipo de mujer con el público femenino fue notoria en los medios de comunicación y en la publicidad, su capacidad de atracción e interés estuvo centrada en el magnetismo generado gracias a su labor desarrollada en el mundo social. Su estatus y su elegancia solo fueron posibles al ser representantes de un mundo diferente al de las mujeres del común, un mundo soñado por muchas pero solo posible en la vida real para ellas. Por esta razón, los criterios para establecer la elegancia fueron ambiguos, porque aún cuando en el discurso de la moda se promocionó una posible democratización de este ideal, en el fondo la mujer-ícono conservó su carácter distintivo y único, como elemento diferenciador entre las clases sociales.[400]

Además del principio del derroche y el ocio ostensible, en las mujeres-ícono se hizo más palpable la tercera norma establecida por Veblen: la obligatoriedad de estar a la moda. Como producto de las grandes ciudades modernas que gozaron de la riqueza y movilidad social, ellas se convirtieron en las principales representantes de la elegancia femenina, porque siguieron las últimas novedades sin dejar de lado la combinación armoniosa entre los colores, las texturas, la edad, la personalidad y los recursos económicos. La razón fundamental de este comportamiento se halló en su necesidad creciente de buscar una expresión estética

399 En 1962: las más elegantes. En: Cromos, Bogotá. Diciembre 24, 1962. no. 2369, pp. 37-42

400 Para Jean Braudillard, el principio democrático de igualdad en las capacidades, responsabilidades y posibilidades sociales, traducido en el deseo generalizado de la consecución de bienes como la moda, el automóvil o la televisión, generó y popularizó una imagen de una democracia aparentemente concreta, que en realidad solo se limitó al plano formal. BAUDRILLARD, Jean. La sociedad de consumo: Sus mitos, sus estructuras. Barcelona: Plaza & Janés, 1974, p. 78

agradable, acorde con el patrón aceptado en materia de costo establecido para las mujeres de los estratos sociales altos (consumo vicario).[401] Más allá de esta percepción, este prototipo femenino hizo uso de la moda con el fin de conservar esa capacidad de seducción y de atracción de los hombres.

Si las mujeres-ícono hicieron uso de la moda como una "utilidad ostensible" que puso en evidencia su estatus y poder socioeconómico, ellas debieron basarse en un patrón de cambio continúo y permanente para renovarse constantemente y cumplir a cabalidad con la ley del derroche ostensible. En la práctica, lo anterior se tradujo en la clara diferenciación entre el vestido viejo y el vestido nuevo, siendo este último el símbolo por excelencia del deseo de distinción a través de la novedad, lo actual, lo innovador; la negación de heredar una moda precedente; el triunfo del presente sobre el pasado.[402]

Los diseñadores fueron los artífices que supieron traducir en el mundo de la moda este deseo de ostentación de las mujeres-ícono. Como creadores de las últimas tendencias en el vestuario, fueron reconocidos en algunos sectores con las expresiones de "tiranos" y "magos misteriosos", al crear una moda "teórica" solo accesible para las mujeres-ícono, caracterizada por la incorporación de nuevas ecuaciones, reglas y bases, sobre las cuales se definieron las tendencias que intentaron someter mediante imperativos obligatorios a estas "esclavas" de la moda.[403] Bien lo señaló la

401 VEBLEN, Op. Cit., p. 180

402 IBID. p. 180

403 Según Paul Yonnet, en la moda los hechos trascurren en tres períodos de diferente duración. En los ciclos breves localizó las modas con una existencia de algunas semanas a tres años (la maxifalda, la ultraminifalda); los ciclos medianos comprendieron las tendencias más o menos duraderas que regulan las modalidades de un uso (el acortamiento de la falda, la punta de los zapatos, la raya del pantalón). Finalmente, agrupó en los ciclos más largos, las adquisiciones culturales definitivas (el pantalón de origen popular, suplanta en el siglo XIX el antiguo calzón de los nobles). Por su parte, René Kónig consideró que frente al rumbo cambiante y efímero de la moda, auspiciada bajo el principio de la novedad que definió unos periodos breves basados en el cambio de las estaciones, el estilo correspondió a un ciclo de varias modas que lograron generar una forma duradera de vestuario durante un periodo de tiempo más o menos largo. Esto quiere decir que en determinadas circunstancias y períodos, las formas efímeras de la moda evolucionaron y se consolidaron

columnista Huguette Godin en *Cromos* cuando afirmó que la influencia de los modistos y estilistas franceses en las mujeres era importante para definir un nuevo estilo que reflejaba los detalles más importantes de la elegancia.[404]

La imaginación de los diseñadores fue la carta de presentación que identificó sus creaciones, las cuales estuvieron sujetas a su capacidad para innovar y trascender las tendencias vigentes en cada temporada. Pese a la creciente ola de democratización y personalización que comenzó a promoverse en el mundo de la moda, aún en este periodo los diseñadores fueron los encargados de establecer las normas básicas para llevar un vestido, definiendo los parámetros para su uso (dónde, cuándo y cómo) a través de la evocación de temporalidades y espacios que, en muchas ocasiones, no coincidieron con la realidad de los lugares donde se impusieron en forma de "decretos", creando aparentemente una sensación de cercanía y de espíritu moderno de sus usuarias con los grandes centros de la moda como París, New York y Roma.

Su pretensión máxima -posible mediante la imposición de unos dictados que sancionaban como un hecho negativo el vestuario *pasado de moda*-, consistió en provocar en las mujeres una metamorfosis que desembocaba en la creación del prototipo de la mujer-ícono. ¿Cómo pudo lograr este objetivo si la mujer de esta década pretendía mantener cierto margen de individualidad en muchos aspectos de su vida, entre los cuales se hallaba la posibilidad de escoger su propio vestuario? La cuestión radicó en promocionar a través de esta figura un tipo de mujer, quien aparentemente tenía cierto margen para decidir un vestuario acorde con su personalidad. No obstante, en el fondo el discurso de la moda procuró fomentar la imagen de una mujer atenta al

---

hasta convertirse en formas duraderas de gran aceptación entre la sociedad. Por este motivo, es posible afirmar que la temporalidad de la moda no es un hecho limitado a un ciclo corto, sino también hace parte de una estructura que incluye ciclos largos y medianos (el estilo). YONNET, Paul. Juegos, modas y masas. Barcelona: Gedisa, 1988, p. 225 y KÓNIG, René. Sociología de la moda. Barcelona: A. Redondo editor, 1972, pp. 20-24

404 Cromos para ellas: Del peinado….al despeinado. En: Cromos, Bogotá. Noviembre 28, 1960. no. 2266, p. 45

cultivo de su feminidad, como parte de un culto ideado en función de los deseos masculinos. De ahí se derivaron dos imágenes femeninas que representaban los anhelos de los hombres en materia sexual: la "heroína de novela", caracterizada por ser refinada, interesante, discreta y, la "femme fatale", el sueño de muchos hombres que deseaban un ser provocador, atractivo, sensual, seguro de sí mismo, capaz de convertir en imperativo su capacidad de seducción.

Ante la influencia avasallante de una moda creada a partir del capricho de los diseñadores o *fashion group*, la mujer-ícono se sometió a su reinado como si fuera una esclava de sus decretos, hasta el punto de "jugar" con su silueta y modificarla a su antojo. No en vano, algunos articulistas sentaron su posición ante el presunto dominio ejercido sobre ellas, quienes gracias al influjo de los medios de comunicación, la publicidad y el cine, se convirtieron en los símbolos de referencia de la moda y la belleza de las mujeres del común en la ciudad.

Si la esencia de la moda se centró en el cambio constante para conservar su espíritu de novedad, esto se tradujo en la búsqueda cada vez más extrema de nuevas innovaciones en el vestuario y accesorios que, en algunas ocasiones, rayaban con lo excesivo y extravagante. Al respecto, la columnista de *Cromos* Beatriz de Vieco consideró que la moda era una "paradoja", porque aunque "teatralizara" la vida de una sociedad cada vez "menos auténtica" gracias al influjo creciente del consumismo, en pocas ocasiones sus reflejos (el vestuario) fueron funcionales o utilitarios: "Es por esto que de antemano parece perdido todo juicioso intento por llamar a las mujeres a una rebelión contra la tiranía que dizque unos hombres implantan para morirse luego de la risa".[405]

Una posición similar asumió Sofía Ospina de Navarro, quien afirmó que la moda ejercía sobre las mujeres un poder sobrehumano, casi irracional, dominante e incuestionable, orquestado desde

405 La mini, la maxi y la política. En: Cromos, Bogotá. Diciembre 1, 1969. no. 2713, p. 34

tierras lejanas por los modistos, que no tuvieron reparos para ridiculizarlas aprovechándose del "aturdimiento" femenino generado por su obsesión. Como representante de las normas de etiqueta y buen gusto, Ospina de Navarro criticó la actitud irracional e imprudente de muchas mujeres, especialmente las adultas, quienes adoptaron las nuevas tendencias sin tener presente los requisitos esenciales de la elegancia en el vestir: la edad, la personalidad y la figura física (peso y forma corporal): "¿Cómo puede ser natural que todas las mujeres tengamos que seguir la moda, si el hacerlo nos haría desempeñar un cómico papel en la sociedad? Naturalmente debemos procurar acercarnos a ella hasta donde sea posible, pero conservando siempre la distinción a que estamos obligadas".[406]

Dentro de los comentarios relacionados con la presunta influencia de la moda sobre las mujeres, un tema que generó inquietud entre algunos columnistas fue la creciente popularización de la moda unisex entre ellas. Si para Beatriz de Vieco la "tiranía" de la moda eliminó casi totalmente las fronteras entre los sexos, para la columnista Hilda Pace de Restrepo el rumbo adquirido por las tendencias de vestuario en este periodo, estaba socavando la identidad corporal existente entre hombres y mujeres, hasta crear una uniformidad que incidía profundamente en el comportamiento de las personas y trastocaba su rol definido según el sexo. En el caso de las mujeres, en el escenario de la moda terminaron siendo víctimas de la "caricaturización" que los diseñadores hicieron de su cuerpo con un vestuario contraproducente para su anatomía, una acción con lo cual manifestaron un "profundo odio" y "desprecio" hacia ellas.

Quizás la prenda que más comentarios y críticas generó después del revuelo causado por la minifalda, fueron los pantalones femeninos en sus diferentes formas, desde los modelos juveniles representados en leggins y jeans, hasta los diseños destinados

406 Las dictaduras. En: El Colombiano. Medellín, 7, diciembre, 1960, pp. 3 y 15

para un público más adulto. Aún la influencia de las antiguas representaciones definió su uso para los diferentes espacios, siendo vetado en los lugares citadinos donde el espíritu de la elegancia exigió la utilización de un vestuario que evocara el eterno femenino.

La inclusión de esta prenda tradicionalmente masculina en el armario de la mujer, también despertó el interés entre algunos hombres que vieron con cierto recelo la pérdida de un símbolo por excelencia de su masculinidad. Para el columnista de *El Colombiano* José Gers, el pantalón femenino ofendía la estética femenina y socavaba la dignidad masculina como "reyes de la creación", al ser usado por un nuevo tipo de mujer que pretendía asumir un comportamiento antinatural para igualarse con el hombre.[407]

Frente al auge en el uso de las ropas masculinas por parte de las mujeres, un sector defensor de los ideales adoptados por la Iglesia y la moral burguesa, sentó su voz de alarma ante las posibles consecuencias derivadas de la utilización del pantalón. Su discurso se apoyó en las palabras del cardenal Giuseppe Siri, una importante figura de la institución eclesiástica católica en el mundo, quien fundamentado en argumentos sicológicos y morales, señaló los posibles efectos derivados de su popularización entre ellas. Aunque afirmó que esta prenda no constituía un "grave atentado contra la pulcritud" al cubrirlas adecuadamente, su posición era radical cuando lo consideraba como el causante de múltiples problemas en el seno familiar, al alterarse las "líneas sustanciales de la naturaleza" y, por ende, las leyes divinas, eternas e inmutables, que establecieron una tajante división de los roles según los sexos. Como el vestuario fue la carta de presentación del hombre y la mujer, así como el símbolo por excelencia de su rol cumplido socialmente dentro de la sociedad tradicional, era claro que la alteración en esta materia se convertía en el primer paso para la degradación de la estructura familiar (hijos degenerados, hogares deshechos, la ola de suicidios):

407 Crónicas de José Gers: Mujeres empantalonadas. En: El Colombiano. Medellín, 30, noviembre, 1961, p. 3

> Aunque el hombre evolucionará, porque Dios le ha dejado un vasto período de oscilación, las líneas "sustanciales de la naturaleza, y las líneas no menos básicas de las leyes eternas", jamás han sido transmutadas, no pueden cambiar, no tienen mutación alguna. Si eso pasa violados por la "premisa de vacuas insuflaciones filosóficas", se conjura los hechos de la naturaleza contra los mismos hechos violadores porque la experiencia ha demostrado que los pueblos que fuerzan la línea humana han pasado siempre "tremendas catástrofes".[408]

Las razones para justificar esta posición se centraron en que su uso generaba un "hábito" que afectaba a las mujeres en el plano psicológico, al alterar su "verdadera naturaleza" femenina y hacerlas más propensas a imitar los ademanes y el comportamiento del género masculino (la vigorosidad y la independencia). Su efecto directo y condicionante, que aparentemente desencadenaba una "reacción ante la feminidad", en el fondo revelaba cierta preocupación por la pérdida de la esencia femenina en su comportamiento, caracterizada por la ternura, la abnegación, la modestia, el recato. Por encima de lo anterior, se denunciaba el cambio de su papel centrado en el cuidado de la familia y en la educación de los hijos, para incursionar en otros aspectos de la vida pública dominados anteriormente por los hombres.

Como consecuencia de esta transformación, dos situaciones negativas surgieron para hacer peligrar las relaciones entre ambos sexos y la estructura familiar. En el primer caso, se afirmó que la relación natural entre hombre y mujer se veía alteraba y viciada, porque uno de sus principales elementos (la mujer) había sido opacado o anulado en su esencia por el cambio de hábito en su conducta. Esta "mutación del hábito", consecuentemente, producía su degradación moral al perder su pudor, un "sano temor" que actuaba en sus relaciones como "freno natural de los instintos naturales", para adoptar un comportamiento marcado por la

408 Las mujeres con "calzones de hombre". En: El Colombiano. Medellín, 9, diciembre, 1960, p. 3

"simple sensualidad". Y si el pudor desaparecía en las relaciones entre ambos sexos, las expectativas con respecto a la estabilidad familiar eran mínimas, al no existir una garantía moral por parte de las mujeres para continuar su labor educativa en la enseñanza de los valores tradicionales, cimentados en la división "natural" de los roles.[409]

En un contexto social marcado por la coexistencia de los valores tradicionales y los valores modernos, el revuelo causado por el uso de los pantalones femeninos fue solo el síntoma del conflicto entre ambas tendencias que marcaron la pauta en el comportamiento social asumido por ellas. El aparente cuestionamiento de los valores tradicionales y su consecuente trasmutación hacia unos valores influenciados por las ideas modernas, generaron preocupación entre los sectores conservadores por los cambios en la estructura social y en los roles desempeñados tradicionalmente por los hombres y las mujeres. Como el discurso de la moda en mayor medida estuvo dirigido hacia un público femenino, la inquietud ocasionada entre estos sectores se centró en las posibles implicaciones sociales derivadas de la popularización de unas tendencias de la moda que mostraron nuevos prototipos procedentes de otras latitudes, quienes realizaban tareas diferentes a las tradicionalmente asignadas y, caminaban por un "mundo de libertades absolutas", que las convertían en objeto de perdición para la sociedad.

Dentro de este contexto, dos mujeres aparecieron como símbolos de esta transformación: una mujer consciente de sus actos que ejerció una influencia devastadora sobre las otras, las mujeres del común, quienes inocentemente cayeron en sus redes y artimañas promocionadas abiertamente en la publicidad, el cine y la prensa. Aunque ambos prototipos mostraron las formas adquiridas del ser femenino en el periodo moderno, en el fondo de este discurso predominó una figura ambigua femenina, en la cual apareció una mujer "víctima de la moda" quien, paradójicamente, también asumió un comportamiento consciente y calculador, reflejado en su interés por atraer el sexo masculino a través de la exhibición de su cuerpo.

409 Las mujeres con "calzones de hombre". En: El Colombiano. Medellín. 9, diciembre, 1960, p. 3

La irracionalidad y proclividad de las mujeres del común hacia comportamientos cercanos a la inmoralidad, fue motivo de crítica entre algunos articulistas que sentaron su inconformidad y descontento por la creciente influencia de la mujer-ícono sobre ellas, específicamente, en la exposición de su cuerpo "desnudo" ante los demás. Como consecuencia de este comportamiento, Conrado Betancur afirmó que las bases para el sostenimiento de los lazos conyugales (la integridad de la familia, la fe y el amor verdadero), estaban en peligro ante el detrimento en su comportamiento de quienes habían sido por muchos años la base para el sostenimiento del proyecto de la Iglesia Católica.

Para el presbítero Horacio Escobar, la inmodestia en el vestir tuvo sus orígenes en la falta de personalidad y de carácter por parte de las mujeres del común. Apoyándose en el capítulo 56 de Isaías que denunciaba los abusos en el "desnudismo femenino" y la "indecencia en el vestir", el presbítero estableció una comparación entre las mujeres que llevaban con dignidad su papel en el hogar y "esclavas de la moda". Estas últimas fueron merecedoras del calificativo de "hembra", porque conservaron un comportamiento instintivo y animalesco, en el cual afloraba fácilmente la lujuria hasta convertirse en "objetos de placer". La prueba estaba en la aceptación sin reparos de las nuevas tendencias de la moda que desnudaban su cuerpo; la adopción de un "tongoneo vulgar y sensual" y la actuación frívola y liviana en el porte, el hablar y el posar ante una cámara o un reinado de belleza.[410]

¿Cuáles fueron las causas de esta creciente desmoralización de la mujer actual? Para algunos columnistas, en el proceso de civilización influenciado por el "ímpetu del modernismo" y el "avallasamiento materialista", la mujer descendió gradualmente de su "pedestal de respetabilidad" de forma "degradatoria, indigna y alarmante". Las razones para explicar este fenómeno se encontraban en el creciente influjo de la publicidad, que exhibió sin pudor cualquier parte del cuerpo femenino para resaltar las

410 Lo bueno y lo malo: La mujer y la publicidad. En: El Colombiano. Medellín, 21, diciembre, 1963, p. 3

cualidades de los diferentes vestidos y accesorios, con el fin de incitar a las personas a comprarlos. De esta aparente propagación del espíritu hedonista no se salvó ni la moda, que con sus diseños cada día minimizaba los tamaños de las prendas, exhibiendo partes del cuerpo anteriormente cubiertas por el recato y modestia, hasta convertir a la mujer en un "instrumento grosero de procreación". Desde esta posición, ella fue considerada una víctima del influjo creciente de la publicidad y la moda, dos elementos capaces de hacer sucumbir a la mujer más digna, pudorosa, de "elevado coeficiente de espiritualidad", para convertirla en la "Otra", quien estaba más enfocada en el plano material y hedonista.

Aunque su calificación como "esclavas de la moda" se justificó por la irracionalidad en su comportamiento derivada de la influencia de una filosofía hedonista, esto no fue suficiente excusa para liberarlas de su culpa al cometer tres pecados denunciados por el apóstol San Juan: la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida: "El "vestido provocativo" hace parecer la mujer como una "muñeca dispuesta a la diversión"; por este motivo, se recomienda que se vista con dignidad cristiana si quieren infundir el respeto. El vestido se convierte así en una expresión de la belleza del arte infundido por el ideal de Cristo.[411]

Curiosamente, ni la irracionalidad del comportamiento o la influencia de la filosofía hedonista, fueron las únicas razones para justificar el creciente interés femenino por los trajes. Para algunos columnistas, su presunta inocencia y su fragilidad ante los nuevos influjos de la moda, solo fueron pretextos que encubrieron su verdadera naturaleza marcada por su astucia y habilidad para conseguir su objetivo primordial: asegurar un buen futuro a través del matrimonio. En la columna la "Rúbrica de Jota" publicada en *El Colombiano*, la justificación se hallaba en la cinegética de la mujer, el arte por excelencia desarrollado por ella para "atrapar" o darle "cacería" al varón. En este sentido, el vestido se convirtió

411 Una voz amiga: Hazte respetar. En: El Obrero Católico. Medellín, 25, mayo, 1961, p. 15

en el anzuelo perfecto para distraer e "imanar las retinas" de ellos, hasta el punto de provocar en éste una reacción inmediata para casarse.[412]

En conclusión, bien lo señaló Simón de Beauvoir cuando definió el traje como un elemento poseedor de un doble carácter: la indumentaria al ser utilizada para manifestar la "dignidad social de la mujer" (estándar de vida, fortuna, medio social), la convirtió en una especie de *res extensa* del hombre, una especie de objeto de lujo que exhibió el estatus social sostenido abiertamente por su principal proveedor económico. Desde un plano más personal, el vestuario fue considerado el principal medio femenino para concretar su narcisismo, su ego, su ser, ante un mundo sujeto a la voluntad del Otro. ¿De qué otra forma podía apropiarse de su propia persona cuando la sociedad, influenciada por esquemas andróginos, definió su papel como un alter ego del hombre, sin independencia y sin autonomía para decidir sobre su vida? El hecho de cuidar de su belleza corporal mediante la indumentaria, se constituyó en la única forma de expresar su ser, reivindicar su dominio sobre sí misma, aun frente a una realidad cimentada en los intereses masculinos que promovieron su enajenación individual. No en vano, ella comenzó a vestirse para mostrarse ante el Otro y obtener su reconocimiento, lo cual podía ser útil para iniciar su proceso de transformación de mujer-objeto a mujer-sujeto: "La ropa del hombre, como su cuerpo, debe señalar su trascendencia y no detener las miradas; la elegancia y la belleza no consisten para él en constituirse en objeto, por lo que normalmente no considera su apariencia como un reflejo de su ser".[413]

412 Rúbrica de Jota: Alza de precios y de faldas!, En: El Colombiano. Medellín, 29, enero, 1969, p. 5

413 BEAUVOIR, Simone, El segundo sexo, vol. II. Buenos Aires: Ediciones Siglo XX, 1970, pp. 309-310

Conclusiónes

Tras siglos de un confinamiento impuesto por la sociedad y sus instituciones, en la década del sesenta la mujer prosiguió con mayor firmeza un nuevo camino hacia la construcción de su estatus como sujeto de derecho y de responsabilidades ante sí misma y ante el mundo social. La flexibilización en las trabas impuestas en la vida económica y social para ellas, estuvo acompañada de un proceso de transformación de su rol tradicional hacia un nuevo horizonte marcado por un paulatino cambio en su forma de actuar, vivir y pensar.

La prensa no fue ajena a este proceso de transformación de los roles femeninos y, bajo una mirada enfocada hacia el consumo, promocionó conjuntamente las representaciones imbuidas bajo un espíritu moderno procedente de Estados Unidos y Europa y, las representaciones tradicionales promocionadas por la Iglesia y los sectores conservadores.

Dentro de este contexto, los prototipos de la mujer moderna y la mujer trabajadora aparecieron como producto de un fenómeno de larga duración ligado a las transformaciones económicas y sociales generadas, en gran medida, por la consolidación del proceso de industrialización en la ciudad y la consecuente ampliación del mercado laboral y de consumo. Aunque ambas figuras tuvieron un origen y unas características similares, su existencia reveló una situación social y económica ambivalente. Frente al modelo propuesto de mujer moderna, liberada de la responsabilidad del hogar e independiente de las decisiones de otras personas, se sobrepuso el prototipo de una mujer trabajadora que conciliaba sus intereses personales y económicos, con las virtudes propias de una mujer hogareña.

En el caso específico de la mujer moderna, su construcción fue producto de una imagen idealizada femenina promocionada en los medios de comunicación y en la publicidad, que respondió a los cambios sociales y económicos generalizados con mayor

amplitud en otras latitudes (Estados Unidos y Europa) en la década del sesenta. Dentro de esta óptica, la mujer-moderna se configuró como un prototipo femenino que tuvo la voluntad suficiente para intentar romper con una tradición basada en los principios patriarcales, hasta convertirse en un ser independiente, trabajador, seguro de sí mismo y deseoso de llevar una existencia paralela al hombre.

La existencia en el discurso de una mujer liberada de las ataduras impuestas socialmente a su ser individual, sin embargo, no se puede declarar como la prueba irrefutable de una transición radical en las representaciones acerca del mal llamado "sexo débil". La realidad mostró una mujer que estaba ante el dilema de vivir según el rol tradicional circunscrito al hogar y la familia, y las nuevas perspectivas que se estaban propagando desde las décadas anteriores en los medios de comunicación y el cine, que mostraban un universo femenino compuesto de nuevas ocupaciones construidas a partir de su reafirmación como individuo.

Dentro de este contexto, en este periodo debió encontrar un equilibrio entre sus aspiraciones personales y los deberes del hogar y la maternidad, una situación que bien se encarnó en la figura de la mujer-trabajadora, el eslabón de una cadena que ligó las antiguas representaciones con los ideales modernos. Para lograrlo, ella debió negociar con ambas tendencias y asumir dos roles diferentes, con el fin de liberarse parcialmente de la carga impositiva de las instituciones tradicionales y del señalamiento social.

Por esta razón, las múltiples expectativas y contravenciones a las normas socialmente instituidas hicieron de esta figura un tema común en la prensa. En este sentido, se revelaron dos perspectivas que, una vez más, hicieron evidente la dicotomía entre las tendencias tradicional y moderna dominantes en la sociedad de Medellín. Desde una visión positiva, el trabajo femenino fue catalogado como una "magnifica escuela de lucidez", que le permitió alcanzar la madurez y la racionalidad suficiente para emprender nuevos proyectos como individuo independiente.

De esta forma, sin dejar de lado sus cualidades femeninas, el trabajo transformó su visión de sí misma, contribuyó a descartar paulatinamente la imagen clásica del hombre superior y permitió la construcción de un nuevo tipo de relaciones estrictamente profesionales, basadas en el respeto y el reconocimiento de las capacidades y aptitudes en ambos sexos.

Simultáneamente, la prensa presentó la otra cara de la moneda al promocionar una mujer, quien a pesar de haber ingresado a un mundo dominado en el pasado por los hombres, todavía continuaba atada a unas representaciones tradicionales que se replicaron en el mundo laboral, tal como ocurría en el espacio doméstico: mientras la figura del jefe y los cargos más importantes de las empresas fueron ocupados por el sexo masculino, el personal dedicado a las labores de oficina y atención al público estuvo conformado por mujeres, que tuvieron la misión de acompañar y complementar la labor de sus superiores como secretarias y recepcionistas.

Dentro de la prensa, también se señaló como un aspecto álgido la reconciliación entre el trabajo y la maternidad. En el centro del debate estaba la creciente preocupación por el "trastorno del orden natural", reflejado en la masculinización de la mujer y la feminización social y psicológica del hombre, una situación que en el futuro se podía traducir en los hogares en una serie de conflictos derivados de la confusión de los roles sexuales.

Aunque la mayoría de los artículos periodísticos reconocieron el papel activo de la mujer en el mundo público, así como la necesidad "urgente" de su intervención dinámica en las actividades de la vida moderna para alcanzar las metas del bienestar colectivo, los prototipos de la mujer trabajadora y de la mujer moderna, en esencia, revelaron cierta ambigüedad y temor por la posición radical que ellas pudieron adoptar con respecto al papel tradicional y los valores morales cimentados en el cristianismo. De esta manera, el sector conservador de la sociedad esperaba que ella asumiera una actitud reflexiva frente a las nuevas circunstancias, sin dejar de cumplir su "misión natural"

y sin renunciar a su "legítimo derecho" como "centro afectivo del hogar" y "espíritu modelador de la familia".

A partir de esta posición conservadora, tres roles femeninos se presentaron como parte de un fenómeno que mostró el predominio de las representaciones tradicionales en el discurso de la moda: la mujer-esposa, la mujer ama de casa y la mujer-madre. El comienzo de la vida en pareja, si bien significó teóricamente la entrega mutua de la mujer y el hombre para iniciar un proyecto de vida en común, en el fondo, exigió de ella el cumplimiento de mayores obligaciones para asegurar la existencia de un "matrimonio feliz" y, de un sinnúmero de cualidades morales y físicas, para desempeñar cabalmente su papel de "esposa ideal". En este sentido, el matrimonio al ser considerado la etapa más importante de la vida para muchas mujeres de la época, requirió de cierto espíritu de sacrificio que procuró el olvido de su YO, para comenzar a pensar en un NOSOTROS. Caso similar ocurrió con la mujer-madre y la mujer-ama de casa, prototipos tradicionales que desarrollaban su labor con la familia y el cuidado del hogar.

Frente a las figuras representativas femeninas que conformaron el trinomio de mujer-esposa, mujer-madre, mujer ama de casa, sigilosamente aparecieron en el discurso de la moda imágenes de mujeres que optaron por un tipo de vida diferente al matrimonio (la mujer soltera y la mujer-divorciada), debido a la generalización de ciertas tendencias ideológicas, sociales, políticas y económicas derivadas de la creciente industrialización en las principales ciudades del país y del paulatino proceso de apertura económica de Colombia hacia los mercados internacionales. En este sentido, estas figuras surgieron como una forma de reivindicar su condición en cuanto ser individual y único, capaz de realizar sus sueños e ideales sin necesidad de asumir una condición impuesta socialmente en el tiempo. Esto significó la posibilidad de exigir una realidad basada en la igualdad, el respeto y el reconocimiento sus las aspiraciones personales, con lo cual se dejaron sin piso los antiguos esquemas que limitaron su accionar y posición personal, en función de las decisiones de los Otros.

Quizás como producto de la ambigüedad reinante en la sociedad, asimismo, el discurso de la moda construyó dos imágenes idealizadas que proyectaron, en esencia, la idea del eterno femenino para satisfacer no solo los deseos masculinos, sino los anhelos de ellas: la mujer-modelo y la mujer-reina.

El prototipo de la mujer-modelo encarnó una forma modernizada de mujer originaria de la industria de la moda, utilizada por los creadores o "magnates de la moda" para exhibir con soltura y elegancia sus últimas colecciones en los desfiles. Aunque la mujer-modelo hiciera parte de las figuras emblemáticas del rol estético femenino, su principal papel consistió en ser una figura mediadora entre las mujeres del común y los diseñadores, quienes buscaban generar ciertas sensaciones, un tanto "irracionales en ellas", para fomentar su espíritu de consumo.

La mujer-reina aunque encarnó la feminidad, la gracia, la elegancia, la voluptuosidad, la exaltación de la belleza física, la sensualidad, lentamente se transformó en una figura mediadora entre las clases menos favorecidas y las clases altas, una "proveedora provisional" y una exótica figura "maternal", que ayudó a satisfacer momentáneamente algunas de las carencias más comunes de los ciudadanos desprotegidos.

A pesar de las diferencias existentes entre los prototipos femeninos promocionados en la prensa, todos tuvieron en común su interés marcado por la aceptación de su corporalidad, como un elemento clave en la definición de su personalidad e individualidad. El discurso de la moda no fue ajeno a esta situación. No en vano, insistentemente se hizo hincapié en la necesidad de conocer el cuerpo, explorarlo, ingresar en los terrenos corporales prohibidos en el pasado. Por este motivo, dentro de las normas de la elegancia se consagró la importancia de vestir de acuerdo con el ambiente, la cultura y las aspiraciones personales. Para lograrlo, era decisivo realizar un estudio detallado de sí misma, teniendo en cuenta las diversas variables que podían influir en la forma de proyectarse el vestido al exterior (la edad, la estatura, la silueta, el peso, las

líneas y características del rostro), pero sin dejar de lado el sentido común y la autocrítica, dos elementos esenciales que brindaron a la mujer cierta dosis de racionalidad, para hacer un vestido o comprarlo de acuerdo con la adaptación a la figura.

Con un derroche de posibilidades y formas, la moda se convirtió aparentemente en la representación más cercana del proceso de democratización generado en el mundo moderno, dejando atrás la idea que la consideraba como un artificio limitado para ciertos estratos sociales. Por esta razón, el lenguaje utilizado como estrategia para ampliar su posición en el mercado de consumo no solo se centró en el manejo racional de los recursos económicos, sino en la posibilidad de diseñar y crear vestuarios a partir de patrones que estaban acordes con la personalidad, la forma corporal, los intereses y gustos de cada individuo. Si bien la mujer del común se convirtió aparentemente en un ser autónomo al tener "voz y voto" en la elección de su apariencia, los modelos usados por ella siguieron los imperativos de la feminidad, la armonía, la sencillez, la comodidad, la practicidad y la elegancia, enunciados abiertamente por las directivas de las grandes revistas de moda y los diseñadores más reconocidos en este campo en el mundo.

El advenimiento de las secciones femeninas y la publicidad de productos de belleza, igualmente evidenció dentro del discurso de la moda, una apertura democrática mayor hacia el culto a la belleza femenina, que se había reservado en el pasado para los círculos sociales más importantes o para quienes fueran privilegiadas por un don divino desde su nacimiento. Se vislumbró así una nueva fase de la historia de la belleza, más democrática y mercantilista, caracterizada por la menor sujeción al "fatalismo de las imperfecciones estéticas", gracias al auge de las prácticas transformadoras de la apariencia física.

La promoción de los ideales de belleza entre un gran público, hizo necesaria la utilización de recursos estilísticos y retóricos como el lenguaje directo, sencillo y con un tono de reclamo o de consejera amiga, que pretendieron generar en las mujeres cierta confianza y aceptación. En el caso de la publicidad,

su mensaje estuvo orientado en la búsqueda del éxito en las relaciones interpersonales. Desde esta posición, el concepto de belleza reclamó una supuesta "naturalidad", entendida como una característica enfocada en el lema "conócete a ti misma", que consagró el autorreconocimiento de las cualidades naturales para obtener los mejores resultados a través de las técnicas cosméticas y las prácticas estéticas.

Bajo esta lógica, las practicas rutinarias de belleza se constituyeron en una "retórica sacrifical" basada en unas normas del bienestar y de seducción femenina. Esto se tradujo en la valoración de unas acciones orientadas hacia el cuidado del cuerpo y la corrección de los defectos estéticos que pudieron "corromper" su visión ante los Otros, máximos jueces sometidos al mismo juego de relaciones dominadas por las nuevas representaciones que promocionaron la belleza física. La renuncia al mejoramiento del perfil exterior a través de la utilización de ciertos recursos cosméticos y estéticos; el abandono del cuerpo en relación con la limpieza y la higiene, y la actitud negligente hacia los defectos estéticos, fueron considerados faltas graves que significaron el cierre de los caminos hacia la consecución de la felicidad personal, el buen estatus social y la fortuna.

Entonces, moda y belleza se entremezclaron en este discurso para poner en evidencia el proceso de desacralización del cuerpo femenino, como consecuencia de una serie de dinámicas temporales configuradas a partir de la Gran Guerra. Paradójicamente, la afirmación del yo personal por medio de la belleza física y la moda tuvo su contrapartida en la complacencia del Otro; en la búsqueda de su aceptación en el medio social donde se desenvolvieron; en la salida de su anonimato hacia una sociedad que reconocería su existencia. De esta forma, todas estas prerrogativas destinadas al cuidado del cuerpo, la conservación de la belleza y la emulación de las tendencias de la moda demostraron que, si bien la mujer comenzó a integrarse en el mundo público a través del trabajo y de su participación en

el mundo político, lo anterior no significó una ruptura total con el antiguo ideal femenino que destinó una parte de sus vidas hacia el cultivo de la feminidad, la personalidad y la belleza física.

Una anotación final. Aunque estas transformaciones permitieron la definición de nuevos roles sociales femeninos, es preciso señalar que estuvieron integradas al sistema de representaciones tradicional, hasta el punto de permitir su reproducción y continuidad dentro de unas circunstancias sociales y políticas diferentes a las que favorecieron su nacimiento. Así, el discurso de la moda propuesto en la prensa, aun cuando estuvo influenciado por esquemas e ideas de corte más "moderno", en el fondo, se encargó de reafirmar los papeles tradicionales asignados a cada sujeto, afianzando los valores y la transmisión de pautas de comportamiento en donde lo femenino estuvo en oposición a lo masculino, y la existencia de lo masculino estuvo bajo un estatus de "género universal".

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES PRIMARIAS

PERIÓDICOS

El Colombiano
El Obrero Católico
Nosotras
Colección de Periódicos, Universidad de Antioquia

REVISTAS

Cromos
Fabricato al día
Colección de Periódicos, Universidad de Antioquia
Colección Antioquia, Universidad de Antioquia

FUENTES SECUNDARIAS

ANDERSON, Bonnie S. y ZÚNSSER, Judith P. Historia de las mujeres: Una historia propia, Barcelona: Ed. Crítica, 2009. 2V

ARAYA UMAÑA, Sandra. Las representaciones sociales: ejes teóricos para su discusión. San José de Costa Rica, FLACSO, 2000. 83 p.

ARIÑO VILLARROYA, Antonio. Ideologías, discursos y dominación. En: Revista Española de Investigaciones sociológicas, Madrid. Julio - Septiembre, 1997. no. 79, pp. 197-243

BARTHES, Roland. Sistema de la moda. Barcelona: Editorial Gustavo Gili, 1978. 278 p.

BAUDELAIRE, Charles. El pintor de la vida moderna. Bogotá: Áncora

Editores, 1995. 120 p.

BAUDRILLARD, Jean. La sociedad de consumo: Sus mitos, sus estructuras. Barcelona: Plaza & Janés, 1974. 278 p.

BEAUVOIR, Simone, El segundo sexo, vol. II. Buenos Aires: Ediciones Siglo XX, 1970.

BECHTEL, Guy. La carne, el diablo y el confesionario: El Kama Sutra de la Iglesia. Barcelona: Anaya & Mario Muchnile, 1997. 299 p.

BERGER, Peter L. y LUCKMANN, Thomas. La construcción social de la realidad. 15ª ed. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1998. 233 p.

BOLÍVAR, Ingrid. El reinado de belleza: Descubrir la política en lo "natural". En: RUTTER- JENSEN, Chloe. Pasarela, pasarela: Escenarios de la estética y el poder en los reinados de belleza. Bogotá: Universidad Javeriana: 2005, p. 18 [en línea] [Consultado en: 12 de agosto, 2012] Disponible en Internet: http://es.scribd.com/doc/7160420/Pas-Are-La

BORNAY, Erika. Las hijas de Lilith. Madrid: Ediciones Cátedra, 1990. 404 p.

BOSCH, Esperanza y otros. Historia de la misoginia. Barcelona: Editorial Anthropos, 1999. 245 p.

BOTERO GÓMEZ, Fabio. Cien años de vida en Medellín. Medellín: Concejo de Medellín, 1994. 425 p.

BOURDIEU, Pierre. La dominación masculina, 2ª ed. Barcelona: Editorial Anagrama, 2000. 160 p

BUILES, Miguel Ángel. Cartas pastorales: 1924-1939.Medellín:Bedout, 1958. 319 p.

CAMACHO, Álvaro. Los años sesenta: una memoria personal. En: Revista de Estudios Sociales. Bogotá, No.33 (Agosto. 2009), pp. 70-78

CAPEL, Rosa María. Mujer y trabajo en el siglo XX. Madrid: Arco/ Libros, 1999. 96 p.

CARRASQUILLA, Tomás, "Tonterías", en: CARRASQUILLA, Tomás. Obras completas de Tomás Carrasquilla, tomo II. Medellín: Bedout, 1978, pp. 745-759

CASTILLO GARCÍA, José y NARANJO GIRALDO, José. La comprensión de los grupos sociales: Imaginarios colectivos y representaciones sociales. En: Ánfora, Manizales. Diciembre, 2003-Julio, 2004. vol. 11, no. 18, pp. 146-160

CASTRO, Beatriz (comp.), La sociedad colombiana: Cifras y tendencias. Cali: Universidad del Valle, 2009. 423 p.

CELANESE COLOMBIANA S.A. Historia del traje en Colombia. s.d: Ediciones Sol y Luna, 1960

CEULEMANS, Mieke y otros. Imagen, papel y condición de la mujer en los medios de comunicación [en línea]. París: Organización de las Naciones de las Unidas, 1980. [Consultado 5 de Mayo, 2012]. Disponible en: http://unesdoc.unesco.org/ images/0013/001343/134358so.pdf

CHARTIER, Roger. El mundo como representación: Estudios sobre historia cultural. 5ª ed., Barcelona: Gedisa, 2002. 276 p.
CHOZA, Jacinto. Estética y moda. En: Contraste. Revista Interdisciplinar de Filosofía, Málaga. Enero, 2000. vol. V, pp. 23-41

CORBIN, Alain. El perfume o el miasma: El olfato y lo imaginario social, siglos XVIII y XIX. México: Fondo de Cultura Económica, 2002. 252 p.

CUBILLOS VERGARA, Ma. Carolina. El artilugio de la moda: Ideologías y mentalidades en el discurso de la moda. Medellín, 1930-1960. Trabajo de grado Historia. Medellín: Universidad de Antioquia. Facultad de Ciencias Sociales, 2006

DANE. Anuario Estadístico de Medellín (diferentes años: 1960-1970)

DANE.III censo industrial 1970.Bogotá: DANE, 1976. 111 p.

DANE. Medellín en cifras. Ciudad tricentenaria. Bogotá: DANE, 1976, pp. 174-182

DE CERTEAU, Michel. *La invención de lo cotidiano*, Tomos I (*El Arte de Hacer*) y II (*Habitar, cocinar*), México, Universidad Iberoamericana, 1999

DÍAZ DÍAZ, Celina. La moda en Santander: 1850-1930. Bucaramanga, Editorial UNAB, 2004. 141 p.

DIGGINS, John Patrick. Thorstein Veblen: Teórico de la clase ociosa, 2ª ed. México: Fondo de la Cultura Económica, 2003. 437 p.

DOMÍNGUEZ GÓMEZ, Eduardo. Espíritu de las modas femeninas del siglo XX. En: VELÁSQUEZ, Magdala. Las mujeres en la historia de Cbia, Tomo II, Bogotá: Norma, 1995, pp.107-136

DOMÍNGUEZ GÓMEZ, Eduardo y CUBILLOS VERGARA, M. Carolina. Un panorama de las historias de las culturas en Colombia. En: DOMÍNGUEZ GÓMEZ, Eduardo (director). Todos Somos Historia, tomo 2. Medellín: Canal U, 2010, pp. 13-45

DOMÍNGUEZ RENDÓN, Raúl Alberto. Vestido, ostentación y cuerpos en Medellín: 1900-1930. Medellín, ITM, 2004. 228 p.

DUBY, George y PERROT, Michelle (comp.), Historia de las mujeres. 4ª ed. Madrid: Taurus, 2003

ENTWISTLE, Joanne. El cuerpo y la moda. Barcelona: Paidós, 2002. 209 p.

ESCOBAR VILLEGAS, Juan Camilo. Lo imaginario: Entre las ciencias sociales y la Historia. Medellín: Editorial EAFIT, 2000. 154 p.

ESPINAL PÉREZ, Cruz Elena y RAMIREZ BROUCHOUD, María Fernanda. Cuerpo civil, controles y regulaciones: Medellín, 1950. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2006. 148 p.

FARRE, Luis. Tomás de Aquino y el neoplatonismo: Ensayo histórico y doctrinal. Buenos Aires: Instituto de Filosofía/Universidad Nacional de la Plata, 1966. 131 p.

FOUCAULT, Michel. Seguridad, territorio, población. México, Fondo de Cultura Económica, 2006. 484 p.

GADAMER, Hans-Georg. La significación de la tradición humanística para las ciencias del espíritu". En: GADAMER, Hans-Georg. Verdad y método, tomo I. 7ª ed. Salamanca: Editorial Sígueme, 1997

GAVARRÓN, Lola. La mística de la moda. Barcelona: Anagrama, 1989. 186 p.

GIRALDO GÓMEZ, Alicia. Los derechos de la mujer en la legislación colombiana. En: Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia, Medellín. Septiembre-Noviembre, 1987, vol. 38, no. 250. [en línea] [Consultado: 3 de agosto, 2012] Disponible en Internet: http://biblioteca-virtual-antioquia.udea.edu.co/pdf/11/11_306688912.pdf

GOYES MORENO, Isabel. Mujer, Maternidad y Trabajo en Colombia. San Juan de Pasto: Universidad de Nariño, 2011. 252 p.

HOBSBAWM, Eric. Historia del siglo XX: 1914-1991. Barcelona: Editorial Crítica, 1995. 614 p.

HOBSBAWN, Eric. Historia del siglo XX: 1914-1991. Barcelona: Crítica, 1996. 614 p.

JODELET, Denise. El otro, su construcción, su conocimiento. En: VALENCIA, Silvia. Representaciones sociales: Alteridad, epistemología y movimientos sociales. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 2006. 228 p.

_____. Pensamiento social e historicidad. En: Relaciones: Estudios de Historia y Sociedad, México. 2003. vol 24, no, 93, pp. 97-113

_____. Representaciones sociales: Contribución a un saber sociocultural sin fronteras. En: JODELET, Denise y GUERRERO TAPIA, Alfredo (coord.). Develando la cultura: Estudios en representaciones culturales. México: Facultad de Psicología de la Universidad Autónoma de México, 2000, pp. 7-30

KÓNIG, René. Sociología de la moda. Barcelona: A. Redondo editor, 1972. 233 p.

KORNBLIT, Ana Lía y PETRACCI, Mónica. Representaciones sociales: Una teoría metodológicamente pluralista. En: KORNBLIT, Ana Lía (coord.). Metodologías cualitativas en ciencias sociales: Modelos y procedimientos de análisis. 2ª ed. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2007, pp. 91-96

KÜNG, Hans. Grandes pensadores cristianos. Una pequeña introducción a la teología. Madrid: Trotta, 1995. 235 p.

LE BRETON, David. Antropología del cuerpo y modernidad. 2ª ed. Buenos Aires: Editorial Nueva Visión, 1995. 254 p.

LEHNERT, Gertrud, *Historia de la moda del siglo XX*, Colonia, Könemann, 2000. 120 p.

LEÓN DE LEAL, Magdalena. La mujer y el desarrollo en Colombia. Bogotá: Asociación Colombiana para el Estudio de la Población, 1977. 394 p.

LIPOVETSKY, Gilles. El imperio de lo efímero: la moda y su destino en las sociedades modernas. 4ª ed. Barcelona: Anagrama, 1994. 324 p.

_____. La tercera mujer. 2ª ed. Barcelona: Editorial Anagrama, 1999. 297 p.

LONDOÑO YEPES, Carlos. Origen y desarrollo de la industria textil en Colombia y Antioquia. Medellín: Centro de Investigaciones Económica de la Universidad de Antioquia, 1983. 65 p.

LOZANO ESTIVALIS, María. La maternidad en escena: Mujeres, reproducción y representación cultural. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2006. 359 p.

LURIE, Alison. El lenguaje de la moda. Madrid: Paidós, 1994. 302 p.

MARAÑÓN, Gregorio. La evolución de la sexualidad y los estados intersexuales. Santiago de Chile: Editorial Cultura, 1938. 264 p.

_____. Tres ensayos sobre la vida sexual, 6ª ed. Madrid: Biblioteca Nueva, 1931. 250 p.

MARTÍNEZ BARREIRO, Ana. Mirar y hacerse mirar: La moda en las sociedades modernas. Madrid: Tecnos, 1998. 244 p.

MARTÍNEZ CARREÑO, Aída. La prisión del vestido: Aspectos sociales del traje en América. Bogotá: Ariel, 1995. 203 p.

_____. Un siglo de moda en Colombia: 1830-1930. Bogotá Fondo Cultural Cafetero, 1982. 30 p.

MAUPASSANT, Guy. Cuentos esenciales. Barcelona: Editorial Mondadori, 2008. 1260 p.

MILL, John y TAYLOR, Harriet. Ensayos sobre la igualdad de los sexos. Madrid: Machado Libros, 2000. 280 p.

MOLINA, Luis Fernando. Un empresario sin fronteras. Joaquín Urrea Urrea: vida y obra de un gran empresario con compromiso social. Medellín: Corporación Urrea Arbeláez, 2011. 241 p.

MONTAÑA MARIÑO, Antonio. Cultura del vestuario en Colombia: Antecedentes y un siglo de moda, 1830-1930. Bogotá: Fondo Cultural Cafetero, 1993. 40 p.

MONTENEGRO MARTÍNEZ, Augusto. Así vistió Colombia entre 1550 y 1950. Bogotá: s.n., 1993. 97 p.

MONTOYA RUIZ, Ana Milena. Mujeres y ciudadanía plena, miradas a la historia jurídica colombiana. En: Opinión Jurídica, Medellín. Julio-Diciembre, 2009.vol. 8, no. 16, pp. 137-148

MONTOYA RUIZ, Ana Milena. Mujeres y ciudadanía plena, miradas a la historia jurídica colombiana. En: Opinión Jurídica, Medellín. Julio-Diciembre, 2009, vol. 8, no. 16, pp. 137-148
MORRIS, Desmond. La mujer desnuda. Barcelona: Planeta, 2005. 328 p.

NARANJO GIRALDO, Gloria, Medellín en zonas: monografías Medellín: Corporación Región, 1992. [en línea].[Consultado 22 de Enero. 2012]. Disponible en Internet:http://www.region.org.co/index.php/publicaciones/cat_view/44-libros/64-1992

NOGUERA, María Luz de. Vestido, moda y confecciones: Enciclopedia del Desarrollo Colombiano, Colección Fundadores, vol. IV. Bogotá: Fondo Cultural Cafetero, 1974. 294 p.

NUÑO DE LA ROSA, Laura. Historia filosófica de la idea de forma orgánica: del hilemorfismo aristotélico a la microanatomía celular. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2005. [en línea] [Consultado en: 20 de agosto, 2012] Disponible en Internet: http://www.gonzlezrecio.com/bionomos/textos/Publicaciones/LNuno/txt1.pdf

NUÑO GÓMEZ, Laura (coord.). Mujeres: de lo privado a lo público. Madrid: Tecnos, 1999. 206 p.

OCAMPO, José Antonio y CÁRDENAS, Enrique (comp.) Industrialización y Estado en la América Latina: La leyenda negra de la posguerra. México: Fondo de la Cultura Económica, 2003. 454 p.

OCHOA, Lila. Colombia es moda. Bogotá: Editorial Planeta, 2007. 239 p.

PEDRAZA GÓMEZ, Zandra. En cuerpo y alma: Visiones del progreso y de la felicidad. Bogotá: Universidad de los Andes, 1999. 399 p.
PÓVEDA, Gabriel. Historia económica de Colombia en el siglo XX. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana, 2005. 790 p.

PROCLO. Elementos de Teología. Buenos Aires: Aguilar, 1965. 262 p.

¿Qué tanto sabes del bronceado?. Historia del Bronceado (parte

2). [en línea] [Consultado en: 28 de marzo, 2012). Disponible en Internet: http://www.bronceado.com/que-tanto-sabes-de-bronceado/historia-del-bronceado-parte-2/

QUINTERO GUTIÉRREZ, Luisa Fernanda. Breve esbozo de la moda colombiana entre los 50's y 70's: Un estudio de casos. Tesis Diseño textil. Bogotá: Universidad de los Andes. Facultad de Diseño, 1996

RAMÍREZ BROUCHOUD, María Fernanda. Mujeres, política y feminismo en Colombia: 1930-1957. En: DOMÍNGUEZ GÓMEZ, Eduardo (director). Todos Somos Historia, tomo 2. Medellín: Canal U, 2010, pp. 235-248

RESTREPO SANÍN, Juliana. Mujeres, prensa escrita y representaciones sociales de género en Medellín entre 1926 y 1962. Tesis de Magíster en Historia. Medellín: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas y Económicas. 232 p.

REYES, Catalina y SAAVEDRA, María Claudia. Mujeres y trabajo en Antioquia durante el siglo XX: Formas de asociación y participación sindical. Medellín: Escuela Nacional Sindical, 2005. 188 p.

RUÍZ GUADALAJARA, Juan Carlos. Representaciones colectivas, mentalidades e historia cultural: A propósito de Chartier y el mundo como representación. En: Relaciones: Estudios de Historia y Sociedad, México. 2003. vol 24, no, 93, pp. 17-49

SADOUL, George. Historia del cine mundial: desde sus orígenes. México: Siglo XXI Editores, 1998. 828 p.

SEELING, Charlotte. Moda. El siglo de los diseñadores, 1900-1990. Barcelona: Könemann, 2000. 605 p.

SIMMEL, GEORG. Cultura femenina: Filosofía de la coquetería, lo masculino y lo femenino, filosofía de la moda. 6ª ed. México: Espasa/Calpe Mexicana, 1961. 143 p.

SQUICCIARINO, Nicola. El vestido habla. Consideraciones psico-sociológicas sobre la indumentaria. 2ª ed., Madrid: Cátedra, 1986. 221 p.

TIRADO, Álvaro (Dir). Nueva Historia de Colombia. Bogotá: Editorial Planeta, 1986.

URIBE DE H., María Teresa y ÁLVAREZ, Jesús María. Cien años de prensa en Colombia: 1840 -1940, 2ª ed. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2002. 371 p.

VAN DIJK Teun. Ideología: Una aproximación multidisciplinaria. Barcelona: Ed. Gedisa, 2000. 473 p.

_____. El discurso como interacción en la sociedad. En: VAN DIJK, Teun (comp.). El discurso como interacción social: Estudios sobre el discurso. Una introducción multidisciplinaria. 2 ed. Barcelona: Gedisa, 2001. 460 p.

_____. La noticia como discurso: Comprensión, estructura y producción de la información. Barcelona: Paidós, 1990. 284 p.

VEBLEN, Thorstein. Teoría de la clase ociosa. Madrid: Fondo de la Cultura Económica, 2002. 406 p.

VELÁSQUEZ, Magdala (ed.). Las mujeres en la historia de Colombia. Bogotá: Norma, 1995

_____. La lucha por los derechos de la mujer en Colombia. Trabajo de grado Historia. Medellín: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Económicas y Humanas, 1985. 253 p.

VIGARELLO, George. Historia de la belleza. Buenos Aires: Nueva Visión, 2005. 267 p.

WILLS OBREGÓN, María Emma. Inclusión sin representación: La irrupción política de las mujeres en Colombia, 1970-2000. Bogotá: Editorial Norma, 2007. 398 p.

WODAK, Ruth y MEYER, Michael. Métodos de análisis crítico del discurso. Barcelona: Gedisa, 2003. 286 p.

YONNET, Paul. Juegos, modas y masas. Barcelona: Gedisa, 1988. 293 p.

LISTADO DE CUADROS

Cuadro 1. Medellín. Crecimiento demográfico, 1905-1973 19

Cuadro 2. Población económicamente activa según censos, 1938-1964 54

Cuadro 3. Rango de edad y sexo de los estudiantes Subregiones Antioquia en la Escuela Remington, 1952-1970 63

LISTADO DE GRÁFICOS

Gráfico 1. Actividades económicas por sectores en Medellín 55

Gráfico 2. Porcentajes de estudiantes matriculados en primaria: Zona urbana (1965-1971) 65

Gráfico 3. Porcentajes de estudiantes matriculados en primaria: Zona rural (1965-1971) 62

Gráfico 4. La enseñanza secundaria en Medellín entre 1959-1970 62

LISTADO DE ILUSTRACIONES

Ilustración 1. Anuncio de la Academia de Corte Americana 43

Ilustración 2. Anuncio de los cursos de Alta Costura en el Centro Colombo-Americano 44

Ilustración 3. Anuncio pantalones unisexo Wrangler 47

Ilustración 4. Anuncio Toallas Kotex 86

Ilustración 5. La mujer casada y su historia triste 109

Ilustración 6. Anuncio de Crema Hinds relacionado con la mujer trabajadora 118

Ilustración 7. Anuncio anticonceptivo femenino 159

Este libro fue impreso en los talleres de

GRUEMPRONEG S.A.S
GRUPO EMPRESARIAL
OPORTUNIDAD DE NEGOCIOS S.A.S

Cra 45 No. 30-45
Medellín-Colombia
PBX: 444 40 59
www.gruemproneg.com